

Así se rindió Hugo Chávez

La otra historia del 4 de Febrero

A la memoria de los militares y civiles que, con lealtad y patriotismo, perdieron su vida en defensa de la democracia venezolana.

Disparos en la Noche

- “Buenas noches, es el ministro de la Defensa ¿Con quién hablo?”
- “El capitán Arteaga Páez, mi general”.
- “Capitán, ¿me puede comunicar con el general Ferrer Barazarte?”
- “No puedo mi general. Está preso en un calabozo”.
- “¿Qué dice usted capitán?”
- “Lo que usted oye mi general, el general Ferrer está preso en un calabozo”.
- “Capitán, ¿Usted sabe lo que hace?”
- “Perfectamente, mi general”.
- “Usted se ha dado cuenta, capitán Arteaga, que pueden conducir a Venezuela a un derramamiento de sangre de consecuencias impredecibles”.
- “Sí, mi general. Si usted quiere evitar un derramamiento de sangre, tome el mando del movimiento”.
- “Capitán, eso no se le ofrece a un hombre de honor”.
- “Entonces mi general, no tenemos nada que hablar. ¡Patria o muerte!”.

Al terminar este diálogo, me senté en mi escritorio en el Ministerio de la Defensa, reflexioné unos minutos y comprendí que la situación militar era de inmensa gravedad. El general Juan Ferrer Barazarte era el comandante de la Brigada Blindada, la unidad de mayor poder de fuego del centro del país. Se encontraba en poder de las fuerzas insurrectas. De inmediato traté de localizar telefónicamente a los generales Diógenes Marichales y Juan Antonio Paredes Niño, comandantes de la IV División de Infantería y de la Base “Libertador” respectivamente. No pude hacerlo. Ninguno de los teléfonos respondía. Empecé a temer que la Guarnición de Maracay y la Aviación pudiesen estar comprometidas en el alzamiento.

Desde que llegué de Maracaibo, a las 8 p.m. del 3 de febrero de 1992, sólo había recibido sorpresas y más sorpresas. Uno de mis ayudantes, el mayor Edgar Ramírez Moyeda, al recibirme en el aeropuerto me informó que el general Freddy Maya Cardona, comandante de la Guardia Nacional, tenía urgencia de hablar conmigo. Le contesté que lo llamaría por el teléfono del automóvil. Había viajado a Maracaibo, con la finalidad de asistir a una reunión con el gobernador Oswaldo Álvarez Paz para coordinar un apoyo de las Fuerzas Armadas a una campaña sanitaria contra el cólera. Me acompañaron el doctor Lisandro Latuff, viceministro de Sanidad, el licenciado Pastor Heydra, responsable de la campaña de medios y el mayor Nelson Ávila Dávila. Durante las primeras horas de la tarde, estuve reunido en la gobernación del estado discutiendo el plan de acción. Después de las 4 p.m., acepté una grata invitación de algunos viejos amigos.

A las siete de la noche llegué a la Base “Rafael Urdaneta” a tomar el avión. Se encontraba allí para despedirme el general Néstor Lara Estraño, comandante de la Primera División de Infantería, su jefe de Estado Mayor, coronel Marcelino Rincón Noriega, y algunos oficiales. Al saludarme, el general Lara Estraño, me pidió el favor de traer a Caracas al coronel Rincón. Le respondí que con el mayor gusto. Abordamos el avión a los pocos minutos. Al llegar a Maiquetía, invité al coronel Rincón a acompañarme en mi automóvil. Apenas salimos del aeropuerto, le ordené al mayor Ramírez que llamara al general Maya. Su interés en hablar conmigo era informarme sobre los constantes rumores que habían circulado toda la tarde sobre un posible atentado en contra del presidente Carlos Andrés Pérez, que realizaría un grupo de oficiales subalternos en el aeropuerto de Maiquetía a su regreso a Venezuela. Me sugirió que llamara al director de Inteligencia Militar. Así lo hice. De inmediato, me comuniqué con el general José de la Cruz Pineda, quien me ratificó la información que me había transmitido el general Maya. Le pregunté si había alertado a la Casa Militar y al Comando Regional No. 5, responsables de la seguridad del presidente de la República y del aeropuerto de Maiquetía respectivamente. Me respondió afirmativamente. Un poco más

tranquilo, continué hacia Caracas por la autopista. El tránsito se hacía cada vez más pesado. Al acercarme al primer túnel, interrogué a un guardia nacional sobre las razones de esa lentitud. Me respondió: “Mi general, se incendió un automóvil en el túnel”. Cerré el vidrio y reflexioné unos minutos: el incendio del automóvil podía tener algo que ver con el posible atentado contra el presidente Pérez. Preocupado, le ordené al chofer regresar al aeropuerto.

El chofer tomó la vía hacia Maiquetía. A los pocos minutos, cambié de decisión. Consideré más conveniente ir primero al Destacamento No 53 de la Guardia Nacional con el objeto de precisar las medidas de seguridad. Además, era imprudente presentarme al aeropuerto sin suficiente escolta militar. Al llegar al destacamento, invite a su comandante, teniente coronel Marcos Ferreira Torres, a hablar en privado en su despacho. Allí le comuniqué lo que ocurría. Ya conocía la novedad. Me explicó el plan de seguridad que pensaba aplicar. No lo consideré suficiente. Le ordené reforzar militarmente el aeropuerto utilizando todos los efectivos disponibles. Al salir del comando, me encontré con Pastor Heydra. Al verme me dijo: “Lo seguí, al observar que usted se devolvía hacia el aeropuerto”. Le informé lo que ocurría y le pedí el favor de trasladar al coronel Rincón a Caracas. Heydra aceptó mi sugerencia. Me despedí del teniente coronel Ferreira Torres y con una escolta me dirigí hacia el aeropuerto de Maiquetía. En la zona protocolar encontré al coronel Rafael Hung Díaz, subjefe de la Casa Militar, quien me explicó las medidas de seguridad establecidas. Consideré que todo estaba bajo control. Cerca de las 9:30 p.m. llegó al aeropuerto el doctor Virgilio Ávila Vivas, ministro del Interior, con la finalidad de recibir al presidente de la República. Lo saludé y le informé lo que ocurría. A las diez en punto se abrió la puerta del avión y apareció el presidente Pérez. Se veía cansado. Al darse cuenta de mi presencia, su rostro mostró cierta preocupación, pues no era normal que el ministro de la Defensa esperara al presidente de la República al regreso de sus viajes.

Al saludarlo me preguntó las razones por las cuales me encontraba en el aeropuerto. Interesado en abandonar con rapidez la pista de aterrizaje, le respondí que se lo comunicaría en el automóvil. Subimos al vehículo, el presidente Pérez, el ministro Ávila y yo. Al salir de la zona protocolar del aeropuerto, le informé al presidente de la República lo que conocía: “Presidente, toda la tarde circuló un rumor sobre un posible atentado que un grupo de oficiales subalternos realizaría en su contra en el aeropuerto a su arribo de Davos” El presidente Pérez se molestó. Alterado me dijo: “Ministro, rumores y más rumores. Esos rumores son los que le hacen daño al gobierno. Lo espero a las 7 de la mañana en Miraflores para iniciar una investigación”. Un poco sorprendido por su actitud, le respondí: “Allí estaré presidente”. Guardé silencio durante el viaje. La caravana presidencial tomó con rapidez la autopista, y en pocos minutos llegamos a La Casona. Me despedí del presidente Pérez y del ministro Ávila.

Tomé mi automóvil y me dirigí hacia la residencia ministerial en Fuerte “Tiuna”. Todo se veía tranquilo. Superé las alcabalas y llegué a la residencia ministerial cerca de las 11:00 p.m. Mi esposa me esperaba, cenamos y me dispuse a acostarme. En ese momento sonó con insistencia el teléfono interministerial. Al tomarlo, escuché la voz de Pastor Heydra: “Ministro, el coronel Rincón, desea hablarle con urgencia”. El coronel Rincón me dijo: “Mi general, llamé por teléfono a mi esposa hace unos minutos a Fuerte “Mara” con la finalidad de participarle que había llegado bien a Caracas. Ella me acaba de informar que una compañía del Batallón “Aramendi” se insurreccionó y se dirige hacia Maracaibo”. Muy sorprendido, le di las gracias y cerré el teléfono. La noticia me hizo ver de inmediato el sentido de los rumores, pues eran, sin duda, parte de un golpe de Estado.

De inmediato llamé a La Casona para informar al presidente Pérez. Me atendió el telefonista de guardia. Esperé que lo localizaran. Al mismo tiempo, por el intercomunicador, me comuniqué con el Batallón “Caracas” con la finalidad de alertarlo. Comprendí que uno de los objetivos de los golpistas tenía que ser el Ministerio de la Defensa y mi propia persona. El telefonista de la residencia presidencial me informó que el presidente Pérez no atendía el teléfono. Le insistí en la urgencia de despertarlo. En ese momento escuché la voz, por el intercomunicador, del coronel Roberto Moreán Umanés, comandante del Cuartel General del Ministerio de la Defensa. Le pregunté la razón por la cual se encontraba a esa hora en su Comando. Me explicó que el general Pedro Rangel Rojas, comandante del Ejército, había establecido un estado de alerta en la tarde. Extrañado de no conocer esa decisión, le ordené aplicar el plan de defensa del Ministerio de la Defensa.

En ese momento, escuché la voz de Carolina Pérez, una de las hijas del presidente de la República. Le expliqué lo que ocurría. Con rapidez despertó a su padre. Por fin pude escuchar la voz del presidente Pérez. Le informé el alzamiento de la compañía de tanques en Fuerte Mara. De inmediato me ordenó: “Salga usted hacia el Ministerio de la Defensa, que yo me trasladaré a Miraflores”. Apenas colgué el teléfono llamé al doctor Oswaldo Álvarez Paz, gobernador del Estado Zulia, para informarle del alzamiento. Le pedí que se dirigiera al comando de la Primera División de Infantería. Mientras conversaba con el gobernador, el centralista de la residencia ministerial me fue comunicando con cada uno de los comandantes de Fuerza. Los localicé en su residencia, menos al general Rangel Rojas. Nadie contestaba el teléfono de su casa ni el del Comando del Ejército. A todos les ordené que se trasladaran a sus respectivos comandos

El mayor Ramírez pidió mi automóvil al Ministerio de la Defensa. Entendí de inmediato el riesgo que significaba dejar a mi familia en la

residencia ministerial y le pedí a mi esposa que se preparara para irse de Fuerte Tiuna. Ella no estuvo de acuerdo. Me costó convencerla, pero al final aceptó. Mi hijo Fernando preparó un automóvil particular para trasladarse a la casa de mi cuñado, Rafael Díaz Gorrín. Pasaban los minutos y el automóvil oficial no llegaba. Urgido como estaba en abandonar la residencia, tomé un vehículo destinado a los servicios administrativos, y acompañado del mayor Ramírez y de un soldado como chofer salí hacia el Ministerio de la Defensa. Sólo habían transcurrido unos diez minutos de haber recibido la llamada del coronel Rincón Noriega. Al terminar la carretera que comunica la residencia con la parte baja de Fuerte Tiuna, observé que el puesto de vigilancia se encontraba reforzado por un número de efectivos muy superior a lo normal no pertenecientes al Batallón Caracas. Sin identificarme sobrepasé la alcabala. Después averigüé que eran tropas del Regimiento Codazzi con la misión de detenerme al dirigirme al Ministerio de la Defensa

Cuando llegué al Ministerio, todo se veía normal. Recibí novedades del coronel Jacinto Colmenares Morales, jefe de Servicios, y del coronel Moreán Umanés. Les ordené reforzar las medidas de seguridad y subí a mi despacho. Apenas entré recibí una llamada del presidente Pérez. Tenía cinco minutos de haber llegado al palacio de Miraflores. Me dijo con angustia: “Están atacando La Casona”. Entendí el tono de su voz. Su familia había permanecido en la residencia presidencial. Allí se encontraban su esposa, doña Blanca de Pérez, sus hijos y sus nietos. Lo único que me vino a la mente para tranquilizarlo fue decirle: “Presidente, no se preocupe, voy a enviar refuerzos”, aunque en ese momento, no tenía ningún control sobre la situación. Seguía sin comunicarme con el general Rangel, lo que limitaba mi capacidad de movilizar unidades terrestres.

Ante tal imposibilidad, llamé directamente al comando de la Tercera División de Infantería y solicité hablar con el general Jorge Tagliaferro de Lima, comandante de esa unidad y jefe del Estado Mayor de la Guarnición de Caracas. El guardia de comando me informó que el general Tagliaferro había salido hacia el Batallón “Ayala”. Entendí que algo anormal sucedía en dicho batallón. Se abrió la puerta de mi Despacho. Era el almirante Elías Daniels, Inspector General de las Fuerzas Armadas. Le informé lo que ocurría. El coronel Moreán y el mayor Ramírez entraron en ese momento a mi oficina, sus rostros demostraban la gravedad de la novedad que venían a transmitirme: “Mi general, una unidad de Ingenieros tiene rodeado el Ministerio de la Defensa y está atacando el Comando del Ejército”. Le ordené al coronel Moreán, que acompañado del teniente coronel Diego Moreno, comandante del Batallón “Caracas”, tomara el mando directo de las tropas con el objeto de evitar cualquier deslealtad de algún oficial o suboficial comprometido en el alzamiento.

En ese momento, sonó el teléfono interministerial. Era de nuevo el presidente Pérez. Con sorprendente serenidad me dijo: “Ochoa, están atacando Miraflores. Escuche”: Disparos de todo tipo de armas se oían al otro lado de la línea. Para mi sorpresa, sonó un tiro de cañón. Entendí que el palacio presidencial estaba rodeado de tanques. Con poca confianza le repetí: “Presidente, le enviaré refuerzos,”. Colgó el teléfono. De inmediato llamé al general Luis Oviedo Salazar, comandante de la 31 Brigada de Infantería. Escuché su voz a través del intercomunicador. Me sentí un poco más tranquilo. De inmediato, me informó la situación. Como temía, el Batallón “Ayala” se había sublevado, aunque una parte había permanecido leal. Igual ocurría con el Grupo de Artillería “Ribas”. Antes de terminar su información lo interrumpí. “¿El Batallón “Bolívar” se mantiene leal?” “Sí, mi general”. “Nos salvamos”, le dije con certeza, pues conocía el poder de fuego de esa unidad.

“General, organice un grupo de tarea con el Batallón “Bolívar” y los vehículos blindados que permanecen en el Batallón “Ayala” y ataque la unidad insurrecta que rodea Miraflores”. Su respuesta fue muy firme: “Entendido, mi general, apenas tenga preparada la columna atacaré a las unidades alzadas”. En ese mismo momento sonó el teléfono. Era el centralista del Ministerio de la Defensa. Me comunicó una llamada de un puesto de la Guardia Nacional de la autopista Regional del Centro. Un guardia nacional me informó que acababa de pasar rumbo hacia Caracas una columna de tanques. Agradecí la información, pero me asaltaron nuevas dudas: ¿Se mantendrá leal la Brigada Blindada? Llamé telefónicamente al general Juan Ferrer Barazarte, comandante de la Brigada Blindada. Me atendió el teléfono el capitán Darío Arteaga Páez. Sus palabras: “Patria o muerte”, me confirmaron la gravedad de la situación... ..

El almirante Daniels me participó que la situación en Maracaibo se había complicado. El Cuartel Libertador, sede de los Grupos de Artillería Monagas y Freites, se había insurreccionado. No se tenía certeza de la lealtad de las demás unidades de la Primera División de Infantería. No había podido localizar a los generales Lara Estraño y Salazar Rodríguez, comandante de esa Unidad y de la 21 Brigada de Infantería respectivamente. Le pedí que tratara de llamar a las demás guarniciones para poder determinar con mayor precisión los acontecimientos que ocurrían en todo el país. A los minutos regresó con la evaluación militar:

El presidente de la República se encontraba sitiado en el Palacio de Miraflores, recibiendo fuego de una unidad blindada. La residencia presidencial se encontraba rodeada por una compañía de paracaidistas. El Ministerio de la Defensa estaba rodeado por una compañía del Regimiento “Codazzi”, que al mismo tiempo había tomado varios pisos de la

Comandancia del Ejército. Los generales y coroneles plazas de esas dependencias estaban siendo detenidos al presentarse a sus puestos de trabajo. Un batallón de paracaidistas había tomado la Comandancia de la Aviación y detenido al general Eutimio Fuguet Borregales, comandante de esa Fuerza y a su Estado Mayor. La Brigada Blindada se había insurreccionado. El Comando Regional No. 2 de la Guardia Nacional en Valencia se encontraba cercado por unidades insurrectas. La Comandancia de la Armada estaba siendo atacada por una unidad de Paracaidistas. El general Juan Antonio Paredes Niño, comandante de la Base “Libertador” había sido detenido por oficiales sublevados. Maracay continuaba incomunicado. Las demás guarniciones se encontraban sin novedad.

Preocupado por el rápido avance de la columna de tanques proveniente de Valencia, llamé telefónicamente al general Alfredo Salazar Montenegro, jefe del Comando Logístico del Ejército. Logré localizarlo. Le ordené establecer una posición defensiva en la autopista Regional del Centro, con la finalidad de impedir el acceso de la columna de tanques a Caracas. En ese momento, recibí otra llamada telefónica del puesto de la Guardia Nacional de la Encrucijada. Una unidad misilística se dirigía hacia la capital...Me quedé pensativo. Entendí que los minutos empezaban a ser vitales. Si no se demostraba algún éxito militar, la conspiración podía extenderse. Tomé la decisión de llamar al presidente Pérez:

- “Presidente, es necesario que usted se dirija a los venezolanos”.
- “Ochoa, estoy totalmente rodeado en el Palacio de Miraflores. Sería imposible salir. Me detendrían de inmediato o me dispararían”.
- “Es verdad presidente, pero la situación es de tal gravedad que tiene que hacerlo. Si usted no se dirige al país, el gobierno está derrocado”.
- “¿Es tan delicada la situación? Si, presidente, la situación es de inmensa gravedad”.
- “¿Y por donde salgo, Ochoa?”
- “Por los túneles, presidente. Debe haber alguna puerta sin control”.
- “Lo haré, Ochoa. Es mi responsabilidad”.

Un pesado silencio interrumpió la conversación. El presidente Pérez cerró el teléfono. Me sentí profundamente angustiado. Entendí el riesgo a que estaba sometiendo al presidente de la República. En verdad no veía otro camino. Si no se daba una demostración suficientemente clara de que el gobierno controlaba la situación, se podía extender la sublevación. Recordé la virulenta campaña que los medios de comunicación habían realizado, después del 27 de febrero de 1989, en contra del presidente Pérez y del gobierno nacional. ¿Qué había ocurrido en las Fuerzas Armadas? Una larga conspiración había debilitado sus valores democráticos.

La Conspiración

Cadetes universitarios

Más civiles que militares

Las reformas académicas en las Fuerzas Armadas siempre han tenido importantes consecuencias históricas en Venezuela. Así ocurrió en 1908, al fundar Cipriano Castro la Escuela Militar de Venezuela. Sus egresados ejercieron un importante papel en el desenvolvimiento político del país en la primera mitad del siglo XX. El prestigio militar del general Isaías Medina Angarita, que lo condujo a la Presidencia de la República, surgió por ser egresado de la promoción de 1914 de la Escuela Militar y haber sido durante once años consecutivos comandante de la compañía de cadetes. Eso mismo ocurrió al establecerse como requisito obligatorio para los ascensos el curso de Estado Mayor y los estudios técnicos de cada Arma o Servicio. El ascendiente militar del general Marcos Pérez Jiménez se originó por haber sido alférez mayor de la promoción de 1933 y realizar los cursos de especialización de Artillería y de Estado Mayor en el Perú. Justamente, el coronel Hugo Trejo, el jefe de la conspiración militar que comprometió la estabilidad del régimen dictatorial, había sido alférez mayor de la promoción de 1942 y era diplomado de Estado Mayor en España.

Las principales conspiraciones militares del siglo XX venezolano estuvieron relacionadas con las vinculaciones que surgieron, de manera particular, durante los años treinta en los institutos de formación de oficiales. Si analizamos, por ejemplo, las insurrecciones militares de 1945 y 1948 veremos con absoluta precisión que sus dirigentes pertenecían a una generación militar específica. Los nombres son clarificadores: Hugo Fuentes, Julio César Vargas, Oscar Mazzei Carta, Juan Pérez Jiménez, Rómulo Fernández, Mario Vargas, Wolfgang Larrazábal, Evelio Roa Castro, Luis Felipe Llovera Páez, Marcos Pérez Jiménez, Carlos Pulido Barreto. Todos se formaron en la Escuela Militar en la década: 1926 a 1936. Esas vinculaciones de amistad y camaradería son normales. Las conspiraciones se consolidan al existir, en un momento determinado, una logia militar con ambiciones de poder y una crisis política. Marcos Pérez Jiménez, Julio César Vargas y Luis Felipe Llovera Páez empezaron a conspirar varios años antes del 18 de octubre de 1945. La crisis política que signó el final del gobierno de Isaías Medina Angarita, su ruptura con el general Eleazar López Conteras y la imposición de la candidatura presidencial de Ángel Biaggini, permitió que esas ambiciones pudieran expresarse en una insurrección militar exitosa.

En 1970, durante el primer año de gobierno del doctor Rafael Caldera, se designó como director de la Academia Militar al general Jorge Osorio García. Ejercerá el cargo por cuatro años consecutivos. Su personalidad tenía características muy particulares: conservador, exigente en la disciplina, y de elevada moral. Su perfil profesional reunía las condiciones más exigentes para el desempeño de tan delicadas funciones. Inicialmente se consideró que realizaría una gestión enmarcada en la tradición militar. Sorprendió a todos al presentar a consideración del Comando del Ejército lo que se conoció como el Plan “Andrés Bello”. Su propio nombre, el intelectual más admirado por el presidente Caldera, era segura la garantía de su aprobación. Este Plan tenía por objeto elevar el nivel educativo a bachiller para poder ingresar a la Academia Militar, y luego dictar en cuatro años de estudios un pensum de nivel universitario que permitiera a sus egresados obtener el título de licenciado en Ciencias y Artes Militares. De esta manera, un oficial egresado de la Academia Militar podría realizar luego estudios universitarios de cuarto nivel. Se establecieron tres especialidades: Educación, Administración e Ingeniería, considerándose que esta formación general ayudaría al desempeño eficiente de sus funciones militares. Este nuevo plan de estudio obligó a establecer la edad de ingreso a la Academia Militar de 19 a 23 años y dedicarle un mayor tiempo a la formación civil debido a las exigencias que hacía el Consejo Nacional de Universidades para reconocer el tercer nivel a los estudios realizados en la Academia Militar.

La exigencia del bachillerato tuvo consecuencias en el origen social del cadete. Los venezolanos al graduarse de bachiller, en la década del setenta, tenían múltiples oportunidades de estudio. Se habían ampliado las facultades y las escuelas en las universidades y el gobierno de Carlos Andrés Pérez había establecido el Plan Gran Mariscal de Ayacucho, programa que becaba con gran facilidad a jóvenes bachilleres para realizar estudios de tercer nivel en el exterior. Tantas oportunidades limitaron las perspectivas que tradicionalmente ofrecía la carrera militar para la clase media venezolana. Esta realidad disminuyó la posibilidad de una mejor selección de los aspirantes a cadetes. En los Institutos Militares, se hizo un esfuerzo importante para superar las fallas que traían los alumnos en su formación de bachillerato. Lamentablemente el tiempo era insuficiente. Se requería nivelar los estudios de bachillerato de los alumnos, sembrarles valores morales, dictarles un conjunto de materias universitarias y, además, darles el entrenamiento necesario para su desempeño como subtenientes. En verdad, ninguno de los cuatro objetivos se logró cumplir cabalmente. Estas fallas en la formación militar van a tener graves consecuencias en el futuro de las Fuerzas Armadas. Posteriormente, en la década de los ochenta, siendo el general José Antonio Olavarría director de la Academia Militar, se hizo una revisión de dicho plan, eliminándose las especialidades civiles y orientándose la formación del cadete

a un objetivo fundamental: crear un líder militar. Esa reforma fue de gran trascendencia.¹

A partir de 1958 se inició un proceso de adoctrinamiento que buscó fortalecer en los militares venezolanos los valores democráticos. Negar totalmente ese esfuerzo sería un error, pero es necesario reconocer que los diez años de dictadura y el origen conservador de las Fuerzas Armadas de esa época mantuvieron en el subconsciente de muchos de los oficiales y suboficiales un germen autoritario y su consecuente admiración por los gobiernos militares. En las conversaciones en los cuarteles se comparaba permanentemente las obras públicas de la democracia con las de la dictadura perezjimenista. En ese balance de las dos gestiones administrativas, siempre salía triunfante el gobierno militar. Además, la percepción que se tuvo en los cuadros de oficiales de la victoria electoral de Rómulo Betancourt, en diciembre de 1958, fue que dicho triunfo significaba una gran derrota para las Fuerzas Armadas. Esa manera de pensar de los integrantes de la Institución Armada la conocían algunos líderes de la izquierda venezolana por sus contactos conspirativos durante la dictadura.

La izquierda bonapartista

El Partido Comunista de Venezuela había jugado un papel fundamental en el derrocamiento de Marcos Pérez Jiménez. Su estructura leninista le había permitido sobrevivir a la persecución de la Seguridad Nacional. Después de la asonada militar del 1° de enero de 1958, sus cuadros lograron movilizar a los estudiantes y a los sectores populares, que se enfrentaron con gran valor a la represión policial en manifestaciones y acciones de resistencia al patrullaje militar. Sin lugar a dudas su liderazgo jugó en esos días un papel estelar. Los sectores democráticos, temerosos de la reacción de las Fuerzas Armadas y de la posición de los Estados Unidos, decidieron no invitar al Partido Comunista a firmar el Pacto de Punto Fijo. Es necesario recordar que ese partido había sido responsable de la protesta en contra de Richard Nixon durante su visita a Caracas en ese año. La historia siempre ha justificado la actitud del liderazgo democrático. Invitar al Partido Comunista a formar gobierno hubiese comprometido la estabilidad de la democracia venezolana, pero sin duda fue un factor fundamental para conducirlo a la subversión.

La Revolución Cubana impactó de tal manera a los sectores progresistas venezolanos que era difícil pensar que no tomarían el camino de la violencia. “El mito de los doce muchachos atrincherados en la Sierra Maestra, que al final logran no sólo vencer a un ejército profesional sino desafiar en sus propias narices al Imperio, inflamó a las juventudes de

¹ Olavarria, José Antonio, *Entrevista, Caracas, 15 de septiembre de 2005.*

América. Tal vez en ninguna parte se dio eso como en Venezuela, porque aquí la reflexión no tenía forma interrogativa, sino asertiva: “Nosotros hubiéramos podido, el 23 de enero de 1958”². Esta influencia fue también la causa de una importante división en Acción Democrática. El liderazgo juvenil que había enfrentado a la dictadura no reconoció la dirección política de la vieja guardia partidista.

Durante el mes de enero de 1962, se inició en Caracas una huelga de transporte, dirigida por el partido comunista, que se transformó en pocos días en una huelga general. El objetivo era crear el ambiente popular para permitir la insurrección militar. Importantes unidades estaban comprometidas: en la Guaira, el Batallón de Infantería de Marina “Bolívar”, comandado por el capitán de corbeta Víctor Hugo Morales; en Caracas, el Batallón Blindado “Bermúdez”, al mando del mayor Héctor Vargas Medina; en Carúpano, el Batallón de Infantería de Marina “Mariscal Sucre” al mando del capitán de corbeta Jesús Teodoro Molina Villegas y el Destacamento No. 33 de la Guardia Nacional, al mando del mayor Pedro Vegas Castejón; en Puerto Cabello, la Base Naval y el Batallón de Infantería de Marina “Urdaneta”, comandados por el capitán de navío Manuel Ponte Rodríguez y el capitán de fragata Víctor Medina Silva. El gobierno nacional descubrió algunos hilos de la conspiración. De inmediato reemplazó en los mandos al mayor Héctor Vargas Medina y al capitán de corbeta Víctor Hugo Morales. Esas medidas desarticulaban la sublevación. La falta de coordinación en los alzamientos de las Guarniciones de Puerto Cabello y Carúpano comprometió el éxito de la rebelión militar.

A finales de 1962, el partido comunista desató una importante ofensiva de guerrilla urbana en las principales ciudades del país. Las Fuerzas Armadas reaccionaron con gran eficacia. Poco a poco los grupos subversivos empezaron a ser acorralados en los sectores populares. Las perspectivas de éxito de la insurrección popular se redujeron significativamente. Esta realidad obligó a replegarse hacia las zonas campesinas y empezar el movimiento guerrillero. A partir de ese año no hubo nuevos intentos conspirativos en las Fuerzas Armadas. Fue una década de esfuerzo militar para derrotar la subversión izquierdista, que empezó a ser apoyada por el gobierno de Fidel Castro. La acción militar de unas fuerzas armadas con gran mística profesional y la conducción política de un partido popular con amplia base campesina como era Acción Democrática permitió derrotar el movimiento guerrillero, que va progresivamente desgastándose, hasta tener que aceptar las condiciones de la política de pacificación. Al mismo tiempo, por razones ideológicas, ocurrió la división del Partido Comunista y la creación del

² Caballero Manuel, *Las Crisis de la Venezuela contemporánea (1902-1992)*, Alfadil Ediciones, Caracas, 2003, tercera edición, p. 143.

Movimiento al Socialismo por Teodoro Petkoff, Pompeyo Márquez y Freddy Muñoz.

Las Fuerzas Armadas continuaron siendo un objetivo político. Los sectores de izquierda empezaron, después de iniciada la pacificación, un proceso de penetración en las Fuerzas Armadas, a través del control que tenían sobre la educación media, que se va a prolongar por varias décadas. Sus efectos se hicieron sentir: “Nos reunimos sobre la base de estructurar un movimiento cívico-militar que se preparara a largo plazo para una insurgencia revolucionaria. Es importante destacar que cuando surgió el grupo que se va a denominar Movimiento Bolivariano ya existían dos grupos más en el seno de las Fuerzas Armadas. Uno lo comandaba William Izarra, de la Aviación, quien se había incorporado a la revolución desde la época de Carlos Andrés Pérez. Y existía otro movimiento que dirigía un oficial que no puedo mencionar, perteneciente a la Marina”³

La promoción Simón Bolívar

La promoción Simón Bolívar II, a la cual pertenece Hugo Chávez Frías, va a ser la primera promoción que egresa con el título de Licenciado en Ciencias y Artes Militares de la academia Militar de Venezuela. Ese título y el nombre de la promoción lo van a utilizar como un factor aglutinante de las futuras promociones que egresaron de ese instituto de formación de oficiales a partir de 1975. Es difícil precisar en qué momento Hugo Chávez empezó a demostrar inquietudes políticas. Desde joven, en Barinas, había recibido una marcada influencia marxista de un profesor de historia, José Esteban Ruiz, padre de dos compañeros de estudio. Él va a incidir fundamentalmente en las lecturas que Hugo Chávez realizará en sus tiempos de estudiante de bachillerato: “Miren jóvenes, léanse ese libro allá. Y ellos lo siguen con la mirada hasta El contrato social de Jean Jacques Rousseau y El príncipe de Maquiavelo”⁴

Su ingreso a la Academia Militar no ocurrió como consecuencia de un interés partidista particular, como permanentemente lo han señalado algunos de sus críticos. Fue una casualidad que hubiese visitado el liceo O’Leary, en Barinas, un oficial de la Academia Militar a dar una conferencia para atraer a los aspirantes a cadetes. “Nos llevaron a todos obligados. Yo no quería...Ya está: esta es la mía. Me voy para la Escuela Militar y conozco Caracas, luego me retiro y me quedo”.⁵ Esto es verdad, pero también es cierto que su formación ideológica le hacía entender que las Fuerzas Armadas eran un

³ Garrido Alberto, *Guerrilla y conspiración militar en Venezuela*, Editorial Venezolana, Mérida, 1999, p. 28.

⁴ Marcano Cristina y Barrera Tyszyka, Alberto, *Hugo Chávez sin uniforme*, Editorial Random House Mondadori, S.A. Caracas, 2004, p. 55.

⁵ Documental transmitido por Venezolana de Televisión, Caracas, Venezuela, 13 de agosto de 2004.

camino siempre utilizado en Venezuela para alcanzar el poder. “Él no entró al Ejército catequizado, el Partido Comunista no influyó nada en eso. Indudablemente, ya tenía una formación política y llevaba metido en la cabeza la función constructiva del Ejército Rojo, asegura Ruiz Guevara”.⁶

Los integrantes de la promoción Bolívar II se sintieron siempre como algo diferente a los demás miembros de las Fuerzas Armadas. Empezaron a llamarse bolivarianos. Consideraron que su formación universitaria los hacía líderes naturales de las nuevas generaciones de oficiales. Esa creencia les fue transmitida por el general Osorio García y sus colaboradores. Poco a poco, se fueron transformando en severos críticos de la realidad política y militar venezolana. En general no puede decirse que los oficiales pertenecientes a la promoción Bolívar II tuviesen ideas marxistas, pero sí que habían recibido en los liceos una formación de izquierda. Un grupo de cadetes panameños, que ingresó a la Academia Militar durante los años 1971 y 1973, influyó de manera importante en algunos miembros de la promoción Bolívar II. La figura histórica del general Torrijos, oficial egresado de la Escuela de Formación de Oficiales de la Guardia Nacional de Venezuela en la década del cincuenta, empezó a ser tema de conversación entre cadetes de la Promoción Bolívar II. Casualmente, Hugo Chávez se hizo amigo de José A. Gómez Ortega, uno de los cadetes panameños.

Hugo Chávez conoció al general Torrijos al mismo tiempo que al general Juan Velasco Alvarado. Su viaje al Perú, en 1974, acompañado, entre otros compañeros de promoción, por Miguel Ortiz Contreras, lo va a impactar profundamente: “Tenía 21 años, estaba en el último año de la Academia y ya andaba con una clara motivación política. Para mí fue una experiencia emocionante vivir como joven militar la revolución nacional peruana. Conocí personalmente a Juan Velasco Alvarado. Una noche nos recibió en el Palacio... El manifiesto revolucionario, los discursos de aquel hombre, el Plan Inca, me los leí durante años”.⁷ “Allí también vimos a Torrijos, y no sólo a él, sino a los cadetes panameños del Colegio Tomás Herrera”.⁸

La pregunta que tenemos que hacernos es si estas ideas eran particulares de Hugo Chávez o si tenían influencia en su promoción o en su generación militar. Creemos que la respuesta es sí. En toda promoción de los Institutos Militares existe un amplio grupo que no tiene mayores inquietudes políticas y sociales, pero la elite de cada generación se ve influida por las mismas orientaciones ideológicas: “En realidad, de la revolución peruana y panameña, muchas cosas nos llamaron la atención. No olvides que éramos

⁶ Marcano Cristina y Barrera Tyszya, Alberto, .op. cit., p. 60.

⁷ Hurnecker Marta. *Un hombre, un pueblo, sin editor*, Caracas, 2002, p. 20.

⁸ Blanco Muñoz, Agustín, *Habla el comandante*, Fundación Pío Tamayo, Caracas, 1998, p.44.

unos muchachos militares que aquí, a pesar de la apertura académica de la que hemos hablado ya, nunca en la Academia Militar llegamos a hablar de rebelión”.⁹ Ciertamente no eran tiempos de conspiración. La democracia venezolana había consolidado un gran prestigio. Fueron años de avance social y económico en Venezuela.

Se conspira con cadetes

La conspiración que generó la insurrección militar del 4 de febrero de 1992 se fortaleció en el tiempo. Fueron muchos años de minucioso y cuidadoso trabajo. Su epicentro fue la promoción Simón Bolívar II. El motor fundamental de ese esfuerzo, la voluntad, el carácter y la ambición desmedida de Hugo Chávez. En la Academia Militar, una generación se constituye por las promociones que coinciden en el Instituto durante los años de formación. La promoción de Hugo Chávez se graduó en 1975. Sus miembros conocieron con cierta intimidad a los oficiales pertenecientes a las promociones que egresaron de la Academia Militar en los años que van desde 1971 hasta 1980. Sus integrantes desarrollaron un fuerte liderazgo sobre las promociones que se graduaron desde 1976 a 1980. En esa generación se formó el primer círculo conspirativo y su grupo dirigente. Los nombres de la mayoría de los jefes de la insurrección del 4 de Febrero así lo señalan: Hugo Chávez Frías, Francisco Arias Cárdenas, José Miguel Ortiz Contreras, David López Rivas, Jesús Urdaneta Hernández, Yoel Acosta Chirinos, Raúl Isaías Baduel y Gustavo Pérez Issa.

Un factor fundamental en la organización de las distintas células conspirativas fue la designación como oficiales de planta de la Academia Militar de varios de los oficiales de esa generación militar que ya se encontraban comprometidos en la insurrección. El caso de Hugo Chávez fue muy significativo. Estuvo como oficial de planta en el grado de teniente durante los años 1981 y 1982 y de capitán durante los años 1984 y 1985, desempeñándose como comandante del Curso Militar. Estas designaciones fueron casuales. Sus condiciones militares lo permitían. Estos oficiales aprovecharon su permanencia en la Academia Militar para sembrarles inquietudes políticas a los cadetes bajo su mando. Si se observa con precisión los años de permanencia de cada uno de ellos como oficiales de planta y los oficiales de otras generaciones que los acompañaron en su aventura golpista, se puede comprobar la indebida utilización que hicieron de sus funciones de instructor.

Tomemos algunos ejemplos significativos. Además de Hugo Chávez, que permanecerá por cuatro años como oficial de planta, Francisco Arias

⁹ *Ibidem.*, p. 43.

Cárdenas, Miguel Ortiz Contreras, Joel Acosta Chirinos, Gustavo Pérez Issa, Raúl Isaías Baduel y Wilfredo Ramón Silva prestarán servicio en la Academia Militar durante los años 1978 a 1981. Es el tiempo de la formación militar de los futuros capitanes: Ronald Blanco La Cruz, Edgar Hernández Beherens, Carlos Guyón Celis, Carlos Luis Duarte Mariño, Jorge Durán Centeno, Gerardo Alfredo Márquez, Miguel Rodríguez Torres, Luis Valderrama Rosales, Darío Arteaga Páez, Francisco Javier Centeno, Antonio Rojas Suárez, Ángel Martínez Alfonso, Frank Rafael Morales, Jesús García Rojas, Humberto Ortega Díaz, Wilmer Barrientos Fernández, Ismael Pérez Sira, Jesús Aguilarte Gámez, Carlos Luis Duarte Mariño, Oliver y Carlos Alcalá Cordones, Francisco Ameliach Orta, Pedro Jiménez Yusti, René Gimón Álvarez, Joaquín Napoleón Suárez Montes, Juan Carlos Hidalgo Panderes, Noel Martínez Rivero y Ramón Valera Querales. Este grupo generacional va a ser el factor más activo de la conspiración.

En 1984, fueron designados como oficiales de planta en la Academia Militar, con el grado de capitán, Hugo Chávez Frías y Gustavo Pérez Issa. En ese mismo año fueron enviados a prestar servicio como instructores los tenientes Ronald Blanco La Cruz y Edgar Hernández Beherens entre otros. Se organizaron en células para ir progresivamente adoctrinando a los nuevos cadetes. Poco a poco comprometieron en la conspiración a un importante grupo de los integrantes de las promociones que se graduaron en los años que van de 1985 a 1987: Florencio Porras Echezuría, Julio César Almeida Flores, Dionisio Antonio Durán Oliveros, Luis Eduardo Chacón Roa, Pedro Galvin Escobar, Gabriel Bolado Zambrano, Daniel Medina Aquino, Nelson Rodríguez Bacadare, Diosdado Cabello Rondón, Jesse Chacón Escamillo, José García Contreras, José Gregorio Vielma Mora, Raúl Álvarez Bracamonte y Jesús Mantilla Oliveros. Este grupo de oficiales, con el grado de tenientes, actuará activamente durante la insurrección del 4 de febrero de 1992.

La logia conspirativa se inició el 17 de diciembre de 1982 al juramentarse en el Samán de Güere los tenientes Hugo Chávez Frías, Jesús Urdaneta Hernández; Felipe Acosta Carlés y Raúl Isaías Baduel y obtener el compromiso de llevar adelante una conspiración militar que rectificara el rumbo equivocado, según ellos, que llevaba Venezuela. Allí comenzó la conspiración, pero sólo tuvo fuerza después del tiempo que pasaron varios de los miembros de esa logia en la Academia Militar. “El desarrollo de la logia militar tuvo grandes dificultades. En bastantes ocasiones el movimiento se sentía que llevaba vigor y por un acontecimiento u otro se venía en picada y yo varias veces pensé que no iba a ser posible adelantar las acciones militares”¹⁰

¹⁰*Ibidem*, pp. 123,124.

Demasiados dólares

Visión de grandeza

La democracia venezolana se había consolidado firmemente durante los gobiernos de Rómulo Betancourt, Raúl Leoni y Rafael Caldera. Sus enemigos, la derecha militarista y la izquierda revolucionaria, habían sido totalmente derrotados. La estabilidad política y los avances económicos y sociales alcanzados durante esos años presentaban a Venezuela como un ejemplo a seguir por los demás países latinoamericanos sometidos a recurrentes dictaduras militares y a permanentes procesos inflacionarios. El incremento progresivo de los ingresos petroleros, el crecimiento de la industria nacional y del empleo, la existencia de una fuerte moneda y una baja inflación habían permitido el mejoramiento de vastos sectores populares y el surgimiento de una pujante clase media. La transferencia pacífica del poder entre los distintos partidos mostraba la fortaleza de nuestro sistema político. Por todas estas razones, los venezolanos veíamos con esperanza el porvenir

Acción Democrática fue derrotada en 1969, como consecuencia de una grave división interna liderada por Luis Beltrán Prieto Figueroa, importante figura de ese partido. La gestión de gobierno de Rafael Caldera había sido eficiente y honesta. Existían grandes posibilidades de que el partido COPEI volviera a ganar las elecciones presidenciales. Carlos Andrés Pérez, desde la Secretaría General de Acción Democrática, desarrolló una inteligente política que le permitió recuperar la tradicional fortaleza de su partido, sin mostrar ambición presidencial. Todos veían que su esfuerzo por recuperar a Acción Democrática sólo buscaba fortalecer el liderazgo de Rómulo Betancourt. En 1972, la opinión pública fue sorprendida por su decisión de no aspirar la presidencia de la República. A partir de ese momento, la candidatura de Carlos Andrés Pérez se hizo una realidad indetenible.

No se puede negar el esfuerzo personal que realizó para ganar las elecciones. “Lo primero lo llevó a darle un vuelco a su partido para transformarlo, de una organización cerrada, muy influenciada por el modelo leninista, y de un partido doctrinario en una organización gestinaria, más parecida a las grandes coaliciones heteróclitas que son los partidos norteamericanos”.¹¹ Al mismo tiempo, creó una fuerte polarización con COPEI y sin complejos se dedicó a fortalecer su imagen personal. La izquierda empezó a atacarlo como el responsable de la represión durante la lucha antiguerrillera. Ese ataque lo transformó en la base misma de la campaña: “Democracia con energía”. Este eslogan simbolizó una exigencia popular: lograr una mayor seguridad personal. El cambio de imagen fue

¹¹ Caballero Manuel, *La gestión de Hugo Chávez*, Editorial Catarata, Caracas, 2000, p. 71.

fundamental para obtener el triunfo. Sus chaquetas juveniles, su pelo largo y su permanente demostración de resistencia física empezaron a convertirlo en un líder popular. El resultado electoral de esos comicios fue sorprendente: Carlos Andrés Pérez obtuvo 2.122.427 votos, cerca del 49 %, frente a Lorenzo Fernández, quien sólo alcanzó 1.598.929 votos, cerca del 36 %. Una importante victoria.

Los venezolanos miraron con gran esperanza el triunfo de Carlos Andrés Pérez. Su primera alocución, al juramentarse como presidente de la República, incrementó la ilusión: su ofrecimiento de nacionalizar la industria petrolera, estabilizar el signo monetario, controlar el gasto público, luchar contra la pobreza, redistribuir la riqueza nacional, lograr el pleno empleo, reconstruir la agricultura, profundizar la reforma agraria y desarrollar un importante programa siderúrgico y petroquímico impactó el sentimiento nacional. Terminó su trascendente discurso con una frase que resumió con acierto la realidad nacional: “La abundancia de recursos fiscales ha sido espejismo que ha contribuido a que nos engañemos a nosotros mismos sobre la verdad de la sociedad venezolana. Por eso repito que mi gobierno administrará esta abundancia con criterio de escasez, quiero decir, con eficiencia, con equidad y justicia distributiva”.¹²

La designación del primer Gabinete tuvo cierto impacto político; por un lado, Acción Democrática mantuvo una clara hegemonía, pero, por otro, la opinión pública fue sorprendida con la designación de Gumersindo Rodríguez como ministro de Estado, jefe de Cordiplán. Había sido, en sus tiempos juveniles, un duro adversario de Acción Democrática. Ciertos rumores empezaron a señalar un distanciamiento entre Rómulo Betancourt y Carlos Andrés Pérez. El gabinete ejecutivo estaba convencido de la necesidad de tomar, a la brevedad posible, un conjunto de medidas para adaptar nuestra economía a la nueva realidad fiscal: El barril de petróleo pasó de US \$ 3,71, a finales de 1973 a US \$ 10,53 en 1974, lo que determinó que el ingreso petrolero pasara de Bs. 11.182 millones en 1973 a Bs. 36.448 millones en 1974. El total de los ingresos fiscales aumentó de Bs. 16.433 millones en 1973 a Bs. 42.799 millones en 1974.¹³ “El conjunto de decisiones legales que se tomaron en los primeros días de gobierno produjo un cambio de significativa importancia en el desenvolvimiento de la gestión gubernamental. Sin embargo, se producirían cambios de mayor profundidad en los meses siguientes”.¹⁴

La presentación de la Ley Orgánica que autorizó al presidente de la República a dictar medidas extraordinarias en materia económica y financiera,

¹² Pérez, Carlos Andrés, *Alocución de toma de posesión de la Presidencia de la República*, Caracas, 12 de marzo de 1974.

¹³ Banco Central de Venezuela, *Informe Económico 1974*, Caracas, Venezuela, Año 1975.

¹⁴ Silva Luongo, Luis José, *De Cipriano Castro a Carlos Andrés Pérez*, Monte Avila Editores, Caracas, 2000, p. 681.

mostró la decisión del gobierno nacional de dar una respuesta eficiente a la particular situación económica que vivía el país. Este conjunto de medidas en distintos órdenes del quehacer nacional van a impulsar un importante período de bienestar nacional: la nacionalización petrolera; la reconversión y consolidación de la deuda de los productores agropecuarios; la recuperación del Fondo de Pensiones del Seguro Social; consagración, como derechos adquiridos por los trabajadores, de la antigüedad y cesantía; la creación del Fondo de Inversiones; el Plan Gran Mariscal de Ayacucho; la nacionalización del hierro; el desarrollo de Guayana; el V Plan de la Nación; el plan de recuperación de la infraestructura vial; el programa de electrificación y construcción de acueductos. En fin, un ambicioso y extraordinario proyecto de transformación nacional. El dinero producto de la venta de petróleo se distribuyó a manos llenas entre todos los sectores nacionales creando, principalmente en la clase media, una marcada tendencia al despilfarro y al gasto suntuario.

Una vieja amistad

Mi amistad personal con Carlos Andrés Pérez tiene un origen familiar. Su padre, Antonio Pérez Lemus fue muy amigo de mi abuelo Antonio Ochoa Cangas. Las dos familias vivían en Rubio, estado Táchira, en casas vecinas. Desde niño escuché contar a mi padre, con emoción, distintas anécdotas de esa relación familiar: “al morir mi padre, don Antonio Pérez se encargó de enfrentar los difíciles momentos que tuvo que afrontar mi madre, con numerosos hijos menores”¹⁵ Esa amistad fue ratificada a lo largo de los años. Mi padre, al viajar al Táchira, siempre visitaba a don Antonio Pérez y a su esposa Julia Rodríguez. A su muerte en la década de los cuarenta, la familia Pérez viajó a Caracas. Durante esos años, mi padre fortaleció la relación de amistad con los hermanos Pérez que, con esfuerzo, habían empezado a abrirse paso en Caracas.

El 18 de octubre de 1945 fue un trágico día para mi familia. Mi padre era el comandante de la Policía de Caracas. Defendió, con valor, el gobierno democrático de Isaías Medina Angarita. Después de la rendición del gobierno medinista, fue detenido y trasladado a la Cárcel Modelo. Mi madre, acompañada de todos sus hijos, intentó visitarlo la semana siguiente. Al llegar al penal, había una larga cola de familiares que iban a visitar a los detenidos. Un funcionario atendía el ingreso y poco a poco todos iban entrando. Al llegar el turno de nosotros “recibió esta respuesta del jefe de la guardia: ¡Ah, usted viene a visitar al asesino del pueblo de Caracas! Toda aturdida con semejante expresión regresó al hogar. Eso cambiaría, porque dos días después los hermanos Pérez Rodríguez llegaron a la cárcel a darme

¹⁵Ochoa Briceño Santiago, conversación personal, julio de 1958.

prueba de una consecuente amistad, portando una nota de puño y letra de Rómulo Betancourt, Presidente de la Junta Revolucionaria de Gobierno. Al instante se allanaron todas las dificultades, y en los próximos días tuve el gozo de ver a mis hijos, mas no a Flor. En esto estaba la mano de Carlos Andrés Pérez, Secretario Privado de Betancourt”.¹⁶

Tuve la oportunidad de conocer a Carlos Andrés Pérez en 1963. Mi padre, embajador en Bogotá, le envió una carta. Se la fui a entregar a su casa. Llegué cerca de la 7 a.m.. Me anuncié, dispuesto a esperar con paciencia un largo tiempo para ser recibido. Carlos Andrés Pérez ya era Ministro del Interior y yo apenas subteniente. Para mi sorpresa me atendió de inmediato y leyó la carta en mi presencia. Me dijo que le escribiría a mi padre a la brevedad. Consideré que debía despedirme, pero Carlos Andrés Pérez me interrumpió ofreciéndome un café. Iniciamos una interesante conversación que duró más de media hora. Me planteó varios problemas relacionados con las Fuerzas Armadas. Lo volví a ver en una recepción en su honor que le ofreció el historiador tachirenses Antonio Arellano Moreno, después de su salida del Ministerio del Interior. Al despedirse, me invitó a que lo visitara en el partido Acción Democrática. No lo hice de inmediato. Mi padre fue trasladado de embajador a El Cairo. De vez en cuando me enviaba alguna carta dirigida a Carlos Andrés Pérez para que se la entregara. Empecé a visitarlo en la Secretaría General de Acción Democrática.

A finales del gobierno de Rafael Caldera, surgió una marcada polarización electoral entre Carlos Andrés Pérez y Lorenzo Fernández. Uno de los ataques más delicados que se le hizo al candidato de Acción Democrática era su supuesta nacionalidad colombiana. La campaña era inclemente. Mi padre se desempeñaba como embajador en Ecuador. El 29 de junio de 1973, sorprendió a la opinión pública, con una carta dirigida al doctor Alfredo Tarre Murzi, director de la revista *Semana*, en la cual daba fe de la nacionalidad venezolana de Carlos Andrés Pérez: “sólo por un deber de lealtad a una amistad heredada de mis mayores me veo obligado a desmentir lo que se afirma en una carta publicada en la revista *Al Margen* y recogida en las columnas de esa prestigiosa revista –aún más hoy bajo tu inteligente y experta dirección – de que Carlos Andrés Pérez nació en el caserío Herrán, situado en las cercanías de Cúcuta, y lo desmiento porque me consta, a través de las relaciones de nuestras dos familias, que don Antonio Pérez, de nacionalidad colombiana, caballero a carta cabal, y doña Julia Rodríguez, virtuosísima dama, nacida en Rubio, vivieron siempre en dicha ciudad desde mucho antes de 1911¹⁷

¹⁶Ochoa Briceño Santiago, *Lo que vi, oí e hice, Del andinismo a la democracia*, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 1994, p. 244.

¹⁷*Ibidem*, p. 491.

Durante esos días de campaña electoral, comencé a visitar a Carlos Andrés Pérez en su casa de habitación para evitar ir a la sede del comando de campaña en la Torre de las Delicias de la avenida Libertador. En diciembre de 1974, ganó las elecciones y ya presidente dejé de visitarlo, pues la parafernalia presidencial lo hacía muy difícil. El 14 de diciembre de ese año había asistido a la misa de aguinaldos del Ejército. Me había acostado de madrugada y por esa razón estaba durmiendo en mi casa cuando mi señora me despertó diciéndome que tenía una llamada del presidente Pérez. Al principio creí que era una broma, pero ante su insistencia tomé con rapidez el teléfono. Era Carlos Andrés Pérez. Me llamaba para preguntarme qué aspiración política tenía mi padre. Le dije que no sabía, pero que de inmediato lo llamaría por teléfono para preguntárselo y, al día siguiente, se lo comunicaría. Así lo hice. Mi padre me informó que aspiraba regresar como embajador a España. Al día siguiente, fui a visitar al presidente Pérez en la Torre de las Delicias. Me recibió de inmediato, le informé la aspiración de papá y su respuesta fue terminante: “Con todo gusto, el mayor Ochoa, será mi embajador en España”. Con la simpatía de siempre, conversamos unos minutos. Me sorprendió que no me preguntara si yo tenía alguna aspiración. Me despedí cordialmente. Meses después me ofreció la oportunidad de realizar el curso de Estado Mayor en Francia.

Los Notables

Ingresé a la Academia Militar en agosto de 1958. Mis compañeros de promoción y yo habíamos vivido las inquietudes políticas que conmocionaron a Venezuela después del derrocamiento de la dictadura perezjimenista. Esa particularidad nos empezó a diferenciar de los demás cadetes. Nuestras conversaciones giraban sobre temas de interés nacional. El triunfo de la Revolución Cubana en enero 1959, influyó de una manera muy importante en mi generación militar. Mientras fuimos cadetes, vivimos varios problemas de orden nacional, que provocaron en nosotros grandes inquietudes: la insurrección militar del 7 de septiembre de 1958, las elecciones de diciembre de ese año, la toma de posesión de Rómulo Betancourt, la invasión de San Cristóbal por el general Jesús María Castro León, el atentado al presidente Betancourt, la toma de la Academia Militar por el coronel Edivaldo Ramírez, los alzamientos militares de Carúpano y Puerto Cabello y el inicio de la insurgencia guerrillera. Eran, sin duda, años de gran inestabilidad política.

Desde mi ingreso a la Academia Militar pertencí a la Tercera Compañía de Cadetes. Mis mejores amigos en esos años fueron Carlos Santiago Ramírez, Ramón Santelíz Ruiz, Julio Moreno Sarmiento, Hernán Machado Peraza, José Chacón Colmenares y Ramón Salas Mendoza.. Justamente, por esas casualidades del destino, Carlos Santiago Ramírez, Ramón Santelíz Ruiz, Julio Moreno Sarmiento y yo tuvimos una importante

actuación durante el intento de alzamiento de la Academia Militar, el 20 de febrero de 1961. El coronel Edivaldo Ramírez tomó, durante la noche, el Instituto con la complicidad de los tenientes Pedro Oliva Campos y Juan Antonio Herrera Betancourt. La Tercera Compañía de Cadetes, unidad a la cual estábamos asignados, estaba de guardia. El brigadier Ramón Santeliz Ruiz era el rondín. Nos despertó, apenas se dio cuenta de que había una situación anormal. En ese momento sonó la alarma y el batallón de cadetes formó en el patio de ejercicios. Sorprendentemente, nadie nos dirigió la palabra. Un gran desconcierto surgió entre los cadetes.

Nuestro grupo consideró que lo más conveniente era reforzar el servicio y así lo hicimos. Al llegar al salón de honor de la Academia Militar, observamos con sorpresa que el teniente Herrera Betancourt, acompañado de unos civiles, detenía a los tenientes Félix Quero Franco y Juan Guevara Sánchez, Oficiales de Día y de Inspección respectivamente. Al continuar nuestro recorrido, nos encontramos con una nueva sorpresa. En la prevención del Instituto, en presencia del teniente Oliva Campos, unos civiles armados con ametralladoras tenían encañonado al mayor Carlos Carnevalli Rangel, jefe de Servicios. En ese momento oímos llegar violentamente un automóvil. Era el teniente coronel Tulio Misael Pernía, comandante del Cuerpo de Cadetes. Con la pistola en la mano, sometió al teniente Oliva Campos, quien respetuosamente acató su autoridad. El teniente José Humberto Vivas le había informado telefónicamente del alzamiento.

De inmediato nos ordenó desarmar a los civiles que tenían detenido al mayor Carnevalli. Al verme, me dijo: “Ochoa, acompañe al mayor Carnevalli a su habitación a uniformarse”, y se hizo seguir por los brigadieres Santiago, Santeliz y Moreno. El mayor Carnevalli, ya uniformado, me ordenó tomar la central telefónica. Desde allí llamó al Comando del Ejército a informar sobre los acontecimientos ocurridos. El teniente coronel Pernía se presentó al patio de ejercicio, donde estaba formado el batallón de cadetes. En ese momento el coronel Ramírez lo interceptó y lo increpó: “Tulio Misael, es la última oportunidad que tenemos”. “Usted está equivocado, mi coronel” y sin decir más nada, ordenó su detención por los cadetes que lo acompañaban. A las pocas horas había regresado la normalidad a la Academia Militar. El coronel Edivaldo Ramírez, los oficiales insurrectos y los civiles que lo acompañaron en esa aventura fueron enviados detenidos al Servicio de Información de las Fuerzas Armadas. En ese momento, lo que más me sorprendió fue observar que la mayoría de los cadetes eran partidarios del alzamiento. En general existía una tendencia muy importante por lograr el reestablecimiento de un gobierno militar.

Egresé como oficial de las Fuerzas Armadas en la promoción Ambrosio Plaza el 5 de julio de 1962. Nuestra promoción fue enviada a las distintas

Escuelas de Armas a realizar el Curso Básico. Al concluirlo, el comando del Ejército nos designó a Carlos Santiago Ramírez, a Ramón Salas Mendoza, a Julio Moreno Sarmiento y a mí a prestar servicio en el Batallón Blindado “Bermúdez”; a Ramón Santeliz Ruiz y a Hernán Machado Peraza fueron asignados al Grupo de Artillería “Ayacucho”. Las dos unidades se encontraban acantonadas en el Cuartel “Urdaneta”. Allí servimos siete años. Terminamos todos siendo compadres. Sus comandantes, durante esos años, tenientes coroneles José Gregorio González Rodríguez, Juan Manuel Sucre Figarella, Francisco Avendaño Hernández, Gustavo Zamora Torres, Iván Moros Ghersy y José Acuña Ríos, mantuvieron sobre nosotros un gran ascendiente. La cercanía de las elecciones de diciembre de 1968 alteró en cierta forma la estabilidad nacional. La campaña electoral fue muy apasionada. Fundamentalmente, los candidatos Rafael Caldera, Gonzalo Barrios y Luis Beltrán Prieto Figueroa tuvieron una importante figuración. Poco a poco la política empezó a entrar a los cuarteles. El partido COPEI creía que, en caso de ganar las elecciones, no se le reconocería el triunfo. Algunos de sus dirigentes empezaron a buscar contactos militares.

El doctor Pedro Pablo Aguilar, a través de Julio Moreno Sarmiento, logró hacer contacto con nosotros. La primera entrevista se realizó en casa de un cuñado del teniente Moreno. Asistimos los tenientes Carlos Santiago Ramírez, Ramón Santeliz Ruiz, Julio Moreno Sarmiento, José Salas Mendoza y yo. Allí discutimos la situación nacional. Con firmeza mantuvimos como tesis el respeto al resultado electoral. El doctor Aguilar quedó muy bien impresionado de nuestra posición. En el mes de octubre, Pedro Pablo Aguilar nos invitó a una reunión con el doctor Rafael Caldera. La entrevista se realizó en su casa. A los pocos minutos de haber llegado, se presentó el doctor Caldera. Antes de iniciar la conversación, quizás tratando de romper un poco la tensión, me recordó su vieja amistad con mi tío abuelo el general Santiago Briceño Ayestarán. Roto el hielo, inició una brillante exposición sobre algunas medidas que tomaría su próximo gobierno. Después trasladó el tema a las Fuerzas Armadas. Insistió en la necesidad de fortalecer el profesionalismo y reconocer los méritos militares. Nosotros le planteamos la necesidad de hacer respetar el resultado electoral. El doctor Caldera, con gran habilidad, evitó que la entrevista pudiese ser considerada por nosotros como una reunión conspirativa.

En el Cuartel Urdaneta tratamos de influir en la manera de pensar de los demás oficiales, lo cual no fue difícil pues existía el convencimiento de hacer respetar el resultado electoral. El Consejo Nacional Electoral tuvo que esperar casi una semana para poder confirmar el ganador. Durante esos días empezaron a surgir rumores de todo orden en las unidades militares. Uno de esos rumores sostenía que el general Heraclio Anzola García, comandante de los Elementos Orgánicos del Ejército, tenía preparado un golpe de Estado. El

resultado electoral fue ratificado, con gran carácter, por el doctor Manuel Rafael Rivero, presidente del Consejo Supremo Electoral. El general Roberto Moreán Soto, comandante del Ejército, convocó de inmediato a una reunión de oficiales en su Comando. Allí ratificó el reconocimiento del Ejército al resultado electoral. Al iniciarse el gobierno del presidente Caldera, todos los oficiales que servían en el cuartel Urdaneta fuimos transferidos a unidades del interior. Nuestro grupo no volvió a servir en un mismo cuartel, pero mantuvimos una estrecha amistad durante nuestra carrera militar. Habría que esperar a la década de los noventa, para que nuestros enemigos nos llamaran Los Notables, al querer señalar de esta manera nuestro supuesto pensamiento elitista, similar al que mantenía nacionalmente el grupo político, también denominado los Notables, que encabezaba Arturo Uslar Pietri.

Fin de una ilusión

Las esperanzas nacionales parecían más que justificadas. El esplendor venezolano se consolidaba día a día. “Con esas acciones, la nacionalización del hierro y del petróleo, Carlos Andrés Pérez arrancaba dos de las más queridas banderas de la izquierda desde los años treinta. En verdad, las superaba, porque esa izquierda, incluso la más radical, no había contemplado entonces en sus programas las nacionalizaciones del petróleo y del hierro, acaso por considerarlas una ensoñación utópica...En los años siguientes, Carlos Andrés Pérez se propondrá culminar lo que en aquellos programas se llamaba, desde los años veinte, la revolución democrático-burguesa”.¹⁸ Esas inmensas ilusiones empezaron a esfumarse en 1977. El proyecto se sustentaba en el supuesto fundamental de que el precio del petróleo continuaría incrementándose de manera permanente por lo menos durante una década.

Esta tesis no tomaba en cuenta el esfuerzo que estaban realizando los países desarrollados para reducir su consumo ni las grandes inversiones en exploración que las principales transnacionales petroleras hacían en distintas partes del mundo. El presupuesto nacional de ese año alcanzó la cifra de 51.179 millones de bolívares, mayor en 15.593 millones de bolívares al monto estimado en la Ley de Presupuesto. Los egresos alcanzaron la cantidad de 50.694 millones, incluyendo 5.301 millones de bolívares para el pago del servicio de la deuda. Se mantenía, en apariencia, un prudente equilibrio financiero. Lamentablemente, una desordenada administración en los Institutos Autónomos, las empresas del Estado y demás entes de la

¹⁸ Caballero Manuel, *La gestión de Hugo Chávez*, p. 75.

Administración pública descentralizada obligaron a ampliar, en octubre de 1977, el monto del endeudamiento autorizado por la Ley de Crédito Público.

La deuda pasó ese año de 31.754 millones de bolívares a 37.754 millones de bolívares. Ciertamente que dicho endeudamiento buscaba resolver los problemas existentes en la ejecución del Programa de Inversiones en Sectores Básicos de la Producción e impulsar un ambicioso programa de acueductos, cloacas y drenajes, pero la economía venezolana ya empezaba a resentirse como consecuencia de un gasto tan desmedido y desordenado. El despilfarro gubernamental y la creciente corrupción empezaron a debilitar el prestigio popular de Carlos Andrés Pérez. A pesar de ello, es imposible negar a su favor el importante impulso nacional que vivió el país en esos años: El crecimiento del PIB fue en 1974 de 5,8 %; en 1975 de 5,2 %; en 1976 de 7,8 %; en 1977 de 6,8 y en 1978 de 3 %. El final del período presidencial fue muy difícil. Un conjunto de hechos impredecibles vinieron a opacar el trascendente esfuerzo realizado por el presidente Pérez para lograr un importante avance nacional: la muerte de Renny Ottolina y el asesinato del penalista Ramón Carmona generaron rumores que responsabilizaban al gobierno nacional de esos hechos.

La campaña electoral del candidato presidencial de COPEI, Luis Herrera Campíns, se basó fundamentalmente en señalar el despilfarro del inmenso ingreso petrolero como consecuencia de una administración ineficiente y corrupta. La candidatura de Luis Piñerúa Ordaz no logró obtener la fuerza necesaria para impactar a la opinión pública. Esa debilidad fue utilizada por el partido COPEI para penetrar en amplios sectores de la clase media. El resultado electoral fue muy competido: Luis Herrera Campíns, 2.487.318 votos, Luis Piñerúa Ordaz, 2.309.577 votos, José Vicente Rangel, 71.206 votos. Al entregar el poder, un nuevo escándalo debilitará aún más la imagen de Carlos Andrés Pérez: la adquisición del barco Sierra Nevada. Este hecho será cuestionado severamente por la opinión pública. Su defensa en el Congreso Nacional y ante los tribunales dejó en claro su actuación.

Regresé de París en junio de 1977. Fui designado como oficial de Inteligencia del Regimiento de la Guardia de Honor y posteriormente comandante del Batallón de Custodia de la residencia presidencial La Casona. Mi amistad personal con los tenientes coroneles Carlos Santiago Ramírez y Ramón Santeliz Ruiz se había mantenido muy estrecha en el tiempo. Habían realizado, igual que yo, el curso de Estado Mayor en el exterior: España y Brasil respectivamente. En agosto de 1977 regresó a Venezuela Carlos Santiago. En esos días, Ramón Santeliz y yo lo visitamos en el Círculo Militar. Al subir a la habitación, la conversación tomó un cierto cariz político. Ramón Santeliz y Carlos Santiago fueron muy críticos de la democracia venezolana. Yo hice también algunas observaciones. En cierto

momento, Ramón Santeliz, un poco en broma, un poco en serio, me dijo: “Fernando, ésta es la oportunidad. Tú eres el comandante del batallón de Custodia. ¿Por qué no detienes al presidente Pérez? Lo demás sería muy fácil”. Sorprendido, le respondí molesto: “Ramón, yo no soy un traidor. Mi amistad con el presidente Pérez tiene un origen familiar. Yo soy incapaz de faltar a mi palabra”. Riéndose me dijo: “Son bromas, Fernando”. Carlos Santiago cambió el tema.

Al leer la entrevista que le hizo Alberto Garrido al teniente coronel William Izarra hay un párrafo que narra un sondeo que este oficial le hizo al teniente coronel Ítalo del Valle Alliegro, oficial de Operaciones del regimiento de la Guardia de Honor, en esos mismos días: “A mí me pasaron el nombre de Ítalo del Valle Alliegro como un oficial que podía ser incorporado. Como creía que era un oficial proclive a ser captado le dije: la situación real es ésta. Y le presenté el proyecto, con toda aquella cantidad de papeles. Entonces Ítalo del Valle me dijo: “No, hermano, yo no voy a participar. Acabo de llegar de Italia, de mi curso, y no voy a comprometerme en esto”. Ante esta realidad agarré mis papeles, incluso con el temor de que se produjera una delación. Sin embargo, no dijo nada”.¹⁹ Estos dos sondeos muestran la existencia, en esos años, en el seno de las Fuerzas Armadas de una estructura conspirativa todavía incipiente, que se irá fortaleciendo en el tiempo con el progresivo debilitamiento del prestigio de los gobiernos democráticos.

¹⁹ Garrido Alberto, *Guerrilla y conspiración militar en Venezuela*, p. 80

Populismo a la criolla

Una Venezuela hipotecada

La polémica de la deuda y los señalamientos de corrupción al gobierno de Carlos Andrés Pérez conmocionaron a la opinión pública. Luis Herrera Campíns tuvo el acierto de hacer un preciso diagnóstico de la situación económica que tenía que enfrentar su gobierno. La frase: “Recibo una Venezuela hipotecada” era exactamente la realidad de nuestro país en 1979; pues un sinnúmero de bancos internacionales habían prestado, bastante a la ligera, cerca de 50 mil millones de bolívares a la Venezuela petrolera en operaciones de crédito, muchas de las cuales no resistían un análisis jurídico, por haber sido contratadas fuera del marco constitucional. El inmenso desorden que caracterizaba la deuda venezolana dificultó las medidas a tomar.

La defensa que hicieron algunos dirigentes de Acción Democrática y personeros del gobierno de Carlos Andrés Pérez se centraba en la obra realizada: “El saldo de la deuda pública al 31 de diciembre de 1978 ascendió a Bs. 49:009 millones, de los cuales correspondían Bs. 31.188 millones a deuda externa y Bs. 17.911 millones a deuda interna. Para determinar el monto total de la deuda pública contraída durante ese gobierno hay que reducir Bs. 8.434 millones, que era el monto de la deuda pública existente en 1973, y 7.977 millones del Fondo de Inversiones de Venezuela. Pero, sin ninguna de estas consideraciones, bien podría pensarse que el patrimonio neto de las industrias nacionalizadas del petróleo y del hierro y del Fondo de Inversiones de Venezuela excedían con largueza los Bs. 31.118 millones de la deuda externa (US. \$ 7.236.744 millones a Bs. 4,30 por dólar); así como el total de la deuda pública existente para el 31 de diciembre de 1978”.²⁰

Las primeras medidas del gobierno del presidente Herrera mostraron una orientación distinta a la anterior política económica: austeridad fiscal, liberación de los precios de algunos productos básicos, eliminación de subsidios, supresión de controles y modernización del Estado. Amplios sectores sociales, en particular la clase media, empezaron a mostrar un marcado descontento con las medidas establecidas. Algunas encuestas realizadas al finalizar el primer año de gestión señalaron una importante caída en la popularidad del gobierno. Acción Democrática, muy golpeada por el escándalo del Sierra Nevada, empezó a mostrar un progresivo fortalecimiento. Esta situación política, además de la lucha interna en el partido COPEI entre el calderismo y herrerismo, obligaron al gobierno a modificar algunos aspectos de su inicial política económica.

²⁰ Silva Luongo, Luis José, *op. cit.*, pp. 65-66.

Estas necesidades en el orden político, se vieron favorecidas por un importante mejoramiento en el ingreso nacional como consecuencia de un nuevo incremento de los precios del petróleo originados por la guerra entre Irak e Irán, iniciada en septiembre de 1978. A partir de ese momento, un exagerado y desordenado gasto público caracterizó al gobierno socialcristiano. Además, la economía se hizo exageradamente dependiente del exterior. Desde el inicio del gobierno empezó una creciente e indetenible fuga de divisas. La preocupación del Gobierno iba dirigida fundamentalmente al control de la inflación. La fuga de divisas parecía no preocuparle. Se consideraba que el creciente ingreso petrolero garantizaría la solidez de nuestra moneda.

Lamentablemente, a finales de 1981 empezó una importante caída de los precios petroleros que influyó negativamente en el equilibrio presupuestario. En esos mismos días, estalló la crisis de la deuda. México se vio obligado a declarar una moratoria en sus pagos. La banca internacional consideró imprescindible, para evitar una quiebra masiva, solicitar la cancelación de los créditos vencidos. Venezuela había contratado irresponsablemente los préstamos a corto plazo, con la esperanza de lograr en el futuro nuevas condiciones. El temor generado en la banca internacional por la crisis mexicana limitó totalmente esas posibilidades. Un marcado déficit en la balanza de pagos empezó a presionar en la tasa de cambios.

La ya importante fuga de divisas se incrementó de una manera inmanejable durante todo el año de 1982. “El 18 de febrero de 1983 se produjo el viernes negro. Los acontecimientos fueron reseñados en la prensa en la siguiente forma: una fuga acelerada de divisas, así como un déficit en la balanza de pagos, hizo colapsar el nivel de las reservas internacionales en ese fatídico mes y día. Como consecuencia de ello, el gobierno decidió bruscamente suspender la venta de divisas durante los dos primeros días de la semana siguiente, situación que en verdad se prolongó hasta el otro viernes, cuando se estableció un control de cambios diferenciales, el famoso RECADI, que en los años siguientes será acusado, con razón o sin ella, de ser la fuente de todas las corruptelas” 21

El mal manejo que de la crisis hizo el presidente Herrera al permitir que surgiera una polémica pública entre su ministro de Hacienda, doctor Arturo Sosa, y el presidente del Banco Central, Leopoldo Díaz Bruzual, creó en la opinión pública el convencimiento de que el gobierno nacional se encontraba a la deriva. Esta percepción amplió la magnitud de la crisis. La polémica duró varias semanas, siendo el centro de la misma la protesta del presidente del Banco Central, quien apoyaba la tesis de una devaluación lineal de seis bolívares, por no haber sido informado de la medida que se iba a tomar. En

21 Caballero Manuel, *La gestación de Hugo Chávez*, p. 161.

conclusión, la cercanía de las elecciones de diciembre de 1983, había presionado para que se aplicara un cambio diferencial: un dólar petrolero, un dólar para los insumos industriales, un dólar para los viajeros. Este sistema creó de inmediato un enmarañado sistema de corruptelas que comprometió aún más el prestigio del gobierno socialcristiano.

Las consecuencias se manifestaron en las elecciones de diciembre de 1983. Rafael Caldera, candidato del partido COPEI, fue derrotado por el abanderado de Acción Democrática, Jaime Lusinchi, por un porcentaje de votos sorprendente. La diferencia fue de más de un millón y medio de votos. Esta realidad electoral hizo retroceder el estatus político venezolano a 1948: Acción Democrática se perfiló de nuevo como un partido único. Rafael Caldera responsabilizó de su derrota al gobierno del presidente Herrera. El prestigio personal de este último había quedado comprometido por el mal manejo de la crisis económica. Asimismo, su ascendiente como comandante en jefe de las Fuerzas Armadas se había debilitado años antes por la manera como condujo las negociaciones sobre la delimitación de las áreas marinas y submarinas con Colombia.

Colombia, siempre Colombia

La delimitación de las áreas marinas y submarinas se transformó en el transcurrir de los años en el tema central de las relaciones entre Colombia y Venezuela. Las negociaciones se iniciaron durante los gobiernos de los doctores Guillermo León Valencia y Raúl Leoni. Estas conversaciones se realizaron en Bogotá y Caracas durante los años 1967 y 1968, presentando una marcada diferencia entre las distintas posiciones: Colombia sostuvo la tesis de la equidistancia de acuerdo a lo establecido por S.W. Boggs en 1951; Venezuela mantuvo su exclusiva soberanía sobre el área situada al sur del paralelo de Castillete – Punta Salinas, negándose a cualquier negociación sobre esa zona. Estas conversaciones fueron exploratorias.

En agosto de 1969, el presidente Caldera viajó a Bogotá invitado por el presidente Carlos Lleras Restrepo a la conmemoración del 150° aniversario de la batalla de Boyacá. Durante ese viaje, los dos presidentes firmaron la declaración de Sochagota, en la cual se expuso la conveniencia de proseguir, en un plazo razonable, las negociaciones para delimitar las áreas marinas y submarinas. En marzo de 1979, el diplomático venezolano Carlos Sosa Rodríguez y el ministro de Minas colombiano, doctor Carlos Gustavo Arrieta, firmaron el “Modus Operandi” que normaría las negociaciones. Estas conversaciones se realizaron entre junio de 1970 y abril de 1973 en la ciudad de Roma. El 17 de abril de 1973, el gobierno de Venezuela informó que Colombia había suspendido de manera unilateral las negociaciones.

Los triunfos electorales de Carlos Andrés Pérez y Alfonso López Michelsen crearon en los sectores moderados de los dos países auspiciosas expectativas de lograr una posible solución a la delimitación de las áreas marinas y submarinas. Los dos presidentes eran amigos personales y muy cercanos ideológicamente. El presidente López hizo pública una propuesta durante el discurso anual con motivo del inicio de las sesiones del congreso del 20 de julio de 1975: declarar el Golfo como una bahía histórica, la cual sería delimitada en razón de los respectivos perímetros de costas y administrada como un condominio por los dos estados ribereños. Durante los años 1976 y 1977, los gobiernos de Venezuela y Colombia, realizaron negociaciones alrededor de esta propuesta. Carlos Andrés Pérez, ante una generalizada oposición de todos los sectores nacionales a dicha solución, consideró prudente suspender las conversaciones.

Un nuevo esfuerzo de solución a ese espinoso problema fue realizado por los presidentes Luis Herrera Campíns y Julio Turbay Ayala. En agosto de 1979, mediante nota diplomática, se acordaron los términos de un nuevo Modus Operandi. La delegación venezolana estuvo constituida por Gustavo Planchart Manrique, quien la presidió, Luis Herrera Marcano, Pedro Nikken, Luis Esteban Rey y el vicealmirante Elio Orta Zambrano, secretario del Consejo Nacional de Seguridad y Defensa. Luis Esteban Rey, representante de Acción Democrática, renunció a la comisión por instrucciones de su partido. La comisión negociadora colombiana fue presidida por el teniente coronel Julio Londoño Paredes, Secretario General del Ministerio de Relaciones Exteriores y constituida por Jorge Mario Eastman, Edmundo López Gómez y Alfredo Araujo Grau, representantes de los partidos liberal y conservador.

Las comisiones negociadoras celebraron seis rondas de trabajo: Medellín, en octubre de 1979; Puerto La Cruz, en enero de 1980; Cali, en abril de 1980; Puerto Ordaz y Caracas, en julio de 1980; Cartagena en agosto y septiembre de 1980 y Caraballeda, en octubre y noviembre de 1980. El esfuerzo de las comisiones se materializó en un proyecto de acuerdo conocido popularmente como la "Hipótesis de Caraballeda". Esta hipótesis definió una posible delimitación de las áreas marinas y submarinas entre los dos países; el cierre del golfo ante terceros; un régimen de paso inocente para las naves de ambos países, incluyendo embarcaciones militares; la administración de yacimientos petroleros comunes; normas para las futuras negociaciones sobre pesca, protección de recursos naturales, fauna y flora; seguridad de navegación, manejo ambiental, investigación científica, tendido de cables y tuberías submarinas, navegación turística y deportiva, solución de controversias y, finalmente, los procedimientos constitucionales de aprobación del instrumento. El rechazo surgido en la opinión pública venezolana obligó al gobierno nacional a suspender las negociaciones.

Militares en asamblea

El proceso de negociación de la “Hipótesis de Caraballeda” se transformó con rapidez para el gobierno del presidente Herrera en un delicado problema de opinión pública. Aún antes de conocerse la versión final del proyecto de acuerdo, se produjo en Venezuela un movimiento contrario a su firma. En verdad, el gobierno del presidente Herrera tenía muy poco margen de maniobra para lograr convencer a la opinión pública. El planteamiento de los negociadores era complejo y difícil de entender, mientras la tesis fundamental que planteaban los críticos a la firma del acuerdo era de una simplicidad irrefutable. El doctor Pedro José Lara Peña desarrolló un amplio estudio sobre las bases jurídicas de una Costa Seca, manteniendo que la costa colombiana sobre la Guajira no producía derechos sobre el mar. Esta tesis fue la bandera fundamental de los sectores radicales venezolanos. El objetivo era inquietar a las Fuerzas Armadas. El presidente Herrera Campíns, convencido de la necesidad de lograr un gran consenso nacional para poder firmar el tratado con Colombia, comenzó a realizar numerosas consultas con distintos sectores nacionales. El 22 de octubre de 1980, el presidente Herrera y el canciller Zambrano, hicieron entrega al Alto Mando Militar del proyecto de acuerdo.

A la semana siguiente, el 28 de octubre de 1980, se convocó a una reunión en Fuerte “Tiuna” con la finalidad de exponer, por el canciller Zambrano y los negociadores venezolanos, los aspectos más resaltantes de la “Hipótesis de Caraballeda”. Yo asistí a dicha conferencia. Más de 2000 oficiales y suboficiales profesionales de carrera llenaron el teatro de la Academia Militar. En los corrillos que se formaron antes de iniciar el acto ya se escuchaban posiciones totalmente contrarias a la firma de un posible acuerdo con Colombia. El ambiente se notaba tenso. El general Tomás Abreu Rescaniere, ministro de la Defensa, llegó acompañado por el canciller José Alberto Zambrano Velasco y los negociadores doctores Gustavo Planchart Manrique, Luis Herrera Marcano, Pedro Nicken y el vicealmirante Elio Orta Zambrano. El canciller Zambrano Velasco inició una minuciosa exposición, utilizando un proyector de vista fija, que permitía ver con exactitud el trazado de las posibles líneas delimitadoras. Al señalar una de las líneas, que claramente penetraba por debajo de la prolongación de la frontera terrestre, se escuchó un fuerte rumor que obligó al canciller Zambrano a alzar la voz.

Al terminar su exposición, se inició un período de preguntas. De inmediato pidió la palabra el teniente coronel Jesús Tovar Jiménez. Con gran serenidad se dirigió a la asistente del canciller pidiéndole que señalara la línea que penetraba por debajo de la prolongación de la frontera terrestre. En seguida leyó una declaración del propio canciller Zambrano, en la cual

afirmaba que Venezuela jamás negociaría por debajo de esa línea. Su conclusión fue terminante: “Si se firma un acuerdo como el que usted nos ha presentado se está cediendo territorio nacional. Eso es inconstitucional y no se puede hacer”.²² Un aplauso de varios minutos, acompañado de un rumor que progresivamente iba creciendo, interrumpió la pregunta.

En ese momento intervino el general Abreu Rescaniere, quien con carácter dijo: “¡Guardar silencio! En esta reunión no hay unos más patriotas que otros. Todos lo somos”. El doctor Zambrano trató de responder al planteamiento realizado por el teniente coronel Tovar, pero su razonamiento no fue convincente. El teniente coronel Tovar hizo una nueva pregunta. En esta oportunidad se dirigió al general Abreu, planteándole la posibilidad de que se invitara a personalidades que estuvieran en desacuerdo con el proyecto del Tratado para que hicieran a los miembros de las Fuerzas Armadas una exposición similar a la realizada por el canciller Zambrano. Un nuevo aplauso interrumpió la pregunta. El General Abreu respondió favorablemente. En ese momento el canciller Zambrano, sin dar ninguna explicación, se retiró del teatro de la Academia Militar, dejando a la comisión negociadora respondiendo las preguntas.

El doctor Pedro Nicken intervino con el objeto de suavizar la delicada tensión que había surgido. En ese momento solicitó la palabra el teniente coronel José Albornoz Tineo, quien recordó que existía un área en el golfo de Venezuela que era patrullada por la Armada venezolana. Finalizó su intervención afirmando que esa zona no podía ser negociada. Un fuerte aplauso apoyó su posición. La respuesta del doctor Nicken fue sorprendente. Mantuvo que la comisión no conocía que la Armada patrullara en una zona del golfo de Venezuela. El teniente coronel Albornoz Tineo, dirigiéndose al vicealmirante Orta Zambrano, le preguntó si eso era verdad, porque él no entendía cómo era posible que habiendo un oficial de la Armada en la comisión, sus miembros no conocieran un aspecto de tanta importancia. Un nuevo aplauso impidió que el almirante Orta respondiera. Ante lo tenso de la situación el ministro Abreu se levantó de su asiento, dando por finalizada la reunión. Al día siguiente, se comentó que el canciller Zambrano Velasco, al salir de la reunión, se había dirigido a La Casona a hablar con el presidente Herrera, sumamente preocupado por lo que había ocurrido. A los pocos días el gobierno nacional suspendió las conversaciones con Colombia.

Conspira la izquierda y a veces la derecha

La crisis que provocó la negociación de la “Hipótesis de Caraballeda” permitió el acercamiento de algunos sectores radicales de derecha e izquierda

²² Tovar Jiménez Jesús, entrevista, Caracas, 9 de octubre de 2005.

con miembros de las Fuerzas Armadas. Al comparar las fechas del fortalecimiento de esos procesos conspirativos con el año de la negociación de la “Hipótesis de Caraballeda” surge una coincidencia verdaderamente sorprendente. “La fase de peregrinaje cubre el período de 1980 a 1985. Aquí ayudó Douglas Bravo y el Partido de la Revolución Venezolana. Douglas venía haciendo un trabajo de vinculación con militares. Douglas me pasaba nombres de oficiales para que yo los contactara”.²³

En esos años van a surgir dos movimientos conspirativos: la Alianza Revolucionaria de Militares Activos dirigida por el mayor William Izarra y el Movimiento Bolivariano Revolucionario 200 organizado por el teniente Hugo Chávez Frías. Son dos movimientos formados por distintas generaciones de oficiales. El primero, se estructuró con oficiales de la generación egresada de los institutos militares en la década de los sesenta; el segundo, con oficiales graduados en los años setenta. El teniente coronel William Izarra va a desarrollar una activa captación de oficiales por varios años. Inició sus actividades conspirativas desde que era teniente. Su hermano Richard Izarra tuvo una importante figuración política por dirigir la revista **Reventón**. Esa circunstancia, facilitó la cercanía del teniente coronel Izarra con los sectores más radicales de la izquierda venezolana.

Un proceso similar vivió el general Efraín Visconti Osorio: “El pequeño grupo conspirativo que en 1983 creó la Asociación Revolucionaria de Militares Activos surgió en 1972. Su crecimiento fue muy lento. Yo fui invitado a formar parte de esa logia militar desde su fundación. Al principio sólo captamos oficiales de la Aviación. Posteriormente consideramos necesario ampliar nuestro grupo a las otras Fuerzas. En ese esfuerzo nos relacionamos con un grupo del Ejército. Recuerdo algunos nombres: Ramón Santeliz Ruiz, Carlos Santiago Ramírez y Alexis Sánchez Paz. No conocí a Emilio Arévalo Braasch. En verdad, quien hacía los contactos con las otras fuerzas era William Izarra. Utilizábamos una organización tipo celular. Uno sólo conocía a los diez oficiales de su grupo y los diez de la célula que había hecho contacto con su grupo. Yo tenía un mayor conocimiento por pertenecer a la dirección del Movimiento”.²⁴

La crisis política y económica que conmocionó al país durante ese período presidencial facilitó el fortalecimiento de la Asociación Revolucionaria de Oficiales Activos. El descontento militar era generalizado. Por primera vez se inició un proceso de cuestionamiento a la honestidad de los altos mandos. La conspiración empezó a tomar cuerpo. El esfuerzo organizativo lo impulsaron fundamentalmente los tenientes coroneles William Izarra y Ramón Santeliz Ruiz. Su trabajo como oficiales instructores en las Escuelas

²³ Garrido Alberto, *Guerrilla y conspiración militar en Venezuela*, pp. 71.-72.

²⁴ Visconti Osorio, Efraín, *entrevista*, San Cristóbal, 12 de agosto de 2005.

Superiores de la Aviación y del Ejército respectivamente facilitó ampliamente sus posibilidades de captar oficiales para la conspiración.

“El primer grupo lo iniciamos cuatro tenientes coroneles del Ejército y de la Aviación. De ese primer grupo, ya todos están retirados. Puedo mencionar a Emilio Arévalo Braasch, Ramón Guillermo Santeliz Ruiz y Alexis Sánchez Paz. Viene el proceso de captación, donde Douglas Bravo nos iba dando nombres de oficiales y nosotros buscábamos la manera de contactarlos. Hay que aclarar algo. No todos los oficiales estaban con Douglas. Por ejemplo, Ramón Santeliz venía de hacer un curso de planificación y no estaba con Douglas. El tenía sus propios conceptos políticos e ideológicos. Emilio Arévalo conocía a Douglas, pero no funcionaba con él”.²⁵

Uno de los aspectos más sorprendentes de esta conspiración fue su vinculación con actores internacionales. Tanto William Izarra como Efraín Visconti realizaron en esos años viajes al exterior estableciendo relaciones con varios gobiernos extranjeros: “Desde 1980 hasta 1985, cada año, en el tiempo que disponíamos para nuestras vacaciones, yo viajaba al exterior. El primer contacto se estableció con Irak. Estuve en Bagdad... Además de Irak, visité Cuba, que fue el país de ingreso más difícil. Ese viaje fue para discutir con la gente del Departamento de América sobre nuestra situación. Lo único que me permitieron fue ir a una base aérea para conocer los MIG. Raúl Castro, quien era el ministro de la Defensa, autorizó que visitara la base de San José de los Baños, la cual le sirve de custodia a la capital de Cuba... También estuve dos veces en Libia...²⁶

Asimismo, Efraín Visconti, quien también visitó a Cuba comenta: “En ese tiempo viajamos al exterior. Los contactos los hacía William Izarra. En mi caso fui una vez a Cuba. Fue un largo viaje. Para despistar fui a Estados Unidos. A los pocos días viajé a Alemania y a Praga. Desde allí fui enviado a Cuba. Izarra, en esa oportunidad viajó a Libia. De esas conversaciones surgió un importante apoyo económico para nuestro grupo. Yo no estuve de acuerdo. Consideré que si recibíamos ese dinero tendríamos que obedecer instrucciones de esos países. Mi visión era más nacionalista. Eso me distanció un poco de la logia, pero seguimos siempre en contacto²⁷.”

El esfuerzo conspirativo fue muy vasto. Se contactaban oficiales sin importar el grado y su visión ideológica. En algunas entrevistas que han dado oficiales que pertenecieron a la Asociación Revolucionaria de Oficiales Activos, aparecen vinculados a la conspiración oficiales de alta graduación: el general Maximiliano Hernández Vásquez y el vicealmirante Haroldo

²⁵ Garrido Alberto, *Guerrilla y conspiración militar en Venezuela.*, p. 74.

²⁶ *Ibidem*, pp., 72-73

²⁷ Visconti Osorio, Efraín, *entrevista*.

Rodríguez. También existió otro grupo de oficiales que mostraba un permanente descontento con el régimen democrático: los entonces coroneles Jacobo Yépez Daza y José Luis Prieto, quienes se distinguían como críticos permanentes del sistema de partidos políticos.

En julio de 1982, hubo un fuerte rumor que señalaba la posibilidad de que pudiera ocurrir un intento de insurrección militar en contra del gobierno del presidente Herrera Campíns durante los actos del 5 de julio de ese año. El desfile se desarrolló normalmente. En el mes de septiembre supe por casualidad que en dicha conspiración se encontraban comprometidos, de alguna manera, los tenientes coroneles Santeliz Ruiz y Santiago Ramírez. Fui a visitar al teniente coronel Santeliz a la Escuela Superior de Guerra. No se encontraba en su oficina. Mientras lo esperaba revisé por curiosidad algunos documentos que, sin ninguna seguridad, estaban guardados en su escritorio. Al hojearlos, me di cuenta de que se planteaban aspectos referentes a la constitución de un nuevo gobierno.

Al llegar Ramón Santeliz, le pregunté sobre el contenido de dichos documentos, pero su respuesta no fue suficientemente convincente, ni quiso informarme sobre ningún aspecto de la conspiración. Molesto por su actitud, le reclamé pidiéndole una explicación, en virtud de que pertenecíamos a un mismo grupo militar. Para tranquilizarme me dijo: “Pensábamos designarte canciller después del triunfo de la insurrección”. Su respuesta me causó una mayor indignación: “Ramón, como crees tú que es posible actuar tan irresponsablemente. ¿Ustedes pensaban insurreccionarse y no me dicen nada? No tienen suficiente confianza en mí para informarme de la conspiración, pero me consideran en sus planes como canciller. Tú te imaginas, si el gobierno los descubre, quién puede creer que yo no conocía nada de la conspiración”. En la discusión entendí que el teniente coronel Santiago Ramírez conocía los pormenores de la insurrección. Justamente, no había ocurrido el alzamiento por su indecisión para insurreccionar el Batallón Blindado Pedro León Torres durante el desfile militar.

Este grupo de militares descontentos perdió efectividad en sus actividades conspirativas al pedir la baja William Izarra, convencido de las dificultades que tendría para ser ascendido a coronel como consecuencia del proceso investigativo que se condujo en su contra por sus ya conocidas vinculaciones con grupos marxistas. Además, muchos de los oficiales que en la década de los ochenta se mostraron inconformes con la situación nacional, ascendieron a coronel y después a general, dejando a un lado sus inquietudes políticas. Mientras se debilitaba progresivamente la Alianza Revolucionaria de Militares Activos, el grupo de oficiales que rodeó a Hugo Chávez Frías comenzó a fortalecerse hasta lograr consolidar la logia militar que se insurreccionó el 4 de febrero de 1992.

Se conspira de verdad

Hugo Chávez en acción

Es difícil precisar la fecha en que Hugo Chávez comenzó a conspirar. No aparece ningún indicio que lo presente como un cadete con inquietudes políticas. Al contrario, sus compañeros lo describen como un alumno más entre el grupo, destacando su camaradería, sus condiciones de lanzador en el equipo de béisbol y su buena voz para improvisar corridos y joropos. Es verdad que tuvo una importante siembra de valores marxistas a través de sus diálogos con el profesor José Esteban Ruiz Guevara, padre de sus compañeros de bachillerato Vladimir y Federico, pero no existe prueba alguna de que esas inquietudes lo hayan conducido a tener conversaciones políticas con sus compañeros de promoción, ni siquiera durante los viajes a Perú y a Panamá, en donde conoció a los generales Juan Velasco Alvarado y Omar Torrijos. El impacto emocional que le produjo el escuchar a cadetes de su misma edad hablar de los procesos revolucionarios que ocurrían en esos dos países no lo condujo a entablar discusiones críticas con ningún compañero de promoción. Posiblemente, el ambiente no haya sido el más favorable, pues eran años de esperanza en Venezuela.

Al egresar como subteniente en la Academia Militar, fue designado al batallón de Cazadores Manuel Cedeño acantonado en Barinas. Allí va a sufrir una primera impresión negativa entre las ilusiones que normalmente se forma un cadete en la Academia Militar y la realidad profesional. Al año siguiente trasladaron el batallón Manuel Cedeño a Cumaná. El resurgimiento de algunos grupos guerrilleros en el Oriente de Venezuela obligó a hacerlo. Allí el impacto emocional fue aún mayor: Irregularidades administrativas en su unidad, que se reflejaron en el nivel de vida de sus soldados; permanentes enfrentamientos con algunos de sus superiores por el trato a veces despectivo que recibía por ser licenciado en Ciencias y Artes Militares; y ver de cerca las consecuencias de la violencia al tener que recoger a varios soldados heridos pertenecientes a una patrulla del Ejército después que fueron emboscados por un grupo guerrillero en el sitio denominado “ La Gloria”, en el estado Sucre, fortalecieron su posición crítica.

En Cumaná, tuvo oportunidad de conversar con algunos de sus compañeros de promoción. Es el año de 1977. Su primer contacto conspirativo de relativa importancia fue con el subteniente Jesús Urdaneta Hernández. Conversaron sobre mutuas inquietudes, pues en los dos existía una gran inconformidad. Discutieron sobre la posibilidad de realizar algunos contactos para la acción. Los nombres de José Miguel Ortiz Contreras y Felipe Antonio Acosta Carlés surgieron de inmediato. Se responsabilizó al subteniente Urdaneta de contactarlos. Ese primer esfuerzo conspirativo no

logró consolidarse. Ese año Hugo Chávez fue transferido a la brigada blindada en Valencia; al año siguiente Jesús Urdaneta fue enviado al Regimiento de Paracaidistas en la IV División de Infantería. Maracay es una plaza favorable para fortalecer lazos de camaradería militar. Aprovecharon ampliamente esas condiciones para captar a dos subtenientes recién egresados de la Academia Militar: Pedro Alastre López y Carlos Díaz Reyes.

En 1981, Hugo Chávez fue designado como oficial de planta de la Academia Militar. Coincidieron en esos años como instructores de las futuras promociones de oficiales los tenientes Francisco Arias Cárdenas, Miguel Ortiz Contreras, Joel Acosta Chirinos, Gustavo Manuel Pérez Issa, Emiro Brito Valerio, Felipe Acosta Carlés, Raúl Isaías Baduel, Roberto Fajardo Miranda y Wilfredo Ramón Silva. Entre ellos surgió una estrecha amistad. Hugo Chávez y Francisco Arias Cárdenas, en particular, aprovecharon su natural liderazgo para fortalecer sus vinculaciones con algunos miembros de la promoción de 1981: Ronald Blanco La Cruz, Edgar Hernández Beherens y Carlos Guyón Celis. Hugo Chávez perseveró más que los otros oficiales de su generación en el esfuerzo conspirativo. Su acercamiento con los cadetes tuvo un claro objetivo: hacerlos parte de la logia militar en formación.

El juramento en el Samán de Güere se transformó en una referencia formal que lo vincula con el nacimiento del movimiento conspirativo. Ciertamente cinco tenientes: Hugo Chávez Frías, Joel Acosta Chirinos, Felipe Acosta Carlés, Jesús Urdaneta Hernández y Raúl Isaías Baduel se comprometieron en impulsar una insurrección militar, pero sólo después de esos dos primeros años de permanencia de Hugo Chávez y de los otros oficiales comprometidos en organizar una insurrección militar en la Academia Militar fue que se crearon las bases de lo que posteriormente se conocerá como el Ejército Bolivariano Revolucionario 200. Al ingresar oficiales de otras fuerzas, se transformará en el Movimiento Bolivariano Revolucionario 200.

Conspirar en el tiempo

Una de las características del movimiento conspirativo liderado por Hugo Chávez fue su permanencia en el tiempo. Surgió a finales de los años setenta y se mantuvo en constante actividad, con altos y bajos, por casi dos décadas sin perder su objetivo de alcanzar el poder. La voluntad de Hugo Chávez fue fundamental. Muchos oficiales pertenecientes a esa logia militar decayeron al pasar el tiempo, pero él mantuvo una constante fe en el destino del Movimiento Bolivariano Revolucionario 200. “Fue un desarrollo bien dificultoso, no es una línea uniforme, sino sumamente quebrada. En bastantes ocasiones el movimiento sentía que llevaba vigor y por un acontecimiento u otro se venía en picada y yo varias veces pensé que no iba a ser posible adelantar las acciones militares. Incluso poco antes del 4 de Febrero, el año 90

fue muy crítico para nosotros, el movimiento casi se vino a cero. A veces uno se sorprendía de cómo crecía y como bajaba la marea”.²⁸

Un aspecto importante del esfuerzo conspirativo de Hugo Chávez fue su marcado interés de lograr crear una ideología, un pensamiento que le diera trascendencia al intento insurreccional. No es fácil determinar con precisión cómo fue surgiendo su relación con la izquierda radical venezolana. Es posible que la militancia de su hermano Adán, profesor en la Universidad de Los Andes, en el Partido de la Revolución Venezolana haya sido el factor fundamental para ese acercamiento. El caso es que Hugo Chávez buscó vincularse sin complejos a los sectores de la izquierda radical venezolana. “Una de las características del movimiento fue su carácter cívico-militar. Desde el comienzo fue uno de los lineamientos estratégicos. En muchas oportunidades conversamos con sectores de izquierda que venían de la guerrilla, sectores de la derecha y militares retirados, pero sólo eran contactos que no llegaban a acuerdos. En una oportunidad tuve una conversación con Alfredo Maneiro, se estaba empezando a crear La Causa Radical. Claro, que después de la formalización del movimiento, comienzan los contactos a nivel político”.²⁹

Inicialmente su vinculación con Douglas Bravo en la década de los ochenta fue muy cercana. Justamente esas conversaciones le permitieron obtener el instrumento ideológico fundamental para impulsar el movimiento conspirativo: el árbol de las tres raíces. Bolívar, Zamora y Rodríguez. Hugo Chávez entendió, desde sus tiempos de cadete, que en las Fuerzas Armadas era imposible promocionar un movimiento conspirativo usando como bandera ideas de origen marxista. El rechazo natural a ese pensamiento, después de la lucha antiguerrillera de la década de los sesenta, lo impedía. Era necesario buscar un camino distinto. Las ideas desarrollistas, provenientes de la dictadura perezjimenista, tampoco tenían el impacto suficiente. El origen popular de las Fuerzas Armadas venezolanas obligaba a tener un mensaje, en cierta forma, de redención social. Esta cercanía con la izquierda radical venezolana fue siempre un gran problema para Hugo Chávez. En todo momento evitó que los oficiales pertenecientes al Movimiento Bolivariano Revolucionario 200 la conocieran. “El árbol de las tres raíces, hasta donde yo sé, no es de él, sino de Douglas Bravo. Yo sabía de su conexión con Douglas, pero él era muy cuidadoso de que la gente del Ejército no tuviera la más mínima idea de que él hacía esos contactos”.³⁰

²⁸ Blanco Muñoz, Agustín, *Habla el Comandante*, pp.123 -124.

²⁹*Ibidem*, p. 273

³⁰ Blanco Muñoz, Agustín, *Habla Herma Marksman: Chávez me utilizó*, Fundación Cátedra Pío Tamayo, Caracas, 2004, pp. 69-70.

Fue imposible evitar que los oficiales comprometidos con la conspiración se dieran cuenta de la orientación marxista del pensamiento de Hugo Chávez. En las discusiones ideológicas que surgieron durante esos años se fue progresivamente mostrando una marcada división entre dos tendencias: la liderada por Hugo Chávez y otra sin liderazgo definido. La falta de un liderazgo militar en el sector de orientación nacionalista, lo fue debilitando progresivamente. De todas maneras, fueron años de fuertes enfrentamientos. El movimiento aceptó la presencia de algunos civiles, uno de ellos, Eugenio Adarmes, padre del subteniente Eduardo Adarmes Pérez, empezó a asistir a algunas de las reuniones conspirativas. Hombre de formación socialcristiana, percibió la tendencia izquierdista de Hugo Chávez.

Al darse cuenta de esa realidad, convenció a Wenceslao Ostos, otro de los civiles que habían empezado a asistir a las reuniones, de acompañarlo en un viaje a Elorza a conversar con el mayor Hugo Chávez. La conversación fue un total fracaso. Hugo Chávez los recibió con tal frialdad que no fue posible aclarar aspectos de su manera de pensar. Esta actitud hizo que tanto Adarmes como Ostos comprendieran la falta de sinceridad de Hugo Chávez. Convencidos de esta realidad, comenzaron una campaña para hacerle ver a los oficiales comprometidos en el movimiento la tendencia marxista que ocultaba el pensamiento de Hugo Chávez.

La labor del señor Adarmes fue muy intensa. Convencido Hugo Chávez del daño que eso podía causar al movimiento conspirativo buscó la manera de discutir con el Sr. Adarmes la situación planteada. Tuvieron dos reuniones: una pública, a la cual asistieron el mayor Hugo Chávez, Samuel López Rivas, el teniente Ronald Blanco La Cruz y su esposa, el teniente Edgar Hernández Beherens y su esposa, el señor Wenceslao Ostos, el señor Eugenio Adarmes y su hijo el subteniente Eduardo Adarmes Salas. Allí se discutió la tendencia ideológica. Hugo Chávez aceptó que el Movimiento Bolivariano Revolucionario 200 sería cívico militar, con una orientación democrática y nacionalista.

Hugo Chávez se dio cuenta de que no había logrado convencer totalmente al sector disidente. Días después invitó al señor Adarmes a una reunión privada en Villa de Cura. No lograron ponerse de acuerdo y, en medio de una acalorada discusión, el señor Adarmes mantuvo con firmeza que “en Venezuela al que le colocan una etiqueta roja se jode”. Hugo Chávez le respondió: “Yo seguiré con mis planes así digan que soy comunista y él que no me siga es un traidor”. El enfrentamiento entre los dos sectores se fue agravando progresivamente hasta niveles de comprometer la unidad del movimiento y debilitar el esfuerzo conspirativo.³¹

31 Conversaciones que mantuve con los oficiales comprometidos en la insurrección en las visitas que, como ministro de la Defensa, realizaba a los sitios de reclusión.

“Me encontraba ya retirado, cuando los tenientes Ronald Blanco La Cruz y Pedro Carreño me visitaron para plantearme la existencia de una conspiración y su preocupación por la orientación de izquierda que le estaba dando al movimiento el mayor Hugo Chávez Frías. A partir de ese momento, empecé a asistir a varias reuniones que se realizaron en distintos sitios... Yo conversé mucho con el mayor Chávez sobre las observaciones que algunos oficiales le hacían de su cercanía a Douglas Bravo. En todo momento, Hugo Chávez rechazó estos planteamientos, afirmando que el movimiento era exclusivamente militar”.³² El coronel Tovar, por ser oficial retirado, no tuvo la capacidad para liderar la tendencia nacionalista.

En ese tiempo se incorporó plenamente a la conspiración el mayor Francisco Arias Cárdenas. Su condición para formar parte del MBR-200 fue que no existiera ningún acercamiento con Douglas Bravo ni con sectores de izquierda. Esta posición obligó a Hugo Chávez a ser aún más prudente. Sus contactos con esos sectores políticos se fueron espaciando en el tiempo. La muerte en un accidente automovilístico del señor Adarmes evitó que algunos oficiales continuaran vinculando a Hugo Chávez con la izquierda radical. El accidente del señor Adarmes produjo cierta tensión en el movimiento. Surgieron algunas dudas sobre el accidente. Se llegó a vincular con la lucha interna existente en el Movimiento Bolivariano 200.

De pleno en pleno

La permanencia en el tiempo del proceso conspirativo obligó a los jefes del Movimiento Bolivariano Revolucionario 200 a establecer una organización descentralizada que permitiera avanzar más eficientemente en su objetivo de tomar el poder. Eso condujo a la creación de los Comandos de Áreas Revolucionarias (CAR) Esos comandos tenían suficiente autonomía funcional, aunque debían consultar las decisiones importantes que influyeran en la conducción del movimiento a nivel nacional. Un oficial, de los más comprometidos con el proceso conspirativo, los dirigía. Se utilizaron palabras indígenas para denominarlos, en un gesto que buscaba señalar la vinculación del MBR-200 con la lucha de resistencia aborigen. Ellos fueron: CAR-Caracas que controlaba el Distrito Federal y el estado Miranda; CAR-Jirajara: Falcón y Lara; CAR-Guajira: Zulia; CAR-Cumanagoto: Margarita; CAR-Piaroa: Bolívar y Sucre.

La dirección del movimiento entendió que esta organización descentralizada tenía un riesgo: el surgimiento de liderazgos y de ideas independientes, que podían comprometer la unidad ideológica y de acción de

³² Tovar Jiménez, Jesús, entrevista.

la logia militar. Con el fin de evitar esta distorsión se organizaron cinco congresos del MBR-200 en los estados Vargas, Aragua, Táchira, Zulia y Apure. “Pasábamos dos días, un fin de semana, cada quien exponiendo los problemas de su área, con láminas, proyectos, estudiando el pensamiento de Bolívar, Rodríguez, Zamora, la revolución, ciencias políticas. Era una escuela y en la discusión no teníamos planteado un movimiento, no había condiciones. Ya en los noventa surgieron más, pero en los ochenta no eran suficientes”.³³

“El teniente Ronald Blanco La Cruz nos informó a un grupo de alféreces que asistiríamos al Primer Congreso Nacional del Movimiento. Las instrucciones que recibimos fue vestirnos de civil y esperar en algún sitio para ser recogido por un oficial. Nos dirigimos a una casa ubicada en Mamo, en el estado Vargas. A la reunión asistieron los siguientes oficiales y cadetes: Mayor Tito Orozco Romero, capitán Hugo Chávez Frías, teniente Ronald Blanco La Cruz, teniente Edgar Hernández Beherens, teniente Ramón Moreno Acosta, subteniente Jesús Alberto Aguilar Gámez, y los alféreces Yannece Borrome, Jesús Rafael Suárez Churio, alférez Eduardo Adarmes Salas. La agenda planteada por el capitán Chávez fue la siguiente: discutir las bases ideológicas del movimiento, establecer su objetivo final, crear los distintos Comandos de Áreas Revolucionarias, designar distintas materias de estudio y darle nombre al movimiento conspirativa”³⁴

María Elena Daless..., 11/15/10 08:24 AM

Comment: Relato oral o escrito.

El segundo congreso del MBR-200 se realizó a principios de 1985 en Maracay, donde asistieron: los mayores Hugo Chávez Frías, David López Rivas y Felipe Acosta Carlés; el capitán Pedro Alastre y su esposa; el teniente Edgar Hernández Beherens y su esposa; Herma Marksman, Iris García, Samuel López Rivas y Eugenio Adarmes. Se repitió prácticamente la agenda anterior. Por primera vez se hizo un análisis de las Fuerzas Armadas. Los señalamientos de corrupción y de politización del Alto Mando Militar fueron el argumento fundamental de las severas críticas que se hicieron. También se concluyó que el movimiento debía evitar establecer contactos con oficiales generales, ya que no se tenía suficiente confianza en su idoneidad profesional.

El tercer congreso se realizó en la ciudad de San Cristóbal en marzo de 1986. Esta reunión tuvo una particular importancia: Francisco Arias Cárdenas se hizo parte del MBR-200. Al congreso asistieron los mayores Francisco Arias Cárdenas y David López Rivas, el capitán Hugo Chávez Frías, los tenientes Ronald Blanco La Cruz, Ramón Antonio Valera Querales, y los ciudadanos Eugenio Adarmes, Samuel López Rivas, Narciso Chávez, Wenceslao Ostos, Ricardo Aro, y un grupo importante de dirigentes estudiantiles que provenían de la Universidad de Mérida, con sede en San

³³ Blanco Muñoz, Agustín, *Habla el Comandante*, p. 126.

³⁴ Narración escrita de un oficial comprometido en el alzamiento del 4 de febrero de 1992. Omitimos el nombre por encontrarse todavía en actividad.

Cristóbal. La agenda volvió a ser repetitiva, pero se observó una mayor amplitud en la discusión sobre los temas políticos. El tema militar se volvió a tratar, manteniendo una actitud sumamente crítica.

La discusión ideológica condujo a un fuerte enfrentamiento entre Hugo Chávez y Francisco Arias. “En San Cristóbal, Chávez presentó el tema del árbol de las Tres Raíces y yo defendí otra interpretación del pensamiento de Bolívar, que deriva de mi concepción de la vida, de la historia y de la sociedad... Pero ese congreso de San Cristóbal marcó una referencia histórica muy importante, porque cada uno defendió puntos de vista enfrentados sobre lo que tenía que ser la participación militar en un proceso revolucionario. Para Chávez debíamos impulsar la agitación, como fórmula para avanzar hacia una situación revolucionaria...Yo me paré en la reunión y dije: no acompaño frustraciones ni fracasos. Si queremos tomar el poder para producir verdaderos cambios tenemos que comprender que no podemos salirnos del papel de las Fuerzas Armadas”.³⁵ Esta lucha por el liderazgo se va a mantener en el tiempo. El mayor carisma de Hugo Chávez y su más amplia dedicación al trabajo conspirativo le va a permitir que a la larga se imponga su visión sobre las circunstancias históricas que enfrentaba Venezuela. De todas maneras, el grupo que rodeaba a Hugo Chávez tuvo la inteligencia de entender la importancia que tenía para el movimiento conspirativo preservar su vinculación con Francisco Arias Cárdenas. Hicieron esfuerzos consistentes, cediendo en muchos de sus puntos de vista, para lograr el consenso suficiente y así preservar la unidad del MBR200.

Justamente, este mayor esfuerzo conspirativo de Hugo Chávez condujo a que los mandos y los organismos de Inteligencia de las Fuerzas Armadas empezaran a percibir su acción. El general Carlos Julio Peñaloza, en su tiempo de Director de la Academia Militar, recibió una primera información sobre la actitud poco profesional del capitán Hugo Chávez, quien de manera permanente se dedicaba a discutir aspectos políticos con cadetes del Instituto. Esta información condujo al general Peñaloza a solicitar su transferencia de la Academia Militar. El capitán Hugo Chávez fue enviado a comandar el Escuadrón de Caballería en Elorza, estado Apure. El esfuerzo conspirativo no se detuvo. Sorprendentemente, después de haber cometido una falta tan grave, ascendió a mayor de primero en el orden de mérito de su promoción.

En el año de 1986, un grupo de oficiales pertenecientes al MBR-200 fue detectado en actividades conspirativas en la Primera División de Caballería, comandada en ese entonces por el general de brigada Luis Espinal Vásquez. Los subtenientes Ramón Valera Querales, Luis Eduardo Chacón Roa, Eduardo Adarnes Salas y Carlos Kancev Desir designados a realizar distintos

³⁵ Garrido Alberto, *Guerrilla y conspiración militar en Venezuela*, pp. 17-18.

cursos de capacitación en el comando de la división, empezaron a reunirse de noche en las distintas habitaciones de oficiales a conversar sobre la situación política nacional y el fortalecimiento del movimiento conspirativo. Uno de los oficiales que realizaba dichos cursos, el subteniente Marcelino Pérez Díaz, fue contactado por el subteniente Valera Querales, quien le informó que el jefe del movimiento era el mayor Hugo Chávez. El subteniente Pérez Díaz, en cumplimiento de sus obligaciones militares, informó de dicha conversación al general Espinal Vásquez, quien a su vez comunicó la novedad al general Heliodoro Guerrero Gómez, comandante del Ejército. A los pocos días fueron convocados al Comando de la Primera División el mayor Chávez Frías y los subtenientes Valera Querales, Kancev Desir, Chacón Roa y Adarmes Salas con la finalidad de ser interrogados por la Dirección de Inteligencia Militar. Se realizó la investigación sin llegar a ningún resultado concreto. Esta denuncia debilitará fuertemente el esfuerzo conspirativo. Los congresos organizados en Paraguaipoa, Estado Zulia, y en San Fernando, Estado Apure no tuvieron la misma capacidad de convocatoria que los anteriores.

“Todos esos fueron años de trabajo. Íbamos con buen ritmo, con buen avance entre el 82 y el 85. Pero el 86 viene la picada. Ahí sufrimos el primer golpe. Yo estaba en Apure y un oficial comete la ligereza y delata a un grupo de oficiales y a mi en el Comando de la Primera División de Caballería. Ahí es cuando quemé los documentos. A mi no me detuvieron, pero sí al grupo de oficiales subalternos. Los interrogaron y comenzaron la campaña en contra de la idea. Ahí se dan cuenta de que había un grupo adelantado y comenzaron, los generales, en especial Heinz Azpúrua, Ochoa Antich, Peñaloza y otros a hacer su campaña contraria, porque la información que dio el oficial que denunció las reuniones fue que en la Academia Militar y en Apure había un movimiento en el que yo era el enlace. Tenían ideas muy vagas. Pensaban que había un general y nunca lo hubo. Y bueno, a levantar de nuevo la moral del movimiento.³⁶

En realidad, sólo al ser designado comandante de la Tercera División de Infantería con sede en Caracas en 1989 fue que tuve conocimiento de la existencia de un grupo de oficiales que mostraban cierta inquietud por la situación del país y de las Fuerzas Armadas. Nunca los consideré peligrosos por ser excelentes oficiales. Por el contrario, tengo que reconocerlo, los generales Heinz y Peñaloza siempre mostraron gran preocupación por la actuación de algunos de esos oficiales, que empezaron a llamarse bolivarianos.

Acuerdo generacional

³⁶ Blanco Muñoz, Agustín, *Habla el comandante*, p. 127.

El éxito de la conspiración, que culminó en el fracaso militar del 4 de febrero de 1992, se debió a dos razones fundamentales: primera, haber mantenido en el tiempo el esfuerzo conspirativo; segunda, lograr una alianza entre distintas generaciones del Ejército. Su debilidad más importante fue su incapacidad de penetrar en los cuadros profesionales de las otras Fuerzas: en la Armada y en la Guardia Nacional prácticamente no lograron establecer ningún tipo de contacto y en la Aviación solamente pudieron vincularse a un pequeño grupo de oficiales liderado por los tenientes coroneles Luis Reyes Reyes y Wilmar Castro Soteldo. La gravedad de un hijo del teniente coronel Reyes limitó su capacidad de acción, impidiendo que la penetración conspirativa en la Aviación fuera de real importancia.

Los oficiales comprometidos en la insurrección pertenecieron fundamentalmente a las siguientes promociones de oficiales de la Academia Militar: general en Jefe José Ignacio Pulido (1974), general en Jefe Simón Bolívar II (1975), general de Brigada Francisco Carabaño (1976), teniente Pedro Camejo (1981), coronel Antonio Nicolás Briceño (1982), general de División León de Febres Cordero (1983), general de Brigada Juan Gómez Mireles (1984), general de Brigada Lucas Carvajal (1985), general de Brigada Francisco de Paula Alcántara (1986) y general de Brigada Tomás Montilla (1987). La prédica permanente de oficiales de prestigio como Hugo Chávez Frías, Francisco Arias Cárdenas, Miguel Ortiz Contreras, Joel Acosta Chirinos, Raúl Isaías Baduel y Gustavo Pérez Issa sembró en las generaciones de oficiales pertenecientes a las promociones de los años ochenta un espíritu crítico sobre la situación política nacional.

Esas promociones mantuvieron con esos oficiales una importante cercanía, pero es necesario señalar que esa generación militar, progresivamente, creó su propio liderazgo que, en más de una oportunidad, se enfrentó a los oficiales más antiguos en la conducción del movimiento. Es necesario resaltar la importancia que tuvieron en el esfuerzo conspirativo los capitanes Ronald Blanco La Cruz, Edgar Hernández Beherens, Carlos Guyón Celis, Darío Arteaga Páez, Antonio Rojas Suárez, Frank Rafael Morales, Luis Valderrama Rosales, Gerardo Márquez, Pedro Jiménez Justi y Francisco Ameliach Orta; y los tenientes Ramón Antonio Valera Querales, Florencio Porras Echezuría, Luis Eduardo Chacón Roa, Humberto Ramírez Socorro, Eduardo Adarmes Salas, Diosdado Cabello Rondón y Jesse Chacón Escamillo.

Hasta el 4 de febrero de 1992, sin negarle la importancia al liderazgo de Hugo Chávez, la dirección del Movimiento Bolivariano 200 era compartida. Se creó un liderazgo colectivo que exigía de amplias discusiones para tomar cualquier decisión. Este liderazgo colectivo tuvo, en algunas oportunidades, visiones distintas en la conducción del movimiento. No sólo surgieron entre

ellos problemas de orden ideológico, sino que también hubo grandes dificultades en las relaciones personales entre los líderes de las distintas generaciones durante los largos años de la conspiración. Uno de los aspectos que más tensiones produjo fue la escogencia de la fecha para realizar la insurrección. Existe una carta de Ronald Blanco La Cruz dirigida al teniente José Vielma Mora el 9 de febrero de 1992 que analiza los problemas internos del movimiento conspirativo antes del 4 de febrero de 1992. En ella dice:

“Sin embargo, los posteriores intentos por reunirnos con los sectores civiles no se lograron. No sólo era con Bandera Roja, también con el Movimiento Electoral del Pueblo, la Causa Radical y la gente de Kléber. No se consumó, por lo tanto ellos no participaron el 4 de Febrero; me imagino, por no concretarse nada, o por sus dudas que militares se alzarán para democratizar y pensar que buscábamos una dictadura militar. Con respecto a un plan para eliminar al comandante Chávez, te informo: en octubre, noviembre y diciembre del 91 tuvimos varias reuniones en Maracay y Caracas para determinar la fecha de la operación. Nos informaron que la fecha sería el 17 de diciembre. Regresamos a Caracas y comenzamos a alertar a la gente para realizar las operaciones. Sin embargo, una semana antes del 17 de diciembre, nos llegó una carta, a través del capitán Maggie Villarroel enviada por el comandante Arias, donde se nos informaba que detuviéramos todo. La frustración fue tremenda... Eso creó una situación muy crítica y durante una reunión en la Escuela de Infantería, Rojas dijo: Chávez es un traidor y los traidores deben morir...” 37

Ese enfrentamiento interno no era exclusivamente un problema de liderazgo entre miembros de las Fuerzas Armadas pertenecientes a distintas generaciones, sino consecuencia de una verdadera lucha ideológica, en la cual estaban comprometidos miembros de algunas organizaciones políticas. Es sorprendente que habiendo existido un importante acercamiento entre el Movimiento Bolivariano Revolucionario 200 y tres fuerzas políticas bien organizadas: La Causa Radical, Bandera Roja y el Movimiento Electoral del Pueblo, en el momento preciso del alzamiento, no haya aparecido ningún grupo de militantes de esos partidos para apoyar la acción militar. El caso particular de Bandera Roja es muy significativo. Definitivamente, Hugo Chávez tenía importantes dudas sobre su actuación.

37 Blanco La Cruz Ronald, *Carta dirigida al teniente José Vielma Mora, Caracas, 9 de febrero de 1992*,

La noche de los tanques

Bonhomía para todos

La crisis económica de febrero de 1983, el “Viernes Negro”, tuvo delicadas consecuencias tanto en el orden social como político. Por primera vez, en varias décadas, los venezolanos se enfrentaron a un proceso de depreciación de su moneda al pasar el bolívar de 4,30 a 7,00 por dólar. Esa devaluación, en una economía fundamentalmente importadora como la venezolana, tuvo un importante efecto inflacionario que afectó severamente el nivel de vida de las clases media y popular. Hubo, de inmediato, consecuencias políticas.: Rafael Caldera, candidato de COPEI, mostró durante el proceso electoral una marcada debilidad en todas las encuestas de opinión. En las elecciones del 4 de diciembre de 1983, Jaime Lusinchi obtuvo el 56,74 % de la votación. Rafael Caldera, apenas alcanzó 34,54 %. Acción Democrática logró, en las elecciones parlamentarias realizadas ese mismo día, una mayoría de 28 senadores de los 44 miembros de la cámara alta y 113 diputados de 200 representantes de la cámara baja. A los pocos meses, el 4 de mayo de 1984, el partido de gobierno obtuvo el 52 % de los votos, controlando el 60 % de los gobiernos locales. Este espectacular triunfo electoral permitió que su gobierno se iniciara en medio de grandes expectativas sociales y políticas.

El triunfo electoral se logró fundamentalmente por el regreso al partido de los dirigentes y militantes que acompañaron a Luis Beltrán Prieto Figueroa en la división de Acción Democrática. “Eso hacía presagiar la formación, por los siglos de los siglos, de un sistema político similar al mexicano, con un dominio absoluto y eterno de un solo partido: El esquema bipolar soñado por Rómulo Betancourt se había roto. De modo que al analizar este período constitucional, lo que se percibe de inmediato es lo escasamente sorprendente que se presenta el panorama en el terreno estrictamente político: el partido de gobierno controlaba el Parlamento, la judicatura, las municipalidades y, como si fuera poco, Lusinchi resolvió realzar el poder de la organización dominante nombrando gobernadores de los diversos estados a los secretarios generales del partido en las regiones respectivas. Y todo hacía pensar que Acción Democrática ganaría también las próximas elecciones”³⁸ El fortalecimiento del luschismo va a tener delicadas consecuencias: surgió una fuerte lucha por el control del partido entre los seguidores del ex presidente Carlos Andrés Pérez, que hizo pública su aspiración presidencial, y el luschismo, que lanzó la candidatura de Octavio Lepage, ministro del Interior.

³⁸ Caballero, Manuel, La gestación de Hugo Chávez, p. 94.

El gobierno de Jaime Lusinchi tuvo que enfrentar desde el inicio de su gestión el gravísimo problema de la deuda externa. Luis Herrera Campíns no había resuelto dicho asunto, sino por el contrario, lo había ampliado a niveles que hacía difícil determinar con precisión el monto de la deuda pública y quiénes eran en realidad los acreedores. El problema se complicaba aún más al existir una importante deuda privada que, si ciertamente no era responsabilidad del Estado su cancelación, no ayudar a su pago podía ser un factor desencadenante de la crisis económica que desde el “Viernes Negro” amenazaba a Venezuela. La negociación fue muy compleja, pero en cierta forma exitosa. El gobierno lusinchista anunció al año que había logrado renegociar, con plazos más amplios y algunos años muertos, cerca del 95 % de la deuda pública externa. La deuda externa privada fue refinanciada con el aval del gobierno nacional. Estas largas conversaciones retrasaron por más de dos años la aplicación de su promesa central de la campaña electoral: el pacto social. Una delicada crisis financiera, el precio del petróleo cayó desde enero a junio a 9.77 dólares por barril, limitó en mucho la aplicación de estos planes, obligando al gobierno a plantear presupuestos deficitarios que fueron consumiendo progresivamente el monto de las reservas internacionales.

La convicción en la mayoría del liderazgo nacional de la necesidad de una importante reforma en las estructuras políticas del país condujo al presidente Lusinchi a la creación de la Comisión para la Reforma del Estado, designando a Ramón J. Velásquez como su primer presidente. Cuatro grandes líneas de acción fueron planteadas: profundización de la democracia en los partidos políticos; elección directa de los gobernadores de estado; creación de la figura del alcalde y su elección popular y disposiciones para controlar el financiamiento de los partidos políticos; pero este importante esfuerzo no logró impulsar suficientemente los cambios necesarios que exigía el sistema político venezolano. Otro aspecto complejo del período presidencial de Jaime Lusinchi fue la aplicación del control de cambio a través de RECADI, una oficina encargada de la distribución de los dólares petroleros mediante una paridad diferencial del bolívar, según el tipo de actividad empresarial. Este sistema produjo un incremento muy importante en el nivel de corrupción del gobierno; además, facilitó el control político de muchos sectores empresariales, entre ellos los medios de comunicación. De todas maneras, el final del gobierno de Jaime Lusinchi fue exitoso. Mantuvo una firme popularidad y logró entregarle el poder a un miembro de su partido: Carlos Andrés Pérez.

El 5 de julio de 1981 fui ascendido a coronel y designado como jefe de la División de Planificación y Evaluación de la Academia Militar. En 1983, el ministro de la Defensa, general de división Humberto Alcalde Álvarez, me nombró para integrar un grupo de asesores personales. Después del triunfo

electoral de Jaime Lusinchi, fui destinado a cumplir funciones en su Casa Militar como Ayudante General. El 2 de febrero de 1984, Jaime Lusinchi prestó juramento como presidente de la República. Ese día se trasladó la Casa Militar al palacio de Miraflores donde tuve la oportunidad de fortalecer mi amistad con el presidente Lusinchi, quien siempre me trató con especial afecto. En 1985 fui trasladado al Ejército, como jefe del Departamento de Abastecimiento de la Dirección de Logística. En julio de ese año, fui promovido al grado de general de brigada. El general de división José Antonio Olavarría, Comandante General del Ejército, fue factor fundamental en ese ascenso. Su gestión al frente de ese Comando fue honesta y modernizadora. Inmediatamente, fui nombrado comandante de la Segunda Brigada de Infantería con sede en el estado Zulia. Allí permanecí cuatro gratos años, primero como comandante de la Segunda Brigada de Infantería, después como jefe del Estado Mayor divisionario y posteriormente, al ascender a general de división, como comandante de la Primera División de Infantería.

De nuevo Colombia

La crisis de la corbeta “Caldas”, como se conoce el grave enfrentamiento ocurrido entre Venezuela y Colombia en el Golfo de Venezuela en el año de 1987, fue provocada irresponsablemente por el presidente Virgilio Barco y su canciller coronel Julio Londoño. Es verdad que la tesis de acudir a instancias internacionales era sostenida por amplios sectores de la opinión pública colombiana y en particular por el Partido Liberal. Esa posición fue ratificada en la declaración de Sochagota del 16 de septiembre de 1983: “El Partido Liberal reitera su propósito de mantener las mejores relaciones de amistad y cooperación con la República de Venezuela y buscar dentro de un plazo previamente convenido por las partes la solución del diferendo sobre la delimitación de áreas marinas y submarinas y, en caso de no haber solución, acudir a los mecanismos de solución pacífica de controversias previsto en el tratado de 1939 y en el artículo 33 de las Naciones Unidas”³⁹

La estrategia diplomática establecida por el gobierno del presidente Barco tenía un objetivo fundamental: obligar a Venezuela a aceptar una negociación para la delimitación de las áreas marinas y submarinas en el golfo de Venezuela mediante la intervención de terceros. El esquema para alcanzar ese objetivo era tratar de descongelar las negociaciones bilaterales; invocar el Tratado de No Agresión, Conciliación, Arbitraje y Arreglo Judicial de 1939; provocar un incidente fronterizo de tal magnitud, que pusiese en riesgo la paz entre los dos países, con el objeto de obligar la intervención de la Organización de Estados Americanos. El primer paso lo dio Colombia

³⁹ Partido Liberal, *Encuentros y Foros del Liberalismo*, p. 315, citado por Edgar Otálvora, *La crisis de la corbeta Caldas*, p. 118.

durante la visita oficial a Bogotá del doctor Simón Alberto Consalvi, canciller de Venezuela, el 16 de noviembre de 1986. El propio presidente Barco le entregó al canciller Consalvi en la audiencia privada en el palacio de San Carlos un memorando que delineaba un procedimiento para adelantar las negociaciones limítrofes. “La propuesta contemplaba varias instancias y pasos consecutivos: un lapso de negociaciones directas con plazo fijo, una segunda etapa en la cual se acudiría a un mecanismo de conciliación y finalmente, la utilización de una vía jurídica internacional. El gobierno venezolano jamás reconoció haber recibido dicho documento, apelando al silencio diplomático”⁴⁰

Convencida Colombia de las dificultades para adelantar las conversaciones bilaterales, consideró invocar el Tratado de 1939. Su artículo VI establece que la Comisión Permanente de Conciliación estará compuesta de cinco miembros. Dos por cada país, de los cuales sólo uno puede ser nacional; un quinto miembro de nacionalidad distinta a las partes, designado de común acuerdo entre Colombia y Venezuela, quien preside dicha Comisión. La Cancillería colombiana convocó a una reunión de la Comisión de Política Exterior el 6 de mayo de 1987. Simultáneamente, con esa misma fecha, emitió la Nota Diplomática DM-00218, la cual fue entregada en la mañana del 7 de mayo de ese año al canciller Simón Alberto Consalvi por el embajador Pedro Gómez Borrero. En esa nota el gobierno de Colombia informaba a Venezuela que había emitido el decreto número 810 del 6 de mayo de 1987, mediante el cual se designaba a los expresidentes Alfonso López Michelsen de Colombia y Daniel Odúber de Costa Rica como miembros de dicha comisión. Al mismo tiempo, sugería la designación de Luis Alberto Sánchez, vicepresidente del Perú, como quinto miembro de la Comisión, señalando que ya el gobierno de Colombia lo había consultado.

La primera reacción del gobierno de Venezuela fue llamar a consulta a su embajador Luis La Corte. El siguiente paso fue convocar a los principales factores políticos nacionales para explicarles la situación con Colombia. El presidente Jaime Lusinchi celebró una reunión en el palacio de Miraflores con la participación de los expresidentes Rafael Caldera, Carlos Andrés Pérez y Luis Herrera Campíns; Gonzalo Barrios, presidente de Acción Democrática, Reinaldo Leandro Mora, presidente del Congreso Nacional, Simón Alberto Consalvi y Luis La Corte para informarles el contenido de la Nota Diplomática colombiana. Después de obtener el pleno respaldo de todos los principales factores políticos de Venezuela, el presidente Jaime Lusinchi decidió responder, a través de los medios de comunicación, la nota colombiana:

⁴⁰ Consalvi, Simón Alberto, entrevista, Caracas, 29 de diciembre de 2005.

“La propuesta colombiana nos ha sorprendido, por cuanto ha sido hecha sin conocimiento previo del gobierno de Venezuela. Estimamos que la propuesta no tiene viabilidad porque a la luz del propio Tratado que se invoca, no se corresponde para analizar problemas como los que se desean hacer poner en manos de esa Comisión. En efecto, en el artículo 2 del Tratado de 1939 se exceptúa todas aquellas cuestiones que atañen a los intereses vitales, independencia e integridad territorial de los Estados contratantes; de tal manera que se trata de la materia y el espíritu de la ley en su forma más clara. Siendo así, obviamente no procede poner a funcionar este Tratado en este caso específico. Además, quiero decir que Venezuela, como siempre, está en la mejor disposición de conversar con la hermana República de Colombia sobre todos los problemas atinentes a la relación bilateral y entre ellos, desde luego, toda la problemática fronteriza”.⁴¹ Inmediatamente después se reunió con el Alto Mando Militar. De esta manera, Venezuela presentaba un frente unido ante la inminente crisis internacional.

La Cancillería venezolana contestó en una larga nota diplomática el planteamiento realizado por el gobierno de Colombia el 6 de mayo de 1987. En esa nota, Venezuela recuerda que el mecanismo de conciliación previsto en el Tratado de 1939 “no ha tenido actuación alguna desde su creación”; que la no reconstitución de la comisión luego de la muerte de sus primeros miembros y el desuso de los mecanismos del Tratado muestran que la “consulta y la negociación directa” han sido el medio para el tratamiento y la solución de los asuntos entre los dos Estados y reitera su preferencia por los mecanismos bilaterales recordando la Declaración del Arauca de 1985, en la cual los presidentes Betancourt y Lusinchi habían convenido proseguir consultas y negociaciones directas sobre “las varias cuestiones pendientes entre Colombia y Venezuela”. Más adelante, la mencionada nota diplomática reitera su posición sobre la Inaplicabilidad del Tratado de 1939 en la materia limítrofe y el pleno apoyo nacional que tiene esta posición. El segundo paso de la estrategia colombiana había fracasado. Sólo le quedaba el camino de recurrir a los tribunales internacionales. En este caso, la posición de Colombia “mostraba una importante debilidad: desde el año de 1971, la Armada de Colombia había distanciando sus actos de presencia ostensibles en el Golfo de Venezuela”.⁴²

El 1 de agosto de 1987, zarpó de la Base Naval de Cartagena la corbeta ARC “Caldas”, comandada por el capitán de fragata Sergio García Torres, con la misión de hacer presencia en aguas del golfo de Venezuela correspondientes al área reclamada por Colombia de acuerdo con su tesis de la Línea Media. “Las órdenes para aquella operación provenían directamente de la Comandancia de la Armada de Colombia y habrían sido aprobados de forma

⁴¹ *Últimas Noticias del 12 de mayo de 1987.*

⁴² *Otáhora, Edgar, La crisis de la corbeta Caldas, Rayuela Taller de Ediciones, Caracas, 2003 p. 151.*

expresa por el presidente Virgilio Barco Vargas”.⁴³La corbeta “Caldas” realizó diversas tareas de patrullaje y control de tránsito durante la primera semana de agosto. El día 9 a las 9 a.m. se encontraba navegando dirección sur, en Lat. 11° 46’ N; Long. 70° 52’ W, es decir, al sur del Paralelo de Castilletes. A las 09:10 a.m. de ese día, el patrullero misilístico venezolano ARV “Libertad”, al mando del capitán de corbeta Alfredo Castañeda Giral, tuvo un primer contacto visual del ARC Caldas, iniciando su persecución. Aproximadamente a las 9:51 a.m., según la versión colombiana, la corbeta ARC “Caldas” se encontraba en Lat. 11° 46’ N; Long. 70° 53’ navegando hacia el oeste cuando avistó al patrullero ARV “Libertad”, el cual se localizaba en Lat. 11° 49’ norte; Long. 70° 54’ oeste.

A esa hora, encontrándose ambas embarcaciones al sur del paralelo de Castilletes, se produjo un primer intercambio de mensajes radiales entre el capitán de corbeta Castañeda Giral y el capitán de fragata García Torres:

– “Corbeta “Caldas” de Patrullero “Libertad”, cambio”

– “Corbeta “Caldas” de Patrullero “Libertad”, si me copia. Usted se encuentra en aguas jurisdiccionales venezolanas sin autorización, sugiero de inmediato retirarse hacia el norte de la Guajira, cambio”.

– “Corbeta “Caldas”, interrogativo si me copió, cambio”.

– “Aquí ARC “Caldas” de la República de Colombia, cambio”.

– “Bienvenido Patrullero “Libertad” al mar territorial colombiano, zona económica exclusiva cumpliendo navegación rutinaria”.

– “ARC “Caldas” de ARV “Libertad”. No existe tal zona económica exclusiva, estas son aguas jurisdiccionales de Venezuela. Usted está en el Golfo de Venezuela y hemos ejercido soberanía desde antes de la Independencia. Le ordeno desalojar estas aguas, cambio”.⁴⁴

A partir de ese momento los comandantes del ARV “Libertad” y de la ARC “Caldas” entrecruzaron distintos mensajes planteando cada uno la indebida permanencia de la otra embarcación en aguas territoriales de su país. Sin lugar a dudas, la tarea del capitán de fragata García consistía en dejar constancia debidamente registrada y verificable de la presencia de la Armada colombiana al sur de Castilletes. De allí la insistencia de resaltar las coordenadas situadas al sur del paralelo 11° 50’, “calificándolas de “mar territorial colombiano” y exigiendo la retirada de las naves militares y de pesca venezolana”⁴⁵ Al retirarse la corbeta Caldas, a las 15:50 p.m., del mar territorial venezolano los comandantes de las dos unidades de las armadas colombiana y venezolana mantuvieron el siguiente diálogo:

– “Caldas” de “Libertad”: Es una decisión muy sabia de su parte”.

⁴³ *Ibidem*, p156.

⁴⁴ *Ibidem*, p162.

⁴⁵ Castañeda Giral, Alfredo, *El día que iba a lanzar el Misil*, Ediciones Centauro, Imprenta Nacional, Caracas, 1995, p.47.

- “Gracias por haber cumplido la orden”.
- “Libertad” de “Caldas”: Procedo a abandonar el área. He cumplido mi misión de hacer presencia y ejercer control. Terminado”.
- “Caldas de “Libertad”: Su retirada reafirma la soberanía venezolana en el Golfo de Venezuela. Terminado”.⁴⁶

La provocación colombiana fue realizada con absoluta premeditación. El general Heliodoro Guerrero Gómez, ministro de la Defensa, se encontraba en Cartagena el 9 de agosto, día en que la corbeta Caldas ingresó al mar territorial venezolano, como huésped del vicealmirante Rafael Araujo Grau, comandante de la Armada colombiana. A partir de esa fecha, comenzó un delicado enfrentamiento militar y diplomático con Colombia, que obligó a Venezuela a realizar una eficiente movilización de sus Fuerzas Armadas: en la madrugada del 10 de agosto arribó al Golfo de Venezuela la fragata misilística ARV General “Salom” (F-25), al mando del capitán de navío Pierre Herrera Istúriz, quien asumió el comando táctico de las operaciones, acompañado del patrullero cañonero ARV “Independencia” comandado por el capitán de corbeta Daniel Fontaine Jean-Pierre.

En la tarde del 10 de agosto, la ARV “Brión”, comandada por el capitán de navío Jesús Arismendi Herrera, relevó a la ARV “Salom” que navegó a puerto. En la noche del 11 de agosto el ARV “Brión” detectó con sus radares una nave situada al norte de la Guajira. El ARV “Independencia” localizó a la ARC “Caldas”, navegando sin luces, en una posición situada en las inmediaciones del Archipiélago de Los Monjes. Durante esa noche se produjeron tres comunicaciones entre los comandantes de la ARC “Caldas” y de la ARV “Brión” solicitando mutuamente abandonar las aguas territoriales de sus respectivos países.. El ARV “Independencia” realizó una maniobra de corte de proa, en un acto considerado como ofensivo.

Ante esta situación, la Armada Venezolana movilizó hacia el área del Golfo de Venezuela las fragatas “Mariscal Sucre” (F-21), bajo el mando del capitán de navío Jesús Briceño García y “Urdaneta” (F- 23), comandada por el capitán de navío Luis Guerrero Ramírez. La fragata “Brión” (F22) regresó al área del Golfo de Venezuela. También lo hizo el Escuadrón de Submarinos, al mando del capitán de navío Rafael González Molero. Desde la madrugada del 12 de agosto hasta la medianoche del sábado 15, la ARC” Caldas” navegó y fondeó al sur de la línea de prolongación de la frontera terrestre, enunciada por Venezuela como parte de su mar territorial.

Durante esos días, la Armada venezolana realizó operaciones de patrullaje en las costas norte y este de la Península de la Guajira detectando

⁴⁶ Oñativara, Edgar, *La crisis de la Corbeta Caldas*, p. 165

dos corbetas, un submarino y tres patrulleros de la Armada colombiana. Los submarinos venezolanos “Sábalo” y “Carite” se mantuvieron sumergidos, ocupando alternativamente posiciones en las proximidades de Castilletes y al norte de Los Monjes. Los aviones F-16 mantuvieron operaciones de patrullaje detectando el 13 de agosto dos Mirages colombianos, los cuales regresaron a su espacio aéreo. La ARC “Caldas” fue siempre perseguida por la ARV “Salom” durante los días que se mantuvo dentro del mar territorial venezolano. En la madrugada del 15 de agosto la corbeta ARC “Caldas” abandonó el mar territorial venezolano, siendo remplazada por la ARC “Independiente” al mando del capitán de fragata Edgar Romero Vásquez.

Venezuela evaluó las acciones realizadas por las corbetas “Caldas” e “Independiente” en nuestro mar territorial como una acción del gobierno colombiano que buscaba crear una situación prebélica que internacionalizara el conflicto limítrofe. “A la evaluación militar le fue incorporada la visión política aportada por el ministro de Relaciones Exteriores, Simón Alberto Consalvi. A su juicio, la presencia de la corbeta “Caldas” no podía interpretarse como una aventura, dada la tradicional continuidad y seriedad de la política exterior colombiana. Aquello no podía ser un ejercicio casual. Venezuela debía prepararse para una acción militar de mayores proporciones por parte de las Fuerzas Militares colombianas.⁴⁷

El Ejército en acción

En la mañana del 12 de agosto, el general Guillermo Cortés Palacios, comandante de la Primera División de Infantería, acantonada en el estado Zulia, recibió una llamada del general Ítalo del Valle Alliegro, comandante del Ejército, quien le ordenó colocar en máxima alerta a su unidad y le explicó los sucesos que estaban ocurriendo en el Golfo de Venezuela. El general Cortés me llamó a su Comando. Me desempeñaba como su jefe de Estado Mayor. Me explicó lo que ocurría y me ordenó convocar una reunión del Estado Mayor divisionario, lo cual hice inmediatamente. Se encontraba constituido por los siguientes oficiales: Inspector: Coronel José Chacón Colmenares; oficial de personal: coronel Felipe Alcántara García; oficial de Inteligencia: coronel Glenn Brathwaite Torres; oficial de operaciones: coronel Miguel Gómez Rebolledo; oficial de administración: coronel José Bastardo Maza; oficial de Asuntos Civiles: coronel Antonio Delgado Bolívar.

Los planes de campaña habían sido revisados en el mes de febrero durante la ejecución de una importante maniobra realizada en el estado Zulia, la cual movilizó a todas las unidades de las Fuerzas Armadas. En la tarde, visitamos al gobernador del estado, doctor Omar Barboza, para informarle

⁴⁷ *Ibidem*, p. 183

sobre la situación militar. Nos ofreció todo tipo de apoyo. El pueblo zuliano, dando muestras de un gran patriotismo, se solidarizó de inmediato con las acciones que empezaron a tomar las Fuerzas Armadas. El general Cortés consideró prudente ubicar de inmediato la Segunda Brigada de Infantería y el batallón blindado “Bravos de Apure” al noroeste del río Limón, para evitar que dichas unidades pudiesen ser aisladas en caso de un ataque aéreo al único puente importante existente sobre ese río.

El general Esmir Palacios Rojas, comandante de la Segunda Brigada de Infantería, ordenó al Batallón Blindado “Bravos de Apure”, a los batallones de Infantería “Aramendi” y “Girardot” y al Grupo de Artillería “Freites” al mando de los tenientes coroneles Julio Sánchez Flores, Justo Miguel Quintero, Orlando de Jesús Vivas Vivas y Juan Antonio Pérez Castillo respectivamente, movilizarse a sus nuevas posiciones. El Batallón de Ingenieros “Carlos Soublette”, al mando del teniente coronel Rubén Medina Sánchez, el Batallón de Apoyo “José Escolástico Andrade”, al mando del teniente coronel Víctor Badell Morillo y el Grupo de Artillería lanza cohetes múltiples “José Gregorio Monagas”, al mando del teniente coronel Miguel Aguilera Borromé quedaron a orden del comando de la división. El general Cortés llamó telefónicamente al general Carlos Santiago Ramírez, comandante de la Brigada Blindada, acantonada en Valencia, y al general Jorge Tagliaferro De Lima, comandante de la Tercera Brigada de Infantería, ubicada en Barquisimeto, con la finalidad de ordenarles preparar sus unidades para trasladarse a orden a sus distintas áreas de despliegue. El coronel Melchor Briceño, jefe del Servicio de Sanidad de la División, organizó un eficiente sistema de triaje, demostrando gran idoneidad.

Ese mismo día, el embajador Luis La Corte solicitó con carácter de urgencia una reunión con el presidente Virgilio Barco, dejando a un lado la instancia del canciller Londoño. En la noche se realizó dicha reunión en el Palacio de Nariño. Durante la conversación, el embajador La Corte resumió la posición venezolana y le hizo ver al presidente Barco el riesgo que existía de un enfrentamiento militar. El 13 de agosto, el canciller Consalvi entregó la Nota GM-1627 al embajador Pedro Gómez Borrero en la cual Venezuela dejaba en claro nuestra soberanía sobre la prolongación de la frontera terrestre, sin que Colombia “hubiera manifestado inconformidad alguna”, sin que “nunca antes de los hechos referidos en esta nota, unidades de la Armada Colombiana habían pretendido incursionar y ejercer actos de autoridad al sur de la línea mencionada”. La Nota concluye “exigiendo la inmediata salida de la corbeta “Caldas”, a la vez que advierte que el gobierno venezolano “ha evitado adoptar frente a tales provocaciones las medidas que las circunstancias justificaban”.

Jaime Lusinchí convocó a una reunión en Miraflores para evaluar la situación del Golfo de Venezuela. Al encuentro asistieron los ministros de Relaciones Exteriores, Simón Alberto Consalvi; de Defensa, General Heliodoro Guerrero Gómez; y de la Secretaría de la Presidencia, Carmelo Lauría; el presidente del Congreso Nacional, Reinaldo Leandro Mora; el comandante de la Armada, vicealmirante Faustino Alvarado; el director del Servicio de Inteligencia Militar, vicealmirante Germán Rodríguez Citraro y el jefe de la Casa Militar, general Iván Darío Jiménez. Inmediatamente después de concluir dicha reunión, el gobierno de Venezuela ordenó el estado de “alerta militar”. De inmediato, el presidente Lusinchí constituyó un Teatro de Operaciones y designó como su comandante al general José María Troconis Peraza, Inspector General del Ejército. Al mismo tiempo definió como fórmula de solución de la crisis, considerar la prolongación de la frontera terrestre venezolana como la línea de delimitación en el Golfo de Venezuela. Las Fuerzas Armadas venezolanas deberían considerar como “un barco incursor” a cualquier nave situada al sur de esa línea.

El comandante de la Escuadra, Vicealmirante Cirilo Marcano Mata asumió el comando de la Fuerza de Tarea 19, constituida por tres Grupos de Tarea. El primero formado por los buques de superficie, el segundo, constituido por las unidades submarinas, el tercero integrado por las unidades navales anfibia de desembarco clase “Capana” y la Infantería de Marina. Esa noche se movilizaron hacia el estado Zulia las unidades comprometidas en el plan de campaña. Se trasladó desde Valencia la Brigada Blindada, constituida por los batallones blindados “Torres”, y “Bermúdez”, el Batallón de Infantería Mecanizado “Anzoátegui” y el Grupo de Artillería Autopropulsado “Lara” comandados por los tenientes coroneles Nelson Martínez Guillén, Igor Marín Atencio, Manuel Infante La Cruz y Eduardo Díaz Galindo respectivamente. La Tercera Brigada de Infantería constituida por los batallones de Infantería “Piar”, y “Rivas Dávila”, el Batallón de Cazadores “Páez” y el Grupo de Artillería de Campaña “Cruz Carrillo”, comandados por los tenientes coroneles Miguel Brito Silva, Noel Martínez Ochoa, Gustavo García Ordóñez y Eliseo Ledezma Oropeza respectivamente, movilizaron sus destacamentos precursores a Fuerte “Mara”.

En la tarde del 13 de agosto hubo una importante reunión, presidida por el general Cortés Palacios, de todos los comandantes de las unidades comprometidas en el plan de campaña y sus estados mayores en el comando de la Primera División de Infantería. Allí se revisó dicho plan, con el objeto de adaptarlo a las informaciones recibidas. Al considerar el general Cortés suficientemente analizada la situación militar emitió su decisión: “La Primera División de Infantería atacará a orden con dos brigadas en el escalón de ataque y una de reserva. La Brigada Blindada atacará por la derecha, la Segunda Brigada de Infantería atacará por la izquierda, debiendo proteger el

flanco de la Brigada Blindada. La Tercera Brigada de Infantería seguirá a la Brigada Blindada en su ataque”.⁴⁸ Se daba por descontado que Venezuela lograría, en las primeras horas de conflicto una determinante superioridad aérea. Se coordinó un ataque vertical con la Brigada de Paracaidistas que cortaría ciertas direcciones de aproximación del enemigo y un desembarco de la Infantería de Marina en las costas de La Guajira. El Grupo de Artillería Misilístico “Monagas” realizaría fuego de ablandamiento a las posiciones enemigas, con prioridad de apoyo a la Brigada Blindada. El Regimiento de Comunicaciones del Ejército creó un sistema de comando y control con la Primera División de Infantería. El general Cortés estableció su Puesto de Comando Avanzado en Fuerte “Mara”.

El Comando General de las Fuerzas Militares colombianas ordenó el 14 de agosto el traslado del Grupo de Caballería Motorizada “Juan José Rondón” No.2, acantonado en San Juan del Cesar, al sur del departamento de la Guajira. El mayor general Daniel García Echeverri instaló su Puesto de Comando Avanzado en Río Hacha. En la tarde de ese día, el Ejército se declaró en estado de alerta e inició el movimiento del Batallón de Infantería Mecanizado “Antonio Nariño”, acantonado en Barranquilla, hacia el departamento de la Guajira. Además fueron puestos en estado de alerta los grupos de caballería “Gabriel Rebéiz Pizarro”, ubicado en el departamento del Arauca, y “Hermógenes Maza”, con sede en Cúcuta. Mientras ocurría el desplazamiento de estas unidades colombianas, la crisis marítima en el Golfo de Venezuela alcanzó niveles de máxima gravedad. El 16 de agosto, el sistema de control de tiro de la fragata ARV “Mariscal Sucre” iluminó, en varias oportunidades, la corbeta ARC “Independiente”, la cual fue sobrevolada por el helicóptero de dotación de la fragata venezolana. El 17 de agosto, el grupo de tarea naval venezolano recibió Instrucciones para asumir posiciones tácticas de combate.

“A juicio del gobierno nacional, Venezuela había recuperado la iniciativa al establecer un dispositivo de defensa que le permitía tener una suficiente capacidad militar para escalar el conflicto. En el comando del Teatro de Operaciones se decidió que la corbeta ARC “Independiente” no sería atacada, sin que previamente alguna instancia del gobierno venezolano emitiera un ultimátum”.⁴⁹ El 17 de agosto, el presidente Jaime Lusinchi se reunió en Miraflores con el Alto Mando Militar, los ministros de Relaciones Exteriores, Interiores y Hacienda. Luego de la reunión el presidente Lusinchi y las personas que habían asistido a la reunión se dirigieron a Fuerte Tiuna a conversar con el general Troconis Peraza, con el fin de evaluar la situación militar. En la tarde el presidente Lusinchi se reunió con los ex presidentes Caldera, Pérez y Herrera, en compañía del doctor Reinaldo Leandro Mora,

⁴⁸ Se omiten los objetivos del ataque por razones de secreto militar.

⁴⁹ Otálhora, Edgar, *La Crisis de la Corbeta Caldas* p. 197.

presidente del Congreso Nacional, del doctor José Rodríguez Iturbe, presidente de la Cámara de Diputados, del doctor Gonzalo Barrios, presidente de Acción Democrática y los ministros del Exterior y de Defensa. Posteriormente se reunió con los secretarios generales de los partidos políticos. Esa tarde, el presidente Lusinchi ordenó al Alto Mando Militar atacar la corbeta “Independiente” si no abandonaba inmediatamente el mar territorial venezolano.

“El lunes 17 de agosto, a primeras horas de la tarde, Virgilio Barco Vargas abandonó el Palacio de “Nariño”, en una discreta caravana que se dirigió hacia el norte de la ciudad. En la residencia de un viejo amigo, el presidente colombiano había citado a un grupo de personas a quienes consideraba sus incondicionales compañeros, ninguno de los cuales formaba parte del equipo de gobierno. El presidente Barco les manifestó su preocupación por la situación prebélica que estaba ocurriendo en el Golfo de Venezuela. Se lamentó de haber sido engañado por sus funcionarios en relación con los verdaderos propósitos de la acción de la corbeta colombiana. Les informó que al salir de allí se dirigiría a una reunión con el Alto Mando Militar y con el ministro de Relaciones Exteriores, en la cual ordenaría poner fin a la operación naval en el Golfo. La reunión sería en un sitio reservado fuera de las instalaciones militares. Barco temía que su decisión generara incluso un conato de desobediencia militar. En previsión, el presidente Barco había grabado un mensaje a la Nación, en la cual se ordenaba el retiro de la corbeta colombiana. A las 23:45, hora de Bogotá del día lunes, la Radio Nacional de Colombia interrumpió su programación usual para transmitir un mensaje de Virgilio Barco a la Nación:50

“Compatriotas:

Los gobiernos de Colombia y Venezuela han recibido fervientes exhortaciones del Secretario General de la Organización de los Estados Americanos João Baena Suárez y del presidente de la República de Argentina Raúl Alfonsín, a fin de que ambos países adopten medidas para aliviar la tensión existente entre Colombia y Venezuela. Atendiendo los llamados urgentes formulados por el Secretario General de la OEA y del presidente de la República Argentina, el gobierno de Colombia, fiel a los principios de solución pacífica de las controversias, y consecuente con su tradicional voluntad latinoamericana, ha ordenado las medidas pertinentes para contribuir a la normalización de la situación creada y confía en que el gobierno venezolano hará lo propio. El gobierno colombiano debe reiterar, como lo ha hecho en el día de hoy en mensaje entregado al embajador de Venezuela en

50 *Ibidem*, pp. 206 - 207.

Bogotá, su posición respecto a los derechos que le asisten en el Golfo de Venezuela. Muchas gracias.”⁵¹

A las 00:30 a.m. del 18 de agosto, el vicealmirante Rafael Grau Araujo envió al comandante de la Fuerza Naval del Atlántico las instrucciones sobre el retiro de la corbeta ARC “Independiente”. A las 1 a.m. del 18 de agosto, las naves de guerra venezolanas permanecían en posiciones tácticas para entrar en combate. En los sistemas de monitoreo de las naves venezolanas comenzó a mostrarse que la ARC “Independiente” había zarpado en dirección norte fuera del mar territorial venezolano. La crisis de la Corbeta “Caldas” había terminado. A las 9:30 de la noche del 18 de agosto de 1987, el presidente Jaime Lusinchi se dirigió a los venezolanos para informarles el retiro de la corbeta colombiana del Golfo de Venezuela. Rechazó la utilización de vías de hecho para alterar el *statu quo* y reiteró la actitud de los gobiernos democráticos de defender con voluntad inquebrantable la soberanía y la integridad territorial. Reconoció la eficiente actuación de las Fuerzas Armadas y pidió al gobierno colombiano reflexionar sobre las implicaciones que un hecho de ese tipo puede causar. La estrategia implementada por el canciller Julio Londoño, desde mediados de los ochenta, para llevar el tema de la delimitación de las áreas marinas y submarinas en el Golfo de Venezuela a instancias internacionales, había fracasado.

Tanques en Carmelitas

A las 7 p.m. del 26 de octubre de 1988, dos columnas de vehículos blindados tipo Dragón pertenecientes al Grupo de Caballería “Juan Pablo Ayala”, al mando del mayor José Domingo Soler Zambrano, segundo comandante de esa unidad, salieron de Fuerte Tiuna con el objetivo de tomar la residencia presidencial “La Viñeta” y el Ministerio del Interior. El mayor Soler organizó dos columnas: la primera bajo su mando; la segunda comandada por el capitán José Manuel Echeverría Márquez. Los vehículos blindados de la segunda columna se desplazaron hacia el centro de la ciudad, sin que ninguna unidad militar o policial avisara de dicho movimiento. El doctor Simón Alberto Consalvi, encargado de la presidencia de la República, se encontraba en el Ministerio del Interior.

La caravana presidencial permanecía a las puertas del Ministerio del Interior. En el momento en que el doctor Consalvi iba a salir de su oficina con la finalidad de dirigirse hacia “La Viñeta”, recibió una llamada telefónica que lo retuvo en su despacho por más de diez minutos. “Me encontraba hablando por teléfono cuando fui interrumpido por la doctora Diana Volpi, funcionaria del Despacho, quien me informó que un número de tanques tenían totalmente

⁵¹ Bendeck Olivilla, Jorge, *La Corbeta Solitaria*, Editorial Grijalbo, Bogotá, 1994, p. 120. Citado por Edgar Otálvora, En: *La crisis de la Corbeta Caldas*, p. 207.

rodeado al Ministerio del Interior. A los pocos minutos se presentó el edecán de servicio a informarme que todas las oficinas del ministerio se encontraban ocupadas por efectivos militares”.⁵² El doctor Consalvi salió de su oficina a ver que ocurría. Allí se encontró con un capitán, quien le informó respetuosamente que las Fuerzas Armadas habían tomado el Ministerio del Interior para defenderlo de un ataque terrorista.

Mientras esto ocurría en el centro de Caracas, a menos de tres cuadras del palacio presidencial de Miraflores, la primera columna al mando del mayor Soler había salido de Fuerte Tiuna con destino a la residencia presidencial “La Viñeta”. “Los vehículos de la columna comandada por el capitán Sisiruca se estacionaron al frente de “La Viñeta”. Yo me bajé de mi vehículo, llamé a un guardia de honor que se encontraba en la alcabala de acceso a “La Viñeta” y le pedí que localizara al oficial encargado de la seguridad. En ese momento se acercó un capitán y se identificó. Yo hice lo mismo. Le expliqué que estaba cumpliendo una orden del general Juan Bastardo Velásquez, segundo comandante del Ejército. A los pocos minutos, decidí regresar al batallón con la finalidad de solicitar más instrucciones. Me dirigí hacia la avenida principal de Los Próceres, tome un taxi que me condujo al batallón Ayala”.⁵³ Desde allí el mayor Soler llamó al jefe de servicio de la Comandancia General del Ejército coronel Serapio Romero Mendoza, al cual le explicó la operación que estaba realizando. El coronel Romero le llamó la atención por no haberle informado. De inmediato, se comunicó por teléfono con el capitán Echeverría, a quien le ordenó regresar al batallón. Unos minutos después llegó el jefe de servicio del Comando Estratégico, quien le ordenó pasar detenido a la Policía Militar.

El doctor Consalvi regresó a su oficina con la finalidad de llamar por teléfono al general Ítalo del Valle Alliegro, ministro de la Defensa. La sorpresa del general Alliegro fue aún mayor. No tenía ningún conocimiento del movimiento de los tanques. Ante su incredulidad, el doctor Consalvi lo comunicó con el edecán de servicio para que le ratificara lo que ocurría. El general Alliegro dijo de inmediato que saldría hacia la sede del Ministerio del Interior. El doctor Consalvi le recomendó que no lo hiciera y le pidió que primero ordenara el regreso de los tanques a Fuerte Tiuna. El general Alliegro le ordenó al capitán Echeverría reintegrarse a su cuartel. El doctor Consalvi tomó de nuevo el teléfono, pidiéndole al general Alliegro que convocara una reunión del Alto Mando Militar en “La Viñeta”. El general Alliegro localizó a los miembros del Alto Mando Militar y los convocó a la reunión. Le ordenó al general Bastardo Velásquez, hacerse acompañar por el general Manuel Heinz Azpúrua, jefe del Comando Estratégico del Ejército.

⁵² Consalvi, Simón Alberto, entrevista.

⁵³ Soler Zambrano, José, declaración realizada ante la dirección de Inteligencia del Ejército, Caracas, 29 de octubre de 1988.

El general Heinz ya había sido informado en su casa por el jefe de Servicio de su Comando sobre la novedad ocurrida. “Ese día llegué a mi domicilio al comienzo de la noche y casi inmediatamente fui informado de esta grave novedad. Me puse en contacto telefónico con el oficial de guardia del Comando Estratégico, ordenándole localizar a los oficiales y particularmente al general Oscar Roviro Villamizar, Jefe del Estado Mayor”.⁵⁴ La reunión con el Alto Mando Militar comenzó cerca de las diez de la noche. Estuvieron presentes el doctor Simón Alberto Consalvi, los generales Ítalo del Valle Alliegro, ministro de la Defensa, Juan Bastardo Velásquez, encargado del comando del Ejército, Jesús Aveledo Penso, comandante de la Aviación, Luis Ramón Contreras Laguado, comandante de la Guardia Nacional y Manuel Heinz Aspúrua, jefe del Comando Estratégico y los vicealmirantes Faustino Alvarado Rodríguez, comandante de la Armada y Germán Rodríguez Citraro, director de Inteligencia Militar.

Existía una total consternación, pues nadie era capaz de explicar lo ocurrido. “El general Heinz informó lo que el mayor Soler había explicado durante la entrevista inicial en la Policía Militar. El Dr. Consalvi se comunicó con el presidente Lusinchí. Luego de esta conversación privada, ordenó al almirante Rodríguez Citraro conducir la correspondiente investigación”.⁵⁵ El almirante Rodríguez le informó al general Heinz que un oficial de la Armada se presentaría al Regimiento de Policía Militar con el objeto de trasladar al mayor Soler y a los dos capitanes a las instalaciones de la Dirección de Inteligencia Militar. Al regresar a su comando en Fuerte “Tiuna”, el general Heinz fue informado que el almirante Rodríguez Citraro se había presentado sin acompañantes al Departamento de Investigación de la Policía Militar para interrogar personalmente al mayor Soler Zambrano. Al conocer esta información el general Heinz se trasladó al Regimiento de la Policía Militar.

El interrogatorio comenzó alrededor de las 12 p.m. en la oficina del Coronel Humberto Castillo Oliveros, Jefe del Departamento de Investigación de la Policía Militar. “Estuve presente durante unos diez minutos en el interrogatorio, por cuanto el almirante Rodríguez fumaba tabaco, y yo no toleraba el fuerte olor. Otros oficiales que estuvieron presentes durante la hora y media de interrogatorio fueron: el general Carlos Peñaloza Zambrano, Jefe del Estado Mayor del Ejército, el general Herminio Fuenmayor, el general Ramón Santeliz Ruiz y el coronel Humberto Castillo Oliveros”.⁵⁶ Al finalizar el interrogatorio el almirante Rodríguez le ordenó al Mayor Soler permanecer en la oficina para que de su puño y letra elaborara un informe escrito dando cuenta detallada de lo ocurrido. No

⁵⁴ Heinz Aspúrua, Manuel, entrevista, Caracas, 14 de enero de 2006.

⁵⁵ Alliegro, Ítalo del Valle, entrevista, Caracas, 10 de diciembre de 2005.

⁵⁶ Heinz Aspúrua, Manuel, entrevista.

interrogó a los dos capitanes. Además dispuso que los tres oficiales regresaran a su unidad y que los trasladaran a la Policía Militar al día siguiente. Mientras era interrogado el Mayor Soler, el general Heinz tuvo una entrevista con cada uno de los capitanes para escuchar su versión. Esta conversación hizo que aumentaran sus dudas sobre la explicación dada por el mayor Soler. Al evaluar la gravedad de los hechos consideró más conveniente que permanecieran detenidos el mayor Soler y los capitanes Echeverría y Sisiruca en el Centro de Reclusión para oficiales de la Policía Militar.

El mayor Soler mantuvo en su declaración, que el miércoles 26 de octubre, a las 6:25 p.m. aproximadamente, el guardia de comando del primer comandante se acercó a su oficina y le notificó que había una llamada telefónica para el comandante del batallón teniente coronel Pablo Querales Rivero de parte de un general. Le ordenó al guardia de comando que le dijera que el comandante no estaba. El soldado se retiró y al poco rato regresó diciendo que el general era el general Bastardo y que quería hablar con el segundo comandante. El mayor Soler fue a atender la llamada al primer comando. El general Bastardo le preguntó en donde se encontraba el teniente coronel Querales. El mayor Soler le informó que se encontraba de comisión para el occidente del país. El general Bastardo le dijo que lo llamaría dentro de una hora. Al terminar la conversación, el mayor Zambrano se dirigió a su oficina. Al poco rato le tocó la puerta el guardia de comando y le dijo que había una nueva llamada del general Bastardo. El mayor Soler se trasladó al primer comando a recibir la llamada. El general Bastardo le informó que el encargado de la presidencia de la República tenía problemas de seguridad y le ordenó que tomara el Ministerio del Interior y la residencia presidencial La Viñeta con dos compañías de tanques Dragón para prestarles seguridad.⁵⁷

El día jueves 27 de octubre durante la reunión semanal de la Junta Superior de las Fuerzas Armadas, el almirante Rodríguez Citraro expuso sus conclusiones sobre lo sucedido: el mayor Soler, al recibir una orden de movilizar la unidad que accidentalmente comandaba, no tuvo la madurez de verificar tal orden. Además, puso un gran empeño en demostrar ante el Comando General del Ejército su eficiencia en el cumplimiento de la misión asignada. El general Alliegro no estuvo convencido con lo expuesto por el vicealmirante Rodríguez y así se lo hizo saber al Presidente Lusinchi, quien dispuso que en adelante la investigación estuviera bajo la responsabilidad del general Heinz. Esta investigación logró presentar un conjunto de indicios que demostraban que el movimiento de los tanques no había ocurrido sólo por inexperiencia del mayor Soler. “Las declaraciones del guardia de comando fueron muy importantes. Yo, particularmente, lo entrevisté un par de veces. Se demostró a través de ella, la veracidad de las dos

⁵⁷ Soler Zambrano, José, declaración.

llamadas recibidas por el mayor Soler. El guardia de comando no tenía ninguna posibilidad de confirmar la identidad de quien realizaba la llamada pero dado su elevado nivel intelectual, pudo fijar aproximadamente el tiempo de duración de cada una de las llamadas. La primera llamada tuvo una duración larga, entre seis y ocho minutos; la segunda fue brevísima. En la investigación concluimos que las dos llamadas estaban estrechamente relacionadas con el desplazamiento de la caravana presidencial desde Miraflores al Ministerio del Interior y desde éste a la residencia presidencial “La Viñeta”.⁵⁸

Esta declaración permitió al personal de Inteligencia que realizaba la investigación presumir que existía una relación entre la primera llamada con la alerta de la caravana y la segunda llamada con la confirmación de la salida de los vehículos desde Miraflores para conducir al doctor Consalvi a “La Viñeta”. El tiempo de duración de las llamadas les hizo concluir que la “misión” del mayor Soler esa noche era detener al doctor Consalvi en “La Viñeta” tan pronto llegara procedente del Ministerio del Interior. El retardo casual de la salida del doctor Consalvi del Ministerio del Interior por atender una llamada telefónica, permitió que la columna de vehículos blindados comandada por el capitán Echeverría llegara al Ministerio del Interior, antes de que el doctor Consalvi tomara la caravana.

El general Heinz ordenó abrir la correspondiente averiguación sumarial al coronel Ramón Moreno Natera, Juez Militar de Primera Instancia Permanente de Caracas; pues estaba convencido de la existencia de una conspiración. Solicitó autorización al general Alliegro y al juez militar para continuar la investigación mientras se realizaba el juicio. Inicialmente no hubo problemas, pero a los días fue llamado por el general Alliegro a su despacho para ordenarle suspender la investigación porque los abogados defensores del mayor Soler amenazaban con informar a la opinión pública el interrogatorio a que habían sido sometidos el mayor Soler y los capitanes Valderrama y Sisiruca por la DISIP.

Desde ese mismo día surgió en el seno de las Fuerzas Armadas y en algunos sectores políticos del país una fuerte polémica. Dos hipótesis se debatieron: la primera, mantenía que el movimiento de los vehículos blindados se había originado como consecuencia de una falsa llamada telefónica atribuida al general Juan Bastado Velásquez, Inspector General del Ejército, que buscaba eliminar sus posibilidades de ser designado comandante del Ejército. La otra tesis sostenía que había sido un intento conspirativo de un grupo de oficiales descontentos conocido como los “comacates”, comandantes, mayores, capitanes y tenientes, un misterioso

⁵⁸ Heinz Aspúrua, Manuel, entrevista.

grupo de oficiales que hacía circular en los cuarteles panfletos criticando con severidad la acción del gobierno y del Alto Mando Militar.

La primera hipótesis pierde fuerza al observar que faltaba mucho tiempo para las nuevas designaciones militares. Por el contrario, existe un conjunto de circunstancias a favor de la tesis conspirativa: la coincidencia de los planes que se aplicaron ese día con los realizados el 4 de febrero de 1992; la escogencia de una fecha para el alzamiento en que el presidente de la República se encontraba de viaje en el exterior; la utilización ese día del grupo de Caballería “Ayala” para tomar el Ministerio del Interior y la residencia presidencial “La Viñeta” y el 4 de Febrero atacar el palacio de Miraflores; el grado de amistad existente entre el mayor Soler Zambrano y el mayor Hugo Chávez Frías; y por último la información verificada por el general Carlos Peñaloza Zambrano, jefe del Estado Mayor del Ejército, que “ese día el entonces mayor Chávez estuvo de visita en el grupo de caballería “Ayala”, conversando con el mayor Soler. Esta información se la comuniqué a la Dirección de Inteligencia del Ejército y de nuevo no ocurrió nada. Yo creo que detrás de esto hubo un ángel protector”.⁵⁹

⁵⁹ Peñaloza Zambrano, Carlos Julio, carta dirigida a Fernando Ochoa Antich, Miami, 4 de marzo de 2006.

Neoliberalismo sin anunciar

Liberales en acción

El resultado electoral de 1988 fue realmente impactante. Carlos Andrés Pérez ganó con 3.868.843 votos, Eduardo Fernández obtuvo el segundo lugar con un lejano 2.955.065 votos, Teodoro Petkoff logró obtener 198.361 votos y Andrés Velásquez figuró con 26.870 votos. El bipartidismo, formado por Acción Democrática y COPEI, la socialdemocracia y el social cristianismo, dominaron las expectativas electorales del pueblo venezolano al alcanzar entre los dos el impresionante porcentaje de 93,2 %. Ante los ojos de cualquier analista, este triunfo señalaba que la democracia venezolana había logrado satisfacer importantes expectativas sociales de las mayorías nacionales. El presidente Jaime Lusinchi terminaba su gestión con una popularidad de más de 70 %. El destino de Venezuela parecía estable y seguro.

Esta primera impresión era equivocada. Desde el 18 febrero de 1983, el llamado Viernes Negro, la economía venezolana había mostrado delicados signos de debilidad que empezaban a comprometer gravemente la estabilidad del sistema político venezolano. Varios factores señalaban claramente la necesidad urgente de una profunda reforma: crecimiento desmedido de la deuda pública, debilitamiento de nuestro signo monetario, permanente inflación, fuga de divisas y presupuestos deficitarios. “Ahora bien, todo eso lo magnifica y hace más complicado el “Welfare State”. El Estado se hacía presente no sólo como un empresario, sino que a la vez seguía en sus viejas funciones de regulador de la economía. Él debía, además, ser el agente corrector de los desajustes sociales. Lo cual resolvía, siempre respaldado por los ingresos petroleros, a través de subsidios y controles de precios y sobre todo, lo que será el mayor subsidio de todos: la gasolina barata. Únase a esto una agresiva política social, destinada a atacar la pobreza y reducir por allí mismo las tensiones sociales. Lo de “política social” es apenas un nombre para designar un asistencialismo que llevaba en sí el germen de su propia destrucción: el simple crecimiento vegetativo de la población reducía a la nada las mejoras alcanzadas”. 60

Además, se observaba un importante descontento en la clase media por la forma de actuar de los partidos políticos. Su dirigencia se negaba a introducir verdaderos cambios: encerrada en sí misma, evitaba por todos los medios abrirse hacia la sociedad. Los medios de comunicación empezaron a hacerse eco de este descontento, desarrollando campañas de opinión que favorecieron el desprestigio de la clase política venezolana. “Es en todo caso, un cierto proyecto de país el que comienza a mostrar signos inequívocos de

60 Caballero, Manuel, *Las crisis de la Venezuela contemporánea*, p. 175.

agotamiento. Hablamos de un proyecto de país en el sentido más amplio del concepto: se trata de un determinado modo político de comprender el crucial problema del poder y de ejercerlo, de una específica cultura económica dominante, de una forma particular en que son establecidas las relaciones sociales, de un tipo de vinculación de la nación con el planeta. No nos equivocariamos si señalamos que se trata de un proyecto de país ideado por las generaciones del 28 y del 36, muy notablemente por la mente privilegiada del joven Betancourt de los años 30, quien definió de antemano al menos tres características del modelo, cumplidas escrupulosamente y perfeccionadas a lo largo de un proceso teórico y práctico: democrático, reformista y pluriclasista”⁶¹

Era imposible que esta delicada situación de desajuste de la democracia venezolana no fuese percibida por una personalidad tan perspicaz políticamente como la de Carlos Andrés Pérez. Durante su campaña electoral, había evitado en lo posible realizar ofertas que incrementaran las expectativas populares. Lamentablemente el recuerdo del esplendor económico que representó su primer gobierno era sin duda la razón fundamental de su fortaleza electoral. Los venezolanos consideraban que el triunfo de Carlos Andrés Pérez permitiría resolver, casi por efecto de magia, los grandes problemas estructurales de nuestra economía. Esta realidad nacional iba acompañada de una crisis internacional de la ideología socialista que, desde la década de los ochenta, había comprometido en Inglaterra los avances sociales del laborismo. La crisis económica y el incremento del desempleo condujeron al poder a Margaret Thatcher. Un proceso similar en los Estados Unidos permitió ganar la presidencia a Ronald Reagan. La caída del bloque soviético indicó el fin del marxismo-leninismo y del mundo bipolar.

Al iniciarse la década de los noventa parecía que la ideología liberal se había impuesto definitivamente en el mundo. Este trascendente proceso político, económico y social influyó de manera importante en la visión que Carlos Andrés Pérez tuvo de la situación venezolana al inicio de su segundo gobierno. También lo hizo la coincidencia de que el grupo de jóvenes profesionales que se hicieron abanderados en Venezuela del “neoliberalismo” habían estudiado en las mejores universidades del mundo, gracias al programa de becas “Gran Mariscal de Ayacucho” fundado durante el primer gobierno del presidente Pérez. Existía entre ellos una natural simpatía. El contacto con el presidente Pérez surgió durante la campaña electoral al presentar este grupo de jóvenes profesionales un coherente programa económico para enfrentar la crisis venezolana. Su mentor fue Pedro Tinoco, un próspero banquero en franca confrontación con los tradicionales grupos económicos venezolanos.

⁶¹ Ochoa Antich, Enrique, *Los golpes de Febrero*, Fuentes Editores, Caracas, 1992, p. 149.

El delicado enfrentamiento surgido entre Carlos Andrés Pérez y Jaime Lusinchi por el control de Acción Democrática logró un sutil acuerdo durante la campaña electoral. Los ataques que se observaron durante la lucha interna por la candidatura presidencial cesaron totalmente. Ciertos intereses comunes permitieron superar las heridas anteriores. Carlos Andrés Pérez necesitaba, para ganar las elecciones, una economía en expansión. Jaime Lusinchi comprendía que su alta popularidad sólo podía mantenerse si se evitaba tomar medidas restrictivas en el orden económico. Esa comunidad de intereses permitió el arrollador triunfo de Carlos Andrés Pérez. Lamentablemente, las verdades siempre terminan por imponerse. La situación económica al finalizar el gobierno de Jaime Lusinchi era mucho más grave de lo que parecía. Fundamentalmente, la falta de un ajuste económico a tiempo había comprometido el monto de las reservas internacionales. El mismo presupuesto presentaba tal déficit en su financiamiento que era imposible ejecutarlo. Era necesario que el nuevo gobierno tomara un conjunto de medidas económicas que tendrían un importante costo político. Al presidente Pérez se le presentó un delicado dilema: señalar que la responsabilidad de la crisis económica era del anterior gobierno, o enfrentar solo la impopularidad de las medidas económicas que debía tomar. Sin medir, quizás, las consecuencias tomó el primer camino.

La designación del nuevo Gabinete señaló que el gobierno de Carlos Andrés Pérez se alejaría de los tradicionales postulados de Acción Democrática. El doctor Pedro Tinoco, designado presidente del Banco Central, fue nombrado coordinador del Gabinete económico en el cual aparecieron en forma destacada el doctor Miguel Rodríguez, en Cordiplán, el doctor Gustavo Rossen, en Educación, el doctor Moisés Naím, en Fomento, profesores universitarios con impresionantes méritos académicos, pero desconocidos políticamente. Los nombramientos de los doctores Luis Penzini Fleury en Desarrollo Urbano, Gustavo Rada en Transporte y Comunicaciones, Enrique Colmenares Finol en Ambiente y Recursos Naturales, Senta Essenfeld en Familia, Luis Beltrán Guerra, en Justicia y Reinaldo Figueredo Planchart en el Ministerio de la Secretaría ratificaban la tendencia liberal del gabinete. La confirmación de la doctora Eglée Iturbe de Blanco como ministro de Hacienda y las designaciones de Celestino Armas para Minas e Hidrocarburos, Alejandro Izaguirre para Interiores, Enrique Tejera París para Exteriores, Fanny Bello para Agricultura y Cría, Marisela Padrón en Trabajo, Dulce Arnao de Uzcátegui, en Ciencia y Tecnología y Virgilio Ávila Vivas como gobernador de Caracas fueron importantes concesiones a Acción Democrática.

El discurso de toma de posesión de Carlos Andrés Pérez mostró públicamente su distanciamiento con Jaime Lusinchi. En medio de un fastuoso acto en el Teatro Teresa Carreño, acompañado de numerosas

delegaciones y de líderes fundamentales de la América Latina, Carlos Andrés Pérez fue señalando los errores cometidos por Jaime Lusinchi. Resaltó, con marcada dureza, las difíciles circunstancias económicas que tendría que enfrentar el nuevo gobierno: escasez de reservas, déficit fiscal, y agobiante servicio de la deuda externa. El realista discurso mostró a los venezolanos que no venían tiempos de bonanza sino un duro ajuste en el nivel de vida. Los empresarios y comerciantes entendieron que se establecería una nueva paridad cambiaria y la liberación en los precios de los productos de primera necesidad. De inmediato, empezó una importante fuga de divisas y el acaparamiento de los productos de primera necesidad. El desabastecimiento empezó hacerse realidad. Un creciente sentimiento de decepción comenzó a minar el prestigio popular del presidente Pérez. Los medios de comunicación empezaron a criticar duramente el acto de juramentación como presidente de la República.

El 16 de febrero de 1989, el salón “Ayacucho” del palacio de Miraflores era el centro del país. La figura del presidente Pérez causó una fuerte impresión: vestido de negro, con anteojos para la presbicia, parecía más un estadista que un líder popular. El profundo silencio que rodeó el momento del inicio del discurso fue impresionante. Todos los presentes, y varios millones de televidentes, entendían que era un momento de gran trascendencia para Venezuela. Definitivamente era el final de un tiempo histórico. Lentamente empezó a escucharse la voz de Carlos Andrés Pérez. Su discurso estaba muy bien escrito. Se observaba que en él habían trabajado expertos económicos de gran formación, pero la palabra presidencial no fue lo suficientemente convincente. Las medidas a aplicar fueron enumeradas: establecimiento de un nuevo esquema cambiario; liberación de las tasas de interés activas y pasivas; aumento anual del precio de la gasolina por tres años; racionalización de la política arancelaria; libertad de comercio y eliminación de exoneraciones para las importaciones; congelación de los cargos públicos; ajuste gradual de las tarifas de luz y teléfono; liberación de las tarifas vigentes en el transporte público; establecimiento de un 50% de subsidio para los fertilizantes; incremento del salario mínimo a cuatro mil bolívares para el área urbana y dos mil quinientos para el campo; aumento del 30 % del sueldo de los funcionarios públicos; subsidios directos a los componentes de la cesta básica; creación de una red de mercados populares; fortalecimiento del plan de hogares de cuidado diario y otros sistemas de apoyo a los sectores marginales; creación de una comisión presidencial para la lucha en contra de la pobreza, entre otros

Definitivamente un gran plan de reestructuración de la economía nacional. Si observamos a la distancia estas medidas debemos concluir que realmente era un ajuste posible y sin mayores sacrificios, pues existían suficientes medidas compensatorias para solventar en algo el impacto que podría tener en los sectores populares. El punto débil, sin lugar a dudas, era el aumento de la

gasolina y su transferencia al precio del transporte. De todas maneras, por más que las medidas fueran racionales, exigía una gran dosis de negociación política con los sectores opuestos a esas medidas en el seno de Acción Democrática, en COPEI, en los sindicatos y en los empresarios. Se requería, sin lugar a dudas, una importante dosis de humildad para conversar con todo el mundo, convencer a quienes no querían oír, ceder en lo intrascendente, negociar con habilidad hasta lograr el respaldo necesario. Carlos Andrés Pérez trató de hacerlo, pero no lo logró. Había demasiada intransigencia en todos los sectores nacionales, particularmente en Acción Democrática. El malestar popular empezó a sentirse y un rumor de protesta fue progresivamente escuchándose en todo el país.

Violencia callejera

El estallido popular, conocido como el Caracazo, que conmocionó nuestra ciudad capital el lunes 27 de febrero de 1989, tuvo como antecedente inmediato la protesta, sin contenido político ni tampoco insurreccional, que protagonizaron los usuarios del servicio de transporte interurbano, el viernes 24 de febrero de ese año, en el terminal de pasajeros de la ciudad de Guarenas. El motivo de dicha protesta fue el exagerado incremento del costo del pasaje que, sin autorización oficial, quisieron imponer los propietarios de autobuses, camionetas, y automóviles por puesto. La tarifa aprobada por el Ministerio de Transporte y Comunicaciones era de 10 bolívares para los autobuses, al considerar el 30 % de incremento establecido. Sin importarles la regulación establecida por el Estado, iniciaron ese día el cobro de una tarifa de 16 bolívares por el viaje a la ciudad de Caracas. La intervención personal del profesor Ángel Zambrano, gobernador del estado Miranda, permitió una tregua por parte de los involucrados en el conflicto los días sábado y domingo, dando el tiempo necesario para que las autoridades del ministerio de Transporte y Comunicaciones llegaran a un acuerdo con la Cámara de Transportistas. Lamentablemente, el esfuerzo no fue suficiente para encontrarle solución a las causas del conflicto.

La primera protesta estalló en Guarenas. No era fácil que a fin de mes, sin mayores explicaciones, se pudiera aceptar un incremento que prácticamente duplicaba el costo del pasaje. Los usuarios, iniciaron fuertes discusiones con los conductores que adujeron que eran órdenes de los propietarios. El ambiente se fue enrareciendo y de repente estalló la violencia. Una piedra rompió el vidrio del primer autobús. En minutos, empezaron los saqueos. A las seis de la mañana la violencia se circunscribía a Guarenas y a Guatire; a las 8:a.m. miles de personas protestaban violentamente en el centro de Caracas contra el incremento del costo del transporte y de los productos de primera necesidad. Las unidades policiales que se acercaron a los disturbios mantuvieron una actitud de sorprendente complicidad con lo que ocurría.

Desde Barquisimeto el presidente Pérez dio una corta declaración: “No se justifica ese estado de efervescencia. El país debe tener confianza en las medidas económicas que se han dictado, que reconozco que son duras, pero necesarias para salir de la crisis”.

Al mediodía la situación era verdaderamente grave. La violencia se había generalizado por todo el centro y el oeste de Caracas; los saqueos se habían extendido a negocios ubicados en El Silencio, en la avenida “Sucre”, en La Hoyada, en el Nuevo Circo, en la avenida Fuerzas Armadas, en la parroquia San Juan, en el 23 de Enero, en las Torres del Centro “Simón Bolívar”, en la avenida Baralt, en Coche, los Flores de Catia, las Adjuntas y Caricuao. La presencia de la Guardia Nacional y de la Policía Metropolitana era débil e ineficiente. El doctor Virgilio Ávila Vivas, gobernador de Caracas, inexplicablemente no tomó ninguna medida para enfrentar los acontecimientos. En las tomas de televisión, que los medios de comunicación empezaron a transmitir, se observaban agentes policiales mirando con tranquilidad lo que ocurría y evitando intervenir. En la tarde, los saqueos se habían extendido hacia otros sectores de Caracas: La Vega, Maripérez, San Martín, El Paraíso, la avenida Miranda, la avenida Intercomunal del Valle, San Bernardino, La Florida, la avenida Rómulo Gallegos, Los Dos Caminos, Los Caobos, la avenida “Andrés Bello”, La California, Los Palos Grandes y Petare. El metro suspendió sus operaciones en la tarde de ese día, dejando aislados en el centro de Caracas a miles de personas que utilizan normalmente ese medio de transporte, lo que complicó aún más la situación.

Los hechos de violencia atemorizaron a todos los sectores sociales de Caracas, en particular a la clase media, que se sintió amenazada por la presencia de grupos de saqueadores en las cercanías de las zonas residenciales. En la tarde del 27 de febrero apareció ante las cámaras de televisión el doctor Alejandro Izaguirre, ministro de Relaciones Interiores, con la intención de dirigirse al país para tratar de apaciguar los ánimos. Sorprendentemente no pudo hacerlo. La palidez en su rostro y la imposibilidad para hablar obligó a cortar la señal. La anunciada alocución fue suspendida, surgiendo como consecuencia múltiples rumores. Sin embargo en la noche del mismo lunes el ministro Izaguirre leyó un discurso televisado en cadena nacional, reconociendo: “la gravedad de una crisis sin precedentes en la historia democrática de Venezuela”, defendió las medidas económicas y señaló que “los asaltos y saqueos, la quema de autobuses y automóviles, el atraco y la violencia, no forman parte de las múltiples expresiones de una sociedad democrática y el gobierno no está dispuesto a tolerarlo”. Terminó su intervención haciendo un llamado a la reflexión y ofreciendo garantías para el normal desenvolvimiento de la vida ciudadana.

El presidente Pérez regresó el 27 de febrero a Caracas a las 10:00 p.m. Su desplazamiento por el centro de Caracas para llegar a Miraflores le permitió evaluar la gravedad de los acontecimientos. “A las 2 a.m. del 28 de febrero convocó a una reunión en su despacho a los siguientes altos funcionarios: doctor Alejandro Izaguirre, ministro del Interior; general Ítalo del Valle Alliegro, ministro de la Defensa; doctor Luis Beltrán Guerra, ministro de Justicia; doctor Reinaldo Figueredo Planchart, ministro de la Secretaría, doctor Virgilio Ávila Vivas, gobernador de Caracas, general José María Troconis Peraza, comandante del Ejército; general Ramón Contreras Laguado, comandante de la Guardia Nacional, general Manuel Heinz Azpúrua, comandante del Comando Estratégico del Ejército, general Freddy Maya Cardona, jefe del Comando Regional No. 5; comisario Mauro Yáñez Passarella, director de la Policía Técnica Judicial; comisario Rafael Rivas Vásquez, director de la DISIP; Nelson Socorro, Procurador General de la República y César Gil, representante de la Confederación Nacional de Trabajadores. El presidente Pérez solicitó de los asistentes a la reunión una evaluación precisa de los hechos ocurridos. Cada uno fue presentando la percepción que tenía de los acontecimientos”.⁶²

En la mañana del 28 de febrero, los medios televisivos mostraron imágenes de los saqueos ocurridos en la tarde anterior. Este hecho incentivó aún más los desórdenes públicos que se generalizaron en toda la ciudad. Los saqueos se iniciaron en otras ciudades: en Maracay, Valencia, Barquisimeto, Puerto Ordaz, Mérida y Maracaibo. A las 5:00 p.m. de ese día, el presidente Carlos Andrés Pérez, en Consejo de Ministros, dictó el decreto No. 49 mediante el cual se suspendieron algunas garantías constitucionales, se estableció el toque de queda y se ordenó a las Fuerzas Armadas iniciar operaciones con el objeto de reestablecer el orden público. El anuncio de las medidas tomadas lo hizo el propio presidente Pérez a través de los medios de comunicación.

En su discurso defendió las medidas económicas; resaltó que no era posible seguir viviendo de manera ficticia en medio de equivocaciones y falsas visiones; recordó el aumento de sueldos y salarios en el sector público y planteó el seguro y necesario acuerdo entre patronos y obreros para aumentar la remuneración en el sector privado; y negó que estuviese entregado al Fondo Monetario Internacional. Al final de su discurso calificó a los hechos ocurridos el 27 de febrero “como una increíble tragedia”, originada por la inmensa carga de frustraciones y resentimientos existentes en los sectores marginales como “consecuencia de las equivocadas políticas que veníamos siguiendo y por la forma como hemos manejado nuestra economía”. Lamentó los muertos y los saqueos, justificó la suspensión de las garantías

⁶² *Alliegro, Ítalo del Valle, entrevista.*

constitucionales y concluyó su discurso con una frase impactante: “mi ambición es que me saquen en hombros de Miraflores al terminar mi mandato presidencial porque mi compromiso sólo es con el pueblo de Venezuela”.⁶³

El Ejército, La Armada y la Guardia Nacional colocaron, según lo preveía el plan “Ávila”, bajo el mando del general Ítalo del Valle Alliegro, ministro de la Defensa y comandante de la guarnición del Distrito Federal y el estado Miranda las siguientes grandes unidades de combate: el Comando Estratégico del Ejército, el regimiento de Infantería de Marina “Bolívar” No. 1 y el Comando Regional No. 5. En la correspondiente orden de operaciones se estableció la siguiente misión: el Comando Estratégico del Ejército, la brigada de Infantería de Marina “Bolívar” No. 1 y el Comando Regional No. 5, conducirán operaciones, en su respectiva área de responsabilidad, para el restablecimiento y mantenimiento del orden público a partir del 28 de febrero de 1989 a las 17:00 horas. El área geográfica de la guarnición quedó dividida en tres zonas de operaciones: Litoral Central: Infantería de Marina, bajo el mando del vicealmirante Edgar Escobar Ochoa; centro y suroeste de la ciudad de Caracas: Comando Regional No. 5 de la Guardia Nacional, bajo el mando del general Freddy Maya Cardona; noroeste, este y sureste de la ciudad de Caracas: Comando Estratégico del Ejército bajo el mando del general Manuel Heinz Azpúrua. A partir de las 5 p.m. del día 28 de febrero las unidades de las Fuerzas Armadas ocuparon las distintas áreas de operaciones.

Durante la noche, el general Ítalo del Valle Alliegro, ministro de la Defensa, se dirigió a la Nación para anunciar que las Fuerzas Armadas se habían hecho responsables del restablecimiento del orden público, destacó la importancia de la suspensión de las garantías ciudadanas y recordó la obligación de cumplir con el toque de queda. “Sin embargo, la violencia no cesó con la acción resuelta de las Fuerzas Armadas. El martes 28 y el miércoles 1º de marzo continuaron los disturbios, principalmente en Caracas. “Las pobladas iracundas y los francotiradores se replegaron hacia los cerros. Los militares ensayaron tomar las zonas estratégicas dentro del cinturón de pobreza que rodea la capital. Así varias unidades, secundados ahora por los cuerpos policiales, tomaron virtualmente El Valle, “San Martín”, Catia, el “23 de Enero”, Pro Patria. Varios motines e intercambios de disparos se produjeron en los barrios El Observatorio, La Silsa, La Morán y a lo largo de la Intercomunal del Valle. Allí los francotiradores disparaban sobre los pelotones militares y policiales. En el lado opuesto de la zona metropolitana, en Petare, siguieron los saqueos...”⁶⁴

La situación de orden público continuó siendo muy difícil durante los días 1, 2, 3 y 4 de marzo. El Ministerio de la Defensa ordenó reforzar las

⁶³ Pérez, Carlos Andrés, discurso, *El Nacional*, Caracas, 29 de febrero de 1989.

⁶⁴ Tarre Murzi, Alfredo, *Los Muertos de la Deuda*, Ediciones Centauro, Caracas, 1989, pp. 30-31.

unidades acantonadas en Caracas con varios batallones del interior de la República. Las constantes operaciones aéreas, para traer efectivos militares, mostraron la gravedad de los acontecimientos. El general Alliegro, ministro de la Defensa, volvió a dirigirse a la Nación en cadena de Radio y Televisión: “Como ministro de la Defensa cumpla con informar a toda la colectividad nacional que las Fuerzas Armadas han tomado el control de la situación que se había presentado en las últimas 48 horas y que la tranquilidad reina en todo el país, con excepción del Distrito Federal, donde aún persisten pequeños focos de perturbación. Las medidas de suspensión de garantías han contribuido a este restablecimiento de la tranquilidad, al igual que el toque de queda que continúa en vigencia, desde las 6 p.m. hasta las 6 a.m. en todo el territorio nacional, mientras subsistan las medidas de emergencia”⁶⁵. Las intervenciones del general Alliegro, en los medios de comunicación, fortalecieron su prestigio en amplios sectores nacionales.

La actuación de las Fuerzas Armadas y de los organismos policiales ha sido severamente criticada. Mi hermano Enrique fue uno de los abanderados en esa lucha por determinar la verdad de lo ocurrido. En su libro “Los Golpes de Febrero” mantuvo que: “La primera reacción popular fue la de responder a un instinto elemental de sobrevivencia. Cuando de los terminales de pasajeros la protesta asaltó las calles de la ciudad y el pueblo contempló, sorprendido de su propia fuerza, que era dueño de la ciudad, la decisión inconsciente y colectiva fue la de abastecerse de los productos de primera necesidad que, plan de ajustes dixit, se harían inasequibles. Ocurrió que las fuerzas policiales fueron sobrepasadas por la marejada popular. Entonces, del centro de esa marejada, emergieron a la superficie los preteridos, los perseguidos, el malandrane que, a fin de cuentas, pertenece al pueblo y ve en el Estado, en el orden establecido, su adversario histórico. El saqueo, quizás estimulado por algunos poquísimos grupos de izquierda radical, se transformó así en el símbolo peculiar de la protesta del pueblo, pero nadie discute hoy en día que la tendencia dominante de los sucesos de febrero y marzo fue la de una matanza intensa y masiva por parte de poco más o menos todas nuestras Fuerzas Armadas, con prácticamente todo el poder de fuego del que dispone, contra un pueblo desarmado”⁶⁶

Conozco perfectamente la honestidad personal de mi hermano Enrique. Estoy plenamente seguro de que el señalamiento que hace sobre la responsabilidad de las Fuerzas Armadas se originó en hechos totalmente comprobados: 396 muertos es una cifra que no tiene fácil justificación. Esto es verdad, pero al mismo tiempo debo señalar que no tengo la menor duda en afirmar que ninguno de los oficiales generales que comandaron las operaciones ordenó asesinar a mansalva al pueblo venezolano. Se requiere

⁶⁵ Alliegro Ítalo del Valle, *Intervención en los medios de comunicación*, El Universal, Caracas, 2 de marzo de 1989.

⁶⁶ Ochoa Antich, Enrique, *op. cit.*, pp. 26 - 27 - 34 - 35.

evaluar con objetividad los hechos para tratar de lograr una justa explicación: primero, no haber dictado a tiempo el decreto de suspensión de garantías; segundo, la debilidad estructural de la Guardia Nacional y de la Policía Metropolitana; tercero, el empleo del Ejército y de la Armada, cuyo personal no está entrenado ni porta el armamento requerido para operaciones de restablecimiento del orden público; tercero, el descontrol sobre las pequeñas unidades de combate, como consecuencia de la necesidad de patrullar en áreas geográficas escarpadas, en operaciones de combate en localidades, al tener las Fuerzas Armadas que cumplir la orden de recuperar los objetos robados; cuarto, la tendencia natural que existe en efectivos poco entrenados, como son las tropas alistadas, de hacer uso de las armas apenas son atacados; quinto, no haber establecido el acuartelamiento inmediato de las policías civiles, que aprovecharon la oportunidad para realizar verdaderas “razzias” en grupos de delincuentes.

Se imponen los edecanes

La política militar en los gobiernos democráticos después de 1959, estuvo influida por el síndrome de las sublevaciones militares de 1945, 1948 y 1958. Los altos dirigentes políticos de esos gobiernos siempre consideraron que dichos alzamientos se habían producido como consecuencia a un marcado descontento en los cuadros medios de las Fuerzas Armadas originado por la lentitud en los ascensos. De igual manera creían, que la exagerada concentración del mando en el Estado Mayor General había facilitado la conspiración militar dirigida por el teniente coronel Marcos Pérez Jiménez que puso punto final al gobierno constitucional de Rómulo Gallegos. La primera reacción en contra del predominio del Ejército se produjo durante el gobierno provisional del contralmirante Wolfgang Larrazábal, al crearse el Estado Mayor Conjunto, establecerse la autonomía de las distintas fuerzas sobre la base del Decreto Ley No. 288 de la Junta de Gobierno y eliminarse las Escuelas Básica y Superior de las Fuerzas Armadas.

Ante la necesidad de reemplazar los mandos pérezjimenistas, se estableció un límite de treinta años para el servicio activo de los oficiales y suboficiales profesionales de carrera. Esta medida fue ratificada en la reforma de la Ley Orgánica de las Fuerzas Armadas que se aprobó durante el gobierno de Rómulo Betancourt. La nueva política militar tuvo inicialmente un efecto positivo en la modernización de las Fuerzas Armadas al renovarse rápidamente las estructuras de mando y permitir que oficiales de mayor preparación profesional ocuparan los altos grados de la institución. También facilitó que, con cierta rapidez, los oficiales reincorporados a filas como reconocimiento a su oposición al régimen dictatorial, alcanzaran el grado de general y pudieran ser designados para los altos mandos de la organización militar, pero al mismo tiempo facilitó su pase a retiro. La limitación del tiempo

de servicio a treinta años debió ser una medida transitoria; pero al resolverse las circunstancias políticas que la habían justificado, se requería regresar al anterior sistema de pase al retiro por límite de edad.

Lamentablemente esta medida permaneció en vigencia durante los cuarenta años del régimen democrático, debilitando gravemente la autoridad de los altos mandos y su eficiencia en el control de las Fuerzas Armadas. Hubo especialidades en la Institución Armada que, por requerir mayor estabilidad en su desempeño, sufrieron un particular deterioro. Una de ellas fue, sin lugar a dudas, la función de Inteligencia. Poco a poco, la eficiencia obtenida en la lucha antisubversiva se fue perdiendo, transformándose los distintos organismos de Inteligencia Militar en estructuras burocráticas que no eran capaces de informar al Presidente de la República y a los mandos militares los distintos problemas, que tanto en el orden interno como externo, pudieran de alguna manera comprometer la seguridad del Estado. Esta realidad facilitó en mucho la penetración de los sectores de izquierda en las Fuerzas Armadas durante la década de los setenta.

El prestigio del general Ítalo del Valle Alliegro se consolidó en todos los estratos sociales después de los lamentables sucesos del 27 de febrero de 1989. Su actitud decidida fue percibida por los venezolanos, principalmente por la clase media, como una garantía de estabilidad y paz. En las Fuerzas Armadas, también había logrado un ambiente muy favorable a su gestión ministerial. El incremento de sueldos otorgado a finales del gobierno del presidente Lusinchi había ayudado a mejorar el nivel de vida del sector profesional. Además, su carisma y simpatía personal le permitía tener una importante empatía con los distintos estamentos de la organización militar. Al personal profesional lo atendía con particular calidad humana, recibéndolo en audiencia sin considerar el grado, resolviéndole muchos de sus problemas personales. Su permanencia por varios años como oficial de planta en la Academia Militar y en la Escuela de Artillería le había permitido establecer importantes y estrechas vinculaciones de amistad con distintas generaciones de oficiales y suboficiales profesionales de carrera.

El 16 de junio de 1989, fui convocado por el general Troconis, comandante del Ejército, a la reunión mensual de oficiales generales. Llegué a Caracas en la tarde del 15 de junio. Consideré importante ir a Miraflores a conversar con el presidente Pérez sobre la situación interna de las Fuerzas Armadas. Estaba convencido de la conveniencia de ratificar como ministro de la Defensa al general Alliegro. Su prestigio personal y su amplio ascendiente sobre las Fuerzas Armadas lo habían transformado en un importante factor en el juego político nacional. Llegué a Miraflores cerca de la seis de la tarde. El presidente Pérez me recibió casi de inmediato. Nuestra conversación duró más de una hora. Se acercaban los cambios militares. Le hice un análisis de la

dinámica natural de las distintas promociones en las diferentes fuerzas y, con variados argumentos, le insistí en la conveniencia de ratificar al general Alliegro como ministro de la Defensa. Me escuchó con especial atención. Nuestro diálogo fue cordial y muy fluido. Percibí que sentía por la figura del general Alliegro especial simpatía y agradecimiento. Al terminar nuestra conversación quedé convencido de su ratificación como ministro de la Defensa.

Esa noche invité al general Alliegro a cenar en un restaurante en el este de la ciudad. Deseaba comunicarle la impresión que me había formado durante la audiencia con el presidente Pérez. Conversamos ampliamente sobre este punto. El general Alliegro fue directo: “Ochoa, veo muy difícil que me ratifiquen en el Ministerio de la Defensa.. El presidente Pérez tiene demasiadas presiones. Realmente sería para mí una gran sorpresa”. No logré que cambiara de parecer. A la mañana siguiente, el general Alliegro estaba invitado a la inauguración de la reunión de generales en el Salón Sol del Perú de la Comandancia General del Ejército. La reunión debía iniciarse a la 8 a.m. El general Alliegro llegó cerca de las 9 a.m. El acto protocolar se realizó normalmente. En el intermedio tuve oportunidad de hablar en privado con él: “Ochoa, el presidente Pérez me invitó a desayunar esta mañana en Miraflores para decirme que el nuevo ministro es el general Filmo López”.

El general Filmo López es un meritorio oficial de la Aviación. Sin lugar a dudas, reunía todas las condiciones profesionales para ser ministro de la Defensa. Considero que fue un gravísimo error político no ratificar al general Alliegro. No existía en las Fuerzas Armadas, en ese momento, ningún oficial con su prestigio. Además, en la difícil situación que existía en el país, sólo era conveniente designar como ministros de la Defensa a oficiales del Ejército. A pesar de las excelentes condiciones profesionales del general Filmo López, en los corrillos militares empezaron a criticar injustamente su designación como ministro de la Defensa, señalando que se debía exclusivamente por haber sido edecán del presidente Pérez durante su primer gobierno. Esta crítica se incrementó al ser designado el vicealmirante Héctor Jurado Toro, como comandante de la Armada.

El Alto Mando de las Fuerzas Armadas quedó constituido de la siguiente manera: Inspector General de las Fuerzas Armadas: vicealmirante Carlos Larrazábal García; Jefe del Estado Mayor Conjunto: general de división Juan Bastardo Velásquez; Comandante del Ejército: general de división Carlos Julio Peñaloza Zambrano; Comandante de la Armada: vicealmirante Héctor Jurado Toro; Comandante de la Aviación: general de división Cándido Farías Rodríguez; Comandante de la Guardia Nacional, general de división Manuel Ibedaca Romero. El general José María Troconis Peraza no aceptó la designación como Jefe del Estado Mayor Conjunto y solicitó su pase al retiro.

Fui designado comandante de la Tercera División de Infantería, antiguo Comando Estratégico del Ejército. Al mismo tiempo, como consecuencia de los hechos del 27 de febrero de 1989, se me designó jefe del Estado Mayor de la Guarnición del Distrito Federal y del Estado Miranda.

El Alto Mando del Ejército quedó estructurado de la siguiente manera: Inspector del Ejército: general Manuel Heinz Azpúrua y jefe del Estado Mayor: general Carlos Santiago Ramírez. Esta última designación tuvo ciertas dificultades, pues el candidato del presidente Pérez para ocupar dicho cargo era el general de Gustavo Daboín Piñeiro. El general Peñaloza tuvo que solicitarle al presidente Pérez en una conversación en Miraflores, que lo complaciera con la designación del general Santiago como jefe del Estado Mayor. Se presentaron a la audiencia el general Peñaloza y el general Santiago. El general Santiago, molesto como estaba, tuvo un comportamiento poco discreto en la antesala presidencial. Este hecho no le agradó al presidente Pérez. En varias oportunidades me comentó esta circunstancia, señalándome que un oficial de su grado debería tener una mayor madurez profesional.

La noche de los mayores

El 30 de noviembre de 1989, me acerqué al Ministerio de la Defensa con la finalidad de darle cuenta al general Filmo López, ministro de la Defensa, de algunos aspectos administrativos referentes al funcionamiento de Fuerte “Tiuna” y del Comando de la Guarnición del Distrito Federal y del estado Miranda. Me anuncié con el ayudante de servicio. A los pocos minutos fui recibido por el general López. Le di cuenta de algunos problemas administrativos de menor importancia. Al terminar nuestra conversación, el general López me entregó unos papeles para que los leyera. Tuve que hacerlo dos veces, ya que se trataba de una orden de operaciones que hablaba de una posible insurrección militar que se realizaría el día de las elecciones para gobernadores y alcaldes. Curiosamente no se utilizaban nombres propios sino seudónimos. Era firmada por Zeus. A la segunda lectura me pareció percibir que uno de los seudónimos se refería a un oficial que en el momento no recordaba con precisión. El ministro López me pidió mi opinión al respecto. Le dije que era difícil evaluar con exactitud su contenido, pero que consideraba prudente remitir dicho panfleto a la dirección de Inteligencia del Ejército con la finalidad de analizarlo y evaluarlo.

Al salir de la oficina del ministro López, uno de los ayudantes me informó que había recibido una llamada del teniente coronel Nesti Rafael Morales Gutiérrez, comandante del Batallón “Bolívar”. Le pedí que me lo comunicara al teléfono. Al hacerlo, el teniente coronel Morales me pidió permiso para aceptar una invitación que le había hecho por teléfono el general Ítalo del Valle Alliegro de tomarse un café en un restaurante en Santa Mónica.

La llamada me causó extrañeza y mi respuesta fue terminante: “Morales, no salga del cuartel. Yo conozco muy bien al general Alliegro, si él tuviese necesidad de conversar con usted lo visitaría en su comando”. El teniente coronel Morales permaneció en el Batallón “Bolívar”. Consideré que la invitación podía tener por objeto facilitar algún tipo de acción insurreccional en relación con la orden de operaciones que me había enseñado el general López. Solicité autorización para volver a hablar con el ministro de la Defensa. Me recibió de inmediato. Le explique lo que había ocurrido. Al llegar al comando del Ejército, me dirigí a la oficina del general Carlos Peñaloza Zambrano con la finalidad de explicarle mi conversación con el ministro de la Defensa.

El general Peñaloza me aclaró que la orden de operaciones que me había enseñado el general López le había llegado a su casa el 29 de noviembre por correo. Luego de leerla, había citado al general Heinz para analizarla, concluyendo que el documento planteaba un posible intento de sublevación militar, cuyo objetivo era detener al doctor Alejandro Izaguirre, encargado de la presidencia de la República, y al cuerpo de generales del Ejército que se reuniría el 1º de diciembre en la Comandancia del Ejército. Aparecían mencionadas distintas unidades. El general Peñaloza no tuvo dudas: Zeus era el mayor Hugo Chávez Frías; los demás seudónimos correspondían a varios segundos comandantes de batallón. El general Peñaloza y yo estuvimos discutiendo la situación y llegamos a la misma conclusión: era necesario detener a los oficiales señalados en la orden de operaciones para iniciar una detallada investigación. El general Peñaloza llamó al general López y le pidió ser recibido acompañado del Alto Mando del Ejército para conversar sobre dicho asunto. El ministro López nos recibió a las 4 p.m. A la reunión asistimos el general Peñaloza, el general Heinz y yo. El general Carlos Santiago Ramírez, Jefe del Estado Mayor, se encontraba de comisión en el exterior.

En la reunión discutimos ampliamente sobre la delicada situación. Los oficiales nombrados en la orden de operaciones ocupaban posiciones importantes en la estructura de mando del Ejército: mayor Jesús Ortiz Contreras, segundo comandante del Batallón “Caracas”; mayor Arnulfo Moreno Gutiérrez, segundo comandante del Batallón “Bolívar”, mayor Jesús Gregorio González, segundo comandante del Batallón de Seguridad de la Guardia de Honor del presidente de la República; mayor Mario Eduardo Velandia Bello, segundo comandante del Batallón “Ayala”; mayor Gustavo Pérez Issa, segundo comandante del Batallón “O’Leary”; mayor Hugo Chávez Frías, ayudante personal del general de división Arnoldo Rodríguez Ochoa, Secretario del Consejo de Seguridad y Defensa con sede en el Palacio Blanco; mayor Joel Acosta Chirinos, segundo comandante del Batallón “Justo Briceño”; mayor Jesús Urdaneta Hernández, plaza de la dirección de

Inteligencia del Ejército; mayor José Guzmán Palacios; mayor Manuel Buzo Parra; mayor Pedro Villarroel Martínez y algunos otros oficiales superiores.

Los generales Peñaloza Zambrano y Heinz Azpúrua proponían detener a los oficiales mencionados en la orden de operaciones para realizar una investigación detallada al respecto. El ministro López tenía severas dudas sobre esta medida, pues no existían suficientes pruebas para tomar tal decisión. En un momento de la discusión, yo intervine y mi opinión respaldó la posición de los generales Peñaloza y Heinz. Argumenté a su favor utilizando un ejemplo histórico. Recordé que justamente por no detener a tiempo a un grupo de oficiales que estaban comprometidos en el golpe de Estado del 18 de octubre de 1945, el general Isaías Medina Angarita había sido derrocado. Recomendé detenerlos, realizar una investigación detallada sobre la información recibida a objeto de disipar cualquier duda. Terminé mi argumentación afirmando: “En caso de equivocarnos, les pedimos posteriormente disculpas y buscamos la manera de reivindicarlos reintegrándolos a sus cargos”. Mis argumentos terminaron de convencer al general López, quien aceptó la detención de los oficiales nombrados en la orden de operaciones con la finalidad de conducir la correspondiente investigación. El ministro López decidió que el general Heinz Azpúrua realizara las averiguaciones.

El general Heinz hizo consistentes esfuerzos durante la investigación, pero no logro clarificar los hechos. El presidente Pérez se molestó al conocer la información de la detención de los oficiales superiores. De inmediato llamó al ministro López a Miraflores y le exigió pruebas que justificaran la detención del grupo de mayores. Al terminar la conversación le ordenó liberarlos de inmediato y reintegrarlos a sus cargos. Tres personas influyeron en la percepción que tuvo el presidente Pérez de los hechos: el general Herminio Fuenmayor, director de Inteligencia Militar; el doctor Ramón Carmona, ministro de la Secretaría y el general Arnoldo Rodríguez Ochoa, Secretario del Consejo de Seguridad y Defensa. Los tres mantuvieron que el teniente coronel Chávez era un excelente oficial de comprobada vocación democrática. De manera insistente, el general Fuenmayor le planteó al presidente Pérez que esa decisión era una injusticia que se originaba en rivalidades entre los generales Peñaloza y Rodríguez. El general Peñaloza presentó una cuenta ante el presidente de la República solicitando un Consejo de Investigación para ese grupo de oficiales. El presidente Pérez no autorizó dicho Consejo de Investigación.

Entre los detenidos estaban dos segundos comandantes de las unidades bajo mi mando: los mayores Arnulfo Moreno Gutiérrez y Mario Velandia Bello, segundos comandantes de los batallones “Bolívar” y “Ayala”. Esta circunstancia me condujo a visitar la Inspectoría General del Ejército en la

noche del 3 de diciembre, día de las elecciones de gobernadores y alcaldes, con la finalidad de observar los interrogatorios. En ese momento me encontré con los mayores Moreno y Chávez, quienes habían concluido sus declaraciones y se retiraban de la Comandancia del Ejército. Les pregunté si tenían algún medio de transporte para trasladarse a sus unidades y me informaron que no. Les ofrecí mi automóvil y en el trayecto hacia la Tercera División los invité a cenar. Lo hicimos en el comedor de oficiales.

La conversación fue cordial. Hugo Chávez la ha recordado en varias oportunidades: “Sí, algo así me dijo: mira Chávez, yo soy un conspirador desde que estaba en la barriga de mi mamá, porque mi papá cuando estaba embarazada, andaba conspirando en los tiempos de Gómez, de López Contreras. Yo le dije: bueno mi general si es así, es usted no yo. Pero él si me hizo un análisis, mira Chávez la situación del país está así y asao, yo sí creo que hay algo, no que nos iban a matar a todos, pienso que ustedes son la punta del iceberg, de algo que existe. Pero creo que hay algo más por encima de ustedes, creo que hay generales metidos en esto”.⁶⁷ Es verdad que esa frase la dije durante la cena, lo que no recuerda Hugo Chávez es que en el momento en que la utilicé lo hice para hacerle ver que los estaban liberando, pero que yo estaba convencido de que se estaba organizando una sublevación.

La percepción inicial que tuve de la existencia de esta conspiración militar fue variando en el tiempo. Algunos oficiales de la promoción “Bolívar II” empezaron a visitarme constantemente en el Comando de la Tercera División de Infantería. Siempre trataban en sus conversaciones de convencerme de la existencia en el Ejército de una injustificada persecución en su contra, por ser los primeros oficiales que ostentaban el título de Licenciados en Ciencias y Artes Militares. Recuerdo con precisión una larga conversación que tuve, en mayo de 1990, con el entonces mayor Rafael Román Vethencourt. Sus argumentos fueron muy convincentes. Estas conversaciones empezaron a debilitar en mí el convencimiento que tenía sobre la posible organización de una insurrección militar. Lamentablemente estaba equivocado.

⁶⁷ Blanco Muñoz, Agustín, *Habla el comandante*, p. 191

Diciembre queda atrás

Lucha por el ministerio

Las rivalidades por ocupar los altos cargos militares se agravaron a mediados de abril de 1990. Existían dos firmes candidatos para ocupar el Ministerio de la Defensa: el general de división Carlos Julio Peñaloza Zambrano y el vicealmirante Héctor Jurado Toro. Los candidatos a comandantes de Fuerzas eran: Armada: vicealmirante Juan Argenis García; Aviación: general de división Luis Monserrat Pérez; y Guardia Nacional: general de división Manuel Ibedaca Romero. En el Ejército existía una fuerte competencia entre los generales Manuel Heinz Azpúrua y Carlos Santiago Ramírez. En el mes de julio, la decisión del presidente Pérez no sorprendió cuando designó como ministro de la Defensa al vicealmirante Héctor Jurado Toro. El Alto Mando de las Fuerzas Armadas se reorganizó de la siguiente manera: Inspector General: general de división Eduardo Mola Jiménez y Jefe del Estado Mayor Conjunto: general de división Manuel Heinz Azpúrua. Los comandantes de Fuerzas fueron los previstos. En el Ejército ratificó al general Carlos Julio Peñaloza. De manera sorpresiva, se me designó Inspector General del Ejército. El general Carlos Santiago Ramírez fue nombrado Director General del Ministerio de la Defensa.

Durante mi gestión como Inspector General del Ejército tuve que enfrentar algunos problemas que tuvieron un importante impacto en la opinión pública. El primero fue el caso Margold: una adquisición de munición de 105 mm para artillería. Una proveedora del Ejército, la señora Gardenia Martínez, vendió esa munición, recibió el pago completo del costo de la adquisición, pero no entregó ni una sola granada. El general Peñaloza me llamó a su despacho y me ordenó realizar la correspondiente investigación. Designé para conducirla al coronel Gilberto Terán Reyes, aunque no había mucho que investigar. Era sencillamente una estafa. Ante esa situación tomé la decisión de citar a mi despacho a la señora Martínez, con el objeto de darle un plazo perentorio para la entrega de la munición. Su actitud de soberbia me sorprendió. Claramente me dio a entender que tenía un respaldo político en los altos niveles del gobierno. Ante esta situación, consideré prudente hablar con el propio presidente Pérez. Fui a su despacho en Miraflores y le expliqué el asunto en detalle. Mi primera sorpresa fue darme cuenta de que no conocía a la señora Martínez. Me respaldó totalmente: “Ochoa, siga las investigaciones hasta sus últimas consecuencias”.

La investigación duró cerca de dos meses porque era necesario determinar las responsabilidades internas en las Fuerzas Armadas. Se ordenó abrir la averiguación sumarial correspondiente. Este hecho tuvo consecuencias políticas. Los medios de comunicación determinaron que entre los socios de la

empresa Margold se encontraba el señor Orlando García, jefe de la Escolta Civil del presidente de la República. El escándalo empezó a tomar fuerza. Interrogado el presidente Pérez, por periodistas del palacio de Miraflores, sobre este espinoso asunto, de buena fe declaró: “Orlando García no ha vendido ni una navajita a las Fuerzas Armadas”. Al día siguiente, en El Nacional apareció como gran titular la declaración del presidente Pérez. Al lado, también en gran titular, colocaron el documento constitutivo de la empresa Margold. Allí aparecía como uno de los socios el señor García. La decisión del juez de la causa fue dictarle auto de detención tanto a la señora Gardenia Martínez como al señor Orlando García quienes viajaron al exterior antes de ser detenidos. Este hecho incrementó el escándalo político.

El segundo problema fue un delicado enfrentamiento que surgió entre los generales Peñaloza y Fuenmayor, director de Inteligencia de las Fuerzas Armadas. El general Peñaloza detectó que el general Fuenmayor estaba investigando, sin autorización del presidente Pérez, el uso que se daba en el Ejército a los fondos sobrantes de personal. El enfrentamiento llegó a tal nivel que el general Peñaloza le solicitó al presidente Pérez enjuiciar al general Fuenmayor por insubordinación. Este enfrentamiento se prolongó por varios meses, produciendo una permanente tensión en el Ejército. La situación se complicó aún más al tomar el general Fuenmayor una clara posición en apoyo a la aspiración ministerial del general Santiago. Observé que después del mes de febrero de 1991, personal de la Dirección de Inteligencia Militar vigilaba mi casa. De manera notoria seguían a mis hijos en sus actividades con la finalidad de intimidarme. Mantuve la mayor serenidad posible. No informé a nadie sobre ese problema porque pensé que con el pasar del tiempo se resolvería.

La citación que le hizo la Comisión de Política Interior al general Peñaloza, para analizar el caso Margold y otros hechos de corrupción militar, produjo una importante crisis política. El general Peñaloza solicitó el correspondiente permiso al ministro Jurado para asistir a dicha interpelación. El almirante Jurado lo autorizó. En la mañana, recibí una llamada urgente del vicealmirante Jurado quien me ordenó localizar al general Peñaloza para informarle que el presidente Pérez no había autorizado su presentación ante la Comisión de Política Interior. Traté por todos los medios de hacerlo, pero el general Peñaloza no había ido al Comando del Ejército. Tampoco se encontraba en su casa. Así se lo informé al ministro Jurado. A las 10:00 a.m., el general Peñaloza se presentó al Congreso Nacional. Fue interceptado por el diputado Henry Ramos Allup, quien le informó que el presidente Pérez le ordenaba no asistir a la interpelación. La respuesta del general Peñaloza fue terminante. “Tengo la obligación constitucional de asistir a las interpelaciones del Congreso Nacional. El presidente Pérez no me puede ordenar incumplir con esa obligación”. El general Peñaloza fue interpelado públicamente por la Comisión de Política Interior de la Cámara de Diputados. El escándalo, a

través de todos los medios de comunicación, tuvo un gran impacto de opinión.

El cuarto problema que tuve que afrontar fue convencer al general Peñaloza para que, molesto como estaba, informara al presidente Pérez sobre una presunta conspiración. El 10 de junio, llegué al Circulo Militar cerca de las 6 p.m. Al entrar por la puerta del hotel, me conseguí casualmente con el general Peñaloza. Me dijo que tenía que hablar conmigo sobre un asunto delicado. Nos sentamos en la antesala del hotel, donde me explicó que tenía una información muy bien confirmada sobre una posible conspiración que estaba organizando un grupo de oficiales del Ejército. Lo escuché con mucha atención. Al terminar le pregunte: “¿Carlos Julio, le informaste este asunto al presidente Pérez?” Me respondió que no, demostrando cierta molestia. Al darme cuenta de su actitud, traté de convencerlo: “Carlos Julio, me colocas en un verdadero problema. Si no le dices nada al presidente, tengo que hacerlo yo. Si no lo hago, estaría incumpliendo mis deberes militares. Si lo hago, quedo ante ti como inconsecuente a nuestra vieja amistad. Hazme el favor de acompañarme a hablar con el presidente Pérez”. Se quedó pensativo varios minutos. Al rato me respondió:” Bueno, te acompaño, pero pide tú la audiencia”.

Llamé de inmediato a Laura Robles, secretaria privada del presidente de la República. Le señalé que el general Peñaloza y yo teníamos urgencia en hablar con el presidente Pérez.. Me ofreció plantearse y volverme a llamar. Así lo hizo. Más o menos en quince minutos recibí su llamada. El presidente Pérez nos recibiría a las 8:00 p.m. Me puse de acuerdo con el general Peñaloza para encontrarnos en Miraflores. A las 8:15 p.m. el presidente Pérez nos invitó a pasar a su despacho. Nos sentamos frente a su escritorio. Se sentía una fuerte tensión en el ambiente. El general Peñaloza le explicó que el mayor Orlando Madrid Benítez, un oficial que había logrado penetrar a un grupo conspirativo, le había informado que los mismos oficiales superiores, que ya habíamos detenido hacía dos años, estaban preparando los detalles finales de una posible insurrección militar. El presidente Pérez lo escucho en silencio. Se quedó pensativo unos minutos. Su respuesta no tuvo nada que ver con lo expuesto por el general Peñaloza. “General, he decidido que entregue el Comando del Ejército pasado mañana. El general Fuenmayor será reemplazado en la Dirección de Inteligencia Militar mañana mismo”. Peñaloza y yo quedamos sorprendidos. Sin decir una palabra más, el presidente Pérez dio por terminada la conversación.

Al día siguiente se conoció públicamente la designación de los generales de división Pedro Rangel Rojas, Oswaldo Sujú Raffo y Oscar González Beltrán como Comandante, Inspector y Jefe del Estado Mayor del Ejército respectivamente. Estas designaciones me colocaron en una situación algo

desairada. La primera demostración práctica de esta realidad fue el acto de entrega del Comando del Ejército. Al no tener cargo, me correspondió sentarme en el último puesto de los generales de división. Para colmo, el discurso del general Peñaloza fue sumamente crítico con el sistema político venezolano. Terminó su discurso con la siguiente frase: “Entretanto, roguemos a Dios que nuestros líderes recapaciten y despierten a esta democracia adormecida y peligrosamente aborrecida por muchos. Si ellos no desdeñan los complejos para su corrección y no toman las medidas para purificarla a corto plazo, la democracia se perderá. Si no se inicia pronto un renacimiento moral, en Venezuela puede ocurrir cualquier cosa”.

En el transcurso de esa semana se conocieron los nombres de los nuevos miembros del Alto Mando Militar: Inspector General de las Fuerzas Armadas: vicealmirante Elías Daniels Hernández; Jefe del Estado Mayor: general de división Iván Darío Jiménez Sánchez; Comandante de la Armada: vicealmirante Ignacio Peña Cimarro; Comandante de la Aviación: general de división Eutimio Fuguet Borregales; Comandante de la Guardia Nacional: general de división Freddy Maya Cardona. Sorprendentemente el presidente Pérez no tomaba ninguna decisión sobre el nuevo ministro de la Defensa. De todas maneras en la opinión pública se daba ya por un hecho que el ministro de la Defensa sería el general Carlos Santiago Ramírez. Un análisis de los nombramientos ratificaba esta certeza. La mayoría eran sus íntimos amigos. También se designó al general de brigada José de la Cruz Pineda, como director de Inteligencia Militar. Era un hombre de confianza del general Manuel Heinz Azpúrua, quien fue designado director de la DISIP. Estos dos nombramientos fortalecían, de una manera importante, el área de Inteligencia.

El 24 de junio, día del Ejército, había decidido no asistir al desfile militar en el Campo de Carabobo. El general Ismael Guzmán y el coronel Rubén Medina Sánchez me visitaron en mi casa el 23 de junio en la tarde, con la finalidad de convencerme de la conveniencia de asistir al desfile con argumentos muy convincentes. Estaba indeciso. En la noche me llamó por teléfono el coronel Carlos Gámez Calcaño, un gran amigo de mi padre, para decirme que era un error político no asistir al desfile. Tomé la decisión de complacerlos. En el desfile, el centro de la atención era el general Carlos Santiago Ramírez. Se corrió el rumor de que ya había sido llamado por el presidente Pérez para ofrecerle el Ministerio de la Defensa. Al final del desfile asistimos a un brindis en la casa protocolar del Campo de Carabobo. Saludé con cordialidad al presidente Pérez, pero no tuve oportunidad de conversar con él. Me coloqué, con el general Guzmán y el coronel Medina, en un rincón del salón de entrada de la casa. Se acercó al grupo el general Juan Torres Serrano. Durante el brindis algunos oficiales superiores y subalternos se acercaron a saludarme.

Llegué a mi casa cerca de las 7 p.m. Allí se encontraban el general José Antonio Olavarría, mi hermano Santiago y mi cuñado Rafael con sus esposas Lucía, Margarita y María Elena. Estaban celebrando. El general José Antonio Olavarría había asistido al desfile en compañía del doctor Alejandro Izaguirre, ministro del Interior. Durante el viaje en el helicóptero el doctor Izaguirre le hizo ver que posiblemente el presidente Pérez estaba considerando nombrarme ministro de la Defensa. En verdad, no me pareció que eso pudiese ser posible. Así se los hice ver. A las 8:00 p.m. sonó el Interministerial. Al tomarlo, reconocí la voz del presidente Pérez. Me pidió trasladarme a Miraflores. Mi hijo Fernando me acompañó. Al anunciarme con el edecán de servicio fui recibido de inmediato por el presidente Pérez. La conversación comenzó de una manera muy curiosa:

–“Dígame Ochoa, ¿por qué usted no asistió a los actos de entrega de los Comandos de Fuerzas?”

–“Presidente, no tengo cargo, ni siquiera me colocan silla para sentarme. Además, fíjese: no he ido a los actos y El Mundo dijo que yo había salido de la ceremonia de transmisión del mando de la Aviación con cara de molestia”

–“Dígame otra cosa Ochoa, ¿por qué usted hoy no se reunió con generales sino con oficiales superiores y subalternos?”

–“Presidente, esa es mi manera habitual de actuar. A los generales uno los ve en todas partes”.

El presidente Pérez, no pudo resistir una sonrisa.

–“Ochoa, en realidad lo he llamado para informarle que he decidido nombrarlo ministro de la Defensa”.

–“Le agradezco presidente, espero no defraudarlo”

– “No debe decírselo a nadie.”

– “Entendido, presidente”.

Inmediatamente, me preguntó por mi padre. Le contesté que estaba bien de salud.

– “A tu papá le va a encantar la noticia. El no pudo ser ministro de la Defensa por inconsecuencia del general Isaías Medina Angarita. Es justo que tú le des esa alegría. Tu mamá también se va a contentar mucho”.

– “Así es presidente. Tanto ellos como yo se lo agradecemos infinitamente”.

Se levantó, dando por terminada la conversación.

Una difícil gestión

Mi designación como ministro de la Defensa fue muy bien recibida por la opinión pública. Hubo numerosas manifestaciones en los distintos medios de comunicación, señalando que mi nombramiento significaba una importante rectificación en la conducción de las Fuerzas Armadas. Algunos columnistas de oposición, recuerdo a Alfredo Tarre Murzi y a José Vicente Rangel, me

dedicaron artículos resaltando de manera muy generosa mis condiciones personales. El famoso Sanín, en su Palco de Sombra, analizó ampliamente el momento político que se vivía: “El país espera que salgamos de la turbulencia militar. Hemos pasado días agitados en cuarteles y comandancias. Algo muy peligroso en un pueblo con larga tradición levantisca y castrense. Fueron muchos incidentes y no pocas provocaciones. Muchas controversias rompieron el largo silencio militar...Para las circunstancias del momento Ochoa es el hombre. Después de Jurado Toro, había que buscar a un oficial capaz y hábil. Un general del Ejército con prestigio civil. Allí está Ochoa...Su padre el legendario Mayor Santiago Ochoa Briceño; su madre doña Flor, deben estar felices. Ellos formaron a Fernando, con hidalguía y probidad, para el servicio público. Ochoa Antich llevará las aguas intranquilas a su nivel normal”.⁶⁸ Sin lugar a dudas, un importante reto.

La situación de las Fuerzas Armadas era muy complicada. También lo eran las circunstancias políticas nacionales. Comprendí de inmediato que el objetivo fundamental de mi acción ministerial tenía que ser la recuperación de la unidad interna de las Fuerzas Armadas, a través de un diálogo fluido con todas las generaciones militares. Percibí de inmediato que era necesario enarbolar tres banderas: la lucha contra la corrupción, el fortalecimiento del apoliticismo y el respeto a los méritos militares. A los pocos días de haber recibido el Ministerio de la Defensa, realicé una rueda de prensa para anunciar la revisión de todos los contratos existentes en ese momento en las Fuerzas Armadas. De esta manera quería ponerle punto final a los constantes señalamientos sobre corrupción que surgían diariamente en los medios de comunicación. Me comprometí con los periodistas que apenas el Ministerio de la Defensa tuviese conocimiento de cualquier irregularidad se los informaría con absoluta transparencia.

A la semana siguiente de esta rueda de prensa ocurrió un lamentable hecho que puso a prueba la política que había diseñado. El 3 de julio de 1991, fue asesinado en la Dirección de Inteligencia Militar el ciudadano Winston Vivas Useche de manera muy sospechosa. Inicialmente, se pensó que el detenido se había suicidado, pero surgieron varios indicios que señalaban la posibilidad de que hubiese sido un asesinato. De inmediato, ordené abrir la averiguación sumarial correspondiente. Los medios de comunicación iniciaron una campaña para denunciar el homicidio del señor Vivas Useche, ya que sospechaban que su muerte tenía vinculaciones con el asalto de la casa de habitación del editor Rafael Poleo. Mi hermano Enrique se dedicó a realizar una importante investigación sobre tan controvertido hecho. “El grupo especial organizado por Vivas Useche producía acciones de gran envergadura fuera de la Dirección de Inteligencia Militar”... 69

⁶⁸ Tarre Murzi, *Alfredo, Palco de Sombra*, *El Nacional*, Caracas, 5 de julio de 1991.

⁶⁹ Ochoa Antich, *Enrique*, *op. cit.*, p. 62.

Este asesinato y los permanentes rumores sobre el elevado grado de corrupción existente en la Dirección de Inteligencia Militar me hicieron tomar, de común acuerdo con el general Pineda, un conjunto de medidas para reorganizar esa dirección. Se hizo un esfuerzo consistente para lograr alcanzar, en el menor tiempo posible, un aceptable nivel de eficiencia. Dos meses después, el general Pineda invitó al Fiscal General de la República, doctor Ramón Escovar Salom, a visitar las instalaciones de su dirección. Las declaraciones elogiosas del doctor Escovar sobre la nueva orientación de la Dirección de Inteligencia Militar fueron, sin duda, una demostración de la importante transformación realizada en dicha institución

A los tres meses di otra rueda de prensa con la finalidad de informar al país del resultado de la investigación realizada en los contratos de las Fuerzas Armadas. La mayoría de los contratos del Plan Global de Adquisiciones, realizado por las Fuerzas Armadas como consecuencia de la crisis de la Corbeta Caldas, se habían cumplido en su totalidad. La investigación permitió establecer algunas irregularidades administrativas en los contratos de modernización de los Tanques AMX-30 y en el sistema de comunicaciones Turpial. Estas irregularidades consistían en el cobro adelantado de pagarés y en la inexistencia de algunas fianzas de fiel cumplimiento. El vicealmirante Elías Daniels, Inspector General de las Fuerzas Armadas, realizó la correspondiente investigación. Su recomendación fue abrir en cada caso una averiguación sumarial para determinar las irregularidades existentes. Le presenté los dos casos al presidente Pérez. Aceptó la recomendación y ordenó abrir los juicios militares. De inmediato ordené suspender los pagos pendientes con las empresas contratistas de los mencionados proyectos.

En el mes de septiembre de 1991 visitó a Venezuela el doctor Rafael Pardo, ministro de la Defensa de Colombia. El objetivo de su visita era revisar los distintos acuerdos existentes con el objeto de fortalecer un mayor intercambio de información y una mejor coordinación en las operaciones de las Fuerzas Armadas de ambos países. En reciprocidad, visité Bogotá en el mes de noviembre. Lamentablemente, algunos periodistas colombianos tenían interés en provocar un incidente. Apenas llegué, en una rueda de prensa en el aeropuerto, me preguntaron sobre la delimitación de las áreas marinas y submarinas llamando intencionalmente al Golfo de Venezuela Golfo de Coquivacoa. Mi respuesta ratificó los derechos de Venezuela, resaltando la importancia que tiene para nuestro país el tránsito de los tanqueros petroleros a través de esa vía marítima. El diario La Prensa tituló de manera impactante: “El general Ochoa llegó con la pistola en la mano”, reseñando ampliamente mi declaración. Así también lo hizo toda la prensa colombiana. El Nacional de Caracas resaltó el titular del Diario La Prensa y mi declaración en primera página. Al regresar a Caracas visité al presidente Pérez. Estaba preocupado

por mis declaraciones. Le expliqué que la visita había sido exitosa. Además, le hice ver lo conveniente de mantener una posición firme sobre los problemas fronterizos. Estuvo de acuerdo. Aproveché la oportunidad para pedirle que evitara tocar en sus declaraciones el tema de Colombia.

Las designaciones de algunos tenientes coroneles para cargos de comandantes de batallón han sido utilizadas como argumento para tratar de demostrar mi supuesta vinculación con la conspiración militar del 4 de febrero. El general Pedro Rangel Rojas, quien era responsable del nombramiento de los oficiales del Ejército, trató desde ese mismo día de justificar la designación del teniente coronel Hugo Chávez para el cargo de comandante del Batallón de Paracaidistas “Antonio Nicolás Briceño”, aduciendo que lo había hecho por orden mía. En realidad, los hechos ocurrieron de la siguiente manera: al tener conocimiento del descontento que había producido en el Ejército las designaciones de Hugo Chávez Frías y Jesús Urdaneta Hernández para cargos administrativos, llamé por teléfono al general Rangel para tratarle dicho asunto, recomendándole buscar alguna solución al problema. Los tenientes coroneles Chávez y Urdaneta explican ampliamente como ocurrieron los hechos en las entrevistas que les hizo Agustín Blanco Muñoz para sus libros “Habla el Comandante” y “El Comandante Irreductible”:

“El caso mío es el más grave. Cuando yo me gradué en el curso de Estado Mayor me asignaron el cargo de jefe del Servicio de Proveeduría Militar en Cumaná. Mira, para mí eso fue como un balde de agua fría... Pero había pasado una semana más o menos cuando Ortiz Contreras me dice: mira Hugo, vi a Ochoa en un matrimonio, él quiere hablar contigo... Allí fue cuando Ochoa, llamó a Rangel Rojas, en presencia mía y le dijo: mira Rangel, a Chávez lo mandaron para la Proveeduría, trata de ubicarlo en otro sitio, ese no es cargo para Chávez, él vive por allá en Carabobo, trata de dejarlo en una escuela... El mismo Rangel Rojas, cuando fui a la comandancia, me dijo: Chávez, te vamos a dejar cerca de tu casa... ¿Qué te parece, la escuela de tropas de la Victoria? ¿Qué te parece la escuela de suboficiales de Maracay? Yo le dije, mi general, donde usted quiera...”

“La coincidencia para nombrarme comandante del batallón de paracaidista de Maracay fue que un oficial pidió la baja, porque él no quería ir para los Paracaidistas... Entonces quedó ese batallón. ¿A quien nombramos? Ahí fue cuando me llamaron a la casa y me dijeron que había un batallón. Me pusieron en tres y dos: mira Chávez, ¿tú quieres el batallón de Paracaidistas, si o no? Está bien, denme mi batallón. El último batallón que se entregó ese año fue el “Briceño”. Creo que era septiembre o finales de agosto.”⁷⁰ El

⁷⁰ Blanco Muñoz, Agustín, *Habla el Comandante*, pp. 201-202 -203

comandante del Batallón “Briceño” que pidió la baja fue el teniente coronel Julio Alberto Suárez Romero. Recuerdo que el presidente Pérez afirmó en la madrugada del 4 de febrero que había atendido en audiencia al teniente coronel Hugo Chávez, quien le planteó su deseo de ser designado para un cargo de comando. El presidente Pérez llamó por teléfono al general Rangel para recomendarle estudiara su caso.

“Al entrar al despacho de Ochoa, él me dijo: “Urdaneta, tú estás alzado, ¿qué es lo que te pasa?” “No, yo no estoy ningún alzado. Estoy pidiendo mi baja, no quiero seguir en las Fuerzas Armadas...Yo quedé entre los primeros del curso de Estado Mayor, aquí está mi hoja de servicio. Ahora me dicen que yo no voy a comandar un batallón de paracaidistas. Yo que me había formado para eso, para comandar, y ahora no quieren nombrarme”... Entonces me dijo: “no te preocupes, tu vas a comandar un batallón. Pero no te vayas de baja, no podemos perder buenos oficiales. Yo voy a llamar al Comandante General del Ejército”...Después me llamó el general Carlos Moreno Guarache, comandante de la Brigada de Paracaidistas, y me dijo: “mira Urdaneta, yo meto la mano por ti. Yo necesito que venga un hombre como tú a comandar uno de los batallones”. Pero yo quería comandar uno de los batallones de combate: Entonces los batallones de combate se los dieron a Hugo Chávez y a Acosta Chirinos”.⁷¹ El caso de Urdaneta fue distinto. Yo sólo le recomendé a Rangel que le encontrara una solución al problema, dejando a su iniciativa el cargo para el cual iba a ser designado.

Visiones distintas

La indecisión que mantenía Hugo Chávez para escoger la fecha del alzamiento produjo una importante polémica entre algunos miembros de la logia conspirativa. Los capitanes Ronald Blanco La Cruz y Antonio Rojas Suárez consideraban que se requería adelantar la insurrección ya que los organismos de Inteligencia estaban vigilando a varios de los oficiales comprometidos. Hugo Chávez, Francisco Arias Cárdenas y Raúl Baduel creían que se requería fijar una fecha que asegurara el alzamiento de la mayoría de las unidades comprometidas y que permitiera contar con el apoyo de la Aviación. “No, la delación es posterior a la decisión de la fecha. La evolución fue más o menos así. El 28 de agosto de 1991, yo recibí el Batallón de Paracaidistas “Briceño”. Una semana antes lo había recibido Urdaneta. En esos días lo recibió Acosta Chirinos. Unas semanas antes Ortiz Contreras se puso al frente del batallón de Cazadores en Chaguaramal. Arias Cárdenas tenía ya un año de comandante de la Artillería en el Zulia y otros más que no puedo nombrar habían recibido sus respectivos batallones. El primer evento que pudo haber disparado el plan, fue el golpe de Estado en Haití. Eso fue a

⁷¹ Blanco Muñoz, Agustín, Jesús Urdaneta Hernández, *el comandante irreductible*, Fundación Cátedra Pío Tamayo, Caracas, 2003, p.77.

finales del 91”.⁷² Pensaban detener al presidente Pérez en el acto de despedida de las unidades que irían a dicha operación militar.

Durante esos meses finales de 1991, los oficiales de mayor grado comprometidos en la insurrección, en particular Hugo Chávez Frías y Francisco Arias Cárdenas, discutieron las acciones que tendrían que tomar al triunfar el alzamiento militar. “Cada uno venía haciendo las cosas de manera paralela, con mucho respeto por lo que el otro emprendía. Había un liderazgo compartido, donde participaba también Castro Soteldo. Pero en lo ejecutivo estábamos Chávez y yo. Chávez estuvo de acuerdo con la incorporación de Kléber, pero se mostró muy renuente a integrar sus propuestas...En lo inmediato nombraríamos una Junta Cívico Militar, integrada por cinco civiles y cuatro militares retirados, uno de cada Fuerza. Recuerdo que hablamos de Haroldo Rodríguez, de Maximiliano Hernández Vásquez, de Manuel Sucre Figarella y de uno de la Guardia Nacional que no recuerdo el nombre. Sobre los cinco civiles, hablamos de Andrés Velásquez, de José Vicente Rangel. Yo propuse a Abdón Vivas Terán. Hablamos de Escovar Salom. Esa Junta Cívico Militar debía lanzar algunos decretos, disolver el Congreso y convocar a una Asamblea Constituyente⁷³

En el mes de diciembre de 1991 se escogieron varias fechas para realizar el alzamiento. Una de ellas fue el 10 de diciembre, aniversario de la Aviación. Al batallón Antonio Nicolás Briceño le correspondió lanzarse en paracaídas en el acto protocolar que se realizó en la Base Libertador. “Ahí estaba Carlos Andrés Pérez y todo el alto mando viendo aquello. Teníamos el plan de capturar a Pérez allí. Fíjate, el factor más importante que nos llevó a detener eso fue que no estábamos completos: Arias, estaba en Israel. El Chivo Acosta, no estaba en Maracay. Me costó muchísimo detener el plan y debo decirte que hubo un sector militar que pensó en matarme, convencidos por algunos grupos políticos que yo me había rajado y que había hecho un pacto con Ochoa Antich, justificado con documentos falsos”.⁷⁴ Difícilmente existió una oportunidad más propicia para ejecutar el plan conspirativo. La seguridad personal del presidente Pérez y del Alto Mando Militar se reducía a las escoltas normales de la Casa Militar y de la DISIP. Otra fecha escogida para intentar la insurrección militar fue el 17 de diciembre. Pensaban lanzar la operación ese día aprovechando el medio turno de permiso navideño. Luego decidieron hacerlo el día de Navidad. El movimiento estaba infiltrado por grupos de izquierda radical. Hugo Chávez conoció en esos días que esos sectores estaban esperando un golpe militar el 17 de diciembre. Decidió detener la rebelión, ya que percibió la actitud de Bandera Roja que quería que

⁷² Blanco Muñoz, Agustín, *Habla el comandante*, pp. 130,131.

⁷³ Garrido, Alberto, *De la guerrilla al militarismo. Revelaciones del comandante Arias Cárdenas*, Producciones Farol, C.A, Mérida, 2000. pp. 21-23.

⁷⁴ Blanco Muñoz, Agustín, *Habla el Comandante*, p. 134.

la insurrección se diera sin los jefes del movimiento, que la operación la comandaran exclusivamente los capitanes.

En los primeros días de enero de 1992, hubo una reunión del Alto Mando Militar con el presidente Pérez. La reunión fue convocada por el general Manuel Heinz Azpúrua, director de la DISIP. En esa reunión se analizaron largamente los constantes rumores sobre una posible sublevación militar. El general Heinz le entregó al presidente Pérez un documento que resumía las informaciones que la DISIP había logrado determinar sobre ese asunto. El presidente Pérez ordenó realizar una investigación más detallada sobre esos rumores e insistió que deseaba tener una mayor información a su regreso de Davos. Me entregó el documento en cuestión. Al día siguiente hubo una reunión de la Junta Superior de las Fuerzas Armadas. Allí analizamos el documento. Se resumían un conjunto de indicios, pero no se presentaban pruebas en contra de ninguno de los oficiales mencionados. Se consideró incrementar el esfuerzo de Inteligencia e informar a los comandantes de Grandes Unidades de Combate de todas las Fuerzas. Por mi parte, llamé a mi despacho a varios de los oficiales que aparecían nombrados en dicho documento, entre ellos al teniente coronel Hugo Chávez Frías. En algunas de sus declaraciones ha recordado esa conversación conmigo. Su actitud fue más que respetuosa. En ningún momento me amenazó con llamar a la prensa si se ordenaba su destitución. Me insistió en que eran las mismas calumnias de siempre. Mantuve con firmeza, que de continuar esos rumores, sería reemplazado del comando del Batallón “Briceno”.

Los capitanes presionan

La indecisión de Hugo Chávez para establecer la fecha de la insurrección era cada día mayor. Muchos de los oficiales pertenecientes a su generación, comprometidos en la asonada, empezaron a poner dificultades de distinto orden al acercarse la posible fecha del alzamiento. Uno de ellos fue el mayor Isaías Baduel. Con sinceridad les informó a los jefes de la insurrección que no se alzaría por considerar que el Golpe de Estado no estaba suficientemente preparado para lograr su objetivo. Al mismo tiempo que esto ocurría, los capitanes empezaron a presionarlo durante todo el mes de noviembre de 1991. La situación se hizo insostenible. Amenazaron con alzarse solos si ellos no los acompañaban. El alzamiento debía realizarse antes del 15 de febrero de 1992. Hugo Chávez conocía que su batallón iba a ser enviado a la frontera con Colombia. Además, estaba convencido de que podía ser destituido como comandante de batallón. También conocía que la DISIP y la DIM estaban ejerciendo un mayor control sobre las unidades de la Brigada de Paracaidistas. Uno de los aspectos más delicados que hizo titubear a Hugo Chávez en el momento de tomar la decisión para el alzamiento fue la

incapacidad que presentó la célula conspirativa de la Aviación para controlar la Base “Libertador”.

El teniente coronel Luis Reyes Reyes se sinceró con Hugo Chávez. Le dijo que su grupo no estaba en condiciones de cumplir esa misión, que era imprescindible hablar con el general Efraín Visconti Osorio. El teniente coronel Reyes lo invitó a una reunión el 2 de febrero. El teniente coronel Reyes fortaleció su amistad con el general Visconti en la Dirección de Producción Aeronáutica en el año de 1991. En las conversaciones que tuvieron le planteó la existencia de un grupo de oficiales en el Ejército con inquietudes políticas. El general Visconti ya conocía la existencia de ese grupo por informaciones que había recibido del teniente coronel Wilmar Castro Soteldo. En enero de 1992, el teniente coronel Reyes le hizo un nuevo comentario, señalando que el proceso conspirativo se encontraba muy avanzado en el Ejército. Le ofreció invitarlo a una reunión con los jefes de ese grupo de oficiales. El general Visconti estuvo de acuerdo, pero no fijaron una fecha para la reunión. Una semana antes del 4 de febrero de 1992, el teniente coronel Reyes lo invitó a una reunión el 2 de febrero en el restaurante “Guaracarumbo” en la carretera Panamericana. El general Visconti llegó tarde a la reunión. No encontró a nadie, pero al tomar la carretera para dirigirse a Maracay vio la camioneta del teniente coronel Reyes en el restaurante “Los Colorados”.

“Entré al restaurante. Reyes estaba acompañado de una persona. Me la presentó. Era Hugo Chávez Frías. Sin ningún tipo de preámbulo me explicó el plan de operaciones que se iba a realizar el 4 de febrero de 1992. En verdad quedé sorprendido al darme cuenta de que no contaban con la Aviación. Al preguntarle por los contactos en dicha Fuerza, me respondió que ese era justamente el motivo de la conversación conmigo. Le pedí noventa días para poder preparar cualquier acción. Le expliqué que los grupos conspirativos anteriores habían prácticamente desaparecido. Me respondió que no era posible, ya que la DIM estaba detrás de la pista del movimiento. Si se posponía la fecha de la insurrección, los oficiales podían ser cambiados de unidades o detenidos. Ante esta situación le expliqué que con tan corto tiempo era imposible lograr el apoyo de la Aviación...También le pregunté por las vinculaciones civiles. Me respondió que no estaban previstas. Antes de despedirnos, le ratifiqué que no era posible alzarnos en la Aviación, pero le ofrecí hacer lo posible para neutralizar las operaciones aéreas ese día”.⁷⁵ Hugo Chávez y Luis Reyes permanecieron un tiempo más en el restaurante “Los Colorados” evaluando la situación militar: Definitivamente, los oficiales comprometidos en la Aviación no se insurreccionarían en apoyo de las unidades terrestres.

⁷⁵ *Visconti Osorio, Efraín, entrevista.*

Hugo Chávez se trasladó a la sede del Batallón “Briceno” en el Cuartel “Páez”. La situación se veía normal. Insomne como es, prefirió no acostarse. En la mañana tomó un conjunto de medidas para dar inicio al movimiento. A las 6:a.m., envió a Caracas al capitán Gerardo Alfredo Márquez, plaza del Batallón “José Leonardo Chirinos, a conversar con los oficiales comprometidos para coordinar las acciones a tomar esa noche. Cerca de las 9 a.m. envió al mayor Francisco Javier Centeno con medio batallón hacia el campo de Carabobo. El capitán Ángel Martínez Alfonso, comandante de la compañía 24 de junio estaba comprometido en el alzamiento. Para justificar el movimiento de su batallón llamó al general Carlos Moreno Guarache, comandante de la Brigada de Paracaidistas, para informarle la salida del batallón. Fue fácil justificarlo. Al día siguiente se iba a realizar en El Pao un ejercicio de exhibición para el Curso de Altos Estudios de la Defensa Nacional. Cerca de las 10:00 a.m. recibió una llamada del Regimiento de la Guardia de Honor. El teniente coronel Arévalo Méndez Romero, oficial de operaciones de ese regimiento le confirmó la llegada del presidente Pérez desde Davos. Le ratificó que todo estaba listo para su detención en el aeropuerto de Maiquetía.

A las 11:00 a.m. del 3 de febrero salió del cuartel “Páez” con la finalidad de llamar telefónicamente al teniente coronel Francisco Arias Cárdenas al Grupo “Monagas” en Maracaibo. Lo llamó desde el peaje de Tapa-Tapa. Le informó mediante una clave el día y la hora del alzamiento. Siguió hacia “La Placera”, con la finalidad de hablar con los tenientes coroneles Acosta Chirinos y Urdaneta Hernández. Este último no se encontraba en la sede de su batallón, por haber viajado a Caracas el fin de semana con la finalidad de visitar a sus suegros. Lo esperó hasta el mediodía. El teniente coronel Urdaneta fue sorprendido por la decisión, pero ratificó su compromiso de insurreccionarse. El teniente coronel Chávez regresó al cuartel “Páez” cerca de la 1:p.m. Allí coordinó con el teniente coronel Ortiz Contreras, comandante del batallón de Cazadores “Genaro Vásquez”, unidad que se encontraba en Maracay realizando curso de Paracaidistas, la toma de ese Cuartel.

A las 2: p.m. de ese día, se dirigió con el teniente coronel Ortiz Contreras a la Base “Libertador”. Allí se llevaría a cabo una reunión rutinaria para preparar el lanzamiento que se realizaría el día siguiente en El Pao. Hugo Chávez aprovechó la oportunidad para conversar con el teniente coronel Luis Reyes Reyes. Definitivamente no se podía contar con la Aviación. Durante su regreso al cuartel “Páez” discutió con el teniente coronel Ortiz Contreras las dificultades que se presentaban para el éxito de la operación. Hugo Chávez concluyó: “Al detener al presidente Pérez y tomar Miraflores, los oficiales comprometidos que en este momento se encuentran indecisos apoyarán el

alzamiento". Convencidos de esta realidad, continuaron con sus planes para insurreccionarse. La hora de la traición había llegado.

La Traición

La fecha es el 4 de Febrero

La orden de operaciones

Las asonadas militares del 4 de febrero y del 27 de noviembre de 1992 fueron una doble traición: se irrespetó el juramento militar que obliga a los soldados, sin consideración de grado y empleo, a cumplir y hacer cumplir la Constitución Nacional; se traicionó gravemente el principio de lealtad que debe existir entre subalternos y superiores. Las explicaciones que los autores de esta felonía han querido dar para tratar de justificar tan grave violación de la ética militar han sido insuficientes. Los mismos vicios que empañaron el esfuerzo de transformación nacional de los años de la democracia representativa se han visto repetidos, con mayor fuerza, en el régimen chavista. Los muertos de esos días, treinta y nueve el 4 de Febrero y más de doscientos el 27 de Noviembre, son responsabilidad de los jefes de esas insurrecciones, en particular, del teniente coronel Hugo Chávez Frías.

La sublevación del 4 de Febrero de 1992 se ejecutó de acuerdo al Plan de Operaciones “Ezequiel Zamora”. Éste fue preparado por el teniente coronel Francisco Arias Cárdenas. Estaba sustentado en varios principios de la guerra y establecía un conjunto de supuestos para su aplicación. Esos principios eran: la sorpresa, la maniobra, la movilidad y la concentración de fuerzas. Al ser denunciado el movimiento conspirativo a las 11 a.m. del 3 de febrero, la sorpresa y la concentración de fuerzas no pudieron aplicarse. Los oficiales comprometidos en varias unidades de Caracas decidieron no insurreccionarse. Esta decisión impidió atacar a Miraflores, sede del gobierno, con la suficiente capacidad militar. Los principios de maniobra y movilidad se aplicaron con eficiencia desde el inicio de la insurrección: los batallones de paracaidistas “Briceño” y “Chirinos”, el batallón misilístico “Ezequiel Zamora” y la compañía de tanques del Batallón “Pedro León Torres” se movilizaron con gran rapidez hacia Caracas.

Los supuestos que deberían cumplirse para ordenar la aplicación del Plan eran los siguientes: regreso del presidente Pérez del exterior por el aeropuerto de Maiquetía; contar con un número suficiente de unidades comprometidas en la insurrección y tener garantizado un importante apoyo aéreo. El esfuerzo conspirativo satisfizo progresivamente estas exigencias. El domingo 2 de febrero, cercano a la media noche, Hugo Chávez recibió la confirmación de la llegada del presidente Pérez a las 10 p.m. del 3 de febrero. El teniente coronel Arévalo Méndez Romero, oficial de operaciones del

Regimiento de la Guardia de Honor, se lo ratificó. Este hecho activó el Plan Ezequiel Zamora. El número de unidades del Ejército era suficiente, aunque no era posible contar con el apoyo aéreo necesario. El objetivo era controlar el poder nacional mediante la detención del presidente Pérez y la toma del palacio de Miraflores a través de operaciones ofensivas. El Plan Ezequiel Zamora preveía un plan alternativo. En caso de fracasar las operaciones de control del poder nacional en la ciudad de Caracas, se debería aplicar un plan "B" que consistía en hacerse fuerte en las guarniciones militares del estado Aragua y Carabobo, mientras se movilizaban hacia el centro del país unidades comprometidas con la insurrección acantonadas en las guarniciones de los estados Zulia, Táchira, Mérida y Trujillo. El apoyo de esas unidades permitiría un posterior avance hacia la ciudad de Caracas.

Este plan estaba estrechamente vinculado con un proyecto de Gobierno diseñado por el Directorio del Movimiento Revolucionario 200 denominado "Proyecto de Salvación Nacional Simón Bolívar". Su objetivo era crear las bases para la construcción de la Nueva República Bolivariana, inspirándose en el pensamiento de Bolívar, Rodríguez y Zamora. Después del triunfo militar se establecería una etapa de transición política que tendría los siguientes objetivos: la designación de un gobierno de emergencia nacional; la creación de un Consejo General de la Nación, constituido por 9 miembros que serían responsables de la dirección política, económica y social del Estado; el nombramiento de un Consejo de Estado compuesto por el presidente de la República, el ministro de la Secretaría, el ministro jefe de gobierno y los ocho ministros encargados de los Gabinetes sectoriales; la designación de Consejos Regionales de Administración Política y Económica; la suspensión del Congreso Nacional, las Asambleas Legislativas y los Concejos Municipales; la reestructuración de la Corte Suprema de Justicia; la convocatoria de una Asamblea Constituyente; la elaboración de un cronograma para las elecciones de gobernadores, alcaldes y consejos municipales y la reestructuración de las Fuerzas Armadas.⁷⁶

Al cumplirse los supuestos, que activaban el Plan Ezequiel Zamora, se dictó la correspondiente orden de operaciones: "el Movimiento Bolivariano Revolucionario 200 conducirá una acción combinada para controlar el Poder Nacional el 3 de febrero a las 24:00 horas, consolidar en el ejercicio del mando a verdaderos representantes populares, iniciar el proceso de reconstrucción nacional y aplicar el Proyecto Democrático Bolivariano. Se realizará una maniobra sorpresiva y rápida en que el control descentralizado y el máximo uso de la iniciativa y de la sorpresa jugarán un papel preponderante. Se requiere una acción coordinada y el mantenimiento constante de las comunicaciones. El Ejército Bolivariano

⁷⁶ Catalá, José Agustín, *Golpes militares en Venezuela, 1945-1992*, Ediciones El Centauro, Caracas, 1998, pp. 123-124.

Revolucionario de Occidente conducirá operaciones en los estados Zulia, Falcón, Trujillo y Lara; el Ejército Bolivariano del Centro conducirá operaciones en el Distrito Federal, y en los estados Aragua, y Carabobo. La seguridad en el desplazamiento, así como los objetivos son responsabilidad directa de cada comandante; el trato a los prisioneros de guerra se regirá por los principios establecidos en los convenios internacionales; la evacuación de los heridos se hará a los centros asistenciales más cercanos.”⁷⁷

Caracas dice no

La noche del 2 de febrero de 1992 fue muy larga para el capitán René Gimón Álvarez, oficial de planta de la Academia Militar. Los capitanes Ronald Blanco la Cruz y Antonio Rojas Suárez le habían confirmado ese domingo en la tarde que el día de la insurrección militar sería el lunes 3 de febrero. La misión que tenía asignada era insurreccionar el Batallón de Cadetes con el respaldo de un pequeño grupo de oficiales de planta. En consecuencia, tendría que detener al general Manuel Delgado Gainza, director de la Academia Militar, al presentarse en las instalaciones del Instituto. Un mes antes, había iniciado amores con su hija. El compromiso con la conspiración tenía varios años. Fue captado por el teniente coronel Chávez en sus tiempos de capitán de cadetes. En la mañana llegó muy temprano a la Academia Militar. No pudo realizar sus labores ordinarias. Angustiado, estuvo reflexionando en su comando, la decisión a tomar.

A las 10:30 a.m. se trasladó a la Dirección de la Academia Militar. Se anunció con el general Delgado, quien lo recibió de inmediato. El capitán Gimón no encontraba la manera de informarle lo que conocía. A los pocos minutos de haber iniciado la conversación, decidió sincerarse con el general Delgado: “Mi general, esta noche un grupo de oficiales subalternos, comandados por oficiales superiores, intentarán tomar el Aeropuerto Internacional de Maiquetía para impedir la entrada al país del señor presidente de la República y tratarán de insurreccionar varias unidades en Fuerte Tiuna. También me han informado que el coronel, en situación de retiro, José Machillanda Pinto se reúne en la compañía de comando del Batallón de Infantería “Bolívar” con un grupo de oficiales subalternos que realizan cursos en las diferentes escuelas de armas del Ejército con la finalidad de catequizarlos políticamente. El movimiento debe ocurrir esta noche a las 10 p.m.”⁷⁸ Sorprendido por la información, el general Delgado llamó de inmediato al general Pedro Rangel Rojas, comandante del Ejército, con la

⁷⁷ Díaz, Jesús E., *La rebelión militar del 4 de febrero de 1992 y su incidencia en la sociedad venezolana*, tesis doctoral, Universidad Rafael Belloso Chapín, Maracaibo, 1997.

⁷⁸ Valero Rivas, Reinaldo, *Informe relacionado con los hechos ocurridos los días 3 y 4 de febrero de 1992, Caracas, 19 de febrero de 1992.*

finalidad de solicitar una audiencia. El general Rangel lo invitó a trasladarse a su Comando.

El general Delgado se dirigió a la Comandancia General del Ejército. El general Rangel lo recibió a las 12: 30 p. m. El general Delgado le informó la novedad del posible atentado al presidente de la República. El general Rangel permaneció pensativo varios minutos. “Deseo, antes de tomar cualquier medida, hablar personalmente con el capitán Gimón Álvarez. Le agradezco informarle que se presente en mi comando”. El general Delgado lo llamó por teléfono ordenándole que se trasladara al Comando del Ejército. En ese momento, llegó el general Moisés Orozco Graterol, director de Finanzas, a dar cuenta. El general Delgado pidió permiso para retirarse, en espera de la llegada del capitán Gimón Álvarez. Aprovechó ese tiempo para dirigirse a la oficina del general Reinaldo Valero Rivas, director de Inteligencia del Ejército, para transmitirle la información. Era aproximadamente la 1:00 p. m. El general Valero escuchó la novedad y de inmediato citó a su Comando a los coroneles Miguel Fuguet Smitt y Rafael Sevilla Rojas, jefes de los Departamentos de Búsqueda y Contrainteligencia, ordenándoles activar los órganos de búsqueda y redactar un radiograma de alerta a todas las unidades del Ejército. Los generales Valero y Delgado se dirigieron a la oficina del general Rangel. Allí se encontraba el capitán Gimón Álvarez. Se anunciaron. El mayor Alfredo Puyana Arroyo, ayudante personal, les informó que el general Rangel los recibiría al terminar la cuenta el general Orozco Graterol.

El general Valero, en ese momento, recibió una llamada del general Oscar González Beltrán, jefe del Estado Mayor del Ejército, para informarle que lo había llamado el general Humberto Pacheco García, jefe del Comando Unificado de las Fuerzas Armadas para manifestarle su sorpresa por la inasistencia del general Valero a una reunión de los directores de Inteligencia de las distintas Fuerzas. El general Valero le explicó que no había asistido por tener necesidad urgente de hablar con el Comandante General. El general González le exigió asistir a la reunión. El general Valero se trasladó al Comando Unificado de las Fuerzas Armadas, sugiriéndole al general Delgado que esperara al general Rangel para tratar tan delicado asunto. Al llegar al Comando Unificado, la reunión ya había concluido. El general Delgado fue recibido en su despacho por el general Rangel a las 3: p.m., en compañía del capitán Gimón Álvarez, quien ratificó la información. El general Rangel llamó a su presencia al coronel Raúl Salazar, su Ayudante General, ordenándole interrogar al capitán Gimón. El coronel Salazar lo hizo, tomando la precaución de grabar la información transmitida por el mencionado capitán.⁷⁹

⁷⁹ Salazar Rodríguez, Raúl, entrevista, Caracas, 31 de marzo de 2006.

El general Valero regresó al Comando General del Ejército a la 4:30 p.m. El general Rangel lo recibió de inmediato. Se encontraba acompañado de los generales Oswaldo Sujú Raffo y Oscar González Beltrán, Inspector General y Jefe del Estado Mayor respectivamente y del coronel Raúl Salazar. Sin más preámbulo le informó la novedad transmitida por el general Delgado. Su respuesta fue sorprendente: “general Valero, esa información es vieja”. El general Valero le recomendó enviar un radiograma circular, que ya tenía listo, a todas las unidades del Ejército alertándolas. Sorprendentemente, esta sugerencia no fue aceptada. El radiograma decía lo siguiente: “Cumpliendo instrucciones del ciudadano general de división Comandante General del Ejército le informo debe tomar medidas urgentes de seguridad en su unidad ante posibles reuniones clandestinas de oficiales para realizar acciones esta noche que atentarán en contra de la seguridad del señor presidente de la República. Se estiman eventos para impedir el regreso al país del Primer Magistrado”.⁸⁰ En ese momento, el general Rangel tomó el teléfono. El General Valero escuchó una conversación con una persona que parecía ser el vicealmirante Elías Daniels, Inspector General de las Fuerzas Armadas. El general Rangel le transmitió la información del posible atentado al presidente de la República.

El general Rangel ordenó tomar las siguientes medidas:

- Reforzar las alcabalas de Fuerte Tiuna;
- Alertar a la Tercera División de Infantería, ordenando su acuartelamiento;
- Ordenar al Ronda Mayor visitar durante la noche las unidades de Fuerte Tiuna;
- Reforzar el servicio nocturno con tres capitanes;
- Cerrar las puertas de la Comandancia General del Ejército”.⁸¹

“Del documento Acciones y Órdenes del Comandante General del Ejército con relación a la sublevación militar acontecida los días 3 y 4 de febrero se deducen las medidas tomadas por ese comando ante la información recibida. Lo que sí parece salido de toda lógica, es que si el general Rangel recibió la información a las 11: a.m., sólo se hayan impartido instrucciones a las unidades del Ejército de Caracas a las 3: p.m., es decir, cuatro horas después de recibida la información, y siete horas más tarde a batallones de tanta sensibilidad como el “Caracas” y el “O’Leary”. Se colocó como coletilla en dicho documento que se “ordenó al general Reinaldo Valero Rivas, director de Inteligencia del Ejército, procesar la información en coordinación con la DIM”. Realmente la información era completa, sin embargo, se ordenó procesarla, actividad que puede tardar minutos o días, en lugar de tomar otro

⁸⁰ Valero Rivas, Reinaldo, *informe*.

⁸¹ *Ídem*,

tipo de acciones. Definitivamente, el general Rangel no tomó en serio las posibilidades de un golpe de Estado”⁸²

La actuación del general Rangel es inexplicable: no me comunicó a mí, como ministro de la Defensa, la información recibida. Tampoco lo hizo con el vicealmirante Elías Daniels: “Yo estuve trabajando en el Ministerio de la Defensa hasta el inicio de la noche. No recuerdo exactamente la hora en que me retiré de las instalaciones. Antes de irme conversé con el contralmirante Rafael Huizi Clavier, quien me informó que el general Ochoa llegaría de Maracaibo a las 8: p.m. Desde el Ministerio me dirigí a una clínica privada a un chequeo rutinario de salud. En ningún momento recibí ninguna novedad de parte del general Pedro Rangel Rojas, Comandante General del Ejército”.⁸³ La percepción que tuvo el general Valero, al escuchar hablar por teléfono al general Rangel, de que éste se comunicaba con el Inspector General de las Fuerzas Armadas fue equivocada. Por esa razón el Alto Mando Militar fue sorprendido, teniendo que improvisar las acciones militares para defender al gobierno constitucional.

El capitán Antonio Rojas Suárez se reunió el domingo 2 de febrero a la 1: p.m. con el capitán Gerardo Márquez en la Escuela de Infantería. El capitán Márquez venía desde Maracay a informarle que el 3 de febrero a las 12: p.m. se realizaría la sublevación militar. El capitán Rojas Suárez protestó. No había suficiente tiempo para alertar a todos los oficiales comprometidos. El capitán Márquez le ratificó la decisión. Ante esta certeza, el capitán Rojas Suárez procedió a contactar al capitán Ronald Blanco La Cruz. Se dedicaron a visitar las unidades comprometidas: el Regimiento de Ingenieros “Codazzi”, el Grupo de Caballería “Ayala”, los batallones “Bolívar”, “Caracas”, “O’Leary”, “Carmona”, y “Figueredo”, el Grupo de Artillería “Ribas” y la Academia Militar. Allí se entrevistaron con el capitán René Gimón Álvarez y con algunos otros oficiales. No lograron contactar a la mayoría de los oficiales comprometidos, por encontrarse francos de servicio. A las 6 p.m. se reunieron con algunos líderes políticos de izquierda para informarles la decisión tomada. Ellos también consideraron que el tiempo era insuficiente para alertar a sus militantes. A las 8 p.m. los capitanes Rojas y Blanco regresaron a la Escuela de Infantería. Durante la noche revisaron los planes militares.

Una de las debilidades de la conspiración en la guarnición de Caracas consistió en que la mayoría de los oficiales comprometidos en la asonada no tenían comandos de tropa. Casi todos cumplían funciones en las distintas escuelas de Armas o Servicios o realizaban curso de Estado Mayor. En la

⁸² Jiménez Sánchez, Iván Darío, *Los golpes de Estado desde Castro hasta Caldera, corporación Marca, Caracas, 1996 p. 207.*

⁸³ Elías Daniels, entrevista, Caracas, 13 de marzo de 2006.

mañana del lunes 3 de febrero de 1992, algunos oficiales comprometidos visitaron la Escuela de Infantería para ratificarles a los capitanes Rojas y Blanco su compromiso de insurreccionarse esa noche. A las 11:50 a.m. se presentó de nuevo a la Escuela de Infantería el capitán Gerardo Márquez. Su presencia en Caracas se debía al interés del comando de la conspiración de ratificar que el alzamiento se realizaría ese día a las 12 p.m. A las 2 p.m., el capitán Antonio Rojas Suárez recibió una llamada de la licenciada Mary Barajo, analista de la Dirección de Inteligencia Militar, mediante la cual le informaba que la insurrección había sido detectada. A las 6: p.m. se ordenó el acuartelamiento de las unidades del Ejército de la Guarnición de Caracas.

Definitivamente, la conspiración estaba descubierta. Los capitanes Rojas y Blanco se reunieron después de las 8 p.m. en la sala de operaciones de la Escuela de Infantería con un grupo de oficiales comprometidos que prestaban servicio en las Escuela Superior del Ejército y en las escuelas de Blindados, Infantería, Comunicaciones y Electrónica, Ingeniería y Servicios. El objeto de la reunión era evaluar la situación militar: “la misma no era halagadora. La orden de acuartelamiento complicaba las acciones militares en Caracas. La decisión que tomamos fue continuar con la operación ya que no era posible detenerla sin que se descubriera el movimiento debido a que para ese momento varias unidades del interior se habían insurreccionado”. 84. El capitán Rojas Suárez trató por todos los medios de alertar a los oficiales de la Guardia de Honor sin éxito. Eso le causó una gran preocupación: “ya que ellos, incluyendo a uno de los edecanes, debían detener al presidente Pérez y recibir el apoyo de las unidades blindadas para asegurar la toma del palacio de Miraflores, del Regimiento de la Guardia de Honor y de La Casona”.85

Después de ocurrida la insurrección militar se señaló de manera insistente al teniente coronel Rommel Fuenmayor León, cuñado del teniente coronel Francisco Arias Cárdenas, como el edecán comprometido. Su valiente actuación en Miraflores durante los acontecimientos impidió que esta especie tomara fuerza suficiente. “En este momento, no estoy seguro de que el edecán comprometido haya sido el teniente coronel Fuenmayor, pero el día de la insurrección, ésa era la información que nosotros teníamos”.86 A las 7 p.m., la situación para los conspiradores era verdaderamente desesperada. Los oficiales pertenecientes a la Academia Militar y a los batallones “Caracas”, “O’Leary”, “Bolívar”, “Figueredo” y “Carmona”, que se encontraban comprometidos en el alzamiento, informaron a los capitanes Rojas y Blanco que no los acompañarían en la sublevación ya que el movimiento había sido descubierto. Por el contrario, los oficiales juramentados del Regimiento

84 Zago, Ángela, *La rebelión de los ángeles*, Warp Ediciones, Caracas, 1998, entrevista al capitán Antonio Rojas Suárez, p 102.

85 Ídem,

86 Rojas Suárez, Antonio, *conversación telefónica*, 12 de mayo de 2006.

Codazzi y de los grupos de Caballería y Artillería “Ayala” y “Ribas” ratificaron la decisión de respaldar la asonada militar.

El Batallón de Paracaidistas “José Leonardo Chirinos”, al mando del teniente coronel Joel Acosta Chirinos, inició su marcha de aproximación hacia Caracas a las 9:50 p.m. del 3 de febrero. A las 10 p.m. cruzó el peaje de Palo Negro. A esa misma hora estaba yo recibiendo al presidente Pérez en Maiquetía. Las medidas tomadas por la Casa Militar, la DISIP y mi presencia en el aeropuerto con los efectivos del Destacamento No. 53 de la Guardia Nacional impidieron que los oficiales de la Guardia de Honor comprometidos en el alzamiento pudieran detener al presidente de la República. “Ahora el objetivo era Caracas. Nunca dejamos de pensar que podíamos ser emboscados por cuerpos de seguridad del Estado, por lo que coloqué una pieza de Carl-Gustav –un cañón antitanque– en la parte delantera del autobús. Así continuamos el desplazamiento, yo venía en el primer autobús hablando con los soldados de la crisis que atraviesa Venezuela...De esta manera llegamos al peaje de Tazón, donde nos esperaba el capitán Miguel Rodríguez Torres responsable de la toma de La Casona...Eran las 11:40 p.m.. A partir de ese momento, cada profesional salió por la ruta que correspondía de acuerdo a su objetivo”. 87

El Batallón de Paracaidistas “Antonio Nicolás Briceño”, al mando del teniente coronel Hugo Chávez Frías, se dividió de la siguiente manera: el destacamento precursor, se trasladó desde las 9: a.m. del 4 de febrero al Campo de Carabobo al mando del mayor Francisco Javier Centeno; una compañía de paracaidistas, al mando del teniente Freddy Rodríguez, se dirigió al Campo de Carabobo a las 5:p.m. El capitán Ángel Martínez Alfonso, comandante de la compañía 24 de Junio, estaba comprometido en el alzamiento. A las 8: p.m. los comandantes Chávez y Ortiz tomaron el control del Cuartel “Páez”. A las 8:40 p.m., el mayor Centeno recibió la orden de avanzar hacia Caracas por la autopista Regional del Centro, alcanzando el peaje de Tazón a las 11:55 p.m. El grueso del batallón, bajo el mando del teniente coronel Hugo Chávez, tomó rumbo hacia Caracas a las 9.30 p.m. Sorprendentemente, se desvió por la carretera de los Teques llegando a Caracas a las 12:05 p.m. del 4 de febrero.

A las 10 p.m. se reunieron en la Escuela de Infantería los mayores Pedro Alastre López y Carlos Díaz Reyes; los capitanes Ronald Blanco La Cruz, Antonio Rojas Suárez, Noel Martínez Rivero, Carlos Aguilera Borjas y el Sargento Técnico de 2^{da}. Alexander Freitas. A las 11: p.m. se trasladaron a la sede de los grupos “Ayala” y “Ribas”. El capitán Joaquín Suárez Montes, el teniente Florencio Porras Echezuría, y el subteniente Gerardo Gollo

87 Zago Ángela, *op. cit.* p. 105, entrevista capitán Gerardo Márquez.

Regardiz, plazas de esas unidades, le facilitaron la entrada al cuartel. Los capitanes Rojas y Blanco se dirigieron a las habitaciones de los tenientes coroneles Luis Contreras Acevedo y Carlos Rodríguez Barrios, comandantes de los grupos “Ribas” y “Ayala”. Le tocaron la puerta. Al abrir fueron detenidos y encerrados en uno de los calabozos de tropa.

De inmediato ordenaron la formación de los efectivos de las dos unidades en el patio de ejercicio. El capitán Rojas Suárez los arengó, logrando que la mayoría de los oficiales y soldados reconocieran el liderazgo de los oficiales insurrectos. Aquellos que no lo hicieron fueron reducidos a prisión. Con rapidez se prepararon dos columnas de vehículos blindados Dragón. A las 11:45 p.m., salió la primera columna rumbo a Miraflores. El teniente Jesús Elorza Kreubel, quien inicialmente, para engañar a los oficiales comprometidos, se había plegado al alzamiento, logró a última hora que la segunda columna desobedeciera la orden de salir hacia Miraflores. En ese momento, se presentó al cuartel el general Jorge Tagliaferro de Lima, quien había sido informado de la situación existente en los grupos “Ayala” y “Ribas”. Tomó el mando de las dos unidades, ordenó liberar a los tenientes coroneles Contreras y Rodríguez y así restableció la normalidad en el cuartel.

A esa misma hora, una situación similar se vivió en el Regimiento “Codazzi”. Los capitanes Humberto Ortega Díaz, Edgar Graterol Santos y Jesús Aguilarte Gámez; los tenientes Gerardo Oldenburg Arráiz, Eduardo Gámez Vizcaya y el subteniente Eloy Arzola Cedeño aprovecharon que el personal de oficiales se encontraba franco de servicio para tomar el control del regimiento Codazzi. Apenas lo hicieron, organizaron una compañía del Batallón “Tomás Farriar”, reforzados con soldados del Batallón “Manuel Villapol”, y salieron a pie con el objetivo de tomar por sorpresa el Ministerio de la Defensa y el Comando General del Ejército. Al llegar a las respectivas prevenciones detuvieron al personal de servicio y trataron de forzar la entrada del Ministerio de la Defensa y del Comando General del Ejército.

El Batallón “Caracas” impidió la toma del Ministerio de la Defensa. El “Batallón O’Leary” no logró defender, en los primeros momentos de la insurrección, la Comandancia del Ejército. La compañía insurrecta logró tomar hasta el tercer piso. A partir de ese piso, encontró resistencia. El “Batallón O’Leary”, al mando del teniente coronel Luis Itriago Tinedo y bajo el control del coronel Raúl Salazar Rodríguez, reaccionó logrando progresivamente recuperar la Comandancia General del Ejército. El capitán Humberto Ortega Díaz mantuvo la presencia de los efectivos insurrectos en las dos prevenciones, deteniendo a los oficiales generales y superiores que, durante las primeras horas del 4 de febrero, se presentaron al Ministerio de la Defensa y a la Comandancia General del Ejército. El Regimiento “Codazzi”

logró insurreccionarse debido a que la orden de acuartelamiento no fue transmitida a su comandante, coronel Humberto Torres Vilela. 88

Se insurrecciona Maracaibo

El teniente coronel Francisco Arias Cárdenas, comandante del Grupo de Artillería Misilística “José Gregorio Monagas” y el teniente coronel José Rafael Angarita, comandante del Grupo de Caballería Mecanizado “Francisco Esteban Gómez” eran los responsables de tomar militarmente el estado Zulia. Durante varios meses estuvieron tratando de captar oficiales para la conspiración con poco éxito. Era imprescindible, para garantizar el triunfo de la sublevación en el estado Zulia, neutralizar a las unidades acantonadas en Fuerte “Mara”. Los tenientes coroneles Henry Lugo Peña, Juan Vivas Colmenares y Manuel Rojas Díaz, comandantes de los batallones Blindado Bravos de Apure, de Infantería Mecanizada “Francisco Aramendi”, y de Ingenieros “Carlos Soubllette” respectivamente, mostraban un acendrado sentimiento de lealtad a sus superiores y un importante ascendiente sobre sus subalternos. Tampoco había sido posible comprometer al teniente coronel Rubén Calderón Matheus, comandante del Grupo de Artillería “Freites”, unidad que ocupaba el Cuartel “Libertador” con el Grupo “Monagas”. Era un panorama realmente difícil.

En su esfuerzo conspirativo, los teniente coroneles Arias y Angarita sólo habían logrado comprometer a los capitanes José Albarrán Barrios, comandante de la Primera Batería de Defensa Aérea, Frank Rafael Morales, comandante de la segunda compañía de Infantería del Batallón “Aramendi”, Luis Duarte Mariño, oficial de personal de ese mismo batallón y Moisés González López, comandante de la primera batería de lanza cohetes del Grupo de Artillería Misilístico “Monagas”, y a los tenientes Gustavo Torrealba Machado y Gustavo Barroso Fuenmayor, es decir, ni siquiera en su propia unidad el teniente coronel Arias Cárdenas había juramentado un importante número de oficiales. “Mi unidad estaba ya preparada, aunque solamente tres oficiales estaban enterados de la conspiración”.⁸⁹ En consecuencia, todo el esfuerzo militar dependía de la sorpresa y del éxito de las operaciones militares en Caracas.

El 3 de febrero a las 9:30 a.m. el teniente coronel Arias Cárdenas recibió una llamada del teniente coronel Chávez Frías confirmando que el alzamiento militar se realizaría ese día a las 12 p.m. De inmediato llamó por teléfono al teniente coronel Angarita para comunicarle la hora del alzamiento. Su respuesta fue terminante: “Francisco, he decidido no acompañarlos en el alzamiento. Les recomiendo suspender la insurrección. Las posibilidades de

⁸⁸ Torres Vilela, Humberto, entrevista, Caracas, 20 de abril de 2006.

⁸⁹ Zago, Ángela, op. cit., p. 137, entrevista al teniente coronel Francisco Arias Cárdenas.

éxito no existen”. Arias trató de convencerlo, pero no lo logró. Esa decisión comprometía de manera definitiva las operaciones en el estado Zulia. La misión del Grupo “Gómez” era fundamental, pues debía impedir que las unidades acantonadas en Fuerte “Mara” pudieran ser utilizadas por los mandos leales al gobierno constitucional. Muy preocupado se sentó a reflexionar en su comando. No era posible detener el alzamiento. De hacerse, todo sería descubierto y ya no habría una nueva oportunidad. Esta realidad lo condujo a continuar en el intento conspirativo.

De inmediato salió del cuartel “Libertador”. Se dirigió a la sede de la Primera Batería de Defensa Aérea a conversar con el capitán José Albarrán Barrios. Lo acompañaban el capitán Moisés González López y el teniente Gustavo Torrealba Machado. Mantuvo en secreto la actitud del teniente coronel Angarita y los invitó a almorzar en un pequeño restaurante de origen árabe cercano al club Sirio de Maracaibo. Allí les leyó la orden de operaciones que llamó “Reconstrucción 92”. Después del almuerzo, recorrieron la Costa Oriental del estado Zulia con la finalidad de señalarle al capitán Albarrán Barrios los objetivos que debería tomar. Aproximadamente, a las 5 p.m. regresaron a Maracaibo. El teniente coronel Arias se dirigió hacia el Grupo de Artillería “Monagas”.

A las 10:30 p.m. realizó una reunión de oficiales con la finalidad de plantearles los objetivos políticos y militares del alzamiento. El ambiente era favorable. El teniente coronel Arias Cárdenas tenía sobre los oficiales y suboficiales bajo su mando un importante ascendiente que provenía de su eficiente desempeño como comandante del Grupo de Artillería “Monagas”. No le fue difícil convencerlos. Todos los oficiales y suboficiales profesionales de carrera estuvieron de acuerdo con respaldar el alzamiento militar. “La reunión de oficiales la inicié saludando a los asistentes y dirigiéndome con prioridad al subteniente Fernando Prieto Ochoa, sobrino del actual ministro de la Defensa. En cortas palabras le expliqué las razones del alzamiento y la necesidad de su decisión. Le marqué una disyuntiva entre la actitud complaciente de su tío y la dignidad y el coraje de su abuelo para defender el gobierno democrático del presidente Isaías Medina Angarita ante el golpe de los adecos en 1945”.⁹⁰

Mi sobrino me narró hace algunos días de una manera diferente la intervención del teniente coronel Arias Cárdena. Él no tenía conocimiento de la conspiración. El teniente coronel Arias lo había enviado de comisión a Caracas durante toda la semana anterior, de manera que no tuviese oportunidad de sospechar lo que estaba ocurriendo. Al plantear el teniente coronel Arias su decisión de insurreccionarse fue interpelado por el

⁹⁰ *Ídem.*

subteniente Prieto Ochoa para conocer mi posición con relación al golpe de Estado. En su respuesta mantuvo que yo tenía conocimiento de la insurrección. Lamentablemente mi sobrino respaldó, por solidaridad con sus compañeros, el alzamiento y perdió su carrera militar. Definitivamente, el teniente coronel Arias Cárdenas se aprovechó de la falta de experiencia de esos jóvenes oficiales y suboficiales para conducirlos a una aventura en que arriesgaron la vida y su carrera militar, sin darles un margen de reflexión tanto personal como institucional.

La orden de operaciones “Reconstrucción 92” tenía por finalidad controlar los principales objetivos políticos y militares del estado Zulia. En verdad, las fuerzas insurrectas no tenían suficiente capacidad para hacerlo. El éxito o fracaso de la operación residía fundamentalmente en el impacto psicológico que tendría la detención del presidente de la República. De inmediato, el teniente coronel Arias Cárdenas dictó la orden de operaciones: el mayor Fernando Vilorio Gómez, segundo comandante del Grupo “Monagas” sería responsable de la defensa del cuartel “Libertador”; los tenientes Gustavo Torrealba Machado, Gustavo Barroso Fuenmayor y el subteniente Eduardo Escalante Pérez tomarían la Base “Rafael Urdaneta”, el destacamento aéreo de la Guardia Nacional y el aeropuerto de Maracaibo; el teniente Oscar D’Jesús Darnoutt, la residencia oficial del gobernador del estado; el capitán Frank Morales y los subtenientes Fernando Prieto Ochoa y Orlando Sandra, el Comando Regional No. 3, el Destacamento No. 35 y la compañía de orden público de la Guardia Nacional; el capitán Luis Duarte Mariño, con una compañía del Batallón de Infantería Mecanizada “Aramendi”, realizaría patrullaje por la ciudad de Maracaibo con la finalidad de salvaguardar el orden público.

Los objetivos establecidos en la orden de operaciones fueron tomados a las 00:30 a.m. del 4 de febrero sin mayor resistencia. El factor sorpresa funcionó inicialmente, pero el alzamiento ocurrido en Fuerte “Mara” alertó desde las 11:30 p.m. del 3 de febrero a los mandos militares del estado Zulia. El primero en reaccionar fue el general de brigada Richard Salazar Rodríguez, quien ordenó aplicar el plan de defensa inmediato del comando de la 11 Brigada de Infantería con la compañía de comando, impidiendo de esta manera que tropas del Grupo “Monagas” pudiesen tomar dicha sede que se encuentra ubicada a menos de 300 metros del cuartel “Libertador”. De inmediato alertó al general Néstor Lara Estraño, comandante de la Primera División de Infantería, quien se trasladó a su comando. Desde allí empezó a dictar instrucciones con la finalidad de recuperar la normalidad militar en el estado.

Mientras esto ocurría, el teniente coronel Arias Cárdenas perdió un tiempo precioso conversando con el gobernador del estado Zulia, doctor

Oswaldo Álvarez Paz, quien había sido detenido con su familia en la residencia de gobernadores, y declarando a los medios de comunicación sobre los objetivos políticos del alzamiento militar, en lugar de tratar de tomar los objetivos militares del estado. El general Lara ordenó de inmediato el desplazamiento del Batallón Blindado “Bravos de Apure” y de los batallones de Infantería “Aramendi” y “Venezuela” hacia la ciudad de Maracaibo con la finalidad de atacar el cuartel “Libertador”. Justamente, otro de mis sobrinos, el subteniente Jaime Prieto Ochoa, fallecido prematuramente en cumplimiento de sus deberes militares, vivió un amargo momento al tener que rodear el cuartel “Libertador” con su pelotón, conociendo que allí prestaba servicio su hermano Fernando. Ésta fue otra consecuencia dolorosa de la traición del teniente coronel Arias Cárdenas.

“Fue una larga espera por el éxito de la misión en Caracas, apagar el televisor y salir del comando para desentenderme y esperar recibir la noticia repentina del triunfo en la capital del presidencialismo, del centralismo, luego fue otra carrera contra el viento. Los generales pidiéndome me rindiera... Entre 3 y 6 a.m. organicé la defensa del Cuartel “Libertador”, incorporé a la lucha a las tropas del Grupo de Artillería “Freites”... Hacia las 6:30 a.m. me dirigí, de nuevo, hacia a la casa de gobierno. A las 7:30 a.m. salí hacia el aeropuerto. A las 9 a.m. conversé en la Base “Rafael Urdaneta” con los pilotos para explicarles la situación, luego hablé con el coronel comandante de la Base. Ordené su detención en un trailer que le servía de habitación. Llamé al piloto del helicóptero de la Primera División y sobrevolé Maracaibo. Llegué al Comando Regional No. 3. El capitán Morales ya le había entregado la unidad al general Artuza. Al sobrevolar el Cuartel “Libertador” me dispararon fuego cerrado”. 91

Se alzan Valencia, Maracay y San Juan de los Morros

A la 1 p.m. del 3 de febrero de 1992 llegó a Valencia el capitán Luis Rafael Valderrama. Su misión era insurreccionar la Brigada Blindada, la unidad de mayor poder de fuego del centro del país. El capitán Valderrama había servido con anterioridad en el Grupo de Artillería Autopropulsado “Jacinto Lara”, aunque desde hacía dos años realizaba estudios de ingeniería en el Instituto Universitario Politécnico de las Fuerzas Armadas. Sus contactos en la Brigada Blindada eran los capitanes Darío Arteaga Páez, Ángel Godoy Chávez, Wilmer Barrientos Fernández, Pedro Jiménez Yusti y Ángel Martínez Alfonso. Apenas llegó a la ciudad de Valencia se trasladó a la sede del comando de la Brigada Blindada, donde se reunió con el capitán Arteaga Páez, quien de inmediato convocó a los demás capitanes comprometidos para evaluar los planes a ejecutar durante esa noche.

91 *Ibidem*, pp. 138-139-140.

Las horas de la tarde fueron transcurriendo sin que se alterara el rutinario funcionamiento de las unidades acantonadas en el Fuerte “Paramacay”. “A las 7 p.m., me retiré de mi comando y me dirigí a mi casa. Lo mismo hicieron los tenientes coroneles Félix Sánchez Sivira y Omar Camacho Ortiz, comandantes del Grupo de Artillería Autopropulsado “Jacinto Lara” y del Batallón de Apoyo “José Gabriel Lugo”. El teniente coronel Carlos Bermúdez Alarcón, comandante del Batallón Blindado “Pedro León Torres”, se encontraba de permiso en San Cristóbal. El capitán Giovanni Mata Letidel, comandante de la compañía de comando, y la mayoría de los oficiales pertenecientes a las unidades de la Brigada Blindada se retiraron a descansar a sus hogares. El capitán Darío Arteaga Páez y el grupo de oficiales comprometidos permanecieron en la sede de la Brigada Blindada y en sus respectivos batallones”. 92

A las 10 p.m., los oficiales insurrectos convocaron a una reunión de oficiales en la sala de operaciones del Batallón Blindado “Pedro León Torres”. “En forma colegiada y democrática, como es costumbre en los integrantes del Movimiento Bolivariano 200 acordamos reunir al personal profesional que, a nuestro juicio, apoyaría la conquista de los objetivos planteados en la capital carabobeña, al tiempo que permitiría apoyar el gran plan militar nacional...Confieso que aquella noche era la primera vez que juramentaba tan numeroso grupo de profesionales. La suerte estaba echada”. 93 La ciudad fue parcialmente controlada antes de la 1: a.m. del 4 de febrero por las unidades insurrectas. El doctor Henrique Salas Römer, gobernador del estado Carabobo, no fue detenido ni tampoco fue tomada la policía estatal.

A las 11:45 p.m., el general Ferrer fue informado telefónicamente por el teniente coronel Henry Lugo Peña, comandante del Batallón Blindado “Bravos de Apure”, con sede en Fuerte “Mara”, de los hechos ocurridos en Maracaibo. Trató de comunicarse por teléfono con el general Pedro Rangel Rojas, pero le fue imposible. Llamó al general Richard Salazar Rodríguez, comandante de la Segunda Brigada de Infantería acantonada en Maracaibo, quien le informó sobre lo ocurrido. De inmediato llamó por teléfono al coronel Henry Rangel Fuentes, jefe del Estado Mayor de la Brigada Blindada, a quien le ordenó localizar a los comandantes de batallón con la finalidad de que tomaran el control de sus respectivas unidades. También le pidió que le enviara su automóvil para trasladarse a la sede del comando de la Brigada Blindada. Se uniformó en espera del automóvil. A los diez minutos, escuchó el ruido de un vehículo y salió a la puerta de su casa.

92 Ferrer Barazarte, Juan, entrevista, Caracas, 2 de junio de 2006.

93 Zago Ángela, op. cit., pp. 132-133., entrevista al capitán Luis Rafael Valderrama..

Allí fue interceptado por el capitán Darío Arteaga Páez, un teniente del Grupo de Artillería Autopropulsado “Jacinto Lara” y dos oficiales del Batallón de Reserva acantonado en Valencia. Al verlo lo encañonaron con sus armas. Al tratar de resistir, aunque se encontraba desarmado, le dieron un culatazo obligándolo a montarse en el automóvil. En ese momento, los increpó con carácter haciéndoles ver las consecuencias de lo que hacían. En el trayecto hacia la Brigada Blindada, buscó convencer al capitán Arteaga para que depusiera su actitud, insistiendo en que el movimiento ya estaba descubierto y existían muy pocas posibilidades de éxito. “Al llegar a la Brigada Blindada fui detenido en uno de los calabozos. Allí también se encontraban privados de su libertad algunos oficiales que mostraron su desacuerdo con la sublevación. El capitán Arteaga me sorprendió arrodillándose frente de la reja y diciéndome: “Mi general, yo a usted lo respeto mucho, pero entienda que yo estoy en este movimiento desde que era cadete”. Aproveché la oportunidad para preguntarle quien era el jefe de la insurrección. Me respondió que no lo podía decir, pero que le habían ordenado ofrecerme la jefatura del alzamiento, a lo que respondí que yo era un oficial institucionalista y que su conducta violaba la Constitución Nacional. Con cara de preocupación se retiró de mi presencia”.⁹⁴

La orden de operaciones de los oficiales insurrectos en la guarnición de Valencia establecía las diferentes misiones a cumplir por las unidades de la Brigada Blindada: una compañía del Batallón Blindado “Pedro León Torres”, al mando del capitán Ángel Godoy Chávez, compuesta de 18 tanques, avanzaría hacia Caracas con la finalidad de apoyar las unidades insurrectas en esa guarnición. Esa compañía pondría 4 tanques a la orden de una compañía del Batallón de Paracaidistas “Ramón García de Sena”, bajo el mando del mayor Carlos Torres Numberg, para rodear la Base “Libertador” en Maracay. Una compañía del Batallón Blindado “Pedro León Torres”, al mando del capitán Wilmer Barrientos Fernández, con 12 tanques, atacaría el Comando Regional No. 3 de la Guardia Nacional; una batería de 155 mm del Grupo de Artillería “Jacinto Lara” referiría con sus piezas de Artillería dicho Comando y las vías de aproximación a la ciudad de Valencia. A las 00:45 a.m. del 4 de febrero se habían tomado todos los objetivos establecidos.

Los principales puntos críticos, entre ellos varias emisoras de radio, fueron tomados sin ninguna resistencia. A partir de ese momento se empezaron a radiar mensajes invitando al pueblo a concentrarse frente al Fuerte “Paramacay” con el objeto de recibir armas. El general Pedro Romero Farías, comandante del Comando Regional No. 2 de la Guardia Nacional, se encontraba en su residencia particular cuando la compañía de tanques, al mando del capitán Wilmer Barrientos Fernández, sitió el Comando Regional

⁹⁴ Ferrer Barazarte, Juan, entrevista..

No 2 impidiendo que sus efectivos salieran de sus instalaciones. El general Romero Farías fue informado por el jefe de servicio de dicha novedad. De inmediato ordenó aplicar el plan de defensa inmediata del Comando Regional y evitar, en lo posible, combates con las unidades del Ejército. Llamó telefónicamente al general Freddy Maya Cardona, comandante del la Guardia Nacional y le transmitió la novedad. Se uniformó y salió de su casa con el objeto de impedir ser detenido. La compañía de tanques, al mando del capitán Ángel Godoy Chávez, se dirigió hacia Caracas.

El general Efraín Visconti, tuvo conocimiento a las 11:30 p.m. de la detención del general Juan Antonio Paredes Niño, comandante de la Base “Libertador”, por tropas de la Brigada Blindada. Inmediatamente se trasladó al comando de la base. Tomó el mando como oficial más antiguo. Convocó a los comandantes de unidades para informarles lo que ocurría. Los exhortó a evitar un enfrentamiento entre la Aviación y el Ejército. Visitó las distintas unidades con el fin de conversar con los oficiales. Todos reconocieron su autoridad. Cerca de las 12:30 p.m. le informaron que las instalaciones estaban rodeadas por unidades blindadas. Envío al teniente coronel Luis Reyes Reyes a conversar con el comandante de dichas tropas. Era el mayor Carlos Torres Numberg. Él le informó al teniente coronel Reyes que tenía instrucciones de tomar la base. Este oficial le insistió en que se retirara, pero el mayor Torres no aceptó. El teniente coronel Reyes le pidió tiempo para encontrar alguna alternativa. Regresó a conversar con el general Visconti. Ante esta delicada situación, el general Visconti decidió trasladarse a hablar personalmente con el mayor Torres. No logró que cambiara de posición y ante su negativa, le hizo ver que en el caso de que intentara tomar la base los aviones lo atacarían. El coronel Arturo García, Jefe del Grupo 16, hizo volar dos aviones F-16 para disuadir a las tropas blindadas. El vuelo de esos aviones ayudó al general Visconti a convencer al mayor Torres que no atacara la base.. Le ofreció que los F-16 no volarían en apoyo de las fuerzas leales al gobierno constitucional.

95

En la guarnición de Maracay, los hechos se desarrollaron de la siguiente manera: a las 9 p.m. del 3 de Febrero los batallones de Paracaidistas “José Leonardo Chirinos” y “Ramón García de Sena”, al mando de los tenientes coroneles Joel Acosta Chirinos y Jesús Urdaneta Hernández, tomaron el control del Comando de la Brigada de Paracaidistas, deteniendo al coronel Ramón Tortolero Guédez, jefe del Estado Mayor y al jefe de Servicio. El teniente coronel Urdaneta Hernández llamó telefónicamente al general Carlos Moreno Guarache, comandante de la Brigada de Paracaidistas, para informarle lo que había ocurrido y pedirle que permaneciera en su casa para no tener el desagrado de detenerlo. De manera inexplicable el general Moreno aceptó esa

95 *Visconti Osorio, Efraín, entrevista.*

sugerencia y no tomó ninguna medida para recuperar el control de su unidad. De inmediato, el teniente coronel Joel Acosta Chirinos dictó sus instrucciones para que su batallón saliera rumbo a Caracas. A las 9:30 p.m., el Batallón de Paracaidistas “Antonio Nicolás Briceño”, al mando del teniente coronel Hugo Chávez Frías y el Batallón de Cazadores “Genaro Vásquez”, al mando del teniente coronel Miguel Ortiz Contreras, tomaron el control militar del cuartel “Páez”. El teniente coronel David López Rivas, comandante del Grupo de Artillería “Bartolomé Salom”, se encontraba comprometido en la insurrección. En la tarde del 3 de febrero salió hacia El Pao con la finalidad de reunir a toda su unidad, ya que parte de ella se encontraba realizando ejercicios en esa zona. Inexplicablemente, no regresó a Maracay. El batallón “Briceño”, al mando del teniente coronel Chávez Frías salió a las 10 p.m. hacia Caracas.

La orden de operaciones establecía que el Batallón de Paracaidistas “García de Sena” tomaría militarmente el este de la ciudad de Maracay y el grupo “Salom” la parte oeste. Esta decisión en la práctica significaba que el teniente coronel Urdaneta Hernández tenía la responsabilidad de controlar el comando de la Cuarta División de Infantería, la Base “Libertador” y las vías de acceso provenientes de Caracas; el teniente coronel López Rivas debería detener al gobernador del estado, y controlar la Base “Sucre” y el Batallón de Armamento “Manuel Toro”. El teniente coronel Miguel Ortiz Contreras garantizaría la seguridad del Cuartel “Páez”. Una de las razones militares del fracaso de la insurrección fue no haber tomado la Base “Libertador”, aprovechando el factor sorpresa. Urdaneta lo narra de la siguiente manera: “El mismo día del golpe, Chávez me dijo: “mira, tu sabes que Visconti sí le va a echar pichón, no es necesario que te metas dentro de la base, el me dijo que él se encargaba de eso, que tú tomaras la parte de afuera”. Le respondí: “Me parece muy bien, porque así ahorro tropas”. Entonces, yo tomé solamente la parte externa de la base”.⁹⁶ El teniente coronel Urdaneta le ordenó al capitán Carlos Guyón Celis garantizar el control del comando de la Cuarta División de Infantería. A las 11:30 p.m. llegó al comando de la división con un pelotón de paracaidistas, detuvo al teniente coronel Fernando Barreto Benítez, comandante del Batallón de Comando “José Luis Betancourt”, al jefe de servicio y a los oficiales de guardia. A esa misma hora el capitán Ismael Pérez Sira, al mando de una compañía de paracaidistas, tomó el puesto de la Guardia Nacional que presta seguridad al túnel de La Cabrera con el objeto de controlar el tránsito por la Autopista Regional del Centro y permitir el paso de los tanques hacia Caracas. A las 00:30 a.m. la guarnición de Maracay estaba totalmente bajo control de las unidades insurrectas.

El capitán Edgar Hernández Beherens era el responsable de dirigir las operaciones en el Fuerte “Conopoima” en San Juan de los Morros. Se

⁹⁶ Blanco Muñoz, Agustín, *El Comandante irreductible*, p.88.

desempeñaba como segundo comandante accidental del Batallón Misilístico “Ezequiel Zamora”. El 3 de Febrero tuvo manos libres para preparar su unidad para la insurrección ya que el teniente coronel Efraín Flores Tejera, comandante del batallón, se encontraba de comisión en la ciudad de Caracas. A la 1 p.m. llegó de Maracay el teniente Jesús Suárez Churio para confirmar la información del alzamiento. La misión que tenía asignada el Batallón Misilístico “Ezequiel Zamora” era bloquear las vías de aproximación hacia Caracas y Maracay en La Encrucijada y Charallave. “Inmediatamente comencé a pensar en las tareas que debería realizar para preparar el desplazamiento. Incluí una práctica del plan de carga (preparación de una unidad militar para el desplazamiento) de dos compañías del batallón, excluyendo la del teniente Enrique Soto Manzanares, quien era presunto agente de Inteligencia. Luego procedí a informarle por separado a los oficiales comprometidos de que hoy era la fecha del movimiento. A las 2 de la tarde, en reunión de oficiales, les notifiqué las actividades que deberíamos realizar”.⁹⁷ A las 10: p.m. recibió una llamada de su concuñado el capitán Ronald Blanco La Cruz para informarle que varias unidades de Fuerte Tiuna se encontraban en estado de alerta, pero que la insurrección seguía adelante aunque había un cambio en los planes: su unidad en lugar de bloquear las vías de aproximación hacia Maracay y Caracas, seguiría hacia Caracas a reforzar las unidades que se insurreccionarían en esa guarnición, teniendo por misión apoyar la toma de Fuerte “Tiuna”.

A las 10:30 p.m. realizó una reunión con los oficiales comprometidos, incluyendo a un capitán del Grupo de Caballería “Plaza”, quien de los 12 tanques de su escuadrón se había comprometido a movilizar por lo menos seis. El capitán Hernández notó cierta indecisión de su parte cuando le preguntó si los tanques llevarían munición. Le dijo que aún estaba en el parque. A esa hora el capitán Hernández pensaba que el teniente coronel Flores Tejera no vendría hasta el otro día, pero llegó a las 11:15 p.m. Lo saludó, conversaron un rato sobre las comisiones que había realizado en Caracas. Aproximadamente a las 11:40 p.m. se fue a dormir. De inmediato, el capitán Hernández se decidió a salir. Seleccionó un vehículo para su puesto de comando. Se hizo acompañar del rondín y de un sargento profesional. Se dirigió a la prevención con la finalidad de detener al personal que estaba de guardia. A las 11:50 p.m. ordenó a la columna de vehículos comenzar a salir. A media noche ya habían salido todos los vehículos menos los tanques de la compañía del Grupo Plaza. Cuando se desplazaban a la altura de La Victoria, el teniente Briceno se detuvo y le informó que en la radio habían dado noticias del ataque por unidades de paracaidistas a Miraflores, y que había hablado el presidente Pérez manifestando que un grupo de rebeldes habían intentado matarlo y derrocar el actual gobierno.⁹⁸

⁹⁷ Zago Ángela, *op. cit.*, pp. 122-123, entrevista capitán Edgar Hernández Beberens.

⁹⁸ *Ibidem*, p. 124.

El gobierno no se rinde

Miraflores resiste

Las unidades insurrectas que atacaron los distintos objetivos en la ciudad de Caracas fueron celosas en cumplir la hora “H”, 12 p.m. del 3 de febrero. A las 11:40 p.m. el Batallón de Paracaidistas “José Leonardo Chirinos” llegó a Tazón. Era el punto de disloque de las distintas compañías y pelotones que atacarían los objetivos establecidos: el Batallón (-) José Leonardo Chirinos”, al mando del teniente coronel Joel Acosta Chirinos, atacaría la Base “Francisco de Miranda” y el Comando General de la Aviación; una compañía de paracaidista, al mando del capitán Carlos Guillén Bello, tomaría las distintas alcabalas de Fuerte “Tiuna”; una compañía de paracaidista, al mando del capitán Carlos Rodríguez Torres, atacaría la residencia presidencial “La Casona” y un pelotón de paracaidistas, al mando del subteniente Juan Valero Centeno, controlaría el canal 8 con la finalidad de transmitir una proclama del teniente coronel Hugo Chávez Frías. Cada unidad tomó su respectiva vía de aproximación hacia el objetivo establecido.

A las 11:50 p.m. del 3 de febrero el capitán Rodríguez Torres llegó a la puerta principal de “La Casona”. “Mandé a detener el autobús y me bajé acompañado de mi radio operador. Fui avanzando agachado hacia el frente de “La Casona” para observar lo que allí ocurría: las puertas estaban cerradas, se observaba mucho movimiento y luces de patrullas dentro de la residencia. En el momento de regresar al autobús y ordenar a los oficiales bajar al personal de tropa salió la caravana presidencial, pasó frente a mí a alta velocidad, sin darme tiempo de reaccionar. Dije en alta voz: ¡qué vaina!, se me escapó el presidente Pérez” 99 El capitán Rodríguez Torres está equivocado. En la caravana presidencial no iba el presidente Pérez. Apenas lo desperté, a las 11:35 p.m., con gran rapidez se vistió y tomó el vehículo presidencial, sólo acompañado del teniente coronel Gerardo Dudamel y del chofer, para dirigirse a Miraflores. La caravana presidencial salió unos quince minutos después.

El capitán Rodríguez Torres distribuyó su personal de la siguiente manera: una compañía a su mando fijó con fuego de ametralladora, de fusil y de armas antitanques la entrada principal de La Casona; un pelotón, al mando del teniente José Calatayud Pedra, atacó el centro de la residencia presidencial; un pelotón, al mando del subteniente Alberto Carregal Cruz, rodeó “La Casona” por el oeste; un pelotón, al mando del subteniente Fernando Cabrera Landaeta, rodeó la residencia presidencial por el este. El

99 Zago, Ángela, *op. cit.*, pp. 110-111, entrevista al capitán Carlos Rodríguez Torres.

El Batallón (-) José Leonardo Chirinos: El signo menos significa militarmente que el batallón no está completo. Una compañía de esa unidad atacó La Casona, otra atacó las alcabalas de Fuerte Tiuna y un pelotón tomó las instalaciones del canal 8..

teniente Calatayud, con una escuadra de su pelotón, logró tomar la prevención de “La Casona” deteniendo a un sargento profesional, cuatro soldados y tres agentes de la DISIP. El Batallón de Custodia de la Residencia Presidencial, al mando del teniente coronel Luciano Bacalao von Shambert, ya se encontraba en estado de alerta y habían cerrado las puertas de acceso al interior de “La Casona”. Esto impidió que el ataque inicial tuviese éxito.

De inmediato empezó el combate. Las fuerzas sublevadas quedaron entre dos fuegos: los disparos provenientes del batallón de Custodia desde los muros de “La Casona” y de varias patrullas de la DISIP y de la Policía del estado Miranda que empezaron a atacar a los paracaidistas desde la autopista del Este y la urbanización “Campo Claro”. Las patrullas fueron neutralizadas en parte por las armas automáticas de la compañía de paracaidistas que se ubicó en el estacionamiento de “La Casona”. El combate duró varias horas. Los sublevados se encontraban en una débil posición defensiva, mientras los soldados del Batallón de Custodia combatían protegidos por los fuertes muros que rodean “La Casona”. Al iniciarse el ataque el teniente coronel Bacalao le planteó injustificadamente a doña Blanca de Pérez la posibilidad de rendirse para evitar un derramamiento de sangre. La primera dama y su hija Carolina, con gran coraje, rechazaron esta posibilidad, exigiendo resistir hasta que la situación se normalizara.

A esa misma hora, el Batallón de Paracaidistas (-) “José Leonardo Chirinos” llegó a una de las entradas de la Base “Francisco de Miranda”. En dicha puerta dos policías aéreos apenas vieron el convoy militar abrieron la reja. El capitán Gerardo Márquez los desarmó. El teniente coronel Acosta Chirinos, acompañado del teniente Eldan Domínguez Fortty, al mando de una compañía, tomaron por sorpresa el Batallón de Policía Aérea; el teniente Pedro Quiaro Jiménez, acompañado del subteniente José Celestino González, al mando de 30 paracaidistas controlaron la alcabala principal de la base aérea; el capitán Juan Hidalgo Pandares al mando una compañía de paracaidistas estableció una posición defensiva frente a la Autopista del Este; el capitán Gerardo Márquez, acompañado del subteniente Roberto Arreaza, al mando de 30 paracaidistas, se dirigió hacia la Comandancia General de la Aviación.

A las 00:30 a.m. del 4 de Febrero el capitán Gerardo Márquez logró controlar el Comando General de la Aviación, deteniendo a los generales Eutimio Fuguet Borregales, Freddy Yánez Méndez y Manuel Andara Clavier, comandante, inspector y jefe del Estado Mayor de dicha Fuerza. Un vehículo blindado del batallón Ayala, al mando del teniente Rubén Ávila Ávila llegó a reforzar la unidad insurrecta. El Comando Aéreo de la Guardia Nacional se negaba a rendirse. El capitán Gerardo Márquez envió al teniente Ávila con el tanque a reforzar al teniente Pedro Quiaro. A los pocos minutos se rindieron.

Las fuerzas sublevadas habían controlado totalmente la Comandancia General de la Aviación y la Base “Francisco de Miranda”. El teniente José Omellas Ferreira logró, a través del centro de comunicaciones del Comando Aéreo de la Guardia Nacional, hablar con las demás unidades sublevadas. La información que recibió era muy auspiciosa. Las unidades alzadas tenían bajo control a Miraflores, la Dirección de Inteligencia Militar, La Carlota, Maracay, Valencia y Maracaibo.

Uno de los casos que demuestran la muy poca convicción que existía en algunos de los oficiales comprometidos en la insurrección fue la actuación del capitán Carlos Guillén Bello. Apenas eran las 00:10 a.m. del 4 de febrero, cuando al mando de una compañía de paracaidistas del Batallón “José Leonardo Chirinos” trató de entrar a Fuerte “Tiuna” por la alcabala No. 3. Allí se había reforzado el servicio de la Policía Militar, aumentando la seguridad en un pelotón con armas individuales. El capitán Guillén Bello comandaba a 80 soldados paracaidistas con armas de gran poder ofensivo, entre ellas los antitanques Carl-Gustav. Sorprendentemente se rindió sin combatir. Si no lo hubiese hecho habría representado un importante apoyo a las unidades del Regimiento Codazzi que a esa hora habían atacado al Ministerio de la Defensa y a la Comandancia General del Ejército. El presidente Pérez todavía no se había dirigido al país. Todo parecía indicar que la insurrección militar tendría éxito.

A las 11:45 p.m. del 3 de febrero los mayores Pedro Alastre López y Carlos Díaz Reyes; los capitanes Ronald Blanco La Cruz, Antonio Rojas Suárez, Noel Martínez Rivero, Carlos Aguilera Borges, y Joaquín Suárez Montes; los tenientes Florencio Porras Echezuría y Rubén Ávila Ávila; el subteniente Gerardo Gollo Regardiz; el sargento técnico de 2^{da}. Alexander Freitas, 40 soldados y 12 vehículos tipo Dragón del Batallón “Ayala” salieron de Fuerte “Tiuna” por la Alcabala No. 1. Se dirigieron hacia Miraflores por las avenidas Fuerzas Armadas y Urdaneta. “A las 00:25 a.m. del 4 de febrero llegamos a nuestro objetivo; pude observar que las puertas de Miraflores y del Regimiento de la Guardia de Honor estaban cerradas. Esto me hizo suponer que las cosas estaban mal. Al entrar a nuestro objetivo fuimos recibidos con plomo y metralla, pude percibir al chocar con la defensa que no había presencia de paracaidistas. Me bajé inmediatamente del tanque y procedí a defender nuestra posición. El fuego de los soldados de la Guardia de Honor era muy impreciso, pero estábamos bajo fuego cruzado; encendí mi radio y traté de comunicarme con el teniente coronel Chávez, quien debía estar en La Planicie, para pedirle urgentemente refuerzos de infantería”. 100

100 Zago, Ángela, *op. cit.*, entrevista al capitán Antonio Rojas Suárez, pp. 102,103.

Los primeros dos tanques rompieron la reja de la prevención del palacio de Miraflores, y tomaron el control de la calle interna. “Cuando nos asomamos a ver por la puerta amarilla del despacho presidencial observamos un tanque con unos soldados de boina roja ingresando al palacio a alta velocidad. Forzaron la reja principal, redujeron a los guardias de la prevención y se bajaron frente a la puerta amarilla. En ese momento el teniente coronel Rommel Fuenmayor hizo frente a un efectivo militar, quien con su fusil apuntó al edecán y al comisario Hernán Fernández, jefe de la escolta civil”.¹⁰¹ Este último reaccionó con gran valor al lograr desarmar al soldado que lo encañonaba. Al mismo tiempo el teniente coronel Rommel Fuenmayor sacó su pistola de reglamento y amenazó a los atacantes. El contraalmirante Carratú, el teniente coronel Fuenmayor y el comisario Fernández aprovecharon cierto desconcierto de los oficiales y soldados insurrectos para retroceder con rapidez hacia el interior del palacio presidencial.

Las tropas sublevadas entraron por la puerta dorada, utilizada exclusivamente por el presidente de la República, ocuparon la antesala presidencial y la oficina del ministro de la Secretaría; el personal de seguridad de la Casa Militar retrocedió hasta sus oficinas, dejando en el medio el patio central del palacio de Miraflores. El presidente Pérez, armado de una subametralladora, se atrincheró en su despacho acompañado del teniente coronel Gerardo Dudamel y algunos escoltas personales. Lo separaba del grupo atacante una fuerte puerta. El contralmirante Iván Carratú Molina, jefe de la Casa Militar, el coronel Rafael Hung Díaz, el teniente coronel Rommel Fuenmayor, el comisario Hernán Fernández, el personal de seguridad y algunos guardias de honor comenzaron a hacer fuego en contra del personal atacante, surgiendo un fuerte cruce de disparos.

Por más de quince minutos la situación no tuvo cambios importantes, hasta que dos de los soldados atacantes cayeron heridos por una de las ráfagas que disparaban desde las oficinas de la Casa Militar. Este hecho desmoralizó momentáneamente a las tropas insurrectas que retrocedieron fuera del palacio con la finalidad de evacuar a los heridos. El personal de la Casa Militar y de la Escolta Civil aprovechó la oportunidad para avanzar con rapidez logrando cerrar la pequeña puerta dorada que comunica el exterior del palacio de Miraflores con la antesala presidencial. A partir de ese momento las unidades alzadas controlaron la parte externa del palacio de Miraflores y de la avenida Urdaneta; las fuerzas leales al gobierno constitucional mantuvieron el control de Miraflores y del Regimiento de la Guardia de Honor, atrincherándose detrás de los fuertes muros que rodean esas edificaciones.

¹⁰¹ Carratú Molina, Iván, entrevista, *El Nacional*, 6 de febrero de 1992.

Una compañía del Batallón “Antonio Nicolás Briceño”, al mando del teniente Freddy Rodríguez, atacó la Comandancia de la Armada en San Bernardino. En Tazón se separó del grueso del batallón tomando como vía de aproximación la Cota Mil. A la 00:25 del 4 de Febrero, dicha unidad llegó al frente de la Comandancia. El teniente Rodríguez ordenó al teniente Wilfredo Figueroa Chacín rodear sus instalaciones y al sargento Técnico de Primera Rafael Márquez Flores bloquear las distintas vías de aproximación. El teniente Rodríguez se acercó a la puerta principal, donde preguntó a un policía naval por el jefe de Servicios. Éste lo hizo entrar a la prevención, en donde se encontraba el oficial de ronda, quien le prohibió pasar hacia el interior de la Comandancia hasta que no llegara el capitán de corbeta, Jefe de Servicios.

El oficial de guardia se aproximó a la prevención con la finalidad de atender al teniente Rodríguez, acompañado de dos profesionales. Éste le explicó que había sido enviado por el Comando del Ejército para reforzar la Comandancia General de la Armada ante unos graves disturbios que iban a ocurrir al día siguiente. El teniente Rodríguez le pidió permiso para entrar al edificio con la finalidad de llamar a su Comando. El jefe de Servicios lo autorizó, pero le insistió que debía pasar sin ser acompañado de sus soldados. El teniente Rodríguez inició la entrada hacia la puerta principal de la Comandancia, pero de repente encañonó al personal de la Armada con el fusil que portaba. Los paracaidistas detuvieron a los demás efectivos que se encontraban en la prevención.

El personal de custodia de la Comandancia de la Armada, al darse cuenta de la actitud del teniente Rodríguez, empezó a disparar hacia de la prevención. La situación era muy delicada porque allí se encontraban detenidos varios oficiales y soldados. Esto condujo a que se iniciaran negociaciones que no tuvieron éxito. El teniente Rodríguez reinició el ataque, disparó un arma antitanque en contra de la puerta de entrada de la Comandancia de la Armada y se dispuso a avanzar. El personal de guardia resistió con valor y decisión el avance de los sublevados. El combate continuó por más de una hora. El vicealmirante Ignacio Peña Cimarro, al tener conocimiento por mi llamada telefónica del alzamiento en Maracaibo alertó al personal de seguridad de su Comando y se dirigió hacia la Comandancia de la Armada. Al acercarse, se percató de que el edificio se encontraba rodeado por paracaidistas del Ejército, se dirigió a un apartamento cercano y desde allí alertó a la base de Puerto Cabello.

Uno de los grandes errores en la planificación de la insurrección del 4 de febrero fue la carencia de capacidad mediática para difundir sus mensajes. Los jefes de la sublevación no le dieron suficiente importancia al control de los medios de comunicación.. Se le encomendó la tarea de transmitir el mensaje del teniente coronel Hugo Chávez a la opinión pública a través del

canal 8 al subteniente Juan Valero Centeno, plaza del Batallón “Antonio Nicolás Briceño”, quien no tenía la suficiente experiencia para una misión tan delicada. El mensaje del teniente coronel Chávez se encontraba grabado en VHS y los equipos de transmisión de dicho canal utilizaban U-matic. El subteniente Valero no hizo la transferencia de un formato a otro.

Indecisión en La Planicie

El 4 de febrero, de manera sorprendente, Hugo Chávez tomó la carretera Panamericana para dirigirse hacia Caracas. El factor fundamental de la insurrección era la sorpresa. Perder tiempo en el desplazamiento, como en realidad ocurrió, influyó de manera determinante en el fracaso del alzamiento. Lo lógico era utilizar la autopista Regional del Centro, como ya lo había hecho parte de su batallón, que era una vía mucho más expedita. “A las 8 de la noche comenzamos a salir en Columna Abierta. La excusa era que íbamos a la base “Libertador”, tomamos rutas distintas. La ruta 1 era por Cagua, vía autopista hasta Tazón; la 2 era la que yo seguí, desviándonos por La Victoria, buscando Los Teques, y la ruta tres era por la carretera vieja de los Teques, por las Adjuntas. Todo esto pensando en que estábamos ya delatados, que nos esperarían en un túnel o en La Encrucijada. Teníamos información de que colocarían armas antitanques. Y nada de eso se dio, pero la idea era que si detenían a una columna en una ruta, la otra pudiera llegar. 102

Más adelante dice: “Ese movimiento comenzó desde las 8:p.m. hasta las 12: p.m. A esa hora, la última columna de mi batallón cruzó los Teques, la otra llegó a Tazón. Entramos a Caracas a las 00:30 a.m. y a la 1:00 a.m. arribamos al Museo Militar. El problema que conseguimos en Caracas era que había habido una delación y no nos habían informado. Si a nosotros nos dicen que estamos delatados y que habían detenido a un grupo de oficiales nuestros en Caracas, que los batallones de Caracas estaban alertados y que no había disponibilidad de tropas suficientes para el ataque de Miraflores, habríamos actuado de otra manera. El Plan de Caracas era autónomo del de Maracay. Nosotros veníamos a hacer un cerco estratégico sobre la ciudad, yo venía, con parte de mi batallón, a establecerme en el Museo Militar para comandar desde allí toda la operación”.¹⁰³ Es curioso, que en una parte de esta narración afirma que conocía la delación del movimiento y en la otra lo niegue.

Hugo Chávez llegó al Museo Militar a las 00:15 a.m. del 4 de febrero, hora ratificada por el coronel Marcos Yáñez Fernández, director del Museo Militar, en un detallado informe que presentó en esos días al Ministerio de la Defensa. “A las 11.50 del 3 de febrero de 1992 se empezaron a escuchar disparos en los alrededores de Miraflores. El guardia de comando me llamó

¹⁰² Blanco Muñoz, Agustín, *Habla el Comandante*, p. 141.

¹⁰³ *Ibidem*, pp. 143-144.

para informarme lo que ocurría. De inmediato salí de mi casa, situada en San Antonio de los Altos. En el Museo Militar se tocaron las correspondientes alarmas. A las 00:15 a.m. del 4 de febrero se acercó un convoy precedido por un automóvil Malibú verde y dos Jeeps de comunicaciones. Detrás venían varios autobuses con personal de tropa. El oficial superior que los comandaba, se identificó como el teniente coronel Hugo Chávez Frías, le informó al sargento segundo Yajure Álvarez, oficial de día, que venía a reforzar la seguridad del Museo Militar por los hechos que estaban ocurriendo.

“El sargento Álvarez no estuvo de acuerdo con permitir la entrada del personal de tropa, aduciendo que no tenía instrucciones mías al respecto. De repente, en medio de la discusión, el teniente coronel Chávez sacó la pistola y lo obligó a abrir la reja de entrada. Inmediatamente preguntó por el capitán Daniel Maqueo Terán, comandante de la compañía de custodia del Museo Militar, quien no se encontraba. El teniente coronel Chávez se hizo conducir por el sargento Álvarez hasta la fachada del edificio. En ese momento exclamó: “¡Perfecto! Yo sabía que era el Museo Militar y no el Observatorio el mejor sitio para ubicar mi puesto de comando. Desde aquí puedo observarlo todo”. 104 Ciertamente, desde el Museo Militar se ve con gran facilidad lo que ocurre en Miraflores. Desde allí Hugo Chávez siguió, minuto a minuto, el combate que se realizaba prácticamente ante sus ojos. Además, en los planes del movimiento conspirativo se tenía previsto que oficiales y soldados de la Guardia de Honor detuvieran al presidente de la República en el aeropuerto de Maiquetía y lo llevaran al Museo Militar. Al fracasar esa acción, por las medidas de seguridad que se tomaron al llegar el presidente Pérez a Venezuela, el éxito del plan quedó comprometido. Hugo Chávez tenía que estar en conocimiento de lo ocurrido.

El coronel Yáñez Fernández tomó su automóvil y salió hacia el Museo Militar. Llegó a las 00:40 del 4 de febrero. Entró sin dificultad, debido a que el personal de servicio todavía eran los soldados de la compañía de custodia. Subió a su oficina a uniformarse. En ese momento se presentó el teniente coronel Hugo Chávez. Lo saludó respetuosamente y empezó a explicarle las razones del movimiento militar, que él llamó bolivariano: la crisis moral, la corrupción, la politización de las Fuerzas Armadas, entre otras. Al preguntarle el coronel Yáñez quienes dirigían el movimiento, respondió que estaban comprometidos algunos generales, señalando entre ellos al general Visconti. La opinión del coronel Yáñez fue que la insurrección era una aventura sin posibilidades de éxito. Cerca de la 1:30 a.m. apareció en la televisión el presidente Carlos Andrés Pérez. En ese momento el coronel Yáñez llamó al teniente coronel Chávez para que lo viera. Al escuchar sus palabras, demostró

104 Yáñez Fernández, Marcos, *entrevista*, Caracas, 14 de abril de 2006.

una gran preocupación. El coronel Yáñez le insistió al teniente coronel Chávez que la presencia del presidente Pérez en la televisión indicaba el fracaso de la insurrección militar. Uno de los oficiales que lo acompañaba, el subteniente Douglas Miranda Rosales, le respondió con gran agresividad negando tal posibilidad. Lo mismo hizo el subteniente Hermes Carreño Escobar. Molestos, el teniente coronel Chávez y los dos oficiales, se retiraron de su comando. El coronel Yáñez, aprovechó la oportunidad, para llamarme por un teléfono celular que tenía escondido en su escritorio. Me explicó que el teniente coronel Hugo Chávez, al mando del Batallón “Briceño”, había tomado el Museo Militar.

“En ese momento salí a la puerta del Museo Militar. Allí se encontraba Hugo Chávez. Se veía pálido. Observaba con binóculos los combates que se desarrollaban en los alrededores de Miraflores, pero no tomaba ninguna decisión. Algunos vehículos blindados tipo Dragón disparaban sobre el Regimiento de la Guardia de Honor. Le hice ver que estaba perdiendo un tiempo precioso, ya que la inmovilidad de los vehículos blindados indicaba que estaban siendo fijados por fuego de una unidad muy superior en efectivos como era el Regimiento de la Guardia de Honor. Era imprescindible apoyar con Infantería a los vehículos blindados para poder aprovechar su poder de choque. Hugo Chávez se encontraba de tal manera impresionado por lo que ocurría que no era capaz de analizar con suficiente claridad la situación militar. Sus respuestas a mis planteamientos fueron totalmente incoherentes. Al darme cuenta del estado de shock que presentaba me retiré a mi oficina”. 105

Mientras esto ocurría en el Museo Militar, continuaba el combate en los alrededores de Miraflores. El capitán Rojas y el capitán Blanco La Cruz fueron heridos de gravedad. Por más que trataron por todos los medios de solicitar apoyo de Infantería al teniente coronel Hugo Chávez no lo lograron. Las comunicaciones no funcionaron. El presidente Pérez pudo romper el cerco de los vehículos blindados, saliendo por la puerta de la Plaza Bicentenario. El combate continuó. En un momento determinado, la necesidad de evacuar a los heridos obligó a un alto al fuego. Los oficiales insurrectos iniciaron conversaciones con los oficiales de la Guardia de Honor cerca de las 2:30 a.m. Luego se hizo un alto al fuego, para evacuar los heridos. “Luego el coronel Yáñez prende un televisor y sale Pérez hablando, y se refiere a la Brigada de Paracaidistas de Maracay. En eso el grupo de oficiales me mira de reojo, y yo les digo: “Sí, éste es un golpe de Estado, y están rodeados”. Mentira, el rodeado era yo. Usted está rodeado mi coronel, entreguen las armas, porque si no comenzará la matazón entre nosotros mismos”. Por buena suerte llegó el mayor Centeno con una reserva de dos autobuses y me grita desde el patio. Entonces yo le digo al coronel: “Ahí están

105 *Idem.*

mis hombres, entregue las armas y ponga a sus hombres bajo mi mando”. De ese modo nos apoderamos de ese puesto, casi a las 2 de la mañana. Ya la acción inicial sobre Miraflores había fracasado, los muchachos hicieron lo que pudieron. Ahí empezó la incertidumbre”. 106

Mentiras y más mentiras. No es cierto que Hugo Chávez haya controlado el Museo Militar a las 2:00 a.m. Desde las 00:30 a.m. lo había hecho. Tenía suficiente capacidad de combate para reforzar de inmediato a los vehículos blindados del Batallón “Ayala” que se encontraban comprometidos en un combate totalmente desigual. Su indecisión lo hizo perder demasiado tiempo, permitiendo que el presidente Pérez pudiera salir de Miraflores para dirigirse al país por televisión. Si hubiese empleado la reserva de las unidades insurrectas, que justamente era el Batallón “Briceno”, para apoyar la toma de Miraflores, la historia quizás hubiese sido diferente. El valor de los oficiales y soldados que combatieron en Miraflores, tanto leales como insurrectos, fue indiscutible. Arriesgaron sus vidas, mientras Hugo Chávez permanecía protegido por los gruesos muros del Museo Militar, viendo con unos binóculos el desarrollo de los combates. Su actuación no tiene justificación ética.

El poder de la palabra

El teléfono del ministerio de la Defensa no dejaba de sonar. El combate que se desarrollaba en La Casona había alertado a los venezolanos. Recibí llamadas de los doctores Rafael Caldera y Luis Herrera Campíns, ex presidentes de la República, que se mostraban preocupados por los hechos. Ministros, políticos, sacerdotes, militares, amigos y hasta desconocidos lograron obtener los teléfonos privados del Despacho. Todos con angustia querían conocer lo que estaba ocurriendo. Traté de tranquilizarlos. La noticia del ataque a “La Casona” corría como pólvora por todo el país. La sorpresa era casi total. También recibí una llamada del doctor Rafael Pardo Rueda, ministro de la Defensa de Colombia. Me preguntó sobre la situación, se la resumí en pocas palabras. Me ratificó el respaldo del gobierno de Colombia al gobierno constitucional, lo que agradecí profundamente. Pensé un instante y le dije: “Pídale al presidente Gaviria que convoque con carácter urgente al Consejo Permanente de la OEA para condenar el intento de golpe de Estado”. Me ofreció hacerlo de inmediato.

Llamé por el intercomunicador varias veces al general Oviedo, comandante de la 31 brigada. Lo presioné de una manera quizás indebida. Era imprescindible que el Grupo de Tarea saliera de inmediato hacia Miraflores. De igual manera se requería recuperar el control de Fuerte “Tiuna”. Localicé

106 Blanco Muñoz, Agustín, *Habla el Comandante*, p.145.

al coronel John Torres Aquino, comandante del Regimiento de Comunicaciones del Ejército. Le ordené preparar su unidad para atacar la compañía del Regimiento Codazzi que tenía rodeado al Ministerio de la Defensa y la Comandancia General del Ejército. Era muy peligroso iniciar ese ataque, pues estaba detenido un importante número de generales y coroneles a las puertas del Ministerio de la Defensa. Esperaba que la presencia de un regimiento, con todos sus efectivos, condujera a la rendición de la unidad insurrecta sin que se iniciaran los combates. No estaba plenamente seguro de que esto ocurriría. Recordaba la frase, ¡Patria o Muerte!, del capitán Arteaga Páez. Me comuniqué de nuevo con el general Alfredo Salazar Montenegro, a quien lo exhorté a impedir por cualquier medio que la unidad de tanques insurrecta entrara a Caracas. Discutimos sobre la manera de hacerlo. Le insistí en que la columna debía detenerse antes de salir de los túneles de Los Ocumitos. Con firmeza, le ordené: “general Salazar, si es necesario vuele con armas antitanques la salida de los túneles”. Estaba convencido de que la operación se encontraba en buenas manos dada las cualidades profesionales del general Salazar. Le hice ver la inmensa responsabilidad que iba a afrontar...

El presidente Pérez, después de mi llamada telefónica en la que le pedí buscara la manera de salir del palacio de Miraflores para dirigirse a los venezolanos, llamó al contralmirante Iván Carratú Molina, jefe de la Casa Militar, con la finalidad de solicitarle planificara su salida del palacio presidencial. El contralmirante Carratú muy sorprendido le respondió: “Eso es imposible presidente, todas las salidas están controladas por los insurrectos e intentar salir pondría en riesgo su vida”. El presidente insistió de una manera firme y decidida: “Carratú, no le estoy preguntado qué es lo que vamos a hacer. Le estoy ordenando preparar mi salida de Miraflores”. Ante la decisión del presidente Pérez, el Jefe de la Casa Militar, pidió unos minutos para planificar lo necesario para cumplir las instrucciones presidenciales. Se dio cuenta que la puerta del palacio de Miraflores que comunica con la plaza Bicentenario no tenía custodia. Ordenó preparar un vehículo particular e informó al presidente Pérez.

Un pequeño grupo formado por el presidente de la República, el contraalmirante Carratú, el ministro Virgilio Ávila Vivas, el señor Luis Alfaro Ucero, el teniente coronel Gerardo Dudamel y el comisario Hernán Fernández se trasladaron del despacho presidencial hasta el garaje del Palacio por los pasillos interiores de Miraflores. Todo estaba oscuro. Al llegar al Salón “Ayacucho” fue necesario romper una puerta de vidrio. El automóvil era un LTD gris claro, asignado al presidente Jaime Lusinchi, que estaba siendo reparado en el garaje de Miraflores. Un motorizado de la escolta fungió de chofer. Se montaron en el automóvil. El señor Alfaro no apareció en ese momento. No hubo tiempo de esperarlo. El contraalmirante Carratú ordenó

abrir la puerta que da hacia la plaza Bicentennial. En ese momento sonó la alarma. Uno de los tanques que se encontraba a unos cincuenta metros se alertó. Se movilizó con rapidez hacia la puerta. El automóvil apenas abrió la reja tomó la calle que pasa por el liceo “Fermín Toro” y se dirigió hacia la avenida “Baralt”. El tanque disparó sus armas automáticas sin dar en el blanco.

El presidente Pérez ordenó dirigirse hacia Venevisión. Llamó por teléfono al señor Carlos Bardasano, gerente de la planta, para coordinar su llegada. Le informaron que sus instalaciones no estaban controladas por los insurrectos. En pocos minutos llegaron a la estación. Lo recibió Carlos Bardasano y de inmediato, se preparó un pequeño estudio para que el presidente enviara su primer mensaje a los venezolanos. Fue una corta alocución: “Un grupo de militares traidores a la democracia, liderando un movimiento antipatriota, pretendieron tomar por sorpresa al gobierno. Me dirijo a todos los venezolanos para repudiar este acto. En Venezuela el pueblo es quien manda. Su presidente cuenta con el respaldo de las Fuerzas Armadas y de todos los venezolanos. Esperamos que en las próximas horas quede controlado este movimiento. Cuando sea necesario volveré a hablar”.¹⁰⁷ Se trasladó a la oficina de Gustavo Cisneros. A los pocos minutos se escuchó también por televisión la voz de Eduardo Fernández y de Teodoro Petkoff, quienes rechazaron con gran firmeza la asonada militar. Estos respaldos al gobierno constitucional mostraron a los venezolanos y al mundo la unidad de las fuerzas democráticas. Los oficiales insurrectos, al escuchar al presidente de la República y a los dos candidatos presidenciales de los principales partidos de oposición, sufrieron un impacto psicológico de gran importancia. A partir de ese momento la situación militar empezó a cambiar progresivamente. Varias unidades insurrectas se rindieron sin combatir. La sorpresa inicial lograda por los oficiales sublevados dejó de tener efecto. Los mandos orgánicos de las Fuerzas Armadas empezaron a controlar la situación.

El contralmirante Rafael Huizi, director de Secretaría del Ministerio de la Defensa tuvo una destacada actuación durante la insurrección militar. “A las 12:00 p.m., recibí una llamada del mayor Ramírez que me informó del alzamiento en Maracaibo. Pedí comunicarme con el ministro Ochoa. Me preguntó dónde me encontraba. Me pidió que me trasladara al ministerio, pero que antes lo llamara por teléfono para determinar la situación en Fuerte “Tiuna”. Al llegar a la alcabala de Cumbres de Curumo lo llamé: “Mi general, estoy en la entrada de Fuerte “Tiuna”. ¿Qué hago?”. “Huizi, no se acerque al Ministerio de la Defensa. Se encuentra rodeado por una unidad alzada. Trasládese a un medio de comunicación y denuncie el golpe de Estado”. “Así lo haré, mi general”. Llamé de inmediato al coronel Juan Antonio Pérez

¹⁰⁷ Tarre Briceño, Gustavo, *El Espejo Roto*, Editorial Panapo, Caracas, 1994, p. 38.

Castillo, director de Relaciones Pública del Ministerio de la Defensa, Le informé los hechos que estaban ocurriendo y le pedí localizar al señor José Hernández, asesor de comunicaciones del Ministerio de la Defensa. Entre los tres redactamos en el apartamento del coronel Pérez Castillo un comunicado denunciando el intento de golpe de Estado.

“Llamé de nuevo al general Ochoa. Le leí el comunicado. Lo consideré acertado. Me comuniqué telefónicamente con la periodista Damely Díaz que trabajaba en Radio Caracas Televisión. Me dijo que hablaría con el doctor Marcel Granier con el objeto de solicitarle autorización para leer el comunicado. Esperé un tiempo, pero no fue posible salir al aire. Los directivos adujeron que no tenían suficientes empleados para hacerlo. Ante este hecho, decidí llamar a Carlos Bardasano en Venevisión. Me invitó a trasladarme a sus instalaciones. Así lo hice. Un pequeño grupo de escoltas nos detuvo en la entrada. Me di cuenta que allí estaba el presidente Pérez. Llamaron al contralmirante Carratú, jefe de la Casa Militar, quien autorizó mi entrada al Canal. Al presidente de la República lo acompañaban Eduardo Fernández, Teodoro Petkoff, Diego Arría, Virgilio Ávila Vivas y Freddy Rojas Parra. Saludé al presidente Pérez, le informé las instrucciones que tenía del ministro Ochoa de leer un comunicado. Me autorizó hacerlo. Me acompañaron en su lectura el coronel Juan Antonio Pérez Castillo y el señor José Hernández”. 108

El presidente Pérez, ya más tranquilo, decidió dirigirse de nuevo al país. Este segundo discurso tuvo un mayor impacto en las Fuerzas Armadas: “venezolanas, venezolanos: hace una hora me dirigí a la nación para darle cuenta del atropello vandálico de un grupo de militares, que desconociendo sus deberes constitucionales y deshonorando su inteligencia, pretendieron dar un golpe para asesinarme, pretendieron tomar “La Casona” y el Palacio de Miraflores. Afortunadamente la lealtad funcional de las Fuerzas Armadas lo ha impedido. He contado con el respaldo de toda la nación. Fedecámaras, la CTV y todos los partidos políticos, han dado su respaldo al gobierno democrático de Venezuela y a su Presidente Constitucional. He tenido la honra y el bochorno al propio tiempo de recibir directamente mensajes de los presidentes latinoamericanos. El presidente Gaviria fue vocero de los presidentes Carlos Salinas de Gortari, Alberto Fujimori, Carlos Ménem y de otros presidentes de América Latina, para decirme que lanzaron a la prensa y a los medios de comunicación un comunicado muy fuerte y vigoroso, diciendo que jamás aceptarían que la Patria de Bolívar fuera hollada por una nueva dictadura. El presidente Mitterand también ha llamado desde Francia, el presidente de España, Felipe González; y hace algunos momentos también recibí la llamada del presidente George Bush, quien a las dos de la

madrugada ha salido de su habitación para decirle a los venezolanos que cuentan con la solidaridad del pueblo de los Estados Unidos. Ahora quiero dirigirme especialmente a las Fuerzas Armadas Nacionales: oficiales y soldados, les habla su Comandante en Jefe, su obediencia es para conmigo, para quien tiene el mandato del pueblo, para quien juró la Constitución. Cualquier oficial que pretenda hacer desconocer su mandato, de cualquier jerarquía, debe ser desconocido por ustedes. Ustedes tienen que honrar su juramento, ustedes tienen que honrar al pueblo de Venezuela de donde provienen. Yo les envío la orden precisa y categórica: obedecer a su Comandante en Jefe, obedecer a los comandos naturales de la organización militar que permanecen firmes en la obediencia y acato de la Constitución Nacional”. 109

El presidente Pérez recordó las vinculaciones personales que existían entre el general Arnoldo Rodríguez Ochoa y el teniente coronel Chávez. Había sido su ayudante personal por varios años en el Consejo de Seguridad y Defensa. Decidió llamarlo por teléfono para pedirle tratara de convencerlo para que depusiera su actitud de rebeldía. El general Rodríguez se desempeñaba como director del PAMI, un proyecto social de gran importancia del gobierno nacional. El presidente Pérez lo localizó en su casa. Estaba realmente impresionado por los hechos ocurridos. El general Rodríguez le ofreció llamar por teléfono al teniente coronel Chávez a La Planicie. Así lo hizo. El teniente coronel Chávez lo atendió con gran consideración. El general Rodríguez le hizo ver la compleja situación que estaba enfrentando. “Chávez, ya son muchos los muertos y heridos. Evita un mayor derramamiento de sangre. Piensa en tu responsabilidad”. “Mi general, estoy decidido a rendirme. No quiero más derramamiento de sangre”. Eran las 4.30 a.m.

El valor personal y la responsabilidad moral del presidente Carlos Andrés Pérez fueron indiscutibles. Sin la serenidad que tuvo para enfrentar tan complejos momentos difícilmente se hubiese podido controlar la situación militar. Arriesgó su vida para defender el régimen constitucional. La historia tendrá que reconocerlo. Igual gesto de responsabilidad ciudadana tuvieron Eduardo Fernández y Teodoro Petkoff. El respaldo que le dieron a la democracia ayudó, de manera importante, a la solución de la crisis. La valiente y responsable actitud de Eduardo Fernández en defensa de las instituciones democráticas comprometió su destino político. Las generaciones futuras verán en ese gesto una sincera demostración de desprendimiento y patriotismo.

Fuerte Tiuna bajo control

109 *Wanlosten, Gustavo, Maisanta en caballo de hierro pp.54-56. Citado por Gustavo Tarre M. en El Espejo Roto pp. 44-45.*

El Batallón “Bolívar” y 16 carros de combate pertenecientes al Batallón “Ayala”, al mando del general Luis Oviedo Salazar, sobrepasaron las alcabalas de Fuerte “Tiuna” a las 2:30 a.m. Su objetivo era recuperar el control del palacio de Miraflores. El avance del Grupo de Tarea, por las avenidas “Baralt” y “Urdaneta”, se desarrolló sin mayores contratiempos. Durante el trayecto se agregó a la columna una compañía de vehículos antimotines del Destacamento No. 51 de la Guardia Nacional. El impacto psicológico del discurso del presidente Pérez empezó a dar resultados. Los oficiales y soldados insurrectos que se encontraban desplegados en los alrededores del palacio presidencial se rindieron sin combatir.

Los mayores Pedro Alastre López y Carlos Díaz Reyes no ejercieron con suficiente actividad el mando después de haber sido heridos los capitanes Ronald Blanco La Cruz y Antonio Rojas Suárez. Los soldados sublevados habían dado hasta ese momento importantes demostraciones de capacidad de combate. La cercanía al palacio presidencial del Grupo de Tarea condujo al mayor Díaz Reyes a iniciar conversaciones con el Teniente Coronel Rommel Fuenmayor, edecán del presidente de la República, con la finalidad de rendirse. Así lo hizo, evitando un combate innecesario con una unidad que lo superaba en efectivos y poder de fuego. El teniente coronel Fuenmayor me llamó por teléfono para informarme la rendición de la unidad sublevada y la llegada a Miraflores del Grupo de Tarea, comandado por el general Oviedo Salazar.

De inmediato, me comuniqué por teléfono con el presidente Pérez para informarle que podía trasladarse de nuevo al palacio de Miraflores. El coronel John Torres Aquino, comandante del Regimiento de Comunicaciones, me informó que su unidad estaba lista para atacar la compañía del Regimiento “Codazzi” que rodeaba el Ministerio de la Defensa. Me levanté del escritorio con la finalidad de bajar a la entrada del Ministerio de la Defensa para conducir desde allí el combate. Sentí una gran preocupación por el numeroso grupo de oficiales que permanecían detenidos en las prevenciones del Ministerio de la Defensa y de la Comandancia General del Ejército. Al tomar el ascensor tuve una idea que evitó un combate de consecuencias impredecibles. Regresé a mi oficina, llamé al coronel Moreán y le ordené llevar un televisor hasta la prevención del Ministerio de la Defensa.

Era imprescindible que el capitán Humberto Ortega Díaz, comandante de la compañía insurrecta, y los demás oficiales que se encontraban sin comunicación pudieran darse cuenta del desenvolvimiento de los acontecimientos. El mensaje del presidente Pérez, que era repetido cada cinco minutos por todos los medios de comunicación, tuvo un efecto desmoralizador inmediato...“El general Rangel permaneció durante las primeras horas de la crisis en su oficina. Los oficiales allí presentes le

recomendamos que se trasladara a la oficina de los ayudantes que está más protegida que la del Comandante General del Ejército. El general Oswaldo Sujú Raffo y el coronel Raúl Salazar jugaron un papel muy importante al tomar el mando del Batallón “O’Leary”, presionar al teniente coronel Luis Itriago Tineo, comandante de esa unidad, para que estableciera las medidas de seguridad necesarias para evitar que la Comandancia General del Ejército fuese tomada por los insurrectos. El coronel Raúl Salazar detuvo al capitán Jesús Alberto García Rojas, plaza del comando general, por observar en él una actitud sospechosa. Al registrar su automóvil fueron encontrados nueve fusiles FAL”.¹¹⁰

La rendición de la compañía insurrecta era de suma importancia a objeto de permitir el control total de Fuerte “Tiuna”. El capitán Ortega Díaz se mostraba renuente a deponer las armas. El general Humberto Betancourt Contreras, detenido en la prevención de la Comandancia General del Ejército, trató de convencerlo insistiéndole que la insurrección estaba ya derrotada. Le hizo ver que la mejor demostración de esta realidad era la presencia del presidente Pérez en la televisión. El capitán Ortega le pidió al general Betancourt hablar personalmente con el general Rangel para discutir las condiciones de su rendición. El general Betancourt llamó desde la prevención al general Rangel, quien lo autorizó a trasladarse a su despacho acompañado del capitán Ortega. “El general Betancourt Contreras subió cerca de las 2:30 a.m. a la oficina del comandante del Ejército, acompañado del capitán Humberto Ortega Díaz. Al presentarse ante el general Rangel, el capitán Ortega solicitó hablar en privado con él. El general Rangel aceptó hacerlo en su oficina. Se le solicitó al capitán Ortega su arma de reglamento. El capitán la entregó sin problema, pero al ir a entrar a la oficina del general Rangel el general Carlos González Marcial decidió registrarlo. Para sorpresa de todos los presentes tenía escondida en la espalda una pistola. Al verse descubierto decidió no hablar con el general Rangel, aceptando rendir la unidad insurrecta”.¹¹¹ El general Raúl Salazar acompañó al capitán Ortega Díaz hasta la prevención de la Comandancia General del Ejército, formó el personal de tropa y detuvo a los oficiales sublevados. A partir de ese momento, la normalidad regresó a Fuerte “Tiuna”.

¹¹⁰ García Ordóñez Gonzalo, entrevista, Caracas 20 de abril de 2006.

¹¹¹ Ídem.

Combatir o negociar

El poder reside en Miraflores

La situación en Fuerte Tiuna se encontraba totalmente controlada. Varios de los generales y almirantes detenidos, entre ellos el general de división Iván Jiménez Sánchez, el vicealmirante Germán Rodríguez Citraro y el general de brigada Ramón Santeliz Ruiz, subieron a mi oficina. Conversé con ellos algunos minutos. Consideré mi obligación trasladarme al palacio de Miraflores a recibir al presidente Pérez. Antes de partir, me reuní con el vicealmirante Daniels y el general Jiménez con la finalidad de evaluar la situación militar. Todavía el número de las unidades insurrectas era muy importante, pero se observaba que los mandos leales al gobierno constitucional empezaban a recuperar el control de las Fuerzas Armadas. El mayor Ramírez Moyeda me informó que la escolta estaba lista para mi traslado a Miraflores. Le pedí al coronel Rubén Medina Sánchez que me acompañara. Salimos por la puerta que comunica el Ministerio de la Defensa con el Círculo Militar. Las calles se veían solitarias. Llegamos a Miraflores cerca de las 3 a.m. Al bajarme del automóvil recibí novedades del teniente coronel Rommel Fuenmayor. La unidad insurrecta había sido desarmada y se encontraba formada para ser trasladada a Fuerte Tiuna. Los combates no habían terminado. Se oían algunos disparos.

Entré a Miraflores por la puerta reservada al presidente de la República. Me impactó fuertemente ver el piso manchado de sangre y las puertas y ventanas muy deterioradas por los disparos de las tropas atacantes. El cuadro de José Antonio Páez, que se encuentra colocado en la antesala presidencial, mostraba un disparo en la mano. Al entrar encontré sentado en la antesala presidencial al señor Luis Alfaro Ucero. Estaba conversando con él cuando se anunció la llegada del presidente Pérez. Me trasladé a la puerta, le di novedades y nos dirigimos a su despacho. A los pocos minutos subió a sus habitaciones. Lo acompañé. Lo hicimos por el ascensor privado. La suite japonesa había sido atacada de una manera realmente impresionante. Los vidrios de los ventanales se encontraban agujereados por el fuego de todo tipo de armas. Me sorprendí del odio que mostraba la forma agresiva de realizar los disparos. Comprendí el peligro que había enfrentado el presidente Pérez. No tengo dudas en afirmar que el objetivo de la insurrección era asesinarlo.

Aproveché que nos encontrábamos solos para informarle sobre la situación militar. Le señalé que era imprescindible controlar a la brevedad posible el Museo Militar, la Base “Francisco de Miranda”, la Brigada de Paracaidistas, la Brigada Blindada y el Cuartel “Libertador”. En medio de la conversación le resalté un hecho que me tenía preocupado desde el inicio del alzamiento: “presidente, me he comunicado con todos los comandantes de

Fuerzas con excepción del general Rangel. Debe estar preso o se encuentra comprometido con la insurrección”. La respuesta del presidente Pérez me desagradó profundamente: “usted no se habrá comunicado con el general Rangel. Yo, desde que comenzó la crisis, he estado en contacto con él”. Mi respuesta fue algo desconsiderada. “Usted es el presidente de la República, si el general Rangel ha estado en contacto con usted es más que suficiente”. Mi tono de voz, mostró la molestia que me había causado la actuación del general Rangel. De inmediato le pedí autorización para retirarme.

Me trasladé a la antesala del despacho presidencial. Allí se encontraba el general Oviedo Salazar. Evaluamos durante algunos minutos los hechos ocurridos. Los dos consideramos que era fundamental recuperar la Base “Francisco de Miranda para poder garantizar la seguridad de Caracas. De inmediato empezó el movimiento de la Fuerza de Tarea hacia el Este de la ciudad. A los pocos minutos fui llamado desde el despacho presidencial. Carlos Andrés Pérez se iba a dirigir de nuevo al país. Lo acompañamos el doctor Virgilio Ávila Vivas y yo. Su intervención tenía por objeto informar a los venezolanos que se encontraba ejerciendo el poder desde Miraflores. Su mensaje fue sereno y muy firme. A los pocos minutos, los periodistas invitaron al doctor Ávila a una entrevista. Respondió las preguntas que le hicieron. Después, los periodistas me invitaron a mí e hice lo mismo. Mis respuestas dejaron en claro que la situación militar se encontraba totalmente bajo control del gobierno constitucional. De repente, el presidente Pérez, dijo en voz alta: “El único que declara soy yo”, mostrando desagrado por nuestras intervenciones. De inmediato comprendí que algún intrigante estaba sembrando dudas sobre mi actuación...

El Grupo de Tarea estaba constituido por el Batallón “Bolívar”, comandado por el teniente coronel Braddly Quintero Contreras, parte del Grupo de Caballería “Ayala”, comandado por el teniente coronel Carlos Rodríguez Barrios, y el Destacamento No. 51 de la Guardia Nacional, comandado por el teniente coronel Héctor Julio Parada. Después de consolidar los alrededores de Miraflores, el Grupo de Tarea se desplazó hacia la Comandancia de la Aviación utilizando la avenida Urdaneta, la avenida Libertador, la Plaza Venezuela y la Autopista Francisco Fajardo sin ningún tipo de resistencia de fuerzas enemigas. En los alrededores de la Base Aérea “Francisco de Miranda” se había iniciado un fuerte combate entre los efectivos del Batallón de Paracaidistas (-) “José Leonardo Chirinos” y algunas unidades de la DISIP y de la Policía de Miranda. El general Oviedo ubicó su puesto de comando en el Centro Comercial Ciudad “Tamanaco”. Desde allí comenzó a dirigir las operaciones militares.

Disparos en La Carlota

La situación militar dentro de la Base Aérea “Francisco de Miranda” era de total control por los efectivos del Batallón de Cazadores (-) “José Leonardo Chirinos”. Su comandante había establecido un dispositivo de defensa, alrededor de las diferentes edificaciones en dicha base, a objeto de obligar a las unidades atacantes a desplazarse a través de un amplio sector descubierto. El general Oviedo Salazar tenía una excelente visión de la base aérea desde su puesto de comando. A las 5: a.m. ordenó una reunión con los distintos comandantes de las unidades que constituían la Fuerza de Tarea para discutir el plan de ataque. El esfuerzo principal se dirigiría hacia el Comando General de la Aviación. Se evitaría en lo posible comprometer unidades en combates secundarios que tuvieran por objetivo controlar las otras edificaciones de la base. Se integrarían varios equipos de infantería-tanque para facilitar el avance. Se solicitaría, apenas amaneciera, apoyo aéreo con el objeto de lograr una suficiente presión psicológica sobre la unidad insurrecta.

A las 5:30 a.m. se inició el ataque. Una compañía del Batallón “Bolívar”, al mando del capitán Jesús Santiago Carmona, con el apoyo de siete vehículos blindados del Grupo “Ayala”, avanzó con rapidez hacia la Comandancia General de la Aviación. Sus efectivos, protegidos por los vehículos blindados, lograron desplazarse sin sufrir bajas importantes por el espacio descubierto que rodea dicha comandancia. Mientras esto ocurría el resto de los efectivos del Grupo de Tarea efectuaron un consistente apoyo de fuego desde el Centro Comercial Ciudad “Tamanaco”. El desplazamiento se realizó inicialmente con escasa resistencia. A las 5:35 a.m., esta unidad se desplegó frente a la Comandancia General de la Aviación e inició un masivo ataque, con sus cañones y armas automáticas, en contra de la unidad sublevada.

“En esas condiciones nos mantuvimos hasta las 5:30 a.m. cuando entraron 7 vehículos de combate por la alcabala principal llevándose por delante las barricadas que habíamos colocado. Estos vehículos blindados se estacionaron en línea frente al edificio de la Comandancia General de la Aviación y comenzaron a disparar sus cañones. Inmediatamente el comandante Acosta Chirinos me ordenó desplazar unas piezas antitanques hacia el sector para apoyar al subteniente Roberto Arreaza. Al poco tiempo el subteniente Arreaza había destruido un tanque y el resto había retrocedido unos doscientos metros. Cesó el fuego de ambas partes”.¹¹² Justamente, el fuego antitanque de la pieza comandada por el subteniente Roberto Arreaza destruyó un vehículo blindado del Grupo “Ayala”, causando las injustificadas muertes del capitán Jesús Santiago Carmona y de los distinguidos Héctor González Martínez y Raúl Guerra Montes de Oca, quienes protegidos por el tanque, combatían con valor en contra de los efectivos del Batallón de Paracaidistas “Chirinos”.

¹¹² Zago, *Ángela, op cit., entrevista al capitán Gerardo Márquez, p. 107.*

El general Oviedo, ante las bajas ocurridas, decidió detener el avance de su unidad. Se requería esperar el amanecer para tener suficiente apoyo aéreo. De todas maneras, el cerco realizado por la Fuerza de Tarea mantenía inmovilizados a los efectivos del Batallón de Paracaidistas “Chirinos”. En algunas oportunidades, soldados del Batallón “Bolívar” avanzaban con rapidez logrando acercarse a las edificaciones de la base aérea. A las 6:30 a.m. sobrevolaron Caracas cuatro F-16 y 6 aviones Tucanos. Uno de sus objetivos era la Base Aérea “Francisco de Miranda”. Hicieron varios vuelos rasantes sin disparar, sólo con el objeto de presionar psicológicamente a los efectivos del Batallón de Paracaidistas “Chirinos”. La presencia aérea empezó a debilitar la resistencia de las tropas insurrectas.

“Todo parecía continuar bajo control, pero pocos minutos después se escucharon fuertes combates: nuevamente la alcabala principal estaba siendo atacada, eran las tropas del Batallón de Infantería “Bolívar”. Los combates en ese sitio eran bastante fuertes, por los demás sectores era la DISIP la que trataba de penetrar, nosotros repelíamos el ataque con todos nuestros medios. Estos fueron los momentos de mayor tensión. Las fuerzas leales al gobierno no encontraban forma de ablandar nuestras posiciones. Comenzaron a sobrevolar los aviones de la Fuerza Aérea. El general Eutimio Fuguet Borregales llamó al teniente coronel Acosta Chirinos y a mí para intimidarnos. Trató de convencernos para que depusiéramos las armas ya que según él estaba todo perdido. El comandante Acosta y yo le contestamos que no nos rendiríamos a menos que nos lo ordenara el comandante Chávez Frías, a él era al único que obedecíamos”. 113

Desde las 6: a.m., el combate empezó a favorecer a las unidades del Grupo de Tarea. Sus efectivos habían avanzado con gran dificultad por el área descubierta que rodea la Base Aérea “Francisco de Miranda”, pero desde las 6:30 a.m. los mandos leales al gobierno constitucional observaron una importante disminución en la capacidad de defensa de la unidad sublevada. Muchos efectivos del Batallón “Chirinos” empezaron a rendirse. El efecto del sobrevuelo de los aviones F-16 y Tucanos afectó su moral de combate. Los destacamentos aéreos del Ejército y de la Guardia Nacional y el cuartel de la Policía Aérea fueron abandonados por los efectivos del Batallón “Chirinos”, que se replegaron hacia la Comandancia General de la Aviación, permitiendo que sus mandos recuperaran el control de dichas unidades. El general Oviedo entendió que el tiempo estaba totalmente a su favor. Por esa razón, no ordenó un avance masivo sobre la Comandancia General de la Aviación, sino que esperó prudentemente que el proceso de desmoralización alcanzara a los mandos de la unidad insurrecta.

113 *Ibidem*, pp. 107-108.

La Planicie, Valencia y Maracaibo como objetivos

Después de haberle ordenado al general Oviedo atacar la base Aérea Francisco de Miranda, decidí llamar por teléfono al teniente coronel Chávez para exigirle su rendición. El teniente coronel Rommel Fuenmayor, desde la sala de edecanes, logró comunicarse con el Museo Militar. Lo atendió el coronel Marcos Yáñez Fernández: “Mi coronel, le agradezco localice al teniente coronel Chávez. El ministro Ochoa desea hablar con él”. Lo mandó a buscar con el guardia de comando. A los cinco minutos atendió mi llamada. La conversación duró cerca de diez minutos:

–“Chávez, la situación está totalmente controlada por el gobierno. Lo estoy llamando desde Miraflores. Ríndase, para evitar que continúe el derramamiento de sangre. Reflexione. Piense en sus deberes militares”.

–“Mi general, no me voy a rendir. Tenemos el control de importantes guarniciones y los combates serían largos y costosos”.

–“Chávez, le repito, la situación está totalmente controlada por el gobierno nacional. Ríndase”.

–“Mi general, ¿por qué usted no viene hasta aquí para que conversemos personalmente?”

– “Usted está loco Chávez. Si voy al Museo Militar, usted me detiene.”

– “No mi general, le doy mi palabra que no será así”

– “Chávez, esa propuesta suya es imposible de aceptar. Ríndase”.

En ese momento vi pasar al general Ramón Santeliz Ruiz, quien por iniciativa propia se había trasladado al palacio de Miraflores, por frente del escritorio del edecán del presidente de la República. Al verlo recordé que él era amigo personal de Hugo Chávez.

–“Chávez, aquí está el general Ramón Santeliz Ruiz. Lo voy a enviar a conversar con usted las condiciones para su rendición”.

–“De acuerdo, mi general”.

Llame al general Santeliz y le di las correspondientes instrucciones. Lo fundamental era explicarle a Hugo Chávez la situación militar imperante y convencerlo de que se rindiera. Me dirigí al despacho presidencial con la finalidad de pedirle al presidente Pérez su autorización. Aceptó mi sugerencia, aunque me insistió en la necesidad de tomar a la brevedad posible el Museo Militar. Le expliqué lo complicado que sería atacar La Planicie. Además le hice ver la imposibilidad de utilizar la Aviación en una zona tan poblada. El presidente Pérez y yo tuvimos algunas posiciones divergentes durante el desarrollo de los acontecimientos. Gustavo Tarre Briceño cuenta en su magnífico libro “El Espejo Roto” uno de esos enfrentamientos: “Pérez se comunica por teléfono con los mandos militares. Fui testigo, junto con Luis Piñerúa Ordaz, de una de sus discusiones con el ministro de la Defensa. El comandante en jefe de las Fuerzas Armadas quería despejar el acceso a

Miraflores al precio que fuera. El general, ministro de la Guerra, prefería negociar: “No más negociaciones, General, ¡Plomo! Ordenaba el presidente”.¹¹⁴ Esta discusión la tuve en varias oportunidades. El presidente Pérez valoraba, con justa razón, el factor tiempo. Entendía que era necesario tener algún éxito que desmoralizara a los oficiales insurrectos. Por el contrario yo temía el inicio de los enfrentamientos. Era muy difícil predecir sus consecuencias. Los combates podían alargarse en el tiempo comprometiendo la lealtad de algunas unidades militares. Además, había que tomar en cuenta el espíritu de cuerpo de las Fuerzas Armadas.

El general Santeliz se dispuso a salir hacia el Museo Militar. Antes de hacerlo le insistí en la necesidad de lograr la rendición de Hugo Chávez sin necesidad de combatir para evitar un mayor derramamiento de sangre. Le ofrecí un vehículo militar con su correspondiente escolta. Me solicitó le permitiera ir en el automóvil particular del señor Fernán Altuve Febres para no llamar la atención, recomendación que consideré prudente. Eran aproximadamente las 4:00 a.m. “A las 4:15 a.m. llegó al Museo Militar el general Ramón Santeliz Ruiz, en compañía del señor Altuve Febres. Tuvo graves dificultades para entrar ya que el personal de paracaidistas no se lo permitió. Al conocer su presencia me trasladé hasta la prevención del Museo Militar. Traté de influir para que pudiera entrar, pero no lo logré. El general Santeliz decidió retirarse. A las 4:45 a.m. regresó de nuevo con la intención de hablar con el teniente coronel Chávez. En esta oportunidad, si lo atendió. Estuvieron conversando en privado en el patio interior del Museo Militar unos quince minutos. Al terminar, el general Santeliz se despidió de mí, informándome que el teniente coronel Chávez no quería rendirse. Se dirigió hacia Miraflores”.¹¹⁵

Al regresar el general Santeliz del Museo Militar entramos juntos al despacho presidencial con la finalidad de comunicarle al presidente Pérez la posición que mantenía Hugo Chávez. Escuchó con detenimiento el planteamiento que le hicimos. Con serenidad me ordenó: “ministro, ataque inmediatamente el Museo Militar con la aviación”. En ese momento, el general Santeliz le pidió al presidente Pérez autorización para llamar al teniente coronel Chávez por teléfono. Lo hizo. Desde el teléfono nos dijo en voz alta: “Señor ministro, señor presidente, el comandante Chávez se rendirá a las 3 de la tarde”. El presidente Pérez se acercó al teléfono y en voz alta, para que Hugo Chávez escuchara, dijo: “Dígale a ese señor que se rinda ahora o que apenas amanezca será bombardeado por la aviación” De inmediato se dirigió a mí: “Ministro, ordene a la brevedad el ataque al Museo Militar”. Mi respuesta fue concisa: “Entendido, presidente”.

¹¹⁴ Tarre Briceño, *Gustavo*, op. cit., p. 77.

¹¹⁵ Yáñez Fernández, *Marcos*, entrevista

Salí del despacho en compañía del general Santeliz. Llamé por teléfono al almirante Daniels y le ordené movilizar la Infantería de Marina. Le solicité información sobre la situación de la Aviación. Me ratificó el control de todas las bases aéreas con excepción de la Base “Francisco de Miranda”. Le pregunté por el general Juan Antonio Paredes Niño, comandante de la Base “Libertador”. Me dijo que estaba detenido, pero que el comando de la base estaba siendo ejercido por el general Efraín Visconti Osorio. Reflexioné unos instantes. Bombardear las distintas unidades insurrectas conduciría a una inmensa tragedia. Ante esta situación, le ordené al almirante Daniels movilizar la Doce Brigada de Infantería y la Sexta División de Caballería acantonadas en Barquisimeto y San Juan de los Morros respectivamente con la finalidad de presionar la rendición de la Brigada Blindada.

Le pedí información sobre la compañía de tanques que se desplazaba hacia Caracas. Me informó que una unidad perteneciente al Regimiento Logístico, comandada por el coronel Norberto Villalobos Fuenmayor, se había desplazado hasta Tazón con instrucciones de detener la compañía de tanques AMX-30. El coronel Fuenmayor tuvo la inteligente iniciativa de interrumpir el tránsito de la autopista con las numerosas gandolas que normalmente pernoctan en Tazón. El capitán Godoy Chávez, al darse cuenta de la imposibilidad de continuar hacia Caracas, inició conversaciones con el coronel Villalobos con la finalidad de rendirse. Al conocer el fracaso de la operación en Caracas y escuchar al presidente Pérez decidió deponer las armas.

Al amanecer volví a llamar al almirante Daniels y le pedí hacer sobrevolar los F-16 y los Tucanos sobre el Museo Militar, la Base Aérea “Francisco de Miranda”, Valencia y Maracaibo con el objeto de demostrarle a las unidades insurrectas el control que el gobierno constitucional tenía sobre la Aviación. A las 5:45 a.m. llamé al teniente coronel Hugo Chávez desde el despacho privado del presidente Pérez. En esa oficina estaban reunidos conversando un grupo de ministros y amigos del presidente Pérez. Mis palabras fueron terminantes:

–“Chávez, ¿Qué ha pensado? Se rinde o no”.

–“Mi general, tenemos el control de las guarniciones de Maracay, Valencia y Maracaibo”.

–“Chávez, si usted no se rinde dentro de diez minutos ordenaré el ataque con la Infantería de Marina y la Aviación. Usted no tiene alternativa. Si resiste, lo único que va a ocasionar es un mayor derramamiento de sangre. Piense en sus deberes militares”.

En ese momento, surgió una discusión entre Gustavo Cisneros y Carlos Blanco. Levantaron la voz, impidiéndome continuar el diálogo con el teniente coronel Chávez. Molesto exclamé: “¡Por favor! déjenme trabajar”.

Sorprendidos, guardaron silencio. Continué mi conversación con Hugo Chávez.

– “Mi general, conozco mis deberes. No me rindo”.

– “Chávez, voy a hacer sobrevolar la Aviación sobre el Museo Militar dentro de unos minutos. La Infantería de Marina se desplaza, en este momento, por la autopista. Piénselo. No vale la pena sacrificar la vida de sus soldados”.

Cerré el teléfono. Definitivamente, Hugo Chávez trataba de ganar tiempo con la esperanza de que al amanecer algunas otras unidades se insurreccionaran. De inmediato llamé al almirante Daniels y le ordené el sobrevuelo de la aviación. En ese momento, el presidente Pérez me llamó a su despacho. Molesto me dijo:

–“Ochoa, ¿Qué pasa? Ordene el ataque al Museo Militar. No quiero más negociaciones”

–“Presidente, voy hacer sobrevolar la aviación para mostrar nuestro poder de fuego. La Infantería de Marina se desplaza, en este momento, por la autopista Caracas-La Guaira. Pienso atacarlo con la Infantería de Marina y la Aviación en caso de que no se rinda”.

–“Le repito Ochoa, no quiero más negociaciones. Échele plomo. Bombardéelo, a la brevedad posible”.

–“Presidente, lo haré apenas la Infantería de Marina esté desplegada. Bombardear no es sencillo. La cercanía del 23 de Enero complica la operación. Permítame, continuar la negociación”.

–“Ochoa, le doy diez minutos para que se rindan los insurrectos. Después ordene el ataque”.

–“Entendido, presidente”.

Salí del despacho presidencial. Me dirigí al patio interior del palacio con la finalidad de informar a los medios de comunicación del sobrevuelo de la aviación. Los encontré entrevistando a Diego Arria, nuestro embajador en la ONU. De inmediato les informé que los aviones que sobrevolarían Caracas y otras guarniciones eran leales al gobierno constitucional.

Maracay y Valencia no se rinden

Los tenientes coroneles Urdaneta y Ortiz se habían comprometido a no rendirse. Desde su perspectiva el movimiento había logrado un importante éxito y todo iba bien orientado. La toma de las guarniciones de Maracaibo, Maracay y Valencia les daba mucho optimismo. Además, tenían conocimiento de los combates que se desarrollaban en Caracas y el poder de fuego que tienen dos batallones de paracaidistas y un grupo de caballería mecanizado.

Esa misma percepción de triunfo la tenían en Valencia el capitán Luis Valderrama y los demás oficiales sublevados. “No puedo dejar de mencionar que durante la visita efectuada a la compañía 24 de Junio, acantonada en el glorioso Campo de Carabobo, aproximadamente a la 1:15 a.m., en compañía del capitán Pedro Jiménez Yusti, me enteré del mensaje timorato y nervioso que daba el tirano al bravo pueblo venezolano por vía televisiva. Sin embargo, su presencia en la televisión no desanimó en lo absoluto nuestro deseo de mantener los objetivos conquistados.

“Ya de vuelta al Comando Bolivariano, alguien sugirió desactivar la antena de televisión que portaba la imagen del presidente ilegítimo. Así se decidió y así se cumplió. El amanecer del nuevo día anunciaba a través de las emisoras locales, bajo control del MBR-200, las razones que motivaron nuestro pronunciamiento. La reacción del estudiantado y del pueblo fue de pronto apoyo a la insurrección, aún conociendo el “por ahora” y la acción no exitosa en la capital de la República. A esta gran masa solidaria el profundo agradecimiento de la patria y del MBR-200”.¹¹⁶ Es sorprendente que el capitán Valderrama se haya expresado de esa manera. Acusar a Carlos. Andrés Pérez de presidente ilegítimo y de tirano es un absurdo. No sólo era un presidente electo democráticamente, sino que demostró su respeto al Estado de derecho al aceptar salir de la presidencia de la República mediante una injusta decisión judicial. Tampoco es verdad que el pueblo valenciano apoyó masivamente el golpe de Estado. Unas pocas decenas de estudiantes se presentaron frente a la Brigada Blindada.

El Alto Mando Militar empezó a presionar a los tenientes coroneles Ortiz y Urdaneta y al capitán Valderrama para que depusieran las armas. Era fundamental recuperar el control de las guarniciones de Maracay y Valencia. Su efecto psicológico sobre las Fuerzas Armadas era muy importante. El general Jiménez llamó telefónicamente a las 6:30 a.m. al teniente coronel Ortiz al Cuartel “Páez”. Le explicó la situación de Caracas. El teniente Ortiz no aceptó rendirse, aduciendo que la insurrección había logrado controlar las principales guarniciones militares del país. Al general Jiménez le fue imposible comunicarse telefónicamente con el teniente coronel Urdaneta, pues las comunicaciones habían sido cortadas intencionalmente. Lo mismo ocurrió con el capitán Valderrama en la guarnición de Valencia.

“A la 1:30 a.m. recibí una llamada del general Sayazo Báez, quien quiso darme instrucciones a nombre del ministro de la Defensa. Le respondí que yo no recibiría instrucciones sino directamente del general Ochoa. Cerca de las 3:00 a.m., recibí una llamada del general Iván Jiménez, Jefe del Estado Mayor Conjunto. Yo tenía cierta amistad con él ya que habíamos trabajado juntos...

¹¹⁶ Zago, Ángela, *op. cit.*, entrevista al capitán Luis Valderrama, p. 133.

El general Jiménez me ordenó, de parte del ministro de la Defensa, bombardear el Museo Militar, La Placera, la Brigada Blindada y el Cuartel Libertador. Le dije que eso era imposible, ya que ocasionaría una verdadera tragedia. Los aviones empezaron a sobrevolar a las unidades insurrectas sólo con instrucciones de realizar vuelos rasantes sin bombardear. A las 10:30 a.m. le entregué la base al general Juan Antonio Paredes Niño, quien había sido liberado. El ordenó un vuelo sobre la Brigada Blindada. En esa oportunidad se disparó sobre el patio de ejercicio” 117

Los tenientes coroneles Ortiz, Urdaneta y el capitán Valderrama estaban convencidos del éxito de la operación. Además, consideraban que si fracasaba la insurrección en la guarnición de Caracas debían aplicar el plan B: hacerse fuerte en las guarniciones de Aragua y Carabobo, mientras se movilizaban hacia el centro del país unidades comprometidas con la insurrección acantonadas en las guarniciones de los estados Zulia, Táchira y Mérida y Trujillo. El apoyo de esas unidades permitiría un posterior avance hacia la ciudad de Caracas. Esas expectativas dificultaron inicialmente las negociaciones que empezó a realizar el Alto Mando Militar para lograr la rendición de las unidades insurrectas en esas guarniciones. Las conversaciones siempre terminaban en la frase ¡Patria o Muerte! Parecía casi imposible lograr la rendición sin combatir.

117 *Visconti Osorio, Efraín, entrevista.*

Ni un solo disparo

Asesinato en la Casona

Así tituló el capítulo referido a los combates ocurridos en La Casona la periodista Ángela Zago en su interesante, pero parcializado, libro *La Rebelión de los Ángeles*, al comentar el relato que hizo de su actuación el capitán Carlos Rodríguez Torres. Es difícil poder garantizar que, en una situación tan complicada como es una sublevación militar, las acciones de todos sus actores hayan estado perfectamente enmarcadas dentro del Estado de derecho. Lo que sí puedo afirmar con orgullo es que en ningún momento el presidente de la República, el ministro de la Defensa, el Alto Mando Militar y el Director de la DISIP impartieron órdenes contrarias a lo establecido en la Convención de Viena para situaciones de guerra.

La muerte de los subtenientes Alberto Carregal Cruz y Fernando Cabrera Landaeta fue muy lamentable. Justamente el capitán Carlos Rodríguez Torres fue Director de la DISIP por varios años durante el gobierno de Hugo Chávez. Si los hechos ocurrieron como él los narró, es inexplicable que desde esa posición no haya tratado de descubrir a los responsables. En mi caso, le ordené al coronel Ramón Moreno Natera, juez de la causa, que realizara las investigaciones con total libertad. Así lo hizo. En ningún momento, durante mi ejercicio como ministro de la Defensa, me informó sobre la existencia en el expediente de algún elemento que permitiera imputar a un funcionario de la DISIP.

El combate en La Casona fue intenso. Durante toda la madrugada se mantuvo un fuerte intercambio de disparos entre los efectivos del Batallón de Custodia de la Guardia de Honor y la compañía del Batallón de Paracaidistas “José Leonardo Chirinos”. La situación al principio del enfrentamiento favoreció a los atacantes, pero al transcurrir la primera hora de combate se empezó a observar una clara superioridad militar en los efectivos del Batallón de Custodia, como consecuencia de encontrarse atrincherados detrás de un fuerte muro. La defensa de la posición establecida por la compañía insurrecta en el estacionamiento de La Casona se fue debilitando progresivamente ya que tuvieron que combatir en dos frentes. En el transcurso de la madrugada se presentaron a La Casona efectivos de la de la DISIP y de la Policía de Miranda que empezaron a atacar a la compañía insurrecta desde la urbanización Campo Claro y la autopista del Este.

“Transcurrieron los minutos y las horas bajo un fuego intenso que provenía de La Casona. Ordené instalar las ametralladoras en la casita ubicada en el estacionamiento, una orientada hacia “La Casona”, la otra en dirección hacia la autopista...El fuego enemigo no permitió la correcta ubicación de mis

tropas. A las 3 a.m. uno de los soldados que defendía el estacionamiento de La Casona, me informó que estábamos siendo rodeados por efectivos de la DISIP... Luego sentí ruido de vehículos y observé luces de automóviles que intentaban salir de La Casona. Ante esta eventualidad, le ordené al soldado que portaba el arma antitanque disparar contra cualquier vehículo que intentara salir. A los pocos minutos, dos vehículos en retroceso trataron de romper el cerco. El soldado disparó su arma antitanque haciendo blanco”.¹¹⁸

El principal problema que se le presentó al teniente coronel Bacalao durante el combate fue la evacuación de los muertos y heridos. Totalmente cercado por la compañía insurrecta no encontraba manera de hacerlo. A las 2:30 a.m. ordenó preparar dos vehículos para tratar de romper el cerco conduciendo los heridos hacia la clínica Santa Cecilia. El disparo de un arma antitanque le hizo comprender que era imposible hacerlo sin consentimiento de las tropas atacantes. Esta realidad lo condujo a dirigirse a través de un megáfono al capitán Rodríguez: “Capitán, considero que debe entregar las armas, la situación está controlada por el gobierno constitucional. He tratado de evacuar los heridos y no he podido, hágalo por humanidad, ya que tengo muchos heridos y varios muertos”.

Inmediatamente le dio su número telefónico para que se comunicara con él. El capitán Rodríguez así lo hizo. Durante la conversación el teniente coronel Bacalao le propuso tener una conversación personal en el estacionamiento de La Casona. Salió del cuartel con una bandera blanca. Allí lo esperaba el capitán Rodríguez. El teniente coronel Bacalao le explicó al capitán Rodríguez Torres que las tropas sublevadas que habían atacado Miraflores se habían rendido, que el presidente Pérez se encontraba en el palacio presidencial y que la situación militar se había normalizado. Estas noticias impactaron fuertemente al capitán Rodríguez, quien tenía varias horas combatiendo sin tener noticias del éxito o fracaso de las demás unidades insurrectas. Reflexionó unos minutos y decidió rendirse.

“Aproximadamente a las 8.30 a.m. llegó un sargento de tropa del Batallón de Apoyo y le informó al teniente coronel Bacalao el parte de bajas y recuerdo que dijo que por los paracaidistas habían dos subtenientes y cinco soldados muertos y cinco soldados heridos. Realmente me extrañó, ya que yo llevaba bajo mi mando a dos subtenientes y a uno lo vi vivo en el momento de la rendición. El teniente coronel Bacalao ordenó el empleo de todos los vehículos disponibles, incluyendo las patrullas de la DISIP, para el traslado de las bajas ocurridas. Luego de haber evacuado los muertos y heridos de mi unidad, permanecí sentado en la antesala del comando del batallón hasta que llegó el segundo comandante del Regimiento de la Guardia de Honor y

¹¹⁸ Zago, Ángela, *op. cit.*, entrevista al capitán Carlos Rodríguez Torres, p. 112.

ordenó nuestro traslado a la Dirección de Inteligencia Militar.¹¹⁹ La muerte de los subtenientes Cabrera y Carregal y de los cinco soldados es exclusiva responsabilidad de los jefes de la sublevación. Injustificadamente perdieron la vida en una aventura sin destino.

Hugo Chávez se rinde

“A las 6:15 a.m. recibí una nueva llamada del general Ochoa. Me manifestó su interés en conversar con el teniente coronel Chávez. Éste se negó a atender la llamada. Se lo informé al ministro de la Defensa. Él insistió. Me trasladé al sitio en donde se encontraba el teniente coronel Chávez para tratar de convencerlo. Le analicé la situación y le resalté el fracaso militar que había tenido. Me dirigí, de nuevo, a mi oficina. En ese momento sobrevolaron el Museo Militar 2 F-16. Casi de inmediato repicó el teléfono. Era, de nuevo, el general Ochoa. Me dijo que el presidente Pérez había ordenado atacar el Museo Militar. “Ya ordené la movilización de varios batallones de Infantería de Marina”. Me pidió que le comunicara estos hechos al teniente coronel Hugo Chávez. Así lo hice. Me trasladé hasta la entrada principal del Museo Militar. Allí estaba Hugo Chávez. Se observaba pálido y muy desmoralizado. Le informé mi conversación con el ministro de la Defensa. Se quedó pensativo unos minutos. Los F-16 volvieron a sobrevolar el Museo Militar. Hugo Chávez me dijo en ese momento: “Dígale al ministro que conversaré con él”. Me dirigí hacia mi oficina. Hugo Chávez me siguió. Tomé el teléfono, le informé al general Ochoa que allí se encontraba el teniente coronel Chávez. Él me pidió que lo dejara sólo en mi oficina para conversar con el ministro de la Defensa”.¹²⁰

– “Chávez, ¿Qué ha pensado? Observe que la Aviación, la Armada y la Guardia Nacional se mantienen leales al gobierno constitucional. Sólo algunas unidades del Ejército se han insurreccionado en muy pocas guarniciones. Las unidades de Caracas en su casi totalidad se mantienen leales. Sólo faltan por rendirse la Base “Francisco de Miranda” y el Museo Militar. La Base “Francisco de Miranda” está siendo atacada con éxito. Si continúan los combates, usted será responsable de los muertos. Ríndase de inmediato. De no hacerlo, ordenaré el ataque al Museo Militar con la Aviación y la Infantería de Marina. Tenga en cuenta que por su terquedad las muertes que ocurran caerán sobre su conciencia. Piénselo”.

– “Mi general, déme diez minutos para pensarlo”

- “Chávez, le concedo los diez minutos”

Transcurridos ese tiempo llamé de nuevo al Museo Militar. Me atendió el teléfono el propio Hugo Chávez.

¹¹⁹ *Idem.*

¹²⁰ Yáñez Fernández, Marcos, *entrevista.*

- “¿Qué ha pensado Chávez?”
- “Mi general, necesito garantías para rendirme”.
- “Chávez, usted las tiene. A usted y a los demás oficiales sublevados le serán respetados sus derechos humanos y su condición de oficiales de las Fuerzas Armadas. Le doy mi palabra”.
- “Mi general, me rindo”.
- “Bien Chávez. Voy a enviar al general Santeliz para que lo traslade detenido al Ministerio de la Defensa”.

Eran aproximadamente las 6:30 a.m. Cerré el teléfono y me dirigí al despacho del presidente Pérez para informarle. Mostró satisfacción. Le solicité autorización para enviar al general Santeliz al Museo Militar con la finalidad de detener y trasladar al Ministerio de la Defensa al teniente coronel Hugo Chávez. Aceptó mi sugerencia. Me comuniqué con el almirante Daniels y le informé la rendición de Hugo Chávez. “Al salir de mi despacho el teniente coronel Chávez me ratificó lo que me había dicho el ministro Ochoa. También me confirmó que iba a pensar qué decisión tomar, pero antes tenía que conversar con sus oficiales. A las 6:45 a.m., llamó el general Iván Jiménez Sánchez. Me confirmó que estaban estudiando bombardear el Museo Militar. Me pidió que lo comunicara con el teniente coronel Hugo Chávez. Éste no accedió a atenderlo. A los pocos minutos sobrevolaron el Museo Militar 6 F-16. Uno lo hizo de manera rasante.

“Casi simultáneamente llegó el general Santeliz Ruiz. Conversó por varios minutos con el teniente coronel Chávez. Después de esta conversación, decidió rendirse. Hugo Chávez ordenó formar su personal en el patio interior del Museo. Me pidió que retomara los servicios de guardia con el personal de la compañía de seguridad. Así lo hice. A las 7 a.m. se dirigió al personal de oficiales y tropas del Batallón “Briceño” con unas palabras muy emotivas. Se observaba en todo el personal el efecto de la derrota sufrida. Ordenó desarmar el batallón. Yo recogí el armamento y lo guardé en el parque del Museo Militar. A las 8. a.m. el general Santeliz se retiró del Museo Militar en compañía de Hugo Chávez en el vehículo particular del señor Fernán Altuve Febres. A las 9:45 a.m. llegó al Museo Militar una unidad de Infantería de Marina, la cual había sido emboscada en el Rincón del Taxista en la Subida de Agua Salud. Presentaba dicha unidad un herido grave y 6 heridos leves. Fueron enviados al Hospital Militar”. 121

Uno de los aspectos polémicos de la actuación del general Santeliz Ruiz durante el proceso de rendición de Hugo Chávez fue el largo tiempo que utilizó para trasladarlo detenido al Ministerio de la Defensa y la forma en que lo hizo. El general Santeliz salió a las 8 a.m. del Museo Militar con su detenido

121 *Ídem*,

en el automóvil de Altuve Febres. Llegó al Ministerio de la Defensa a las 9:30 a.m. En ese tiempo trasladó al teniente coronel Chávez a la Proveeduría de las Fuerzas Armadas ubicada en la avenida Sucre en la entrada de la autopista Caracas – La Guaira con la finalidad de que el detenido se despidiera de sus soldados. ¿Era esto necesario? Sin lugar a dudas que no. El mayor Francisco Javier Centeno, segundo comandante del Batallón “Briceño”, hubiese podido participar la rendición y recoger los soldados sublevados. Se ha especulado que ese retardo en conducirlo detenido buscaba ganar tiempo y preparar a Hugo Chávez para su intervención en la televisión. Realmente, no existen pruebas suficientes que demuestren esa intencionalidad en la actuación del general Santeliz. Inexplicablemente permitió que se cambiara de uniforme, se bañara y se afeitara y lo autorizó a conservar su fusil y su pistola de reglamento mientras se trasladaba al Ministerio de la Defensa.

Inmediatamente después de la rendición de Hugo Chávez acepté dar una rueda de prensa a los medios de comunicación. Hasta ese momento me había negado a hacerlo. Las difíciles circunstancias militares que enfrentaba me lo habían impedido. Las preguntas fueron muy difíciles de responder. Fundamentalmente querían conocer las causas de fondo que habían conducido a ese numeroso grupo de oficiales a alzarse en armas en contra de un gobierno constitucional después de más de treinta años de estabilidad democrática. No era fácil explicar este hecho. Mi respuesta fue poco política, pero era lo que sentía en ese momento: “Fue un grupo de jóvenes oficiales que se insurreccionaron en armas en contra del gobierno constitucional por considerar que Venezuela no iba por buen camino”. Un largo silencio rodeó mis palabras. Al reaccionar los periodistas me hicieron innumerables preguntas que con paciencia fui respondiendo. Deseaba tranquilizar lo más posible a la opinión pública, llevando a la ciudadanía la certeza de que la insurrección estaba totalmente controlada.

Durante toda la mañana del 4 de febrero tuve contacto con los mandos militares. Permanentemente se me informaba del desarrollo de las operaciones. La situación militar para el momento de la rendición de Hugo Chávez, era la siguiente: se combatía en los alrededores de la Base “Francisco de Miranda” con fiereza. El Grupo de Tarea, al mando del general Oviedo, avanzaba con decisión por los espacios abiertos que existen alrededor de La Carlota. El teniente coronel Acosta Chirinos se defendía con tenacidad. En los alrededores de “La Casona” había cesado el combate. La compañía de tanques, que avanzaba sobre Caracas, se había rendido en Tazón cerca de las 3 a.m. En Maracay, el teniente coronel Ortiz Contreras controlaba el Cuartel “Páez”; el teniente coronel Urdaneta Hernández defendía la sede de la Brigada de Paracaidistas y el Comando de la IV División. En Valencia, el capitán Luis Valderrama mantenía insurreccionada la Brigada Blindada. El mayor Torres Numberg, al mando de una compañía de paracaidistas, con apoyo de varios

tanques, tenía rodeada la Base “Libertador”. En Maracaibo, el teniente coronel Arias Cárdenas mantenía el control de los grupos de Artillería “Monagas” y “Freites”.

¿Tenían las fuerzas insurrectas alguna posibilidad de éxito si continuaban combatiendo? Sin lugar a dudas que sí. Las unidades sublevadas tenían suficiente poder de fuego para combatir por un largo tiempo. De hacerlo, los demás oficiales juramentados hubiesen tenido oportunidad de cumplir su compromiso. Además, el plan de operaciones preveía el fracaso de la operación en Caracas. En ese caso, las unidades sublevadas en Maracay y Valencia debían de resistir, en espera de algunas otras unidades del interior del país, para atacar de nuevo a Caracas. Influir psicológicamente en el teniente coronel Hugo Chávez para lograr su rendición fue de gran importancia. El control del espacio aéreo fue fundamental. Los F-16 empezaron a sobrevolar las unidades rebeldes. El primer vuelo se hizo sobre el Museo Militar. Este impacto, y la desmoralización que le produjo al teniente coronel Chávez darse cuenta que la insurrección había fracasado por su indecisión de atacar Miraflores, lo condujo a rendirse.

¿Qué juicio puede hacerse de la actuación militar de Hugo Chávez el 4 de Febrero? Hugo Chávez irrespetó su juramento de soldado al sublevarse en contra de un gobierno constitucional, traicionó a sus superiores y subalternos, utilizó indebidamente su liderazgo militar para conducir a un grupo de jóvenes oficiales y soldados a una aventura en la cual arriesgaron su vida y su carrera militar, y fue responsable de la injustificada muerte de 35 jóvenes venezolanos. Su actuación durante los combates es más que cuestionable. El retardo en la salida de Maracay; el injustificado desvío en “La Victoria”, su encierro en el Museo Militar; y la indecisión para atacar Miraflores comprometieron el éxito de la insurrección. Por mucho tiempo, antes de que tuviera su sorprendente triunfo político, fue duramente criticado por los oficiales que lo acompañaron en el alzamiento.

Una llamada angustiante

“El general Ramón Santeliz llegó aproximadamente a las 9:30 a.m. al Ministerio de la Defensa con el teniente coronel Hugo Chávez. En la entrada del Ministerio de la Defensa hubo un incidente al tratar el teniente coronel Diego Moreno, comandante del Batallón “Caracas”, de desarmar al teniente coronel Chávez. El problema se resolvió con la intervención del general Santeliz al ordenar que se le permitiera a Hugo Chávez permanecer armado. El general Santeliz y el teniente coronel Chávez subieron a la oficina del almirante Daniels donde fue desarmado. En ese momento, tuve la

oportunidad de darle un abrazo”.¹²² Sorprendentemente, el general Santeliz condujo al teniente coronel Hugo Chávez a la presencia del almirante Daniels portando su armamento. Al darse cuenta, le ordenó al coronel Moreán Umanés que lo desarmara. “No hay duda que es muy sospechoso que el general Santeliz haya aceptado que el teniente coronel Chávez, después de rendirse, conservara su armamento. Yo he llegado a pensar que posiblemente había la intención de protagonizar alguna acción militar en el propio Ministerio de la Defensa”.¹²³

El teniente coronel Hugo Chávez permaneció detenido en la oficina del vicealmirante Daniels. Se observaba desmoralizado y derrotado. “Lo vi después en la oficina del almirante Daniels. Estaba sentado sólo, muy pálido, pero correctamente uniformado. Allí se encontraban otros oficiales: el general Iván Jiménez Sánchez, el vicealmirante Germán Rodríguez Citraro, el contralmirante Hebert Collazo, el general Ramón Santeliz Ruiz, el contralmirante Luis Hernández Olivares y el coronel Pompeyo Torrealba”.¹²⁴ La permanencia del teniente coronel Chávez en esa oficina le permitió seguir en detalle las negociaciones que realizaban los miembros del Alto Mando Militar para obtener la rendición de las unidades insurrectas y las dificultades que se presentaban para lograrla. Siempre he creído que en la oficina del vicealmirante Daniels se organizó una mini conspiración para influir en el Alto Mando Militar y facilitar de esta manera que se permitiera la presentación de Hugo Chávez en la televisión. El vicealmirante Daniels nunca ha estado de acuerdo con esta apreciación mía. El considera que “la actitud de esos oficiales fue absolutamente leal. En todo momento trataron de colaborar en las decisiones que tuve que tomar”.¹²⁵

Los oficiales rebeldes no aceptaban rendirse. A cualquier llamada que recibían con la finalidad de presionarlos para que depusieran las armas respondían con dureza, finalizando la conversación con la frase: ¡Patria o muerte! “La situación militar no terminaba de normalizarse. En un momento determinado, los generales y almirantes que se encontraban en mi oficina evaluamos la posibilidad de bombardear las unidades insurrectas, pero nos dimos cuenta de que dicho bombardeo tendría un elevado costo en pérdidas de vida y material de guerra. De esa discusión surgió la idea de presentar a Hugo Chávez en la televisión para influir en la posición que mantenían los oficiales alzados. Pensamos que de esa forma lograríamos la rendición”.¹²⁶

A las 10:30 a.m. recibí una llamada del vicealmirante Daniels:

¹²² Falcón Veloz, Fernando, entrevista, Caracas, 12 de abril de 2006.

¹²³ Daniels, Elías, entrevista.

¹²⁴ Huizi Clavier, Rafael, entrevista.

¹²⁵ Daniels, Elías, entrevista.

¹²⁶ Ídem..

–“Ochoa, una unidad de tanques del Batallón “Pedro León Torres” tiene rodeada la Base “Libertador” y amenaza con entrar a la pista. El general Visconti tiene en alerta sus medios aéreos. Está decidido a atacar los tanques si estos rompen la cerca que rodea la Base “Libertador”. Ha tratado por todos los medios de convencer al mayor Torres Numberg de que se rinda, pero no ha sido posible”.

–“Daniels, ¿se le informó de la rendición del teniente coronel Chávez?”

–“Sí, pero no cree que es verdad. Está totalmente aislado. Sus medios de comunicación no funcionan. La única manera de negociar con él es trasladándose hasta el sitio en donde tiene desplegada su unidad. El general Visconti lo ha hecho sin éxito. También ha enviado a otros oficiales para tratar de convencerlo y también han fracasado”.

–“¿Alguna de las otras unidades insurrectas se ha rendido?”

– No, el propio comandante Chávez conversó telefónicamente con el teniente coronel Jesús Urdaneta Hernández sin lograrlo”.

–“¿Qué piensan hacer?”

–“El Alto Mando Militar recomienda presentar ante los medios de comunicación al teniente coronel Chávez para que haga un llamado a las unidades insurrectas pidiendo su rendición. Creemos que es la única manera de lograr que depongan las armas sin necesidad de combatir”

–“Estoy de acuerdo, Daniels. Espera un momento. Voy a solicitarle autorización al presidente Pérez para hacerlo”

Me trasladé al Despacho. El presidente Pérez estaba conversando con un grupo de ministros. Le dije:

– “Presidente, una unidad de tanques tiene rodeada la Base “Libertador”. No acepta rendirse y existen posibilidades de que dicha unidad trate de tomar la base. Si los tanques rompen la cerca y entran a la pista van a ser atacados por los F-16 y los demás medios aéreos bajo control del general Visconti. Se iniciaría un combate de consecuencias impredecibles. El Alto Mando Militar recomienda presentar a Hugo Chávez en la televisión para que haga un llamado a que se rindan las unidades sublevadas”.

El presidente Pérez reflexionó unos minutos. Después me respondió:

– “Ochoa, lo autorizo, pero antes graben el mensaje”.

Me trasladé al teléfono a continuar mi conversación con el almirante Daniels:

– “El presidente autoriza la presentación, pero quiere que antes se grabe para evitar cualquier mensaje inconveniente”.

– “Ochoa, no hay tiempo. El ataque a la Base “Libertador” es inminente. Si no lo hacemos de inmediato comenzarán los combates”

–“Daniels, si la situación es tan grave, bajo mi responsabilidad, presenta a Hugo Chávez sin grabarlo ante los medios de comunicación”.

– “De acuerdo, Ochoa”.

Carlos Andrés Pérez, en *Memorias Proscritas*, recuerda de una manera algo distinta estos hechos. Él mantiene que la idea de presentar a Hugo Chávez surgió de mi persona, en conversación con el general Santeliz. Está equivocado. El general Santeliz se encontraba en ese momento en el Ministerio de la Defensa. La idea surgió del Alto Mando Militar. Hugo Chávez fue presentado a los medios de comunicación a las 11 a.m. Su intervención en la televisión tuvo un inesperado impacto en la opinión pública. Esto ocurrió por varias razones: la primera, por la forma ativa de su mensaje; la segunda por haberse permitido en el Ministerio de la Defensa que se presentara perfectamente uniformado, sin evidencias visuales de haber sido derrotado, y tercero por lo conciso de un mensaje que imprevisiblemente caló en el pueblo: ¡Por ahora!. ¿Cómo pudo ocurrir esto? Es sin duda uno de los enigmas del 4 de Febrero.

“Después de la autorización de presentar al teniente coronel Hugo Chávez dada por el presidente Pérez, a través del ministro Ochoa, llamé al coronel Juan Antonio Pérez Castillo, jefe del Departamento de Relaciones Públicas y le ordené convocar a los medios de comunicación. La reunión se organizó en el salón protocolar del Ministerio de la Defensa. Nos dirigimos hacia dicho salón el general Iván Jiménez Sánchez y mi persona. También me acompañaban algunos altos oficiales. Allí expliqué brevemente las razones de la rueda de prensa. El teniente coronel Chávez se dirigió a las unidades insurrectas. Deseo resaltar lo siguiente: referente a la orden emitida por el presidente Pérez de que se grabara dicha presentación. En ningún momento la intervención del teniente coronel Chávez fue a través de microondas. Los distintos medios de comunicación grabaron el mensaje y salieron a llevar el correspondiente cassette a sus diferentes canales y radios”. 127

El mensaje de Hugo Chávez fue corto pero impactante:

“Lamentablemente, por ahora, los objetivos que nos planteamos no fueron logrados en la ciudad capital, es decir, aquí en Caracas, no logramos controlar el poder. Ustedes lo hicieron muy bien allá, pero ya es tiempo de evitar más derramamiento de sangre” 128

En ese momento no tuve oportunidad de escuchar el mensaje de Hugo Chávez, Su efecto fue totalmente desmoralizador para los oficiales insurrectos. El compromiso era no entregar las armas sino en circunstancias muy difíciles. No podían entender las razones que habían privado en el espíritu de Hugo Chávez para rendirse sin combatir, teniendo bajo su mando un batallón de paracaidistas bien armado y pudiendo defenderse con éxito en el Museo Militar.

127 Ídem.

128 Jiménez Sánchez, Iván, *op. cit.*, p. 252.

Un sorprendente carisma

La presentación en la televisión de Hugo Chávez ha sido duramente criticada por distintos historiadores que, casi desde ese mismo momento, lo consideraron un gravísimo error. Yo mismo lo reconocí cuando en esos días declaré que “el 4 de Febrero había sido una derrota militar pero una victoria política”. Lo primero que debo resaltar es el inmenso impacto que tuvo en la opinión pública la corta intervención de Hugo Chávez en la televisión. ¿Era eso previsible? Sin duda que no. Hugo Chávez era un oficial que nunca había tenido oportunidad de presentarse antes los medios de comunicación y nadie conocía sus condiciones histriónicas. Tampoco era posible imaginarse el impacto que iba a tener en la opinión pública una intervención tan corta de un oficial que estaba derrotado y que además se había rendido sin combatir, permitiendo que sus compañeros de aventura arriesgaran su vida mientras él permanecía a buen resguardo detrás de los gruesos muros del Museo Militar.

¿Evaluó el Alto Mando Militar con suficiente objetividad la situación militar para recomendar esa solución al presidente de la República y al ministro de la Defensa? Estoy convencido de que la recomendación fue acertada. En el momento en que el almirante Daniels me solicitó autorización para hacerlo era imprescindible lograr la inmediata rendición de las unidades insurrectas. De continuar los combates, que con facilidad podía ocurrir, la estabilidad del gobierno constitucional se vería comprometida, ya que era muy difícil prever la actuación que podían tener muchos oficiales, no sólo los comprometidos que no se habían alzado, sino otros que ante la situación de combatir con sus propios compañeros de armas podían verse tentados a desobedecer a los mandos militares. El compañerismo y el espíritu de cuerpo son valores muy arraigados en el estamento militar.

¿Fue una ligereza mía no obedecer la orden del presidente Pérez de grabar dicha intervención antes de hacerla pública? La certeza que me transmitió el almirante Daniels de la posibilidad de que se iniciara un enfrentamiento entre la unidad de tanques que rodeaba la Base Libertador y los F-16 era de tal gravedad que exigía tomar de inmediato una decisión. No era posible regresar al despacho del presidente Pérez a discutir las ventajas y desventajas de esa decisión. Hacerlo habría sido una irresponsabilidad. Posiblemente, se hubiese iniciado el combate. El error no fue presentar a Hugo Chávez en la televisión, sino permitir que lo hiciera perfectamente uniformado, con la boina roja de paracaidista y con cierta actitud de rebeldía. ¿Cómo fue posible que Hugo Chávez, derrotado como estaba, se presentara de esa manera? ¿Habían previsto su posible intervención en la televisión? ¿Prepararon el mensaje durante la hora y media que duró el traslado desde La

Planicie al Museo Militar? Fernán Altuve Febres, en algunas declaraciones que ha dado, sostiene esta versión de los hechos.

El general Santeliz y yo estamos distanciados desde hace varios años. Nuestra última conversación fue en diciembre del año 2000. Tenemos distintas posiciones políticas. Él, sin ocupar un cargo de gran relieve en el gobierno del presidente Chávez, ha mostrado simpatía por sus ideas. Yo lo he combatido desde antes de llegar al poder en 1998. Al analizar su actuación de ese día, tanto al presidente Pérez como a mí, nos han surgido importantes dudas. Permanentemente, en nuestras conversaciones sobre el tema, el presidente Pérez ha mantenido que la presencia del general Santeliz y del señor Altuve Febres en Miraflores tenía un objetivo determinado: atentar contra su vida. La insistencia en esta acusación me hizo que, en esa conversación en el año 2000, le preguntara al general Santeliz la verdad o falsedad de esta percepción de Carlos Andrés Pérez. Su respuesta no sólo me molestó sino que la consideré totalmente inaceptable: “Fernando, esa noche el presidente Pérez salvó su vida porque Fernán Altuve y yo nos dimos cuenta que, para poder detenerlo o atentar en contra de él, teníamos que matarte. Eso lo impidió. Díselo al presidente Pérez, cuando te toque el tema”.

¿Tenía conocimiento el general Santeliz del día y hora del alzamiento? Estoy convencido de que no. Un oficial que está comprometido en una insurrección militar no se encuentra durmiendo a la hora de la sublevación ni hubiera sido detenido por la compañía del Regimiento Codazzi que rodeaba el Ministerio de la Defensa. Por el contrario, si creo que tenía suficiente información sobre la conspiración. Recuerdo que en una conversación que tuve con él en el mes de enero de 1992, en una de las cuentas rutinarias que me daba como Director de Planificación y Presupuesto, me informó sobre una posible conspiración, en la cual estaría comprometido el general Carlos Santiago Ramírez. En verdad, siempre evitaba tratar este tema con el general Santeliz. MI respuesta fue terminante: “Ramón, si se alzan les echamos plomo”. De inmediato le cambié el tema. En estos días conversé sobre estos asuntos con el teniente coronel Jesús Urdaneta Hernández en un bautizo. Él me explicó, que para los jefes de la insurrección, era conocida mi posición de lealtad al gobierno constitucional. Justamente, me repitió la frase que yo le había dicho al general Santeliz.

El teniente coronel Francisco Arias Cárdenas, oficial muy amigo del general Santeliz, narró en la entrevista que le hizo Alberto Garrido en su libro “De la guerrilla al militarismo” lo siguiente: “Hay quienes sostienen que ese día se plantearon dos golpes. Creo que la persona que pudiera responder eso es Ramón Guillermo Santeliz. El estuvo siempre enterado de lo que hacíamos. Santeliz era Jefe de Planificación del Ministerio de la Defensa y compadre de Ochoa. Él me llevó una vez a hablar directamente con Ochoa Antich. El

ministro estaba tocando a los muchachos nuestros, se reunía con ellos, hablaba contra el gobierno. Le dije a Santeliz Ruiz: “Deseo hablar con el ministro”. No nos recibió. Hubiéramos aclarado algunas cosas. Nunca pude saber hasta que punto estuvo Ochoa Antich esperando un golpe o montando otro”. En realidad, recuerdo que el general Santeliz me llamó por el intercomunicador en esa oportunidad y me pidió que recibiera al teniente coronel Arias Cárdenas. Lamentablemente, en ese momento, me llamó el presidente Pérez a una reunión en Miraflores. Por eso no lo recibí. Posteriormente, no insistió en verme.

El general Santeliz, en esa última conversación personal que tuvimos en el año 2000, me explicó que el teniente coronel Arias Cárdenas le había pedido que tratara de comprometerme en el alzamiento. El general Santeliz le respondió: “Eso no es posible. Si trato de tocarle el tema, se molesta y puede hasta ofenderme. Por el contrario, si tú hablas con él como eres su subalterno te escuchará. El teniente coronel Arias no insistió en conversar conmigo por la oposición que tuvo Hugo Chávez de que se me informara sobre la conspiración. Es verdad, que el teniente coronel Arias Cárdenas tenía motivos para preocuparse. Desde que fui designado Comandante de la Tercera División de Infantería en Caracas había iniciado un esfuerzo de acercamiento con numerosos oficiales subalternos. Ese esfuerzo lo mantuve en el Ministerio de la Defensa. En mis conversaciones trataba de influir en su manera de pensar. Es difícil evaluar el efecto que pudo tener estas conversaciones en esos oficiales. Lo que sí puedo afirmar responsablemente es que el número de oficiales comprometidos en la asonada militar se redujo significativamente. ¿Hubiese aceptado dirigir un golpe de Estado contra el presidente Pérez? No, mis vinculaciones familiares con él eran demasiado profundas para hacerlo. Además, siempre he considerado que las sublevaciones militares han tenido un inmenso costo para Venezuela.

Inquietud en los cuarteles

Se rinden los alzados

Las unidades sublevadas se rindieron en dos tiempos: unas lo hicieron antes de que hablara el teniente coronel Hugo Chávez Frías por la televisión y otras, después. La primera unidad insurrecta que decidió rendirse fue la compañía de paracaidistas del Batallón “José Leonardo Chirinos”, al mando del capitán Carlos Guillén Bello, que tenía por misión tomar las distintas alcabalas de Fuerte “Tiuna” para impedir que pudieran salir unidades leales a reforzar Miraflores. Sorprendentemente, se rindió sin combatir en la alcabala No. 3 de Fuerte Tiuna a las 00:15 a.m. del 4 de febrero. El presidente Pérez todavía no se había dirigido a los venezolanos. En ese momento, la insurrección parecía exitosa. La segunda unidad que se rindió fue la compañía del Batallón de Paracaidistas “Antonio Nicolás Briceño” que atacó la Comandancia General de la Armada.

“Fue entonces que, en medio del combate, recibí unos impactos de balas, el primero en mi mano derecha, dejando mi dedo pulgar colgando de los tendones, dos en el pecho y dos en la pierna izquierda, a la altura del muslo... No quería por ningún motivo que se supiera de mi situación, ya que los soldados podían perder el ímpetu en el ataque y abortar la misión. Me preocupaba quedar mal ante el teniente coronel Hugo Chávez. Me sentía impotente, ya que en varias oportunidades traté de tomar mi fusil y se me deslizaba de mi mano bañada en sangre...El subteniente Márquez Flores se dio cuenta de la situación de mi mano, me colocó un torniquete y me condujo hasta la policlínica Caracas. Allí fui atendido por los médicos de guardia”.¹²⁹ Posteriormente el teniente Wilfredo Figueroa Chacín rindió su unidad al capitán de corbeta, Jefe de Servicio de la Comandancia de la Armada. Eran aproximadamente la 1:45 a.m.

Los oficiales y soldados, pertenecientes al Grupo de Artillería “José Félix Ribas” y al Grupo de Caballería “Juan Pablo Ayala”, que atacaron Miraflores se rindieron cerca de las 2:45 a.m. Su acción sobre el palacio presidencial no logró el éxito esperado. Los oficiales comprometidos no abrieron las puertas del regimiento de la Guardia de Honor. Al llegar las unidades insurrectas a Miraflores tomaron la calle interna del palacio de Miraflores y entraron a la antesala presidencial. Nunca estuvieron claras las razones que incidieron para que el Regimiento de la Guardia de Honor no hubiera aplicado el plan de defensa inmediata, apenas el contralmirante Iván Carratú Molina fue informado del alzamiento ocurrido en Maracaibo. De

¹²⁹ Ángela Zago. **Op. cit.** Entrevista al teniente Freddy Rodríguez, p. 130.

haberse hecho, las tropas insurrectas no hubieran entrado al interior de Miraflores.

El combate fue muy violento en las dos primeras horas del ataque. Durante ese tiempo fueron heridos los capitanes Ronald Blanco La Cruz y Antonio Rojas Suárez. Esos oficiales mantuvieron una valiente actitud hasta que fueron evacuados al Hospital Militar. Por el contrario, los mayores Pedro Alastre López y Carlos Díaz Reyes carecieron de liderazgo para influir en el combate. Cerca de las 2:30 a.m. se comunicaron telefónicamente con el teniente coronel Rommel Fuenmayor León e iniciaron negociaciones para rendirse ante la certeza de la cercanía de la Fuerza de Tarea. A las 2:45 a.m. entregaron las armas. Sin duda, la falta de apoyo del Batallón de Paracaidistas “Briceño”, reserva de la operación, condujo al fracaso del ataque a Miraflores.

A esa misma hora se rindió la compañía del Regimiento “Codazzi” que había rodeado el Ministerio de la Defensa y la Comandancia General del Ejército. Esa unidad no tenía suficiente poder de fuego para enfrentar un combate con las unidades leales acantonadas en Fuerte Tiuna. La movilización del Regimiento de Comunicaciones del Ejército, al mando del coronel John Torres Aquino, era cuestión de minutos. El general Humberto Betancourt Contreras logró convencer al capitán Humberto Ortega Díaz para que se rindiera. El capitán Ortega entregó sus armas en la propia oficina del general Pedro Rangel Rojas. Los oficiales comprometidos fueron enviados detenidos al Regimiento de la Policía Militar “José de San Martín”. El coronel Raúl Salazar Rodríguez tomó el mando de la compañía insurrecta y la condujo a la sede del Regimiento “Codazzi”. A partir de ese momento la normalidad regresó a Fuerte Tiuna.

La compañía de tanques del Batallón “Pedro León Torres”, comandada por el capitán Ángel Godoy Chávez, se dirigió con gran rapidez hacia Caracas por la Autopista Regional del Centro. El general Alfredo Salazar Montenegro, director de Logística del Ejército, envió dos compañías comandadas por el coronel Norberto Villalobos Fuenmayor a organizar una posición defensiva a la salida del túnel de los Ocumitos. El coronel Villalobos Fuenmayor al llegar a Tazón tomó la iniciativa de obligar a los conductores de gandolas, que normalmente pernoctan en ese peaje, a colocar sus vehículos cerrando totalmente las dos vías de la autopista. El número de gandolas alcanzaba a más de cuarenta. Tomó personalmente las llaves. Al mismo tiempo colocó a las dos compañías en una posición defensiva en los bordes de la autopista.

La compañía de tanques llegó a Tazón cerca de las 1:30 a.m. Al ver interrumpida la vía trató de forzar el paso pero recibió fuego de la compañía del Regimiento Logístico del Ejército. La situación se mantuvo estable por

más de una hora. El coronel Fuenmayor le envió un mensajero al capitán Godoy Chávez invitándolo a conversar en un sitio intermedio entre las dos unidades. Los dos se desplazaron por la autopista hasta encontrarse. El coronel Fuenmayor le informó al capitán Godoy que la insurrección había fracasado, que el presidente Pérez se estaba dirigiendo constantemente al país a través de los medios de comunicación y que ya varias de las unidades insurrectas habían depuesto sus armas. El capitán Godoy reflexionó unos minutos y tomó la decisión de rendirse. Eran aproximadamente las 3:30 a.m.

Mientras el teniente coronel Francisco Arias Cárdenas se dirigía a la residencia de gobernadores a hablar, por segunda vez, con el doctor Oswaldo Álvarez Paz, gobernador del estado Zulia, el general Richard Salazar Rodríguez y el teniente coronel Rubén Calderón Matheus, comandantes de la 11 Brigada de Infantería y del Grupo de Artillería “Freites” respectivamente, entraron al cuartel “Libertador” con la finalidad de convencer a los oficiales insurrectos que depusieran las armas. El cuartel Libertador se encontraba rodeado por efectivos del Batallón Blindado “Bravos de Apure”, del Grupo de Caballería Mecanizado “Francisco Esteban Gómez” y de los batallones de Infantería “Aramendi” y “Venezuela”. A partir de ese momento, se inició un proceso de conversación con los oficiales insurrectos de las distintas unidades que tenían tomados algunos objetivos civiles con la finalidad de lograr su rendición. Progresivamente fueron deponiendo sus armas. El general Néstor Lara Estraño tuvo un gesto de gran valor personal al interponerse en el fuego que realizaba una unidad militar que rodeaba a la DISIP para evitar la continuación del combate.

El teniente coronel Arias Cárdenas, al regresar del sobrevuelo que hizo en helicóptero sobre la ciudad de Maracaibo, decidió entregar la Base “Rafael Urdaneta” a su comandante a las 10:30 a.m. En la tarde fue trasladado detenido por vía aérea a Caracas. Uno de los mitos más repetido sobre el 4 de Febrero ha sido el supuesto éxito militar del teniente coronel Francisco Arias Cárdenas en el estado Zulia. En un tiempo se trató de comparar este triunfo con el fracaso militar de Hugo Chávez Frías en Caracas. Considero que la actuación del teniente coronel Arias Cárdenas fue no sólo desacertada sino cobarde. Es imposible explicar su salida del Cuartel “Libertador” a un innecesario recorrido por la ciudad de Maracaibo en lugar de permanecer junto a sus oficiales y soldados para dirigirlos en un posible y casi seguro combate. Por suerte, esa falta de valor personal facilitó la toma sin derramamiento de sangre del Cuartel “Libertador”. Tampoco puede explicarse con facilidad las razones por las cuales no intentó tomar las principales unidades militares del estado Zulia, favorecido como estaba, por el factor sorpresa.

El teniente coronel Miguel Ortiz Contreras entregó el Cuartel “Páez” a las 11 a.m. A esa misma hora, se rindió el capitán Carlos Guyón Celis, recuperándose el control del comando de la IV División de Infantería. “Yo tenía cierta comunicación con Valencia. Y me decían: la gente de Valencia está dura... Empezaron a sobrevolar los aviones, compañeros nuestros, nos pasaban rasantes... Los soldados me dijeron: venga para que vea que mi comandante Chávez se entregó y está pidiendo que nos rindamos. Reuní a los oficiales y les dije: el que se quiera entregar, vaya y se entrega. Están las puertas abiertas. Pero se quedaron. Ninguno se movió. Y ese gesto a mi me conmovió... Y algo me vino a la mente y me dije: ¿Quién eres tú para llevar a todos estos jóvenes y a toda esta gente a una muerte segura, sin ningún sentido, cuando ya todos los demás se han entregado?”¹³⁰. El teniente coronel Jesús Urdaneta Hernández se rindió en el comando de la IV División a las 11:30 a.m. Minutos antes el mayor Carlos Torres Numberg se había desplazado con la compañía de paracaidistas y los tanques de apoyo desde los alrededores de la Base “Libertador” hasta la sede de la Brigada de Paracaidistas.

La Brigada Blindada fue la última unidad en deponer las armas. El teniente coronel Félix Sánchez Sivira, quien había logrado recuperar el control del Grupo de Artillería Autopropulsado “Jacinto Lara”, recibió una llamada del vicealmirante Daniels a las 11:30 a.m. Después de saludarlo, le informó que le iba a comunicar al teniente coronel Hugo Chávez. Este le pidió informara a los oficiales sublevados que la operación había fracasado en Caracas, que él se había rendido y que ya no se justificaba continuar con el derramamiento de sangre. A esa hora, los comandantes de unidades habían controlado sus respectivos batallones. El Comando de la Brigada fue recuperado cerca de la 1:30 p.m. El general Ferrer fue liberado por los oficiales sublevados. “El almirante Daniels me llamó por teléfono y me ordenó enviar detenidos a los oficiales insurrectos por tierra a Caracas, pero el Comando General del Ejército envió un helicóptero para trasladarlos a la Policía Militar”.¹³¹

Frente a frente

Permanecí una hora más en Miraflores. Al ver normalizada la situación militar me despedí del presidente Pérez con la intención de trasladarme al Ministerio de la Defensa. Tomé mi automóvil. Me acompañaban el coronel Rubén Medina Sánchez y el mayor Edgar Ramírez Moyeda. Al salir de Miraflores consideré mi obligación visitar a la señora Blanca Rodríguez de Pérez, quien había demostrado un gran valor al apoyar activamente la defensa de La Casona. Además sentía vergüenza de la manera tan criminal como había

¹³⁰ Blanco Muñoz, Agustín, *El comandante irreductible*, pp. 91-93.

¹³¹ Ferrer Barazarte, Juan, *entrevista*.

sido atacada la residencia presidencial conociéndose de antemano que el presidente Pérez se encontraba en Miraflores. Allí sólo permanecían la primera dama, sus hijos y sus nietos. Llegué a La Casona cerca de las 3:30 p.m. Las paredes del muro que rodea la residencia presidencial y los techos mostraban las huellas del ataque. Blanca de Pérez me recibió de inmediato. Admiré su serenidad. Con detalle me narró lo ocurrido. No había manera de justificar éticamente la actuación de la unidad militar insurrecta. Conversé más de media hora con ella, con sus hijos y sus nietos. Me despedí, tomé el automóvil y me dirigí a Fuerte Tiuna.

Al llegar al Ministerio de la Defensa subí a mi oficina. En un salón a la entrada del comedor del ministro se encontraba detenido Hugo Chávez, acompañado de los vicealmirantes Elías Daniels y Germán Rodríguez Citraro y de los generales Iván Jiménez Sánchez y Ramón Santelíz Ruiz. Se le observaba pálido y nervioso. Al acercarme, me saludó militarmente dando muestras de respeto. De inmediato le pregunté:

– “Chávez, ¿Qué quería usted hablar conmigo que insistió tanto en que nos reuniéramos antes de rendirse?”;

– “Mi general, ofrecerle el mando del movimiento”.

– “Chávez, eso no se le ofrece a un hombre de honor. Usted parece no conocerme suficientemente bien. ¿Tiene algo más que decirme?”

– “No, mi general”.

– “general Santelíz, condúzcalo detenido a la Dirección de Inteligencia Militar”

En ese momento, el mesonero que atiende el comedor privado del ministro de la Defensa se acercó con la finalidad de preguntarme si había almorzado. Invité a los oficiales que se encontraban en el salón a acompañarme. El teniente coronel Hugo Chávez se encontraba de pie:

– “Chávez, ¿Usted almorzó?”;

– “No, mi General”

– “Lo invito, por favor acompañenos”.-

Nos sentamos en el comedor privado del ministro. Se sentía cierta tensión. Hugo Chávez, de manera particular guardaba silencio. Se encontraban presentes los vicealmirantes Elías Daniels y Germán Rodríguez Citraro y los generales Iván Jiménez Sánchez y Ramón Santelíz Ruiz. Los oficiales generales y almirantes que me acompañaban mostraban interés de hacerle algunas preguntas. El tema como era natural se redujo a la insurrección. Una interrogante que se repitió permanentemente: ¿Qué razones lo habían inducido a tomar ese camino? Su respuesta en ningún momento fue suficientemente convincente. Mantuvo, casi como un ritornelo, que los oficiales jóvenes estaban convencidos de la existencia de un elevado nivel de

corrupción en el gobierno, que el presidente Pérez iba entregar a Colombia el golfo de Venezuela y que fundamentalmente se habían insurreccionado por la incapacidad de los generales de reaccionar ante esa situación. Los oficiales generales y almirantes presentes mantuvimos como tesis la obligación constitucional de las Fuerzas Armadas de ser obedientes al poder civil.

En un momento determinado intervine para hacerle ver su responsabilidad en los hechos ocurridos:

–“Chávez, usted es responsable de los muertos y heridos que ocurrieron durante la insurrección. Son jóvenes venezolanos que perdieron injustamente la vida. Muchos de ellos fueron conducidos al combate engañados por usted y por los oficiales que se alzaron”.

Su respuesta me pareció cínica:

–“Mi general, es imposible hacer historia sin utilizar la violencia”

Molesto le respondí con dureza:

–“Chávez, usted no sólo incumplió sus deberes militares traicionando a sus superiores sino que lo hizo también con sus subalternos. Usted se rindió sin combatir. Por el contrario la mayoría de los oficiales insurrectos honraron su palabra hasta el último momento. Algunos murieron, otros están heridos. Los demás sólo rindieron sus armas después que usted lo hizo. Estaban dispuestos a morir por sus ideales. Definitivamente, usted no lo estaba”.

Chávez no respondió. Observé que mis palabras lo habían afectado profundamente. Se puso pálido. Bajó los ojos y guardó silencio. Creí prudente dar por terminada la conversación. Me levanté de la mesa. Todos se pusieron de pie. En ese momento, me dirigí al general Santeliz:

– “General, conduzca al teniente coronel Chávez a la Dirección de Inteligencia Militar”.

Chávez se levantó. Se despidió militarmente y caminó hacia la puerta. En su rostro se observaba el efecto de la derrota. Era innegable su responsabilidad en el fracaso de la asonada militar. Su indecisión de no atacar Miraflores, en las primeras horas del intento de golpe de Estado, había conducido a la derrota. Todo parecía terminado. Lo esperaban años de cárcel. Nunca pensé que los errores de una clase política y la imprudencia de nuestro pueblo pudieran cambiar su destino.

Un terremoto político

El 4 de Febrero marcó de manera sorprendente nuestro devenir histórico. Su efecto fue devastador: un verdadero terremoto político. A partir de ese momento todo lo que ha ocurrido de importante en Venezuela, en cualquiera de los campos del devenir nacional, ha tenido una estrecha relación

con el intento de golpe de Estado. Manuel Caballero afirma que “toda crisis histórica señala un proceso de cambios muy profundos, por lo general irreversible y que, aún si ella se hace más evidente en el terreno político, no se confina allí, y las transformaciones llegan a abarcar los más diversos aspectos de la vida social; desde el cambio de escenarios y actores políticos, hasta la moral individual, pasando por las más variadas fases de una cultura, tomado esto último en su sentido antropológico y no en el de simple ilustración personal y colectiva”.¹³²

En Venezuela, después de 1992, cambiaron abruptamente los escenarios y los actores políticos. La misma forma de ser del venezolano se vio profundamente afectada. Es verdad que las transformaciones que afloraron después del fracasado golpe militar habían mostrado importantes síntomas por casi dos décadas. Inexplicablemente nadie los tomó en cuenta. La dirigencia nacional permaneció sorda y ciega ante el claro cansancio que mostraba nuestra democracia. Fueron muchas las voces que exigieron profundos cambios al señalar los riesgos que existían, pero los intereses políticos y económicos se opusieron intransigentemente. Esta falta de visión no sólo afectó a los líderes políticos. Se extendió a los más diversos sectores: la Iglesia Católica, los empresarios, los sindicatos, los intelectuales, las universidades, las Fuerzas Armadas. Es difícil de explicar cómo Venezuela fue paso a paso dirigiéndose hacia un abismo.

Los disparos en la madrugada del 4 de Febrero sorprendieron a los venezolanos. El rumor de un posible golpe de Estado había estado circulando permanentemente desde el año anterior, pero nadie lo creía. Mucho menos que la insurrección militar fuese violenta. Era una especie de amnesia colectiva que había hecho olvidar nuestra historia. Todos querían una solución rápida pero pacífica de la crisis nacional. También hubo sorpresas para los sublevados. El pueblo, también sorprendido por los sucesos, permaneció en sus hogares esperando que las propias Fuerzas Armadas resolvieran el problema político. El rechazo al gobierno del presidente Pérez, que señalaban todas las encuestas, no tuvo ninguna manifestación. Sólo después de la aparición de Hugo Chávez en la televisión, fue que se generó hacia su persona una inmediata simpatía en los sectores populares. Las tropas sublevadas, antes de regresar a los cuarteles, recibieron tímidamente las primeras muestras de apoyo.

Rafael Caldera, líder fundador del partido socialcristiano COPEI y figura central de la democracia surgida en 1958, percibió la profunda transformación histórica que se había iniciado esa mañana. Su discurso en el Congreso Nacional, sin llegar a justificar plenamente el intento de golpe de

¹³² Caballero, Manuel, *Las crisis de la Venezuela contemporánea...*, p 10.

Estado, marcó una notoria diferencia con los demás líderes democráticos. Al rechazar la tesis del posible atentado en contra del presidente Pérez, no votar la suspensión de garantías, manifestar su dolor por la apatía demostrada en los sectores populares para defender la democracia y exigirle a gobierno nacional profundas rectificaciones en la orientación económica del régimen, logró impactar de tal manera a la opinión pública que, desde ese momento, sus aspiraciones presidenciales se fortalecieron de una manera definitiva.

La simpatía por la figura de Hugo Chávez se hizo arrolladora. Los medios de comunicación y los sectores de izquierda lograron transformarlo en un verdadero mito. Sin valorar, como correspondía a sectores civiles y democráticos, su traición a la Constitución Nacional y los muertos inocentes de esa madrugada, se dedicaron a fortalecer la imagen popular que su intervención en la televisión había logrado. Esta irracional postura condujo a que los detenidos en el cuartel San Carlos se transformaran en un problema político de gran magnitud por las constantes muestras de simpatía que diariamente recibían. El favorable impacto que tuvo en la opinión pública el intento de golpe de Estado comprometió gravemente la tradicional conducta institucional de las Fuerzas Armadas. En las visitas que realicé en esos días a las distintas guarniciones del país encontré un ambiente muy enrarecido. Las denuncias de corrupción que de manera pertinaz y exagerada aparecían diariamente en los medios de comunicación eran el tema permanente de conversación entre los oficiales y suboficiales.

Para colmo, el grito imprudente de “mueran los golpistas” del diputado David Morales Bello en la sesión del Congreso Nacional del 4 de Febrero tuvo un impacto muy negativo. Su frase empezó a ser utilizada en los cuarteles para demostrar de una manera fehaciente el supuesto odio que los políticos tenían hacia los militares. También fue presentada como la prueba de la intención del gobierno nacional de asesinar a los oficiales insurrectos. Esta compleja realidad me obligó a mantener en esos días una posición de independencia con relación al gobierno en mis declaraciones a los medios de comunicación. Empecé a repetir permanentemente: “Si no hay cambios en la orientación política del país habrá violencia”. Era imprescindible mantener a toda costa mi ascendiente sobre las Fuerzas Armadas. Esa necesidad también me condujo a plantearle al presidente de la República una política de apertura a favor de los detenidos militares. En exacta justicia, el presidente Pérez aceptó liberar a la mayoría de los oficiales y suboficiales detenidos, sin que influyera en su decisión la manera criminal como fue atacada su familia por efectivos militares el 4 de Febrero.

Crisis en todas partes

La situación política se observaba muy descompuesta. El cambio de Gabinete ocurrido inmediatamente después del intento de golpe de Estado fue mal percibido por la opinión pública, especialmente la designación del doctor Carmelo Lauría como ministro del Interior. En esos días hablé con el presidente Pérez sobre este asunto. Le hice ver lo inconveniente de esa designación. Me escuchó con especial atención, dándome la razón. En medio de la conversación le recomendé designar al doctor Simón Alberto Consalvi como ministro del Interior, haciéndole ver tanto sus condiciones de político hábil como de buen negociador. Insistí recordándole al presidente Pérez la necesidad que tenía su gobierno de buscar un acercamiento con Acción Democrática. El presidente Pérez se quedó pensativo. A los pocos minutos me respondió: “Ochoa, en la actual situación, Simón no sirve para ser ministro del Interior”. Con esta respuesta dio por terminada nuestra conversación. Lamentablemente pienso que estaba equivocado. Simón Alberto Consalvi hubiese sido un factor fundamental para lograr un ambiente favorable hacia el gobierno, no sólo en Acción Democrática, sino en vastos sectores nacionales.

Las difíciles circunstancias políticas que enfrentaba el presidente Pérez, le hicieron comprender la necesidad de ampliar la base de sustentación de su gobierno. Inició conversaciones con el partido COPEI. En esos días tuve conocimiento que Eduardo Fernández tenía ciertas dudas de la conveniencia de que su partido ingresara al Gabinete. Preocupado tomé la decisión de llamarlo por teléfono e invitarlo a conversar conmigo. Nos reunimos en la residencia ministerial. Deseaba explicarle la delicada situación militar que enfrentaba el gobierno. En la conversación, para demostrarle el descontento que existía en las Fuerzas Armadas, le puse como ejemplo el diálogo que había tenido ese día con un alférez de navío durante una reunión de oficiales en Maracay. El alférez me había hecho el siguiente planteamiento: “MI general, si un hermano mayor ve que su padrastró maltrata a su hermano menor, ¿cuál debe ser su actitud? Defender a su hermano menor. ¿Usted no cree que en este momento Venezuela es el hermano menor, el gobierno es el padrastró y las Fuerzas Armadas el hermano mayor? ¿Pueden permitir las Fuerzas Armadas que el gobierno siga destruyendo a Venezuela? Mi sorpresa fue aún mayor cuando masivamente el numeroso grupo de oficiales y suboficiales de todas las Fuerzas que se encontraban reunidos en el patio de ejercicio de la base “Libertador” aplaudieron por varios minutos. Mi respuesta fue amplia y convincente. Le hice ver que esa no era función de las Fuerzas Armadas. Al terminar también fui aplaudido, pero la magnitud del aplauso dejó claro que la opinión de la mayoría de los oficiales y suboficiales respaldaba la posición del alférez de navío.

La cara de preocupación de Eduardo Fernández me hizo entender que había percibido la gravedad de la situación militar. Nos despedimos

cordialmente. “En esa conversación me impuso usted de la delicada situación de las Fuerzas Armadas y me transmitió la recomendación de que COPEI, como principal partido de la oposición, diera un nuevo testimonio de respaldo a la institucionalidad democrática y aceptara la invitación a formar un gobierno de unidad nacional. Así lo hicimos. Transmití a la dirección del Partido los términos de nuestra conversación, así como la invitación del Presidente de la República para formar un gobierno de unidad nacional. El Comité Nacional después de un debate muy difícil, en el cual por cierto hubo una intervención muy dramática del ex Presidente Herrera Campíns a favor de participar en el gobierno, se decidió hacerlo. Lamentablemente el presidente Pérez no contribuyó a crear el clima de confianza que es indispensable para que una alianza de esa naturaleza pueda funcionar. Creo que él nunca apreció la magnitud del sacrificio que COPEI estaba haciendo”. 133

También hice esfuerzos para lograr que Luis Piñerúa Ordaz aceptara el Ministerio del Interior. “La situación del gobierno había quedado muy afectada. Se requería lograr constituir un gobierno de unidad nacional que le diera mayor base de sustentación. Yo le informé al presidente Pérez que lo iba a visitar. Me autorizó a hacerlo. No llevaba ninguna intención determinada. Allí, conversando con usted, me di cuenta de que la situación política era aún de mayor gravedad. En ese momento surgió la idea de tratar de convencer al señor Luis Piñerúa Ordaz de que aceptara el Ministerio del Interior. No era fácil lograrlo, ya que entre el presidente Pérez y el señor Piñerúa existía un distanciamiento personal bastante delicado. Tuve la idea de llamar al doctor Luis Oropeza con la finalidad de sugerirle nos ayudara a convencer al señor Piñerúa. Para ayudar mis argumentos lo puse a usted al teléfono para que le explicara la delicada situación militar que existía”. 134 Al día siguiente recibí una llamada de Luis Piñerúa quien deseaba hablar conmigo. Nos reunimos en la residencia ministerial. Su interés era conocer la situación militar. Le expuse ampliamente los riesgos que enfrentaba el gobierno. Los entendió plenamente. Su cara de preocupación así lo mostraba. Al terminar nuestra conversación quedé convencido de que Luis Piñerúa aceptaría el Ministerio del Interior.

133 Fernández, Eduardo, entrevista, Caracas, 6 de junio de 2006.

134 Consalvi, Simón A., entrevista.

Un sistema sin destino

Intrigas y más intrigas

La situación en las Fuerzas Armadas era cada día más complicada. El Alto Mando, en particular el comandante del Ejército, se opuso a la política militar diseñada por mí y aceptada por el presidente Pérez. Algunos de sus integrantes consideraron que era una muestra de debilidad no someter a los tribunales a todos los comprometidos en el alzamiento. No aceptaron mi tesis de que muchos de esos jóvenes oficiales habían tomado parte en la insurrección por razones de obediencia y natural solidaridad con sus compañeros. En el Ejército se desató una persecución en contra de estos oficiales que hacía imposible lograr reorientarlos a través de la convicción. Mis relaciones personales con el general Rangel ya venían deterioradas desde el 4 de Febrero. No sólo había incumplido su deber de participarme la información recibida sobre una posible insurrección, sino que inexplicablemente había entregado a los medios de comunicación un documento que él llamó “Acciones y Ordenes del Comandante General del Ejército”, en el cual falseaba la verdad al señalar que apenas había tenido conocimiento de la novedad transmitida por el capitán René Gimón Álvarez, me la había comunicado.

Otro aspecto delicado que dificultó aún más las relaciones entre el mando del Ejército y el ministro de la Defensa fue la destitución, planteada por el General Rangel, de aquellos generales a los cuales se les habían insurreccionado algunas unidades. Desde el principio, no estuve de acuerdo. Era necesario estudiar cada caso en particular. En la primera reunión del Alto Mando Militar para tratar dicho asunto, no logré el suficiente respaldo para oponerme. Tuve que aceptar el reemplazo de dichos generales. Posteriormente, en la siguiente reunión, se planteó la destitución del general Jorge Tagliaferro de Lima. En esa oportunidad me opuse de una manera terminante teniendo una discusión casi personal con el general Rangel, lo que me obligó a retirarme del salón de reuniones con la finalidad de dirigirme a Miraflores a solicitar al presidente Pérez su destitución. El General Rangel, al darse cuenta del riesgo que corría, fue hasta mi oficina con el objeto de pedirme disculpas e informarme que aceptaba mi sugerencia de mantener en el mando de la Tercera División de Infantería al general Tagliaferro. Di por terminado el incidente.

Las intrigas en mí contra se incrementaron de una manera muy importante. Mi supuesta vinculación con la sublevación militar empezó a transformarse en un rumor público. Estas intrigas tenían distinto orígenes: el círculo cercano al presidente Pérez, un sector de los oficiales insurrectos y la Dirección de Inteligencia del Ejército. El grupo cercano al presidente nunca

había estado de acuerdo con mi designación como ministro de la Defensa. En su oportunidad, sus integrantes hicieron campaña a favor del general Carlos Santiago Ramírez. El vicealmirante Héctor Jurado Toro, el general Carlos Santiago Ramírez y el general Herminio Fuenmayor, aprovechando su vinculación con ese grupo, solicitaron una audiencia al presidente Pérez con la finalidad de tratar de convencerlo de mi presunta deslealtad. No lograron el objetivo que se habían propuesto.

Un sector de los oficiales insurrectos hizo circular un documento, el 5 de febrero de 1992, dirigido al doctor Ramón Escovar Salom, Fiscal General de la República, en el cual señalaban 24 indicios por los cuales se demostraba mi vinculación con el golpe militar. Ese documento circuló ampliamente en las universidades nacionales. Posteriormente, el 8 de mayo de 1992, en una declaración realizada para el diario francés *Le Monde* mantuvieron: “Sí, el ministro estaba al corriente, pero no pertenecía al Movimiento Bolivariano, tenía un movimiento paralelo al nuestro. Logramos conocer de sus intenciones al infiltrar en sus reuniones a oficiales nuestros. Ellos concebían un Plan “Jirafa” que consistía “en dejarnos actuar”, conocían nuestros movimientos, tenían identificados a los líderes, el día y la hora de nuestra operación y no hicieron nada por detenerla. Al contrario algunos de nuestros oficiales pensaron que el general Ochoa era el líder del movimiento”.¹³⁵ La Dirección de Inteligencia del Ejército empezó a crear rumores y a lanzar en los cuarteles panfletos, en los cuales se me señalaba como traidor al Movimiento Bolivariano 200

Estos ataques me causaron gran preocupación, ya que debilitaba mi posición política. La situación llegó a ser tan delicada que el presidente Pérez en un almuerzo, en casa de su hija Martha, me dijo en alta voz: “Ochoa, permanentemente me dicen que lo destituya y yo no lo hago” Un poco molesto le respondí: “Eso es verdad presidente, se lo agradezco mucho, pero también es cierto que a mí me dicen todos los días que lo amarre y yo no lo hecho”. Hubo un ligero silencio... El presidente Pérez, con la habilidad que lo caracteriza, se rió tomando en broma mi señalamiento y yo hice lo mismo, pero entendí que si no tomaba alguna actitud, las intrigas lograrían su objetivo. En ese momento decidí renunciar.

Durante una cuenta al presidente Pérez, con absoluta sinceridad le hice ver la percepción que yo tenía de su pérdida de confianza hacia mi persona. Le recordé que unos días antes me había interrogado sobre mis actividades el 3 de febrero en Maracaibo demostrando cierta duda sobre mi actuación. El presidente Pérez al escuchar mi planteamiento brincó de la silla presidencial y con un gesto muy convincente me dijo: “Ochoa, yo no he dudado de usted ni

¹³⁵ Jiménez Sánchez, Iván, *op. cit.*, p 249.

una pizquita” utilizando un giro idiomático muy tachireño y señalando con la uña un mínimo espacio. Para convencerme aún más de la confianza que tenía en mi persona me recordó la vieja amistad familiar que nos unía. Fueron tan expresivas sus palabras que quedé convencido que mantenía hacia mí la confianza de siempre. Terminamos la conversación gratamente...

Mi actuación el 4 de Febrero es uno de los grandes mitos de ese día. No he logrado convencer a los venezolanos, por más que me he cansado de explicar los hechos con razonamientos bien fundamentados. En distintas oportunidades, Carlos Andrés Pérez ha sostenido públicamente su certeza sobre mi lealtad. Recientemente, en un libro publicado por El Nacional y titulado *Memorias Proscritas*, dijo: “Es falso que Ochoa Antich haya estado involucrado en el golpe del 4 de Febrero. Absolutamente falso. Si hubiera estado involucrado, con sólo haberse demorado cinco minutos en avisarme, me hubieran hecho preso en La Casona o me hubieran matado. No hay la menor duda”.¹³⁶ También lo hizo el propio Hugo Chávez en el libro “Habla el Comandante”. Ante las insistentes preguntas de su autor, Agustín Blanco Muñoz, desarrollando una tesis que él llamó “el golpe permitido”, rechazó de manera terminante mi participación en la sublevación militar: “Este documento y las declaraciones que fueron desmentidas en diversas ocasiones por mí, provenían de dos fuentes, una del intento de un sector de los capitanes de confundir, de dirigir la investigación hacia el propio Ochoa, de tratar de despistar. Y por otro lado, un grupo de ellos había sido manipulado. De eso no tengo la menor duda, y llegaron a pensar que de verdad Ochoa Antich tenía un compromiso conmigo antes del 4 de Febrero y que nos había traicionado. En ese grupo de denunciadores se encuentran los capitanes Luis Rafael Valderrama, Gerardo Márquez, Ronald Blanco La Cruz y el ya nombrado sargento Freites”.¹³⁷

Estas intrigas lograron en cierta forma su objetivo. El presidente Pérez no me destituyó del cargo de ministro de la Defensa, pero confirmó mi retiro de las Fuerzas Armadas. Al hacerlo me hizo perder parte de mi capacidad para influir favorablemente en la estabilidad del gobierno y dejé de ser factor fundamental en los acontecimientos políticos. Es verdad que me designo ministro de Relaciones Exteriores, en lo que se consideró una hábil maniobra política y mi presencia en la Cancillería, en cierta forma, resolvió la salida del gobierno del partido COPEI. Estoy convencido de que mi ratificación en el Ministerio de la Defensa le hubiese dado al presidente Pérez una mayor capacidad de maniobra durante los muy difíciles acontecimientos políticos que tuvo que enfrentar en 1993. El gobierno continuó siendo asediado por distintos sectores políticos y sociales. Parecía que se hubiese llegado a un acuerdo nacional para lograr la salida por cualquier medio del presidente Pérez

¹³⁶ Hernández Ramón y Giusti Roberto, *Memorias Proscritas*, Los libros de El Nacional, editorial CEC, S.A. p.

¹³⁷ Blanco Muñoz, Agustín, *Habla el Comandante* p 265-266.

del poder. Algunos de esos sectores políticos y sociales, de distintas ideologías, tomaron el camino de la conspiración.

Consejos para gobernar

El presidente Pérez tomó un conjunto de medidas para demostrarle al país su decisión de producir cambios trascendentes en la orientación del gobierno. Reorganizó el Gabinete, con la presencia de varios ministros provenientes del partido socialcristiano COPEI, miembros de Acción Democrática y algunos independientes. Designó un Consejo Consultivo presidido por el doctor Ramón J. Velásquez y formado por relevantes personalidades nacionales. Entre ellas “debo recordar a los doctores Ramón J. Velásquez, Domingo Maza Zavala, Ruth de Krivoy, Pedro Rincón Gutiérrez, Pedro Palma, José Melich Orsini y yo, quienes nos dedicamos, con gran responsabilidad, a analizar la difícil situación que vivía el país para recomendarle al presidente Pérez un conjunto de medidas que le permitiera enfrentar la compleja situación política y social que vivía Venezuela”¹³⁸. También reorientó en parte su política económica, demostrando esa intención con la remoción del ministro de Planificación, Miguel Rodríguez. “Lamentablemente nuestras sugerencias no fueron realmente tomadas en cuenta. Además, los medios de comunicación empezaron una campaña en contra de nuestras recomendaciones llamándolas lista de lavandería, que progresivamente fue debilitado el impacto inicial que tuvo la designación del Consejo Consultivo”.¹³⁹

Las acciones emprendidas por el presidente Pérez fueron insuficientes. El esfuerzo realizado para imponer el proyecto neoliberal había comprometido de manera importante su capacidad de maniobra. “Es muy posible que no hubiese alternativa a su programa económico, pero eso no lo autorizaba a imponerlo sin haberse tomado el trabajo de proponerlo”¹⁴⁰. Era verdaderamente difícil que el presidente Pérez pudiese convencer a los venezolanos de la necesidad del ajuste económico. En más de una oportunidad, en las discusiones de Gabinete, dividido claramente en tres sectores: neoliberales, socialdemócratas e independientes, observé las dudas que tenía sobre el proyecto económico. Era imposible imaginarse al presidente Pérez tratando de venderle al país la necesidad de las medidas, pues su ideología socialdemócrata se lo impedía.

El respaldo popular que produjo el intento de golpe de Estado del 4 de Febrero y la imagen heroica de los insurrectos creada por los medios de comunicación tuvo un profundo impacto en algunos sectores políticos, tanto

¹³⁸ Aguilar, Pedro Pablo, entrevista, Caracas, 30 de junio de 2006.

¹³⁹ Velásquez, Ramón J, Entrevista, Caracas, 11 de julio de 2006.

¹⁴⁰ Caballero, Manuel, *La gestación de Hugo Chávez*, p.115.

de izquierda como de derecha, enemigos tradicionales de Acción Democrática. Convencidos de la debilidad del gobierno, iniciaron conversaciones con algunos oficiales descontentos. Al realizar los contactos conspirativos se dieron cuenta que mi ascendiente sobre las Fuerzas Armadas, incrementado de manera importante por mi posición en defensa de los oficiales subalternos que se habían sublevado, era un factor a considerar en sus planes. De inmediato empezaron a buscar la manera de contactarme. Entre los meses de marzo y abril de 1992, tuve tres largas conversaciones con los doctores Arturo Uslar Pietri y Manuel Quijada, así como los contraalmirantes Hernán Grüber Odremán y Luis Cabrera Aguirre.

El doctor Uslar Pietri, por quien siempre sentí una gran admiración, era viejo amigo de mi familia. Él y mi padre fueron víctimas de la Revolución de Octubre. Ese afecto me condujo a organizar en el mes de noviembre de 1991 un acto en su honor en el teatro de la Academia Militar. El presidente Pérez tuvo la amplitud política de aceptar que las Fuerzas Armadas le rindieran ese homenaje. No le importó que una de las voces más críticas de su gestión fuera justamente la del doctor Uslar Pietri. Su gesto llegó hasta el punto de asistir al acto. Mi discurso fue polémico. Enjuicié con dureza el golpe de Estado en contra del general Isaías Medina Angarita. El homenaje, como era de esperarse, tuvo algún impacto político.

La conversación con el doctor Uslar la promovió mi amigo Fernán Frías. Nos reunimos una noche a comer en el apartamento de José Antonio Rodríguez. La reunión fue cordial, pero de inmediato surgieron profundas diferencias en nuestras posiciones. Arturo Uslar creía que la única manera de encontrarle solución a la crisis política era a través de la salida, de alguna manera, de Carlos Andrés Pérez de la Presidencia de la República. Por el contrario, yo estaba convencido de que su salida de la Presidencia produciría un agravamiento de las tensiones políticas y militares, las cuales comprometerían la estabilidad del régimen democrático. La discusión se prolongó por varias horas. Al terminar la cena, nos despedimos con el afecto de siempre, pero los dos entendimos que existían grandes diferencias en nuestra manera de valorar la difícil situación nacional.

Sería injusto decir que Arturo Uslar me invitó a conspirar. No lo hizo, pero no se puede olvidar que él pertenecía al grupo de Los Notables. Algunos de sus miembros, fundamentalmente José Antonio Cova, habían iniciado contactos con militares descontentos. No dudo que esos oficiales le hicieron ver la importancia que tendría para un intento conspirativo convencerme de que no era posible resolver la crisis política sin la salida de Carlos Andrés Pérez de la Presidencia de la República. Era público el afecto que yo sentía por el doctor Uslar. Nadie mejor que él para presentarme los riesgos que corría Venezuela en tan complejo momento histórico. Fernán Frías siempre

me recuerda con sentido crítico esa reunión. Al ver la tragedia que vive actualmente el país considera que mi posición fue equivocada. No lo creo. Un golpe de Estado habría abierto una crisis política de consecuencias impredecibles que hubiera impuesto el liderazgo de Hugo Chávez. Repetir el caso del general Mohamed Naguib, jefe del golpe de Estado en contra del rey Faruk en 1952, y el coronel Gamal Abdel Nasser no era mi vocación. Además, siempre tuve en mi mente, en esos difíciles días, la tragedia que significó para el coronel Carlos Delgado Chalbaud aceptar la tesis de derrocar al presidente Rómulo Gallegos impuesta por el teniente coronel Marcos Pérez Jiménez. Su debilidad que le costó la vida.

Al doctor Manuel Quijada no lo conocía. Utilizó mi amistad con Maruja Tarre para solicitarme una cita. Lo invité a almorzar en el Ministerio de la Defensa. El doctor Quijada fue mucho más directo. Observé que mantenía vinculaciones estrechas con los oficiales detenidos en la cárcel de Yare. Su conversación conmigo sólo buscaba medir mi actitud con relación al gobierno del presidente Pérez. Mi posición fue clara y terminante: no apoyaría ningún intento conspirativo en contra del gobierno constitucional. Le hice ver que no era verdad que los oficiales insurrectos tenían un total apoyo en las Fuerzas Armadas. Le expliqué, que para ese momento, el prestigio de los jefes del alzamiento del 4 de Febrero había empezado a disminuir. Las críticas sobre la actuación de Hugo Chávez ese día debilitaban su ascendiente sobre las Fuerzas Armadas. Me di cuenta que no logré convencerlo. Maruja Tarre con inteligencia terciaba cuando observaba que la discusión se hacía complicada. Nos despedimos con cordialidad, pero convencidos los dos de que habíamos perdido el tiempo.

A la semana siguiente me visitaron en la residencia ministerial los almirantes Hernán Grüber Odremán y Luis Cabrera Aguirre. Conversamos por varias horas. Traté de convencerlos de que el único camino posible para enrumbar el país era la vía institucional. La discusión tuvo momentos complicados, ya que en algunas oportunidades sus argumentos eran difíciles de rebatir. Su actitud era muy crítica. Las observaciones que me hicieron no sólo se referían a problemas estructurales de las Fuerzas Armadas sino que señalaban graves errores en la conducción del país. Exigían una posición de las Fuerzas Armadas ante la crisis que vivía Venezuela. Les expliqué que la única posición posible era respaldar al gobierno constitucional. Cualquier otra produciría una profunda división en las Fuerzas Armadas.

El impresionante cacerolazo en contra del gobierno nacional fue una circunstancia muy difícil que tuve que enfrentar en esos días. Las Fuerzas Armadas estaban acuarteladas. Se esperaban grandes alteraciones del orden público. Me encontraba en mi despacho cuando un ruido empezó a tomar forma. Provenía de los barrios que quedan frente al Ministerio de la Defensa.

Al mismo tiempo, se empezaron a apagar y a encender las luces. En ese momento se abrió la puerta de mi despacho y sin anunciarse entró un grupo de generales y almirantes que rodearon mi escritorio. Se veían exaltados. El vicealmirante Germán Rodríguez Citraro me preguntó en alta voz:

--“¿Ministro, cual será su actitud de continuar la crisis política?”

Sorprendido por la actitud del grupo de oficiales llegué a pensar que la intención era detenerme según la respuesta que diera. Empecé a responder con gran prudencia:

– “Ustedes saben que mi actuación siempre ha tenido por norte defender a las Fuerzas Armadas. La situación nacional es muy delicada, pero si derrocamos al gobierno constitucional lo único que lograremos es incrementarla. Piensen en el problema internacional y en la misma estabilidad interna”. El ruido que se escuchaba me hizo ir subiendo el tono de voz.

– “Creo que la posición que debe tomar las Fuerzas Armadas es presentarse unidas ante los venezolanos para poder ser una reserva moral si la crisis toma magnitudes mayores a las actuales. Pienso que todavía la crisis se puede conducir dentro de los límites de la legalidad democrática”.

En ese momento cesó el cacero lazo. Mi voz se escuchó con gran fuerza.

-- “Les repito, creo que la crisis se puede conducir todavía dentro de los límites de la legalidad democrática”.

Me levanté de la silla y continué desarrollando mi tesis. A los diez minutos pidieron permiso para retirarse. Comprendí que la estabilidad del gobierno nacional hubiese estado comprometida, si el cacero lazo hubiese estado acompañado de grandes desórdenes públicos.

Un liderazgo sin visión

Las bases fundamentales de la democracia venezolana se resintieron gravemente después del 4 de Febrero. El impacto psicológico del intento de golpe militar y del discurso de Rafael Caldera había trastocado la alianza política surgida en 1958. Los partidos políticos, la Iglesia Católica, los sindicatos, los empresarios, y los militares estaban desorientados. En lugar de unirse para enfrentar al enemigo común, como se había hecho al inicio de la democracia, creyeron equivocadamente que la forma de solucionar la delicada situación política era responsabilizar al gobierno del presidente Pérez de todos los vicios existentes. La dirigencia nacional no logró entender la urgencia de los cambios. Permanentemente los esfuerzos que se hicieron para realizar importantes transformaciones políticas, económicas y sociales terminaron en rotundos fracasos, creando en la mayoría de los venezolanos un sentimiento de frustración que se fue transformando en un rechazo al sistema político.

El Caracazo, el estallido popular del 27 de febrero de 1989, fue el primer síntoma de alerta sobre la profundidad de la crisis nacional. “No era la primera vez que los ciudadanos hacían de la calle el dominio de su protesta. Por entonces resultaba un lugar común proclamar que la sociedad civil parecía renacer en Venezuela, que la pasividad del clientelismo populista comenzaba a ser sustituida por la organización y la lucha de los ciudadanos, que la paz social daba paso a un creciente proceso de confrontaciones incesantes. Decíamos que también las clases medias –esa hechura del populismo venezolano– mostraban su rostro en el complejo mapa de la lucha de clases... Pero esta vez la protesta –su motivación coyuntural– ingresó al engranaje de las tendencias históricas cuya hondura era de orden estructural: el quebrantamiento de la promesa populista parecía cohesionar, solidarizar, otorgar entidad a fuerzas de dimensión hasta entonces desconocidas”.¹⁴¹ Tampoco, la dirigencia nacional hizo un esfuerzo para entender el significado político de los dos intentos de golpes de Estado.

Los Notables, grupo constituido por personalidades de importante trayectoria nacional, entre los cuales estaban: Arturo Uslar Pietri, Miguel Ángel Burelli Rivas, María Teresa Castillo, Alfredo Boulton, Ernesto Mayz Vallenilla, Arnoldo Gabaldón, Domingo Maza Zavala, José Melich Orsini y José Vicente Rangel, emitieron el 1º de agosto de 1990 un importante documento dirigido al presidente de la República, a los senadores y diputados y a los partidos políticos que resumía la crisis que atravesaba la democracia venezolana: “Desde hace mucho tiempo se ha hecho patente la necesidad de introducir reformas sustanciales en el funcionamiento del Estado y de sus órganos, hacer más eficaz y responsable la administración pública, pasar de una economía y una sociedad subsidiadas por la renta petrolera a otras distintas, más sanas, estables y progresistas, que tengan por objeto hacer efectiva la representación democrática, la participación popular y lograr una economía para una sociedad más libre, más justa, más segura de sí misma... No se puede esperar más tiempo.”¹⁴²

La necesidad de realizar grandes transformaciones con la finalidad de relanzar el proyecto nacional surgido en la década de los treinta era permanentemente rechazada por todos los sectores privilegiados del régimen. Nadie quería ver el riesgo que corría la democracia venezolana. El proyecto de transformación nacional presentado por el presidente Pérez hubiese podido ser exitoso si la dirigencia nacional hubiera comprendido la gravedad de la situación. Lamentablemente no entendieron los riesgos históricos que enfrentaba Venezuela. La muy delicada situación que vive actualmente nuestro país se originó de esa incomprensión. Fueron demasiados los errores y las

¹⁴¹ Ochoa Antich, Enrique, *op. cit.*, p 21

¹⁴² Documento de Los Notables, *El Nacional* 10 de agosto de 1990.

inconsecuencias. Nuestro pueblo perdió la fe y las esperanzas. El fracaso de los partidos políticos comprometió de manera definitiva el destino de la democracia venezolana.

Canciller de la República

“Las relaciones entre COPEI y el presidente Pérez fueron difíciles desde el mismo momento en que mi partido empezó a formar parte de su gobierno. Nuestras visiones eran distintas en muchos asuntos. Uno de ellos era el convencimiento que tenía mi partido de que los problemas venezolanos tenían que enfrentarse y resolverse en el país. La salida del Gobierno se produjo por un incidente que puso en evidencia la falta de comprensión del presidente Pérez de la compleja situación política que enfrentaba. Un día me anunció que se proponía asistir a una conferencia internacional que se celebraría en Brasil. Yo le manifesté mi desacuerdo con ese viaje y le argumenté que la opinión pública no veía bien que estando el país en una situación tan crítica el Presidente viajara al exterior... Pérez no sólo insistió en su propósito de viajar, sino que “persuadió” a un senador de nuestra bancada para que votara en contra de la decisión del Partido. Frente a esas circunstancias, la Dirección Nacional consideró que no tenía sentido permanecer en el gobierno. Estoy convencido que fue acertada esa decisión”.¹⁴³

A principios del mes de junio recibí una llamada del presidente Pérez. Me ordenaba trasladarme con urgencia al palacio de Miraflores. Al salir de la casa ministerial en mi automóvil, me hizo señas desde el suyo el coronel José Machillanda Pinto para que me detuviera. Lo hice. Me informó que el presidente Pérez iba a ofrecerme el Ministerio del Interior. Le di las gracias y tomé de nuevo el automóvil. Sus palabras me causaron una gran preocupación. Si era verdad, significaba que Luis Piñerúa Ordaz había renunciado al Ministerio del Interior. Eso ampliaba la crisis política provocada por la salida del gobierno del partido COPEI. Reflexioné durante el trayecto a Miraflores. No era fácil la decisión. ¿Debía aceptar o rechazar el ofrecimiento que me haría el presidente Pérez? El gobierno se veía sumamente debilitado. Tomé la decisión de aceptar..

Llegué a Miraflores y de inmediato entré al despacho presidencial. El presidente Pérez muy sonreído me dijo: “Lo he llamado para darle una última orden: reciba el Ministerio de Relaciones Exteriores”. En verdad quedé sorprendido. Nunca imaginé que el presidente Pérez me ofrecería ese ministerio. En Venezuela no existe la tradición de los cancilleres militares. Ciertamente me agradó. Justamente, en la mañana mi hermano Santiago,

¹⁴³ Fernández Eduardo, entrevista.

diplomático de carrera y embajador en Austria en ese momento, me había llamado para decirme que aspirara a ese cargo. La idea parecía tan absurda que me molesté con él porque nunca creí que eso pudiese ser posible. Mi respuesta al presidente Pérez fue prudente: “Acepto, pero con la condición de que usted me ayude, porque yo no conozco de política exterior”. Le pregunté sobre mi reemplazo en el Ministerio de la Defensa: Me informó que había decidido nombrar al general Iván Jiménez Sánchez. Le dije que consideraba conveniente ese nombramiento. A mi criterio era el oficial con mejores condiciones en el Alto Mando. Esa misma noche nos juramentamos en el palacio de Miraflores.

Inicié mi gestión en la Cancillería a mediados de junio de 1992. Constituí un equipo de excelentes asesores, Maruja Tarre y José Hernández, que, junto al personal profesional del Ministerio de Relaciones Exteriores, me permitió establecer una política exterior dinámica y eficiente. Los embajadores David López Henríquez y Fernando Gerbasi me acompañaron como directores generales. Los embajadores Miguel Rodríguez Mendoza, Roy Chaderton Matos, Demetrio Boersner, Ramón Delgado, Milagros Puig, Jorge Daher, Antonio Gámez Calcaño, Nelly Pulido de Tagliaferro, Dalia Pan Dávila, Rafael Grimán, William Larralde, Vicente Vallenilla, Efraín Silva Méndez, René Arreaza, Joselyn Henríquez, Olga Jacome de Agudo, Gustavo Garaicochea, Cinthya Morales, Alejandro Tinoco, Alfredo Toro Hardy, Cristina Gómez de Sucre; y los doctores Rafael Parra Pérez, Carlos Morales, Jesús Eduardo Bello, y las licenciadas Rita Blanco Ramos y Zaida Rausseo se desempeñaron en las Direcciones Generales Sectoriales y en las altas funciones del Ministerio de Relaciones Exteriores. Un selecto grupo de embajadores ocupó las funciones de jefes de misiones diplomáticas. Todos me dieron grandes demostraciones de lealtad y eficiencia.

Los problemas que más influyeron en mi gestión fueron sin duda las delicadas situaciones políticas del Perú y Haití. Venezuela rompió relaciones diplomáticas con el gobierno del Perú el 15 de abril de 1992 como consecuencia de la suspensión por el presidente Fujimori del Congreso Nacional. El Consejo Permanente de la Organización de Estados Americanos convocó a una reunión Ad-Hoc de cancilleres el 13 de abril de 1992 en su sede para tratar el caso. En esa reunión se aprobó una declaración, en la cual “se solicitaba al gobierno del Perú el inmediato reestablecimiento del orden constitucional”. El 18 de mayo se celebró una segunda reunión Ad-Hoc de cancilleres en las Bahamas para evaluar el proceso peruano. A esa reunión asistió el presidente Alberto Fujimori quien expuso a los cancilleres la situación política, económica y social del Perú y se comprometió en convocar a una Asamblea Nacional Constituyente, con todas las garantías requeridas por la oposición, con la finalidad de reestablecer la democracia.

Venezuela tuvo siempre una actitud militante en las acciones que se tomaron en el marco de la OEA para presionar al gobierno del presidente Fujimori. El 13 de abril de 1992, en la reunión Ad-Hoc de la OEA, los cancilleres del Grupo de Río emitieron un comunicado mediante el cual acordaron no permitir la participación del Perú en las reuniones del Grupo. Estas presiones condujeron a la convocatoria de una Asamblea Nacional Constituyente y a una progresiva institucionalización de dicho gobierno. El canciller Humberto Calderón Berti demostró un importante peso político para lograr los consensos necesarios a fin de poder aplicar todas esas acciones en el orden internacional.

En esos días me visitó en Caracas el general peruano Jaime Salinas. Habíamos sido compañeros en la Escuela Superior de Guerra de Francia. El motivo de la visita era informarme sobre el gran descontento existente en las Fuerzas Armadas peruanas, su rechazo a la medida de suspender el Congreso Nacional y la decisión de un grupo de oficiales de restablecer la vigencia de la constitución nacional a través de una asonada militar. Tenía interés en conversar con el presidente Pérez. Le ofrecí plantearse a la brevedad posible. El asunto era muy delicado. No podíamos apoyar una insurrección militar. Esa acción era contraria a la orientación de nuestra tradicional política exterior. El presidente Pérez decidió recibirlo y escucharlo. En la conversación no ofrecería ningún tipo de apoyo para la realización del golpe de Estado. Su visita a Miraflores fue muy discreta. Lo recibió después de las ocho de la noche.

La reunión duró cerca de una hora. El presidente Pérez lo escuchó con interés, pero guardó un discreto silencio. El general Salinas le explicó la orientación democrática del movimiento militar. Al terminar su exposición, el presidente Pérez le dijo: “General, un golpe militar es un camino muy tortuoso. Es muy difícil obtener un respaldo internacional suficiente para una acción de ese orden. En caso de ocurrir, les recomiendo a los jefes militares convocar de inmediato al disuelto Congreso con el objeto de que los senadores y diputados designen un presidente provisional que organice en un tiempo muy breve unas elecciones democráticas”. La respuesta del general Salinas fue terminante: “Despreocúpese presidente, esos son exactamente los planes políticos del movimiento militar. Nuestra bandera es justamente el inmediato retorno a la constitucionalidad”. Nos despedimos cordialmente. A la semana siguiente el intento de golpe de Estado fracasó. Era una celada del gobierno del presidente Fujimori para purgar a las Fuerzas Armadas peruanas. El general Salinas cayó preso. Estuvo detenido varios años.

Venezuela mantuvo una posición muy firme en las distintas reuniones del Grupo de Río de ese año vetando todos los esfuerzos que hizo el Perú para reincorporarse. En la reunión anual de cancilleres del Grupo de Río

realizada el 5 y 6 de abril de 1993 en Santa Cruz de la Sierra, volví a vetar la reincorporación del Perú. El canciller de Chile, Enrique Silva Cimma, me invitó en la noche a cenar con la finalidad de convencerme de que cediera en la posición que mantenía Venezuela con relación al Perú. En la reunión en la mañana la presión se generalizó. Todos los cancilleres pidieron la reincorporación del Perú. La posición de Venezuela era sin duda insostenible. Así lo consideré. Me retiré de la reunión. Llamé telefónicamente al presidente Pérez, quien me autorizó aceptar la incorporación del Perú a las reuniones del Grupo de Río. Al comunicárselo a los cancilleres, recibí un fuerte aplauso.

Al regresar de ese viaje, el presidente Pérez y yo conversamos sobre el interés de regularizar las relaciones con el Perú. Era necesario dar pasos prudentes a fin de evitar algún desaire. Justamente aproveché una visita privada que hizo a Venezuela el canciller del Japón señor Kabul Mito para tratarle dicho asunto. Las relaciones del Japón con el Perú eran privilegiadas. Le hice el planteamiento como algo casual. El canciller del Japón se interesó de inmediato. Me ofreció conversar con el propio presidente Fujimori sobre el asunto sin referirse a mi planteamiento. Lo haría a título personal. A los quince días me llamó por teléfono para informarme que sus gestiones habían sido infructuosas. Consideré que deberíamos dejar que el tiempo ayudara a resolver la crisis entre nuestros países.

La situación de Haití fue un punto privilegiado de la agenda internacional del gobierno del presidente Pérez. El 7 de febrero de 1991, asistió a la toma de posesión del presidente Jean-Bertrand Aristide, ofreciéndole un decidido apoyo político y económico. El 30 de septiembre de ese año, como consecuencia al derrocamiento del gobierno constitucional por un golpe de Estado dirigido por el general Raoul Cedras, comandante de las Fuerzas Armadas, el gobierno nacional emitió un fuerte comunicado condenando el golpe militar y exhortando a las demás naciones del Continente a acatar las medidas de bloqueo económico dictado por la Organización de Estados Americanos. Venezuela suspendió, conjuntamente con México, el suministro de petróleo.

A los pocos meses de la crisis le ofreció asilo diplomático al presidente Aristide. Su decidida actitud condujo al Secretario General de las Naciones Unidas a ofrecerle que Venezuela formara, junto a Canadá y Estados Unidos, el Grupo de Amigos del Secretario General para la solución del problema haitiano. Venezuela presentó el 16 de junio de 1993, conjuntamente con Canadá y Estados Unidos, en el seno del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas la resolución No. 861 por medio de la cual se decidió imponer sanciones “obligatorias y universales” a Haití. Esta resolución condujo a la firma del Acuerdo de la Isla de Gobernadores firmado en Nueva

York el 3 de julio de ese mismo año por el presidente Aristide y el general Cedras.

El presidente Velásquez mantuvo, después de la salida del poder de Carlos Andrés Pérez, la misma orientación política con relación a la crisis de Haití. El 17 del mismo mes se firmó en la sede de las Naciones Unidas el Pacto de Nueva York entre parlamentarios y las Fuerzas Armadas haitianas. Como consecuencia de la designación y posterior ratificación como Primer Ministro del señor Roberto Marval, el Consejo de Seguridad decidió levantar las sanciones impuestas a Haití a través de la resolución 841. Esta realidad me condujo a plantearle al presidente Velásquez la necesidad de normalizar nuestras relaciones con el gobierno de Haití y enviar de nuevo a nuestra embajadora Elsa Boccheciampe a Puerto Príncipe. Lamentablemente la situación no mejoró. Un grupo paramilitar denominado Frente Revolucionario para el Avance y Progreso de Haití impidió el desembarco de una misión de las Naciones Unidas que tenía por finalidad iniciar una reforma de las Fuerzas Armadas haitianas. Este hecho indicó de manera definitiva el fracaso del Acuerdo de la Isla de Gobernadores y condujo a la intervención militar de los Estados Unidos. El 15 de octubre de 1994 regresó el presidente Aristide a Haití... La crisis política se prolongaría por varios años...Es justo reconocer la muy valiosa actuación de los embajadores Elsa Boccheciampe y Diego Arria durante tan complejos acontecimientos.

Se alza la Aviación

Conspira todo el mundo

A partir del 4 de Febrero comenzó en Venezuela un permanente proceso de inestabilidad social y política. Todos los días surgían numerosas manifestaciones que terminaban en violentos enfrentamientos con las fuerzas del orden público. Los medios de comunicación los reseñaban de manera destacada. No había día en que la opinión pública no fuese sorprendida en su buena fe por alguna noticia que resaltaba, sin mayor prueba, un nuevo escándalo de corrupción en el gobierno nacional. El esfuerzo desestabilizador tenía por objetivo fundamental inquietar aún más a las Fuerzas Armadas. Esa campaña había sido ya desarrollada antes del 4 de Febrero, pero la certeza demostrada por la sublevación militar de la existencia de un grave descontento en las Fuerzas Armadas condujo a muchos sectores políticos, tanto de izquierda como de derecha, a tratar de contactar a oficiales con la intención de promover un nuevo golpe de Estado.

El esfuerzo conspirativo fue realizado por importantes dirigentes, intelectuales y periodistas de la izquierda marxista; algunas figuras de la vieja derecha venezolana; y un numeroso grupo de oficiales retirados. Sorprendentemente dejaron a un lado sus diferencias ideológicas, unidos en la animadversión contra Acción Democrática. Dirigentes de la izquierda radical tales como Gabriel Puerta Aponte, Douglas Bravo, Francisco Prada, Carlos Lanz Rodríguez, Pablo Medina y Eustoquio Contreras se dedicaron a contactar a oficiales activos y retirados con la finalidad de comprometerlos en una futura asonada militar. Figuras independientes, intelectuales y periodistas, con esa orientación ideológica, se empeñaron en crear un ambiente favorable para organizar una nueva insurrección: Manuel Vadell, Domingo Alberto Rangel, Manuel Quijada, José Vicente Rangel, Pedro Duno, Pedro Troconis, Ángela Zago, Napoleón Bravo y Miguel Salazar.

La vieja derecha venezolana también desarrolló un conjunto de acciones conspirativas: José Antonio Cova y José Rafael Revenga utilizaron sus vinculaciones con sectores empresariales y financieros para lograr algunos contactos militares. “Hubo un permanente acercamiento a los sectores civiles. Tuvimos reuniones con personalidades independientes como los doctores Domingo Maza Zavala, Héctor Malavé Mata, Mario Torrealba Lossi, Tomás Enrique Carrillo Batalla y Monseñor Mario Moronta. También tuvimos reuniones con partidos políticos: Causa Radical, Bandera Roja, Tercer Camino, PRV; además, conversamos con algunos de sus líderes nacionales: Douglas Bravo, Pablo Medina y Gabriel Puerta Aponte”.¹⁴⁴ Vinicio y Parfaisal

¹⁴⁴ Visconti Osorio, Efraín, entrevista.

De Sola se dedicaron a utilizar sus vínculos militares establecidos en sus tiempos de vendedores de material de guerra, con el objeto de organizar una nueva insurrección.

Militares retirados, que tuvieron durante el derrocamiento de Marcos Pérez Jiménez y en la década del sesenta una importante actuación, reiniciaron sus actividades conspirativas: Hugo Trejo, Víctor Hugo Morales, Jesús Molina Villegas, Luis Alberto Peña, Juan de Dios Moncada Vidal, Ítalo Brett Smith y Carlos Fermín. Oficiales retirados de las nuevas generaciones: Carlos Santiago Ramírez, José Riso Aponte, Higinio Castro y Luis Alberto Pirela Romero utilizaron sus vinculaciones en las Fuerzas Armadas para facilitar una posible insurrección. Oficiales activos: Efraín Visconti Osorio, Hernán Grúber Odremán, Luis Cabrera Aguirre, Rafael Virgilio Delgado, Wilmar Castro Soteldo, Luis Reyes Reyes, Miguel Madrid Bustamante, Orlando Alvarado Osorio, José Trompiz Lachman y Fernando Falcón Veloz se transformaron en centro de la conspiración.

La Dirección de Inteligencia Militar, después del 4 de Febrero, realizó un importante esfuerzo para detectar las acciones conspirativas en las Fuerzas Armadas. Un conjunto de informes, reunidos con el nombre de Iracara, dan cuenta casi a diario al presidente de la República y al ministro de la Defensa de las actividades golpistas: “Los comandantes del 4 de Febrero han hecho saber desde Yare que autorizan el plan insurreccional. El 18 de noviembre de 1992, Argenis Chávez le comunicó a “Alfredo” que la cuestión grande se repetirá la próxima semana (22-11-92)”¹⁴⁵ “Douglas Bravo estuvo en Valencia en donde celebró reuniones con oficiales de las Fuerzas Armadas...como resultado de estas conversaciones se concluyó que el plan insurreccional se ejecutará entre el 19 y el 24 de noviembre de 1992”¹⁴⁶ “El 24 de noviembre de 1992 se reunieron en la oficina de Manuel Quijada: Carlos Fermín, José Antonio Cova, Manuel Quijada, y el almirante Grúber Odremán para tratar acerca de la fuga de los oficiales detenidos. Concluyeron que todo debería estar organizado para el 27 de noviembre de 1992”.¹⁴⁷ “Las tres posibles fechas de la insurrección son: para Tercer Camino: 19 al 24 de noviembre de 1992; para el MBR-200: 22 al 28 de noviembre de 1992; para las Fuerzas Armadas: 21 al 23 de noviembre de 1992”¹⁴⁸

Es inexplicable que conociendo tan amplia información sobre un posible golpe de Estado a realizarse el 27 de noviembre de 1992 o en alguna otra fecha cercana a ese día, no se haya ordenado un estado de alerta en las Fuerzas Armadas que hubiese abortado el intento golpista. El 26 de

¹⁴⁵ Informe Iracara, 092/241 del 18 de noviembre de 1992.

¹⁴⁶ Informe Iracara, 092/243 del 20 de noviembre de 1992.

¹⁴⁷ Informe Iracara, 092/247 del 23 de noviembre de 1992.

¹⁴⁸ Informe Iracara, 092/251 del 25 de noviembre de 1992.

noviembre de 1992, a las ocho de la noche, Luis Piñerúa Ordaz, ministro del Interior, le entregó al general Jiménez, ministro de la Defensa, un informe que señalaba como la fecha de la posible insurrección el 27 de noviembre de 1992. “Retrocede tres páginas, hay algo que no concuerda: en la lista de civiles involucrados aparece el nombre de Hernán Grüber. Se comunica inmediatamente con su inspector, el “Chino” Sujú Raffo: “Mira Sujú, ¿Has visto a Grüber?” “Ayer estuvo por aquí, Iván, y me pidió prestado 22.500 bolívares para pagar la reparación de su automóvil y comprar unas medicinas”. “Bueno, apenas vaya por el Ministerio de la Defensa, lo detienes”. “¿Pasó algo?” Pregunta desconcertado. “Bueno, Grüber está metido en la conspiración. Lo detienes ya” 149. Lamentablemente, ya era demasiado tarde.

Se adelanta el Ejército

El 4 de junio de 1992 se reunió el general Efraín Visconti Osorio con los tenientes coroneles Wilmar Castro Soteldo y Luis Reyes Reyes en la Escuela Superior de la Aviación. El objetivo de la reunión era analizar las razones del fracaso del 4 de Febrero. El teniente coronel Castro Soteldo no se encontraba en Venezuela ese día. Perteneciente al MBR-200, igual que el teniente coronel Luis Reyes Reyes, desde hacía varios años, quería conocer lo ocurrido ese día. En el Ejército se acusaba a los oficiales de la Aviación de no haber cumplido el compromiso existente de respaldar a los oficiales insurrectos. La conclusión fue terminante: la actuación de la aviación había sido transparente. Además, analizaron la situación política y militar de ese momento y concluyeron que existían condiciones objetivas para intentar un nuevo golpe de Estado. Se consideró que era necesario comprometer a oficiales generales y almirantes en una nueva insurrección y lograr contactar a los oficiales del Ejército detenidos en Yare y en el cuartel San Carlos para lograr su apoyo.

Estos tres oficiales de la aviación iniciaron un permanente esfuerzo conspirativo. El teniente coronel Castro Soteldo aprovechó su cargo de oficial de planta de la Escuela Superior de la Aviación para fortalecer los contactos con oficiales de las distintas fuerzas y con algunos líderes políticos. En esos días el diputado Pablo Medina lo invitó a una reunión en casa de Vinicio De Sola, donde asistieron el general Carlos Santiago Ramírez, el coronel Higinio Castro, el teniente coronel Wilmar Castro Soteldo, el diputado Pablo Medina y el señor Vinicio De Sola. Allí se evaluó la situación interna de las Fuerzas Armadas. El teniente coronel Castro mantuvo en esa reunión, con gran realismo, que la Fuerza Aérea no se encontraba suficientemente preparada para una eficiente actuación durante una insurrección militar. El general Santiago Ramírez presentó un panorama más optimista. “Ese día hubo un

149 Jiménez Sánchez, Iván, *op. cit.*, p. 242.

pequeño inconveniente porque yo noté una negativa del general que allí estaba de la posibilidad de incorporar a otros oficiales generales que nosotros aparentemente teníamos contactados y de la posibilidad de incorporar a otras fuerzas políticas”.¹⁵⁰

Las reuniones conspirativas continuaron. “Después del 4 de Febrero fui transferido al Ministerio de la Defensa. Allí hice amistad con el contralmirante Luis Cabrera Aguirre. Coincidimos en algunas críticas al sistema político imperante. En una oportunidad me invitó a conversar con otro almirante, quién mantenía también la misma posición. Resultó ser el contralmirante Hernán Grüber Odremán. Al tiempo le ofrecí que tomara el mando del movimiento por ser el más antiguo. Los oficiales generales y almirantes comprometidos empezaron a buscar sus propios contactos. Insistimos fundamentalmente en el Ejército, en la Armada y en la Aviación. El problema surgió fundamentalmente en el Ejército. Allí existían tres grupos: un primer grupo dirigido por el general Santiago, un segundo grupo dirigido por el coronel Orlando Suárez Galeano y un tercer grupo, los chavistas, dirigidos por el coronel Higinio Castro. Esos grupos no se relacionaban entre sí, manteniendo una gran rivalidad. Los almirantes Grüber y Cabrera se comprometieron a organizar el alzamiento en la Infantería de Marina. La Aviación era mi responsabilidad. En el Ejército hicimos contacto tanto con el general Carlos Santiago como con el coronel Higinio Castro. 151

En una de las reuniones que tuvieron los almirantes Grüber y Cabrera, los generales Santiago y Visconti y el coronel Castro para definir el liderazgo de la conspiración surgió una fuerte discusión. La tesis del general Visconti era que la jefatura de la insurrección debería ejercerla el contralmirante Grüber por ser el oficial más antiguo y encontrarse en actividad. “Yo tuve que rechazar la participación del general Santiago en el golpe. Él y Vinicio De Sola planteaban permanentemente su interés de formar parte de la Junta de Gobierno. Eso generó discusiones entre nosotros ya que nuestro planteamiento era mucho más desinteresado. También surgió un problema de antigüedad. El general Santiago aspiraba a ser el jefe del movimiento. No entendía que era un oficial retirado”.¹⁵² Esta delicada diferencia tuvo consecuencias. El general Santiago había logrado comprometer en el golpe al coronel Nelson Martínez Guillén, jefe del Estado Mayor de la Primera División de Caballería acantonada en San Juan de los Morros. La separación del General Santiago de la conspiración condujo a que rompiera su compromiso.

¹⁵⁰ Castro Soteldo, Wilmar, entrevista realizada por el teniente coronel William Fariñas en el Cuartel Lino de Clemente, el día 19 de mayo de 1993.

¹⁵¹ Visconti Osorio, Efraín, entrevista.

¹⁵² Ídem.

Otro hecho que debilitó las posibilidades de éxito del golpe de Estado, planificado para el 27 de noviembre de 1992 fue la deslealtad que empezó a manifestarse en los oficiales pertenecientes al MBR-200. Ese grupo preparó un intento de asonada militar para el 4 de octubre de 1992 sin tomar en cuenta el compromiso realizado por el teniente coronel Hugo Chávez a través del coronel Higinio Castro con el Movimiento 5 de Julio. Su objetivo era como siempre detener al presidente Pérez. En el esfuerzo conspirativo, el teniente coronel Miguel Madrid Bustamante, comandante del Batallón de Ingenieros “Manuel Villapol”, logró comprometer en la insurrección al teniente coronel Orlando Alvarado Osorio, comandante del Batallón de Seguridad del Regimiento de la Guardia de Honor. Al conocer este hecho, Hugo Chávez y los detenidos en la cárcel de Yare autorizaron la sublevación.

La Dirección de Inteligencia Militar recibió, el 30 de septiembre de 1992, una información de una fuente muy confiable donde señalaba que los tenientes coroneles Miguel Madrid Bustamante, comandante del Batallón “Villapol”, Orlando Alvarado Osorio, comandante del Batallón de Seguridad del Regimiento de la Guardia de Honor, Salvador de la Rosa Escobar, comandante del Batallón “Queseras del Medio”, José Amilcar Trómpiz Lachman y otros oficiales no identificados se habían reunido en varias oportunidades con la finalidad de planificar una nueva insurrección militar que estallaría en la madrugada del 4 de octubre de 1992. La Dirección de Inteligencia Militar recomendó la detención de ese grupo de oficiales. El ministro Jiménez, ordenó su detención. Las investigaciones arrojaron como conclusión que este grupo de oficiales preparaba una insurrección para ese día. Fueron sometidos a Consejo de Investigación y dados de baja.

Aviones sobre Caracas

Los oficiales pertenecientes al Movimiento 5 de Julio hicieron un esfuerzo de penetración en el Ejército y en la Infantería de Marina. La Aviación no presentaba problemas. El general Visconti insistió en las últimas reuniones sobre la necesidad de garantizar unidades de infantería y de blindados. Los oficiales comprometidos del Ejército le aseguraron que el coronel Nelson Martínez Guillén, Jefe del Estado Mayor de la Primera División de Caballería, y el teniente coronel Carlos Rodríguez Grau, comandante de uno de los batallones de la Brigada de Paracaidistas, se encontraban comprometidos en el movimiento y que su presencia garantizaba la insurrección de esas dos importantes unidades de combate. En el caso de la Infantería de Marina existía plena seguridad de su alzamiento por encontrarse comprometidos el capitán de corbeta Luis Manrique Padrón, segundo comandante del Batallón “Bolívar”; el capitán de corbeta Diego Hernández Guzmán, comandante de la Unidad de Operaciones Especiales y el capitán de fragata Carlos Reyes Rodríguez, comandante del Batallón “Rafael Urdaneta”.

La Aviación garantizaría la superioridad aérea. La Unidad de Operaciones Especiales detendría al presidente Pérez en alguno de sus sitios de descanso. Uno de los edecanes, el coronel Pedro Soto, estaba comprometido en el alzamiento. Inexplicablemente, dejó de contactar en esos días a los oficiales comprometidos. Lo hizo un día antes de iniciarse las operaciones. Le aseguró al general Visconti que ese fin de semana el presidente Pérez iría a Turiamo. Le pidió que esperara ese fin de semana para realizar el alzamiento a objeto de tener la seguridad de detener al presidente Pérez. Los jefes de la insurrección le informaron que era imposible complacerlo ya que todo estaba en marcha. Los batallones de Infantería de Marina “Urdaneta” y “Bolívar” atacarían Miraflores. Las unidades del Ejército tomarían Fuerte “Tiuna”.

El 24 de noviembre realizaron la última reunión de coordinación los almirantes Grúber y Cabrera, el general Visconti, el coronel Castro y el mayor Salima. “Entre los decretos más importantes que revisamos aquella noche estaban los referentes a la reestructuración del gobierno nacional y de todos los demás poderes públicos, el control de cambio, el juicio a los responsables de actos de corrupción, la disolución del Congreso Nacional y de las Asambleas Legislativas, el régimen de importaciones, la ley de Partidos Políticos, la ley del Sufragio, el incremento del sueldo de los educadores, la crisis de la salud, las pensiones de vejez, etc.¹⁵³ El 25 de noviembre grabaron un mensaje a la nación a nombre del Movimiento 5 de Julio. El general Jiménez Sánchez al recibir el 26 de noviembre a las 8 p.m. la confirmación de parte del señor Piñerúa Ordaz, ministro del Interior, de un posible alzamiento en las Fuerzas Armadas ordenó telefónicamente la detención del contralmirante Hernán Grúber Odremán y se trasladó al Ministerio de la Defensa. Al llegar a su oficina recibió una llamada del vicealmirante Julián Maucó Quintana, encargado de la Comandancia General de la Armada: “Mi general: aquí tengo en mi despacho al capitán de corbeta Diego Hernández Guzmán, comandante de la Unidad de Operaciones Especiales de la Armada. Lo acabo de detener al comprobar que existían planes muy concretos para tomar la Comandancia General de la Armada y utilizarla como Centro de Operaciones de una sublevación militar que debía producirse mañana. De igual manera le informo que el capitán de corbeta Luis Felipe Manrique Padrón, segundo comandante de la Unidad Táctica Bolívar, se presentó en mi comando en horas de la tarde a informarme que el jefe de la insurrección es el contralmirante Hernán Grúber Odremán”.¹⁵⁴

La respuesta del ministro Jiménez fue terminante: “Maucó, mantenme informado, alerta a todas las unidades de la Armada, acuartelamiento tipo “A”, preventivo el Plan “Ávila” en su fase de ejecución”. Cerró el teléfono, medito

¹⁵³ Grúber Odremán, Hernán, *Insurrección militar del 27 N de 1992 citado por Iván Jiménez Sánchez, en: Los Golpes de Estado desde Castro hasta Caldera*, p. 320.

¹⁵⁴ Jiménez Sánchez, Iván, op. cit., pp. 243-244.

unos instantes y de inmediato le ordenó al ayudante de servicio: “Ayudante: comuníqueme con el presidente de la República y el Alto Mando Militar”. 155 Le informó al presidente Pérez de la novedad y le ordenó al Alto Mando Militar establecer un acuartelamiento tipo A en todas las Fuerzas Armadas. Era demasiado tarde. Se había perdido demasiado tiempo sin tomar ninguna acción preventiva con relación a la información que durante todos esos días había recibido el Alto **Mando** Militar. . En la madrugada del 27 de noviembre de 1992 estalló el segundo intento de golpe de Estado en contra del gobierno constitucional de Carlos Andrés Pérez.

Esa madrugada, cerca de las 4:30 a.m., me llamó por teléfono mi cuñado Alfonso Pannacci Marrero para informarme que había visto un movimiento inusitado de vehículos militares a la salida de Maracay. A los pocos minutos, recibí por el teléfono interministerial una llamada de Luis Piñerúa Ordaz, ministro del Interior. Me pidió trasladarme a Miraflores, debido a que se había producido una insurrección en la guarnición de Maracay. Mientras me vestía, encendí la televisión y escuché la voz de Hugo Chávez por Venezolana de Televisión invitando a las Fuerzas Armadas a insurreccionarse y al pueblo a salir a la calle. En seguida me di cuenta de que era una grabación. Esperé mi automóvil unos quince minutos. Al llegar me dirigí al palacio presidencial. Las calles estaban totalmente desiertas. Fui el primero de los ministros que llegó a Miraflores. Eran aproximadamente las 6:00 a.m. cuando entré al despacho presidencial. Allí se encontraba Carlos Andrés Pérez. Me informó que se había insurreccionado la Base “Libertador” en Maracay y que posiblemente también lo harían otras unidades de la Aviación. Le pregunté por el Ejército. Me dijo que, hasta ese momento, ninguna unidad del Ejército, de la Armada y de la Guardia Nacional se había insurreccionado. Se encontraba conversando telefónicamente con el general Jiménez Sánchez, ministro de la Defensa. Al palacio presidencial empezaron a llegar ministros y periodistas.

A las 7:00 a.m. sobrevolaron Caracas los primeros aviones controlados por los insurrectos. Salí a la puerta de la antesala presidencial y con sorpresa vi que dos F-5 empezaron a bombardear indiscriminadamente el centro de Caracas. Una de las bombas estalló en el Regimiento de la Guardia de Honor causando varios muertos y heridos. Otra bomba cayó en la avenida Urdaneta, frente al Ministerio del Interior. La tercera bomba destruyó parte del estacionamiento de la Cancillería. En medio del bombardeo, la Casa Militar le recomendó al presidente Pérez que se trasladara a los sótanos de Miraflores. Desde allí tampoco era fácil dirigir las operaciones. El nerviosismo de las personas que se encontraban en el palacio presidencial lo impedía. El presidente Pérez, me invitó a una de las oficinas de la Casa Militar. Desde allí

155 *Ibidem*, p. 245

mantuvo conversaciones durante toda la crisis con los distintos mandos militares. La información era precisa: se habían insurreccionado las bases aéreas “Libertador” y “Mariscal Sucre” en Maracay y la Base “Francisco de Miranda” en Caracas. Algunas unidades de la Infantería de Marina, que estaban comprometidas en el alzamiento, habían sido controladas por sus respectivos comandantes. El Ejército y la Guardia Nacional en su totalidad permanecían leales. Los jefes del alzamiento militar eran los contraalmirantes Hernán Grüber Odremán, Luis Cabrera Aguirre, el general Efraín Visconti Osorio y el coronel Higinio Castro.

“El contralmirante Grüber Odremán había previsto la Comandancia General de la Armada como puesto de comando principal, pero la espontánea confesión del capitán de corbeta Luis Manrique Padrón impidió al capitán de corbeta Diego Hernández Guzmán, al mando de la Unidad de Operaciones Especiales, tomar esas instalaciones...El contralmirante Cabrera Aguirre le informó, en horas de la madrugada, que existía un gran movimiento en la Comandancia General de la Armada indicando que la insurrección había sido detectada. Ante esta realidad decidieron usar como puesto de comando alterno el Museo Histórico Militar... A las 2:30 a.m., se encontraban en el Museo Histórico Militar los contralmirantes Grüber y Cabrera, el coronel Jacinto Colmenares Morales, director de dicho Museo, el capitán de navío Ramón Rodríguez Chacín y el teniente coronel Luis Pineda Castellanos”. 156

A las 3: a.m., el teniente Edgar Cruz Arteaga logró sublevar al Batallón de Policía Aérea de la Base “Francisco de Miranda”. Inmediatamente, controló el sistema de seguridad y facilitó el acceso a las instalaciones de los tenientes coroneles Wilmar Castro Soteldo, William Fariñas, José del Valle Villarroel Suergart, José Alí Jiménez, Carlos García Contreras y de los demás oficiales comprometidos en la insurrección. El teniente coronel Castro Soteldo le ordenó al teniente Cruz Arteaga establecer una posición defensiva en los alrededores de la base, ya que esperaba ser atacado por fuerzas leales al gobierno constitucional. Cerca de las 4 a.m., se presentó a la base un grupo de civiles con la intención de apoyar la insurrección militar. Fueron armados y distribuidos en la posición defensiva. “Aproximadamente a las 4:45 a.m. tocaron fuertemente la puerta de mi habitación y al levantarme y abrir me encontré al teniente coronel Wilmar Castro Soteldo uniformado de No. 5... Se dirigió a mí y me dijo: “Mi general, lo vengo a detener porque hay un golpe de Estado. Vístase y acompáñeme. El teniente coronel Castro y dos soldados me custodiaron hasta el Salón Ayacucho”.157 El teniente coronel Castro Soteldo esperaba, con verdadera angustia, el aterrizaje de un C-130 que transportaría la unidad táctica Rafael Urdaneta de la Infantería de Marina. Sus

156 Jiménez Sánchez, Iván, *op. cit.*, pp. 330, 332, 333.

157 Yáñez Méndez, Freddy, *declaración informativa que presentó ante el Consejo de Guerra Accidental, como Inspector General de la Aviación, el 1 de diciembre de 1992.*

efectivos tenían por misión atacar el palacio de Miraflores. Pasaron las horas sin que ocurriera.

A la misma hora, el teniente coronel Miguel Madrid Bustamante saltó la cerca de Fuerte Tiuna y se dirigió al Batallón de Ingenieros “Manuel Villapol”. Allí lo esperaban el teniente José Alberto Mecías Sánchez y los sargentos técnicos de Primera Carlos Arturo Sánchez Cárdenas y Luis Díaz Vásquez. Formó el batallón en el patio de ejercicio, arengó a sus antiguos soldados pero no logró que el personal profesional ni los efectivos de tropa aceptaran insurreccionarse. A las 5:30 a.m. se rindió sin hacer resistencia. El Capitán Antonio Rivero González y el teniente Daniel Falótico Ortiz con un grupo de civiles armados tomaron el puesto de la Guardia Nacional de La Peñita, en Charallave, con la finalidad de facilitar la fuga de los detenidos en la cárcel de Yare. El mayor Edgar Lugo López se sublevó en la Escuela de Tropas Profesionales en La Victoria. De inmediato, tomó el mando de 30 soldados y acompañado de 60 civiles dirigidos por Luis Figueroa, presidente de la Federación de Centros Universitarios, atacó la cárcel de Yare sin éxito. La Guardia Nacional resistió el ataque por más de dos horas hasta que llegaron refuerzos del Grupo de Artillería “Ayacucho”. Al darse cuenta de ese apoyo, el mayor Lugo se replegó regresando a su Unidad. Posteriormente se rindió ante los efectivos del Ejército. Los detenidos en la cárcel de Yare no intentaron ninguna acción para tratar de recuperar su libertad.

Lograr la superioridad aérea, apenas amaneciera, era uno de los factores fundamentales para el triunfo del alzamiento. Controlar las distintas bases con sus medios aéreos era prioritario. Así lo entendió el general Visconti Osorio: “La mayoría de las unidades operativas estaban comprometidas. Tenía dificultades con el Grupo 16. De todas maneras, el teniente coronel Oswaldo Di Sabatini, jefe de Operaciones, me ofreció, que de no poder lograr insurreccionar en pleno la unidad, trataría de neutralizarla. Llegué a la base a las 5 a.m. El mayor Enrique Gamarra Roosevelt, comandante del Batallón de Policía Aérea, me informó que en la noche las distintas unidades habían sido alertadas. Pregunté por el general Juan Antonio Paredes Niño. El mayor Gamarra me dijo que estaba en su habitación. Le ordené que lo detuviera. “De repente escuché a dos aviones F-16 tomar la pista y salir fuera de la base. Eso me consternó ya que podía comprometer nuestra superioridad aérea. Por esa razón ordené al mayor Gamarra atacar al Grupo 16. El ataque se inició, pero conversé con el coronel Arturo García por teléfono, quien me pidió no continuar con el ataque. Me garantizó que los F-16 que estaban en tierra no volarían. De esta manera pude enviar los aviones Bronco, los F-5 y los Mirages a Caracas a realizar operaciones de ataque a Miraflores y a otros objetivos. Mantuve la situación lo más que pude. Al no insurreccionarse

unidades de Infantería el movimiento no podía tener éxito”. (15).¹⁵⁸ El general Visconti logró controlar a medias la Base Libertador. Apoyaron la sublevación los grupos No. 6, 10, 11, 12, 13 y 15. Además, respaldó el alzamiento el Grupo de Entrenamiento Aéreo. El grupo 16, al mando del coronel Arturo García, se negó a participar en la insurrección. El vuelo de dos F-16 hacia Barquisimeto, fue determinante para derrotar la insurrección militar.

La Base Aérea Mariscal Sucre fue tomada por el coronel Jorge Garrido Martínez. “Observé la llegada a la base del coronel Garrido, acompañado del Coronel Cabriles Duque. Los saludé y les pregunté sobre lo que le ocurría. El coronel Garrido me respondió: “La base está bajo mi mando. Hay una insurrección militar”. Lo respaldaron en la acción los subtenientes Rafael Arturo Brito y Cestari Navarro”¹⁵⁹. El coronel Garrido le dio acceso a la base a un numeroso grupo de civiles, que uniformados de camuflaje, se dedicaron a saquear los parques de las distintas unidades. La entrega de las armas fue realizada por el teniente Brito, plaza del Liceo Libertador. Montaron en dos vehículos un número considerable de fusiles FAL. Los parques del Grupo de Entrenamiento Aéreo y del IUFAN también fueron saqueados

Los combates aéreos en el cielo de Caracas fueron impactantes. Los dos F-16 piloteados por oficiales leales al gobierno constitucional, sobrevolaron Caracas y atacaron a los Broncos que se encontraban bombardeando puntos críticos de la capital. Su mayor maniobrabilidad y poder de fuego les permitió derribar varios aviones insurrectos. Los caraqueños asombrados vieron caer a uno de los aviones Bronco en la pista de la base Miranda. Por suerte, el piloto logró eyectarse. Progresivamente, el control de la situación empezó a recuperarse. El presidente Pérez ordenó una rápida movilización de las unidades del Ejército. La 31 Brigada de Infantería, al mando del general Eumenes Fuguett Borregales, atacó con gran decisión la base aérea “Francisco de Miranda”. Un fuerte combate surgió a su alrededor. El teniente coronel Castro Soteldo resistió con indiscutible valor. Los efectivos de la 31 Brigada de Infantería avanzaron con dificultad. Los permanentes ataques aéreos le causaron algunas bajas. Los oficiales y soldados se atrincheraron en el Centro Comercial Ciudad Tamanaco. Desde allí apoyaron el avance de las unidades del grupo Ayala que se desplazaban hacia la Comandancia de la Aviación. Los aviones Bronco lograron destruir tres vehículos Dragón.

A las 9 a.m., los aviones Bronco comenzaron a retirarse porque fueron requeridos con urgencia en Maracay. Además, su capacidad de combate se había limitado con la presencia sobre Caracas de los dos F-16. Por el sector sudoeste de La Carlota avanzó el Grupo de Caballería “Ayala”. No había nada

¹⁵⁸ Visconti Osorio, Efraín, entrevista.

¹⁵⁹ Romero Santaella, Levy, Declaración Informativa ante el Consejo de Guerra Permanente, 30 de noviembre de 1992.

que hacer. Resistir era causar un derramamiento de sangre innecesario. Ante esta realidad, el teniente coronel Castro decidió rendirse. Liberó al general Freddy Yáñez Méndez y entregó sus armas. Eran las 10:45 a.m. El presidente Pérez le ordenó al ministro de la Defensa iniciar a la brevedad las operaciones para recuperar las bases “Libertador” y “Mariscal Sucre”. Con preocupación nos dimos cuenta de que las unidades leales de Valencia y Maracay no avanzaban hacia sus objetivos con la rapidez requerida. El presidente Pérez y yo conversamos al respecto. El presidente Pérez, convencido de la necesidad de controlar el alzamiento en el menor tiempo posible, se comunicó directamente con los distintos mandos. Le ordenó directamente al general Moisés Orozco Graterol, comandante de la IV División de Infantería, que apresurara el avance. También conversó con los generales Wilfredo Guerrero Zerpa y James Prato Navas, comandantes de la Brigada Blindada y de la Brigada de Paracaidistas respectivamente. Esta presión tuvo su efecto. Las unidades del Ejército atacaron la Base “Libertador” y “Mariscal Sucre”. Después de fuertes combates fueron recuperadas por las fuerzas leales.

El general Visconti Osorio, con un número importante de los oficiales insurrectos, voló en un C-130 hacia El Perú. El presidente Fujimori les concedió asilo diplomático. A las 12:30 a.m., el contralmirante Grúber Odremán conversó telefónicamente con el general Jiménez Sánchez. Había decidido rendirse. Solicitó la presencia de un Fiscal del Ministerio Público. La doctora Dilia Parra, Fiscal del Ministerio Público, lo acompañó en el momento en que un pelotón de la 31 Brigada al mando del mayor Carlos Gutiérrez tomó las instalaciones del Museo Militar. A las 2:00 p.m., los almirantes Grúber y Cabrera fueron trasladados detenidos al Ministerio de la Defensa. Allí los recibió el general Jiménez. Posteriormente fueron enviados a la Dirección de Inteligencia Militar.

Traición en televisión

El fracaso de la insurrección militar del 27 de noviembre de 1992 se debió a dos causas fundamentales: la información transmitida por el capitán de corbeta Luis Manrique Padrón y la traición premeditada de Hugo Chávez Frías a los jefes del Movimiento 5 de Julio. ”Existen dos versiones sobre lo ocurrido con el video grabado por nosotros días antes de la insurrección. La primera sostiene que el video fue enviado con retardo por el almirante Grúber. Yo le reclamé al teniente coronel Hugo Chávez la existencia del otro video, en el cual él aparecía arengando a la población. Él me explicó que ése era un video que se había grabado en el mes de mayo en Yare. Los miembros del MBR 200, al no tener el video de los generales y almirantes, decidieron presentar el del teniente coronel Chávez sin su autorización. La segunda versión mantiene que existía un plan paralelo, que buscaba quitarle total preponderancia al grupo de oficiales pertenecientes al Movimiento 5 de Julio,

presentando el video de Hugo Chávez. Además, eso estaba coordinado con la posible fuga de los oficiales detenidos en Yare. El mensaje de Hugo Chávez no tuvo ninguna repercusión popular. Por el contrario, la manera absurda de actuar de los oficiales y de los civiles que tomaron Venezolana de Televisión asustó tanto a los venezolanos que no sólo permanecieron en sus casas sino que rechazaron las muestras absurdas de violencia que se presentaron esa madrugada por televisión”.¹⁶⁰ Estoy convencido de que en la madrugada del 27 de noviembre ocurrió una traición premeditada de Hugo Chávez a los almirantes y generales que dirigían el movimiento 5 de Julio. El objetivo de su acción era impedir que surgiera un liderazgo diferente al suyo después del triunfo de la insurrección.

Los hechos en Venezolana de Televisión se desarrollaron de la siguiente manera: en la avenida Sucre se reunieron los tenientes Jesse Chacón Escamillo, Wilfredo Morales Márquez, Franklin García Duque, varios suboficiales de la Armada y dos civiles. Abordaron a las 3:30 a.m. una camioneta Mitsubishi y se desplazaron hacia el Unicentro El Marqués. Allí los esperaba el capitán José Gregorio Valera Rumbos, el teniente de fragata en situación de retiro Arné Chacón Escamillo y 14 soldados pertenecientes a SICOTER, una unidad del Ejército especializada en comunicaciones. Todos, oficiales y civiles, pertenecían al MBR-200. “Al tratar de entrar al canal, la policía del módulo y la guardia nacional de custodia nos recibieron con fuego por lo que hubo un intercambio de disparos. Luego de tres o cuatro minutos de combate pudimos entrar al canal de televisión junto al personal técnico, llegando hasta el control maestro desde donde empezamos la transmisión”.¹⁶¹ En ese momento ocurrió el asesinato de varios vigilantes de Venezolana de Televisión que ya se habían rendido, un hecho no sólo injustificado sino innecesario y cobarde.

La toma de Venezolana de Televisión estaba coordinada con otra acción militar: el control de las antenas ubicadas en el cerro de los Mecedores, con el objeto de garantizar las transmisiones televisivas. “El capitán Valera Rumbos entró al Canal 8 con un grupo de civiles, expertos en televisión, pertenecientes al MBR-200: Andrés Rafael Manrique Delgado, Efraín Morales Vandervis, José María López, Franklin López, Rogelio Machado, Juan Ramón Mena Soriano y Eduardo Garrido Martínez. Andrés Manrique encendió los aparatos de transmisión, Jesús María López encendió la planta eléctrica, Efraín Morales Vandervis colocó el cassette con la proclama de Hugo Chávez, Eduardo José Garrido encendió el generador de caracteres”.¹⁶² El contralmirante Grüber Odremán envió a las 2:00 a.m. el cassette grabado por los jefes del Movimiento 5 de Julio a Venezolana de

¹⁶⁰ *Visconti Osorio, Efraín, entrevista.*

¹⁶¹ *Valera Rumbos, José, Declaración Informativa ante el Consejo de Guerra Permanente, 29 de noviembre de 1992.*

¹⁶² *Chacón Escamillo, Jesse, declaración ante la Dirección de Inteligencia Militar.*

Televisión. Lo recibió Rogelio Machado, primo de Francisco Arias Cárdenas. No lo tomó en cuenta. Permaneció abandonado en un escritorio. Las instrucciones eran precisas. El mensaje que debía salir al aire era la proclama de Hugo Chávez.

A las 5:30 a.m. se escuchó su voz por los canales 2, 4 y 8. Apareció uniformado, con boina roja, bandera nacional y el nombre del MBR-200 a su espalda. Comenzó su intervención con una frase que indicaba que el mensaje había sido grabado específicamente para ser televisado durante el alzamiento militar: “las razones que han llevado a tomar una vez más las armas de la República”. Terminó su intervención con su conocida frase “por ahora”, agregándole un “para siempre” en medio de un llamado a la insurrección popular y al alzamiento de las Fuerzas Armadas. Este video fue repetido constantemente hasta las 7:25 a.m. cuando se interrumpieron las transmisiones, menos las de Venezolana de Televisión. Cinco minutos más tarde entraron nuevamente al aire, se repitió el video del teniente coronel Hugo Chávez y los llamados a salir a la calle que hicieron el teniente Jesse Chacón Escamillo y los civiles Eduardo José Garrido y Jesús María López. A partir de las 7:55 a.m. la imagen quedó interrumpida definitivamente.

Durante años se han discutido las razones por las cuales los oficiales que tomaron el canal 8 no lanzaron al aire el video grabado por los jefes de la insurrección militar. “Fuimos sorprendidos con la aparición de su video, y más aún de los mequetrefes que salieron en pantalla. No sabíamos nada de su video y las razones de su proyección. Creemos que compete a usted la investigación por cuanto el personal civil de apoyo en el Canal 8, hasta donde se nos informó y aseguró, pertenecía al MBR-200 y por tal razón lo aceptamos. Fíjese usted que nuestro video estaba en una mesa en el estudio, mientras aquellos señores provocaban el pánico y la risa de los televidentes, y si a este espectáculo de circo agregamos la traición que nos impidió emplear las fuerzas de tierra, podrá usted tener idea del desastre que se venía sobre nosotros”.¹⁶³

En la mañana del 28 de noviembre me dirigí en mi automóvil hacia Miraflores. En ese momento empezaron a escucharse disparos desde los bloques de “El Silencio”. Era imposible atravesar la plaza O’ Leary sin recibir fuego de algún francotirador. Ordené al conductor retroceder y buscar la avenida “Urdaneta”. Delante de nosotros iba un automóvil de El Universal. Al llegar a la avenida “Urdaneta”, nos encontramos con la misma situación. Avanzamos en medio de los disparos, pero el automóvil se transformó en un blanco muy rentable para los francotiradores. Este hecho me obligó a descender del vehículo y continuar a pie. Me acompañó en ese riesgoso

¹⁶³ Grüber Odremán, Hernán, carta dirigida a Hugo Chávez el 25 de enero de 1993, citada en su libro *Antecedentes Históricos de la Insurrección Militar del 27 de noviembre de 1992*.

momento un escolta de la cancillería que dio demostraciones de gran valor. Sin que yo me diera cuenta, el fotógrafo de El Universal hizo una secuencia de fotos de mi avance por la avenida Urdaneta, las cuales dieron la vuelta al mundo. No era muy apropiado que el canciller de Venezuela tuviera en sus manos una pistola en medio de las calles de Caracas. A los quince o veinte minutos llegué al palacio de Miraflores. Allí me informaron que se había insurreccionado la unidad de operaciones especiales de la Policía Metropolitana, el grupo “Zeta”, al mando del inspector Freddy Bernal. A las pocas horas depuso sus armas.

El 30 de noviembre de 1992 se realizó en la Argentina la reunión presidencial del Grupo de Río. El presidente Pérez consideró importante mi asistencia. El 29 de noviembre salí de Maiquetía en uno de los aviones de PDVSA. Me acompañaron mi esposa y mis asesores Maruja Tarre y José Hernández. Al día siguiente, se dio inicio a la reunión. Mi intervención tuvo un particular impacto, pues denuncié ante los jefes de Estado el nuevo intento golpista. El gobierno del presidente Pérez y la democracia venezolana recibieron mediante una resolución un decidido apoyo. Al terminar la reunión convoqué a una rueda de prensa. La asistencia fue masiva. Sin duda Venezuela era noticia. Durante mi intervención expliqué con detalle los acontecimientos ocurridos. Al finalizar abrí un período de preguntas. Sorprendentemente se alargó por más de dos horas. Los periodistas fueron particularmente incisivos en las preguntas. Por suerte pude contestarles con suficiente idoneidad. Al finalizar recibí un largo aplauso. El resquemor existente todavía en contra de las dictaduras militares del Cono Sur me ayudó a tener éxito.

El fracaso del golpe del 27 de noviembre de 1992 tuvo una importante consecuencia política: se cerró el ciclo de los alzamientos militares. La violencia excesiva utilizada durante la insurrección atemorizó a la población. Los venezolanos entendieron que un golpe de Estado produciría un excesivo derramamiento de sangre. A partir de ese momento se inició, por varios meses, un complejo proceso político y jurídico que logró el enjuiciamiento de Carlos Andrés Pérez y su salida de la presidencia de la República.

La Transición

Adiós al poder

Se conspira con la ley

Es difícil evaluar con objetividad los hechos que condujeron al enjuiciamiento de Carlos Andrés Pérez. En esta acción se reunieron un conjunto muy variado de actores políticos y sociales con distintas motivaciones. Hubo quienes creyeron de buena fe que la crisis política venezolana no tenía otra alternativa que su salida de la presidencia de la República; otros, por el contrario, se inspiraron en profundos resentimientos tanto personales como políticos. El presidente Pérez actuó sin suficiente malicia. Estaba convencido de la imposibilidad de su enjuiciamiento. También influyó una situación nacional muy particular determinada por la crisis de representatividad de los partidos políticos venezolanos y por el impacto popular que tuvieron las reformas económicas. En realidad la crisis política se originó desde el comienzo del período presidencial por el enfrentamiento que surgió en Acción Democrática entre Jaime Lusinchi y Carlos Andrés Pérez.

“Como la noticia más importante de aquel día reportamos que el presidente Pérez ordenó a los ministros Reinaldo Figueredo, Eglée Iturbe de Blanco y Alejandro Izaguirre, “abrir una rápida, exhaustiva y determinante investigación sobre un posible fraude a la Nación” derivado de la sobrefacturación de importaciones con dólares preferenciales autorizados por RECADI a varias empresas del sector privado durante 1988 y cuyo monto podía ascender a 2.500 o 3.000 millones de dólares”.¹⁶⁴ El presidente Jaime Lusinchi en un comunicado de prensa aclaró a la opinión pública los hechos ocurridos: “Se ha llegado incluso a criticar por sí mismo el otorgamiento de conformidades de importación acordadas para garantizar el normal funcionamiento de la economía y se han manejado cifras que no se corresponden con la verdad, confundiendo incluso lo solicitado con lo otorgado. Ausente como está del país el ministro de Hacienda de mi gobierno, doctor Héctor Hurtado, me parece conveniente precisar que las conformidades de importación se acordaron muy por debajo de las solicitudes que hacía el sector privado.”¹⁶⁵

¹⁶⁴ Beroes, Agustín, *La Agenda Secreta de Recado*, *El Nacional*, Caracas 7 de mayo de 1989

¹⁶⁵ Lusinchi, Jaime, *Comunicado de prensa*, *El Nacional*, Caracas, 9 de mayo 1989.

Las investigaciones realizadas por el Congreso Nacional señalaron a Blanca Ibáñez, secretaria privada del presidente Lusinchi, como vinculada al caso por haber influido en la entrega de dólares preferenciales a empresas no amparadas por la legislación cambiaria. Desde Miami la señora Ibáñez envió una carta explicativa de su actuación: “En su edición de ayer, continuando la subliminal serie que ustedes llaman la “Agenda Secreta de RECADI”, aparece a todo despliegue, titulado, ilustrado y manejado con especial intención una publicación que bien puede entenderse como dirigida a incriminarme una vez más en un asunto que no me compete en absoluto, como lo es lo relativo al otorgamiento de dólares preferenciales a importadores durante el gobierno del presidente Jaime Lusinchi”.¹⁶⁶

Al conocerse públicamente la intención del doctor Ramón Escovar Salom de acusar penalmente al presidente Pérez por el empleo indebido de la partida secreta del Ministerio del Interior, surgió de inmediato el rumor de que dichos documentos habían llegado a manos del propio Fiscal General de la República por gestiones del presidente Lusinchi. “No creo que Jaime Lusinchi haya tenido nada que ver con la entrega de documentos comprometedores que permitieran enjuiciar al presidente Pérez. Si alguien lo hizo, debió ser algún funcionario subalterno de su gobierno. Es verdad que las relaciones entre Carlos Andrés Pérez y Jaime Lusinchi se fueron progresivamente deteriorando como consecuencia de la natural rivalidad que surgió por el control de Acción Democrática. Este enfrentamiento debilitó la estabilidad del gobierno de Carlos Andrés Pérez y facilitó en mucho la campaña en su contra”.¹⁶⁷ El doctor Ramón Escovar Salom introdujo en la Corte Suprema de Justicia la solicitud del antejuicio de mérito el 11 de marzo de 1993.

“El desgaste de la imagen de Carlos Andrés Pérez y el rechazo a él y a su gobierno eran tales que su salida del poder lucía políticamente conveniente y necesaria para el país. En distintos círculos se veía a Carlos Andrés Pérez como un factor irritante; y muchos de quienes por largo tiempo elogiaron sus políticas y hasta declaraban a su favor pasaron al campo de los detractores. Al mismo tiempo, los rumores sobre la efervescencia en las Fuerzas Armadas eran incesantes, y había días en los cuales ciertos productos de consumo masivo se agotaban como consecuencia de temores de un nuevo golpe de Estado. El presidente Pérez y el general Iván Jiménez Sánchez, ministro de la Defensa, insistían en la normalidad del país, pero también hablaban de la existencia de grupos subversivos organizados”.¹⁶⁸ La tensión se incrementaba día a día. La situación política era de tal gravedad que se requerían medidas de gran firmeza para lograr salvar al gobierno constitucional.

Uno de los factores que debió haberse utilizado para disuadir esas acciones era el respaldo institucional de las Fuerzas Armadas al presidente Pérez. En lugar de darle ese respaldo, el general Jiménez convocó el domingo 9 de mayo a una rueda de prensa para leer un comunicado de las Fuerzas Armadas que terminó de debilitar al gobierno nacional: “la decisión del Alto Tribunal, cualquiera que sea ésta, apegada como es de esperarse a un exhaustivo rigor jurídico, será acatada y respetada por las Fuerzas Armadas Nacionales. Ésta es la manera como la institución armada asume su responsabilidad ante el país. Las Fuerzas Armadas Nacionales seguirán cumpliendo a cabalidad su papel institucional. No

¹⁶⁶ Ibáñez Blanca, *Comunicado de prensa, El Nacional, Caracas, 12 mayo de 1989.*

¹⁶⁷ Lepage, Octavio, *entrevista, Caracas, 30 de junio de 2006.*

¹⁶⁸ Escalante, Ricardo, *De la caída de Pérez a la del Banco Latino, Vadell Hermanos Editores, Caracas, 1994.*

permitirán, de acuerdo a la Constitución y las leyes, que la incertidumbre generalizada por acontecimientos, como el que hoy preocupa a la nación, sean utilizados por los enemigos de la democracia para subvertir el orden”.¹⁶⁹

Era necesaria una posición totalmente distinta. Las Fuerzas Armadas debieron garantizar la seguridad personal de los magistrados de la Corte Suprema de Justicia y rechazar las presiones que estaban recibiendo. “Los medios de comunicación social y en general numerosos actores políticos y sociales se dedicaron a presionar a los magistrados de la Corte Suprema de Justicia con la finalidad de lograr una decisión condenatoria. En esos días aparecieron unos avisos a página completa con las fotos de los magistrados en distintos medios pidiendo que cumpliéramos nuestro deber. También hubo manifestaciones a la puerta de la Corte y en general todos los magistrados sentíamos en riesgo nuestra seguridad personal. La decisión tomada en contra del presidente Pérez, suponiendo que habían méritos para someterlo a juicio, fue sin duda tomada bajo gran presión”.¹⁷⁰

En esos complicados días me visitó en la Cancillería el Comité Nacional de COPEI con la finalidad de discutir la compleja situación política que enfrentaba el país. Con sinceridad les expuse mi visión sobre lo que consideraba un grave error histórico: no se justificaba enjuiciar a un presidente de la República en ejercicio faltándole solamente ocho meses para la entrega del poder. Hacerlo podía comprometer la estabilidad de la democracia venezolana. La discusión fue fluida y llegué a pensar que mis argumentos podían hacerlos reflexionar. Sin ninguna explicación se retiró de la reunión el doctor Leonardo Ferrer. Al darse cuenta de que mis argumentos podían debilitar la posición tomada por COPEI de votar favorablemente por el enjuiciamiento del presidente Pérez, hizo pública a los propios periodistas que cubrían la Cancillería las intimidades de la reunión. Al día siguiente, la prensa nacional criticó duramente mi actitud. Esa declaración debilitó mi posición ante el partido COPEI.

“El martes 11 de mayo la Corte Suprema de Justicia acordó agotar el plazo legal establecido para pronunciarse sobre la ponencia de Gonzalo Rodríguez Corro, con lo cual desestimó la petición hecha por el presidente Pérez para que el fallo ocurriera a la mayor brevedad posible. A estas alturas de la crisis se desarrollaba la discusión pública acerca de si Carlos Andrés Pérez podía separarse de la Presidencia de la República y dejar a uno de sus ministros como encargado. Se hablaba de los ministros Jesús Carmona, Fernando Ochoa Antich e Iván Jiménez Sánchez. El ministro de la Defensa descartó públicamente que él pudiese quedar encargado de la Presidencia, pero lo cierto era que dos noches antes el presidente Pérez y él habían considerado seriamente el asunto”.¹⁷¹ El lunes 10 de mayo el presidente Pérez me llamó a Miraflores en horas del mediodía para tratar el tema. Hicimos un amplio análisis de la situación política y las reales posibilidades que existían de que hubiese una decisión en su contra. Casi al final me hizo directamente la pregunta: ¿Cómo vería usted que yo encargara de la Presidencia de la República al ministro de la Defensa? Mi respuesta fue positiva. Me pareció una jugada políticamente aceptable, aunque entendía las grandes dificultades que tendría que enfrentar. De todas maneras, le hice ver al presidente Pérez la poca experiencia política que tenía el general Jiménez

¹⁶⁹ Comunicado de las Fuerzas Armadas Nacionales, *El Nacional*, Caracas, 10 de mayo de 1993.

¹⁷⁰ Ducharme, Alfredo, entrevista, Caracas 7 de julio de 2006.

¹⁷¹ Escalante, Ricardo, op. cit., la p. 14.

para lograr desempeñar con éxito esas funciones. El presidente Pérez se quedó pensativo varios minutos. No opinó al respecto.

La tensión política seguía en aumento. El país estaba prácticamente paralizado. La Corte Suprema de Justicia tenía que tomar la decisión a más tardar el 20 de mayo. Ese día un gran número de negocios no abrieron sus puertas y los empleados públicos de nivel subalterno no asistieron a sus oficinas. En los alrededores de la Corte Suprema de Justicia y del Congreso Nacional empezaron a reunirse grupos de manifestantes. Algunos desórdenes públicos se iniciaron en el centro de Caracas. Me trasladé en horas de la mañana desde la Cancillería al Palacio de Miraflores. Estaba convocado el Consejo de Ministros. Se trataron temas rutinarios. A la 1 p.m., el presidente Pérez nos invitó a un almuerzo. Estuve sentado en su mesa. Su cara mostraba una gran preocupación. La conversación fue un poco pesada. A las 2 p.m., el presidente recibió una información que le aseguraba una decisión favorable de los magistrados de la Corte Suprema de Justicia. Nos la comunicó a los comensales. Parecía que la crisis política se había superado. A las 4 p.m. **El** doctor Gonzalo Rodríguez Corro dio una rueda de prensa ante numerosos periodistas nacionales y extranjeros. La Corte Suprema de Justicia había aprobado con nueve votos favorables y seis en contra su ponencia. Según ella había méritos suficientes para enjuiciar a Carlos Andrés Pérez. Los votos a favor fueron los siguientes: Gonzalo Rodríguez Corro, Carmen Beatriz Romero de Encinosa, Roberto Yépez Boscán, Ismael Rodríguez Salazar, Juvenal Salcedo Cárdenas, Alirio Abreu Burelli, Rafael Alfonso Guzmán, Josefina Calcaño de Temeltas e Hildegard Rondón de Sansó. Los votos salvados fueron: Luis Enrique Farías Mata, Alfredo Ducharne, Cecilia Sosa Gómez, Anibal Rueda, Héctor Grisanti Luciani y Carlos Trejo Padilla.

A las 8 p.m. el presidente Pérez se dirigió a la nación: “Me dirijo a mis compatriotas en uno de los momentos más críticos del país y de los más difíciles de mi carrera de hombre público. Debo confesar que pese a toda mi experiencia y al conocimiento de la dramática historia de Venezuela, jamás pensé que las pasiones personales o políticas pudieran desbordarse de manera semejante y que ya Venezuela podía mirar hacia atrás sin el temor de los incesantes desvaríos de la violencia tan comunes en nuestro proceso histórico... Yo represento una larga historia política. Una historia que arranca a partir de la muerte de Juan Vicente Gómez y de los primeros gobiernos que sucedieron a la dictadura... Formé parte de los jóvenes que en 1945 se lanzaron temerariamente a transformar el país. Derrocado Rómulo Gallegos, asumimos todos los riesgos con el fin de recuperar para Venezuela su libertad y dignidad. Formé parte de quienes desde 1958 combatieron con mayor denuedo por la democracia contra la subversión... En el camino dejamos muchos adversarios vencidos, pero jamás humillados, por el contrario se les tendió la mano franca cada vez que fue preciso. Como presidente de la

República, antes y ahora, he actuado con mesura y con abierto ánimo de conciliación. No he perseguido a nadie. A nadie he hostilizado. Sin embargo, contra nadie se ha desatado una campaña sistemática, larga y obsesiva, como se ha ensañado contra mí y contra mi gobierno. La he soportado con la convicción de que en las democracias son siempre preferibles los abusos de la oposición que los abusos del gobierno.

“Me siento orgulloso de lo que, acompañado de mis colaboradores a lo largo de mi gobierno y por la digna y leal conducta de las Fuerzas Armadas, hemos logrado hacer para darle rumbo moderno y definitivo al Estado venezolano... A la par de las reformas políticas se emprendieron las reformas económicas. Ya no era posible el estatismo, porque el Estado macrocefálico no podía continuar. La armonía social financiada de manera ilimitada por el petróleo llegó a su fin. Fue una decisión que requirió voluntad y coraje, no fue fácil porque implicaba un cambio de rumbo en una historia de un país petrolero de cincuenta años de deformaciones. Asumí la impopularidad de esa tarea... Nuestra economía, para sorpresa de analistas, creció de manera notable en medio incluso de tiempos adversos como los de 1992, cuando se atentó de manera pertinaz contra las instituciones democráticas y contra la estabilidad del régimen, y desde luego, contra el Presidente de la República, en primer término. Fue en 1992 que brotó la soterrada conspiración civil, que aprovechó astutamente la conmoción producida por la felonía de los militares golpistas. La misma conspiración de hoy que recurre a otros métodos, porque se agotaron todos los demás, desde la metralla y el bombardeo implacable hasta la muerte moral... Si no abrigara tanta convicción en la transparencia de mi conducta que jamás manchará mi historia, y en la seguridad del veredicto final de la justicia, no tengo inconveniente de confesar que hubiera preferido la otra muerte. Ninguna conspiración, ninguna confabulación por variada y poderosa que sea, ninguna conjura, me arrancarán del alma del pueblo venezolano. Por él he vivido, por él he luchado de manera denodada. Por él continuaré luchando...

“En el día de hoy, los magistrados de la Corte Suprema de Justicia, reunidos en Sala Plena, encontraron méritos para enjuiciar al presidente de la República y a los ex ministros Alejandro Izaguirre y Reinaldo Figueredo. El 9 de marzo, en mensaje dirigido a la nación, expliqué minuciosamente la forma y las razones por las cuales se tramitó esa rectificación presupuestaria de 250 millones de bolívares, con cargo a los servicios de inteligencia y seguridad del Estado. Fue una explicación precisa y clara. Nada tengo que rectificar o agregar a lo que allí dije... Ahora nos enfrentamos al juicio. No solicitaré a los señores senadores que anulen la decisión de la Corte Suprema de Justicia, sino que les pido reflexionar sobre la profunda crisis que ahora enfrentará el país con esa decisión, que crea el insólito precedente de que la Corte Suprema de Justicia haya actuado como un organismo político que desatiende sus nobles y

altos cometidos de darle majestad a la justicia. Tal como lo establece la Constitución Nacional, procederé inmediatamente a entregarle el cargo al presidente del Congreso, con el fin de que el Parlamento proceda a designar a la brevedad posible a quien ha de encargarse de la Presidencia de la República, mientras se decida el juicio en mi contra”¹⁷²

Las palabras del presidente Pérez tuvieron un gran impacto. Los ministros que lo acompañamos en el acto quedamos fuertemente impresionados por sus sentidas palabras. En ese momento traté de conversar con el presidente Pérez en el propio palacio de Miraflores. No pude hacerlo. Apenas terminó el discurso tomó su automóvil y se dirigió hacia La Casona. Consideré mi obligación de amigo acompañarlo en tan difícil momento. Me dirigí a la residencia presidencial donde todo era conmoción. El presidente Pérez había decidido no recibir a nadie. Se encontraba en la parte privada de La Casona con su familia. En el momento en que me iba a retirar fui sorprendido por el llanto de una mujer que, acompañada de su hijo, no dejaba de repetir que ella había cometido una injusticia al decidir en la Corte Suprema de Justicia a favor del enjuiciamiento del presidente Pérez. En voz alta solicitaba que el presidente Pérez la recibiera para pedirle de rodillas perdón por lo que había hecho. Era la magistrada Hildegard Rondón de Sansó. Su conciencia le hacía ver la injusticia cometida.

Se busca presidente

El 21 de mayo se reunió el Senado de la República con la finalidad de autorizar el enjuiciamiento de Carlos Andrés Pérez y convocar a sesión conjunta de las cámaras legislativas para juramentar como presidente provisional a Octavio Lepage, presidente del Congreso Nacional, según lo establecido en el artículo 187 de la Constitución de 1961. El acto fue transmitido por televisión. El doctor Caldera planteó en su intervención cuatro aspectos que acapararon la polémica pública: el carácter absoluto de la ausencia del presidente Pérez; el tiempo máximo durante el cual el presidente del Senado estaría encargado de la Presidencia de la República; el tiempo que debería transcurrir para elegir un presidente provisional y la declaratoria de ausencia absoluta por parte del Congreso Nacional.

Luis Enrique Oberto, presidente de la Cámara de Diputados, tomó el juramento de ley al doctor Lepage, quien recibió el cordón de la llave del arca que contiene el acta de la Independencia Nacional. Inmediatamente se trasladó al Panteón Nacional y posteriormente al palacio de Miraflores. En un sencillo acto protocolar Carlos Andrés Pérez hizo entrega al doctor Lepage de la Presidencia de la República. El presidente Lepage nos pidió a los ministros continuar en nuestras funciones. Todos aceptamos permanecer ejerciendo

¹⁷² Pérez, Carlos Andrés, *Mensaje a la Nación después del fallo de la Corte Suprema de Justicia*, *El Nacional*, 21 de mayo de 1993.

nuestros respectivos cargos con excepción del doctor Antonio Ledezma, gobernador del Distrito Federal, quien solicitó ser reemplazado en sus funciones por motivo de la cercanía de las elecciones presidenciales. El presidente Lepage nombró al doctor César Rodríguez, quien se desempeñaba como presidente del Centro Simón Bolívar. como gobernador del Distrito Federal.

De inmediato, surgió una fuerte polémica en la opinión pública como consecuencia de las distintas interpretaciones que tuvieron algunos juristas del texto constitucional, que establecía el tiempo de duración del ejercicio presidencial de Octavio Lepage. Esta polémica se trasladó al recinto de la Cámara del Senado. Esa tarde, el doctor Rafael Caldera intervino con marcada dureza al afirmar: “Si alguien le ha insinuado a nuestro estimado colega, el senador Octavio Lepage, la idea absurda de que él puede llenar todo el tiempo de la vacante y hasta unos 90 días, que por una interpretación muy retorcida del texto constitucional ha salido a relucir, debo decirle aquí que le están dando un consejo que no solamente es totalmente infundado, sino muy peligroso. Porque si el doctor Lepage sintiera la tentación de quedarse ejerciendo la Presidencia de la República, sin convocar al Congreso para que elija al suplente dentro de los treinta días incurriría en una usurpación y el Congreso estaría obligado a destituirlo, a hacer la elección. Y si llegara a plantearse un conflicto porque se sostuviera una opinión diferente que condujera a que dos venezolanos distintos pretendieran tener derecho a ejercer la Presidencia de la República, la Corte Suprema de Justicia tendría que decidir en forma breve y sumaria este conflicto, para que no se fuera a enrarecer más la situación del país” 173

La respuesta del doctor Lepage mantuvo el mismo tono de dureza: “El doctor Caldera pudo haber hecho su intervención sin agredirme, sin mencionarme. Tanto me agredió que dijo que yo podía ser autor de una usurpación que merecería se me destituyera. En mi larga vida pública, no tan larga, por supuesto, como la del senador vitalicio Rafael Caldera, tengo el orgullo de haber llegado a estas alturas de mi vida con el reconocimiento de ser un político honorable. Esta confrontación se habría evitado si el doctor Caldera no le hubiese puesto ese énfasis a sus palabras. Un político – lo reitero y nunca me gusta hablar de mi mismo – a quien no se le puede tachar desde el punto de vista moral y desde el punto de vista político. El presidente Pérez no se ha muerto, no ha sido condenado, no está interdicto penalmente. Por lo tanto la autorización de suspenderlo genera una vacante, una separación temporal del presidente de la República. Y es tan temporal que aunque se le despoja en el momento de aprobarse el enjuiciamiento de sus facultades y de sus atribuciones, él mantiene su investidura. Si mañana, todavía dentro de su

173 Caldera, Rafael, discurso en el Senado, *Diario de debates del Congreso de la República de Venezuela*, Caracas, 21 de mayo de 1993.

período, la Corte lo sentencia favorablemente, él se reencargaría de la Presidencia de la República. Eso es lo constitucionalmente correcto. Por lo tanto es una ausencia temporal...174

El doctor Caldera pidió de nuevo la palabra: “El punto planteado por lo visto no fue un punto accidental; es algo muy delicado y muy trascendental para el país. En la intervención del doctor Lepage se demostró que lo que dijo esta mañana en un programa de televisión no era así al desgaire; es que quiere quedarse noventa días y quizá una prórroga, y eso para el país sería muy grave no solamente por la significación política que tiene, sino porque es una violación abierta a la Constitución. No se trata de lo que la Constitución dice y la puedo interpretar. ¡Señores, creo que los senadores y el público presente **saben** leer y **saben** oír! El artículo 188 dice: “Las faltas temporales del presidente de la República las suplirá el ministro que él mismo designe, y en su defecto la persona llamada a suplir las faltas absolutas según el artículo anterior”. De manera que, la aplicación del criterio está indicada, ordenada por el propio artículo 188. Ese mismo artículo dice: “Si la falta temporal se prolonga por más de noventa días consecutivos, las Cámaras en sesión conjunta decidirán si debe considerarse que hay falta absoluta. Esto es para el caso de una enfermedad del presidente de la República, que se vaya prolongando y las Cámaras digan “debe considerarse falta absoluta”. Pero de acuerdo con la tesis sostenida por el honorable senador Lepage, si se trata de una falta temporal, porque el presidente de la República no ha sido destituido sino suspendido, mientras dure el juicio, así dure noventa, cien, ciento veinte días, ciento ochenta días se sostendrá la tesis de que hay una falta temporal. Si el senador Lepage se empeña en sostener la tesis de que él va a gobernar por toda la interinaria, iríamos a la Corte Suprema de Justicia para que en decisión breve y sumaria dijera cual es la legítima, la correcta, la patriótica interpretación del texto constitucional”. 175

Este debate definió el destino del gobierno provisional del doctor Octavio Lepage. Era imposible sostenerse en el poder con la firme oposición que le hacía el doctor Caldera. Su prestigio personal, sus posibilidades presidenciales y la coalición de fuerzas políticas que ya empezaban a agruparse detrás de su figura histórica le daban una fuerza personal que hacía imposible oponerse en ese momento a su tesis jurídica. En caso de haberlo hecho el doctor Lepage, la decisión de la Corte Suprema de Justicia hubiera favorecido la posición del doctor Caldera. Esta realidad fue interpretada por las distintas fuerzas políticas en el Congreso de la República que empezaron a buscar a una figura nacional que pudiese ocupar la Presidencia de la República para finalizar

174 Lepage Octavio, *discurso en el Senado, Diario de debates del Congreso de la República de Venezuela, Caracas, 21 de mayo de 1993.*

175 Caldera, Rafael, *discurso en el Senado, Diario de debates del Congreso de la República de Venezuela, Caracas, 21 de mayo de 1993.*

el período constitucional. Los medios de comunicación empezaron a señalar nombres. Últimas Noticias, en su edición del 22 de mayo, propusieron los nombres del doctor Ramón J. Velásquez y el mío para ocupar la Presidencia de la República. Yo había reflexionado serenamente sobre esta posibilidad, pues estaba convencido de que políticamente era imposible que mi nombre fuese aceptado por el Congreso de la República para desempeñar dichas funciones. Por el contrario, estaba seguro de que el doctor Velásquez reunía un conjunto de condiciones que le permitiría sortear con éxito la crisis que vivía Venezuela. Apenas llegué al Ministerio de Relaciones Exteriores lo llamé por teléfono. Nuestra amistad era de vieja data. La había heredado de mi padre. Apenas me atendió, le dije directamente: “Don Ramón, el presidente es usted, no yo. Tiene todo mi apoyo” Su respuesta inmediata fue: “Fernando, salgo de inmediato para la Cancillería a hablar contigo”.

Una hora más tarde llegó el doctor Velásquez a la Cancillería. No lo dejé iniciar la conversación. Le dije: “**Don** Ramón, el presidente es usted. Le voy a decir las razones. También le diré en que momento me pueden designar a mí. A usted lo van a nombrar presidente de la República por su honorabilidad, su capacidad, su experiencia política y su edad. Los parlamentarios lo conocen bien y saben que usted es capaz de superar la actual crisis nacional. Además, no sienten temor de que usted pueda aspirar la presidencia de la República. Mi caso es diferente: soy militar, tengo cincuenta años, me creen ambicioso y tienen temor de que yo tenga aspiraciones. Ahora, le voy a decir cuando me pueden escoger a mí. Si se prenden los tanques en Fuerte Tiuna y los militares dicen que los apagan si me nombran Presidente de la República, lo hacen de inmediato. Me preferirían a mí, que saben como pienso y no a un general desconocido. Como los tanques están apagados, el presidente es usted. Cuente con todo mi apoyo”. El doctor Velásquez se sonrió con picardía. Su respuesta fue muy prudente: “Fernando, yo no he decidido nada, tampoco me han ofrecido la Presidencia de la República. Hay que esperar. Recuerda que hay muchos aspirantes”.

Fueron días de muchos rumores. Permanentemente me llegaban informaciones a la Cancillería sobre las negociaciones que realizaban los partidos Acción Democrática y COPEI para escoger al presidente de la República. Uno de los rumores que empezó a surgir con mayor fuerza era la negativa del doctor Velásquez de aceptar la Presidencia de la República. El 28 de mayo, apenas llegué a la Cancillería, lo llamé por teléfono a su oficina en el Congreso Nacional para insistirle en que él debía aceptar. “Fernando, yo no tengo edad para desempeñar ese cargo. Además no tengo suficiente apoyo”. Su respuesta me sorprendió. Estaba convencido de que el doctor Velásquez tenía un amplio respaldo político. A las 11 a.m. me llegó la información de que Acción Democrática y COPEI habían llegado a un acuerdo para designar presidente de la República al doctor Carlos Delgado Chapellín. En la tarde, los

medios de comunicación divulgaron el contenido de una rueda de prensa del presidente Lepage. A una pregunta de José M. Rojas de El Diario de Caracas, el doctor Lepage respondió: “La pregunta da margen para definir lo que podría ser el perfil tal como yo lo concibo de ese presidente de la República que va a suceder a Carlos Andrés Pérez y que seguramente gobernará el resto del período, es decir, hasta febrero del año que viene. Tiene que ser obviamente un hombre de reconocida honestidad. Tiene que ser un venezolano cuya característica fundamental sea la austeridad. Tiene que conocer muy bien a Venezuela y sus problemas, los graves problemas que Venezuela enfrenta en la actualidad. Tiene que ser un conciliador, un armonizador, un hombre capaz de generar un sentimiento de solidaridad nacional. Tiene que ser capaz de elevar la autoestima de los venezolanos que está tan maltratada. Son una serie de condiciones que no son fáciles de encontrar. Yo aspiro que ese presidente que suceda a Carlos Andrés Pérez no sea escogido con el criterio de favorecer a un amigote bonachón, mano suelta, capaz de ser manipulado a distancia. Eso no lo toleraría el país y sería un gravísimo error político¹⁷⁶.

La reacción del doctor Lepage fue la respuesta a una maniobra política promovida por Luis Alfaro Uceró, Secretario General de Acción Democrática. Al leer los titulares de primera página de los periódicos del día siguiente, todos utilizaron la dura frase del doctor Lepage: “Amigote, bonachón, mano suelta y manipulado no puede suceder a Carlos Andrés Pérez.” Consideré que se requería hacer un último esfuerzo para convencer al doctor Velásquez de que aceptara la Presidencia de la República. Pensé que Carlos Andrés Pérez y Rafael Caldera podían ayudarme en ese esfuerzo. Muy temprano me dirigí a La Casona para hablar con el presidente Pérez. Me recibió de inmediato. Le manifesté mi preocupación. Su respuesta me angustió aún más: “Fernando, el doctor Velásquez estuvo aquí hace unos minutos conversando conmigo sobre el asunto. Está empeñado en no aceptar. Se lo he pedido de mil formas, pero su respuesta es siempre la misma. Tú sabes que uno es amigo de Ramón a pesar de él. Uno, a veces, no lo entiende. Ve tú mismo a hablar con él. A lo mejor lo convences”...Salí y me dirigí a la residencia del doctor Velásquez. Lo encontré muy tranquilo. Le pregunté sobre su decisión. Me ratificó lo que me había dicho el presidente Pérez. “Fernando, no existen suficientes condiciones políticas para que yo acepte la Presidencia de la República. De hacerlo, fracasaría con toda certeza. Ese fracaso repercutiría en la estabilidad futura del país”. Mi respuesta fue directa: “Doctor Velásquez, es necesario tratar de conseguir esas condiciones. Sólo usted puede llenar el vacío dejado por Carlos Andrés Pérez. No hay otro venezolano que pueda hacerlo. Está en juego el futuro del país y la estabilidad de las instituciones democráticas. Usted debe reflexionar sobre mis palabras. Fíjese lo que ocurrió con la candidatura del

¹⁷⁶ Escalante, Ricardo, *op. cit.*, p. 30.

doctor Delgado Chapellín”. El doctor Velásquez se quedó pensativo. Al despedirme agregó: “Canciller, mi decisión es no aceptar”. Me pareció que el tono de su respuesta ya no era tan firme como al principio de nuestra conversación.

Decidí visitar al doctor Caldera en su casa. Le manifesté la preocupación que tenía por la actitud del doctor Velásquez y la dificultad existente en los partidos para darle el apoyo necesario. Le pedí que interviniera. Me escuchó con mucha atención. De repente, me dijo: “General, ante la negativa del doctor Velásquez de aceptar, ¿Por qué usted no aspira? Usted sería para mí una importante garantía de estabilidad y de imparcialidad durante el próximo proceso electoral.” Sorprendido por el planteamiento del presidente Caldera le respondí: “A mi nadie me ha ofrecido la Presidencia de la República. Es la primera vez que me hacen un planteamiento concreto en ese sentido. Estoy convencido de que para lograr un suficiente consenso nacional en apoyo de mi candidatura se requiere que usted haga público lo que me está diciendo”. El doctor Caldera reflexionó unos minutos para responderme: “Ochoa, yo no puedo apoyar públicamente su candidatura”. Algo molesto, ya que no entendía su posición, le dije: “Presidente, si es así, no hablemos más de ese asunto. Hagamos el esfuerzo para que el doctor Velásquez acepte la Presidencia de la República”. La conversación se prolongó por más de media hora. Al despedirme quedé convencido de que el doctor Caldera sería factor fundamental para lograr la designación del doctor Velásquez. No había perdido el tiempo.

“La salida de la Presidencia de Carlos Andrés Pérez abrió como era de esperarse una delicada crisis política y social. Rafael Caldera y la dirigencia de Acción Democrática y COPEI entendieron que si no se encontraba una solución conveniente que satisficiera las expectativas sociales se podía poner en riesgo las elecciones de diciembre de ese año. Ese convencimiento condujo a que Luis Alfaro Ucero e Hilarión Cardozo se acercaran a mí a ofrecerme la Presidencia de la República. Yo les contesté en ese momento que no estaba interesado y les recomendé que buscaran a un experto en Finanzas Públicas, ya que la crisis era fundamentalmente económica. Sugerí algunos nombres: Julio Sosa, Enrique Aguerrevere, y Enrique Sánchez. También recomendé el nombre de José Santiago Núñez Aristimuño. A los tres días volvieron a informarme que los partidos políticos no aceptaban los nombres sugeridos por mí. Insistieron en la necesidad de que fuera un hombre con experiencia política. Ante ese nuevo planteamiento, les dije que aceptaba”¹⁷⁷. El 31 de mayo, COPEI anunció públicamente su decisión de apoyar la nominación del doctor Velásquez para la Presidencia de la República. A las pocas horas Acción Democrática aceptó respaldar esta posición.

¹⁷⁷ Velásquez, Ramón J., entrevista, Caracas, 11 de julio de 2006.

El 1 de **junio**, la Comisión de Mesa del Congreso Nacional convocó a una sesión conjunta de las Cámaras del Senado y de Diputados para el 5 de junio con la finalidad de escoger al próximo presidente de la República. En la tarde del 5 de junio se reunió el Congreso Nacional. Diecinueve parlamentarios solicitaron el derecho de palabra. El Senador Pedro París Montesinos propuso a Ramón J. Velásquez como candidato para la Presidencia de la República. Los diputados Álvaro Silva Calderón y Germán Febres propusieron a Reinaldo Cervini y a Humberto Calderón Berti respectivamente. La votación fue la siguiente: 205 votos a favor de Ramón J. Velásquez, 11 para Reinaldo Cervini, 13 en blanco, 6 nulos y uno con la inscripción de voto salvado. “Las pasiones políticas, la mayor crisis de la democracia venezolana, una de las mayores crisis nacionales desde 1830, la borrasca como Ramón J. Velásquez la había llamado, habían tenido una consecuencia: a partir de ese momento, por un acuerdo explícito entre los principales partidos e individualidades políticas del sistema, con el apoyo expreso de las Fuerzas Armadas, de la Iglesia Católica y de los sectores empresariales, Ramón J. Velásquez era el presidente de la República. La borrasca lo había llevado a Miraflores”.¹⁷⁸ La crisis política iniciada con el enjuiciamiento del presidente Carlos Andrés Pérez había concluido.

Un nuevo gobierno

La sesión conjunta del Congreso Nacional para la juramentación del doctor Velásquez se decidió realizarla el sábado 6 de junio. Él había decidido que el acto se hiciera con todo el protocolo requerido. Además, había pedido se organizara un *Te Deum* en la catedral de Caracas oficiado por el cardenal José Alí Lebrún. Durante esa compleja semana me había mantenido alejado de los acontecimientos políticos. Traté de comunicarme telefónicamente con el doctor Velásquez al Congreso Nacional. Lo llamé tres veces. Su secretaria me informó que estaba ocupado, que más tarde me contestaría la llamada. Pasaron los días y no ocurrió. Definitivamente alrededor del doctor Velásquez existían personas interesadas en nuestro distanciamiento. La mañana del sábado 6 de junio me encontraba en mi casa cuando recibí una llamada de la señora Ligia de Velásquez, quien me invitaba a asistir junto con su familia al *Te Deum* en la catedral. Entendí que los intrigantes no habían conseguido su objetivo. A Ramón J. Velásquez, lo acompañaron en el *Te Deum*, doña Ligia, sus hijos y un grupo bastante pequeño de amigos. El doctor Luis Enrique

¹⁷⁸Otálvora, Edgar, *La Paz Ramónica*, Editorial Gomaire, Caracas, 1994, p. 24.

Oberto, presidente de la Cámara de Diputados, le tomó en sesión conjunta del Congreso Nacional el correspondiente juramento y le impuso la banda presidencial y el collar con la llave del Arca en donde se guarda el Acta de la Independencia en presencia del presidente Lepage.

Inmediatamente después el doctor Velásquez se dirigió a los venezolanos. Su discurso fue corto pero trascendente. Con absoluta sinceridad le hizo ver al país que su gobierno no era una fábrica de milagros para resolver los graves problemas nacionales, “así como yo acepté esta inmensa responsabilidad sin haberla buscado, le pido a los venezolanos que me acompañen en tan difícil travesía”. Igualmente planteó la necesidad de discutir un gran acuerdo nacional que consultara al país sobre los grandes objetivos a alcanzar en el siglo XXI. En seguida se trasladó al palacio de Miraflores. El doctor Lepage firmó un acta de entrega en el salón Sol del Perú en presencia del gabinete ejecutivo. El gobierno del doctor Velásquez se inició con un gran respaldo nacional. Las voces disidentes que criticaban dicho acuerdo lo hacían por la manera como las cúpulas partidistas lo habían logrado, pero nadie cuestionaba las reconocidas condiciones personales del nuevo presidente. Teodoro Petkoff resumió en un artículo en El Diario de Caracas el 7 de junio de 2006, la posición de las fracciones minoritarias en el Congreso Nacional: “¿Por qué no votamos por Ramón J. Velásquez? Porque su candidatura y consiguiente presidencia fueron el fruto de una imposición al país por parte de las cúpulas partidistas de Acción Democrática y COPEI. Desde luego, éste no es ningún improvisado, sino todo lo contrario; Ramón J. Velásquez es uno de los intelectuales venezolanos más reputados; al mismo tiempo es un político muy bien estructurado”¹⁷⁹.

Curiosamente este gobierno que se presentaba con tanta fuerza ante la opinión pública tenía en sí mismo una importante debilidad: todos sabían que su duración era exclusivamente por ocho meses. “A los dos días me invitaron a otra reunión en una casa en la urbanización Santa Paula. En un momento determinado, el senador Pedro París Montesinos me dijo que José Curiel quería informarme algo. El doctor Curiel me dijo que las direcciones de los partidos COPEI y Acción Democrática habían decidido no formar parte del nuevo gobierno. Sorprendido les respondí: “Venezuela sigue siendo un gran circo. Ustedes fueron a buscar al más viejo de los acróbatas en su casa para presentar un acto de gran riesgo y para colmo le quitaron la malla de seguridad. Ustedes piensan que yo me voy a matar. Ustedes creen que va a

179 Petkoff, Teodoro, Diario de Caracas, 7 de junio de 1993

ser más fácil detenerme a mí que a uno de las grandes figuras de los partidos. No va a ser así. Se los aseguro”. Ellos me dejaron solo, se dedicaron a la campaña electoral, no volvieron al palacio. Ante esa realidad, yo convoque a Miraflores a vastos sectores sociales. El palacio presidencial, durante los meses de mi gobierno, siempre estuvo lleno de grupos de la sociedad civil que nunca habían sido convocados a gobernar”. 180

Una de las grandes dificultades que tuvo que enfrentar el doctor Velásquez fue la constitución del gabinete ejecutivo. El primer ministro que se juramentó fue Ramón Espinosa. Fue designado ministro de la Secretaría. Venía de ejercer la presidencia de PROVENEZUELA. El 9 de junio se designaron los ministros del Interior, de Agricultura y Cría y de Hacienda. Esas responsabilidades recayeron en los doctores Carlos Delgado Chapellín, Hiram Gaviria y Carlos Rafael Silva. Designar al doctor Delgado Chapellín fue una hábil maniobra política. Se superaba la delicada circunstancia que rodeó su candidatura a la Presidencia de la República y, además, se lograba la colaboración de un inteligente funcionario. Hiram Gaviria era un joven productor agropecuario que había tenido una importante figuración en los medios gremiales. Carlos Rafael Silva, experto en economía y finanzas públicas, tenía experiencia en funciones de gobierno al desempeñarse como ministro de Educación durante el primer gobierno de Carlos Andrés Pérez. En los próximos días de su gobierno designó, en un indiscutible esfuerzo personal, a los demás miembros del Gabinete ejecutivo: Elizabeth de Caldera, ministro de Educación; Gustavo Pérez Mijares, ministro de Fomento, Luis Horacio Vivas, ministro del Trabajo; Fermín Mármol León, ministro de Justicia; José Domingo Santander, ministro de Transporte y Comunicaciones; Adalberto Gabaldón, ministro del Ambiente y Recursos Naturales; Henry Jatar, ministro de Desarrollo Urbano; Pablo Pulido, ministro de Sanidad; vicealmirante Radamés Muñoz León, ministro de la Defensa; Hernán Anzola, ministro de Estado jefe de Cordiplán; Allan Brewer Carías, ministro de Estado para la **(quitar ;)** Descentralización; Miguel Rodríguez Mendoza, ministro de Estado Presidente del Instituto de Comercio Exterior; Miguel Layrisse, ministro de Estado presidente de la Corporación de Guayana y Gustavo Roosen, presidente de Petróleos de Venezuela.

El 16 de junio anunció las siguientes ratificaciones: Teresa Albáñez, ministro de la Familia; Alirio Parra, ministro de Energía y Minas; José Antonio Abreu, ministro presidente del CONAC, Julián Villalba, presidente del Fondo de Inversiones y Fernando Ochoa Antich, ministro de Relaciones Exteriores. Ese mismo día designó como Procurador General de la República al doctor Ricardo Ernst Contreras. La principal característica de este equipo de gobierno fue su diversidad. Su único punto de unión era la amistad personal

con el Presidente de la República. Su labor fue importante. Con justicia debo reconocerlo. Logró superar la crisis nacional y conducir al país a las elecciones del mes de diciembre de ese año. “En repetidas ocasiones Ramón J. Velásquez hizo alusión a la forma como logró constituir su Gabinete. Ninguno de los ministros era hombre de partido, algunos ni siquiera se conocían entre sí, pocos estaban en el sector público, la mayoría aceptó dado la temporalidad del caso, y cada uno de ellos se vio convertido en ministro de la noche a la mañana. Para Velásquez, quienes lo acompañaron al gobierno, a un gobierno que al comenzar no sabía cuanto tiempo duraría, estaban cumpliendo con la versión civil del servicio militar obligatorio. No creo que se tratara de hacer una apología del martirologio, se trataba de resaltar la dificultad cierta en la cual se vio Ramón J. Velásquez para conseguir venezolanos, políticamente independientes, solventes moral y profesionalmente que estuvieran dispuestos a ir al Gabinete de un Gobierno que empezaba y terminaría antes de que cualquier proyecto pudiera madurar, y con un ejercicio fiscal ya comprometido”¹⁸¹.

Mi ratificación como canciller ha generado distintos comentarios. Ricardo Escalante, jefe de Prensa por algún tiempo en el gobierno de Ramón J. Velásquez, escribió en su libro *De la caída de Pérez a la del Banco Latino*: “El canciller Fernando Ochoa Antich se encontraba en funciones desde el año anterior. Velásquez comentó reiteradamente su intención de cambiarlo, pero hubo quienes le aconsejaron “mantenerlo con las manos ocupadas”. Gentes de los cogollos adeco y copeyano sostenían la tesis de que era mejor tenerlo en el gobierno que fuera del mismo. Ramón J. Velásquez exponía algunas dudas acerca de lo que había sido el comportamiento del entonces ministro de la Defensa el 4 de Febrero y lo describía como un conspirador nato”.¹⁸² En esos días yo percibí las presiones políticas y personales que se realizaban sobre el doctor Velásquez con la finalidad de lograr mi sustitución como ministro de Relaciones Exteriores. El mismo día de la juramentación del presidente Velásquez conversé en privado con él. Mantuvo un total hermetismo sobre mi situación. Me consultó sobre la designación del nuevo ministro de la Defensa. Mi recomendación fue muy institucional: “Presidente, designe al más antiguo. Eso le evitará todo tipo de problemas”. De inmediato le solicité autorización para viajar al exterior. Me autorizó a hacerlo. Al regresar, seguí cumpliendo mis funciones sin previa juramentación. En estos días, en la entrevista que le hice al doctor Velásquez para este libro, le consulté sobre ese hecho. Me aclaró lo siguiente: “No, nunca tuve dudas de que usted debería continuar colaborando con mi gobierno. Al ir a nombrar el Gabinete pensé en designarlo Gobernador de Caracas para que rivalizara con el alcalde Aristóbulo Istúriz. En definitiva consideré más conveniente que usted continuara en la **Cancillería**. Usted ya tenía experiencia en el desempeño de

¹⁸¹ Otáborra, Edgar, *La Paz Ramónica*, pp. 32-33.

¹⁸² Escalante, Ricardo, *op. cit.*, p. 56.

esas funciones".¹⁸³ No tengo razones para dudar de esta afirmación del doctor Velásquez. Nos une una vieja amistad, que ha permanecido inmutable con el pasar de los años.

La habilidad de don Ramón

El presidente Velásquez tuvo que enfrentar una serie de situaciones que en muchas oportunidades comprometieron la estabilidad de su gobierno. En esos difíciles momentos, siempre demostró **una (gran)** serenidad y paciencia. Su relación con los ministros era singular. Les demostraba **su (eliminar)** confianza, pero cuando los recriminaba lo hacía con fuerza. Evitaba dar amplias explicaciones, pero exigía el cabal cumplimiento de sus instrucciones. El primer gran problema que enfrentó el gobierno nacional fue la existencia, en los primeros meses de su ejercicio, de dos presidentes: uno despachaba en Miraflores, el otro, vivía en la residencia presidencial de La Casona. Este asunto le causaba preocupación al presidente Velásquez ya que debilitaba de manera importante su autoridad ante el país. Se requería encontrar una rápida solución. Los partidos políticos también lo entendieron así. Mi situación personal era complicada. Mi amistad con el presidente Pérez me impedía dejar de visitarlo. Lo hice durante todo el gobierno de Ramón J. Velásquez. Algunos medios de comunicación lo reseñaron. Al presidente Velásquez no le agradó, aunque no me dijo nada directamente, pero me lo dio a entender. Algunos comentaristas insinuaron injustamente que yo le informaba al presidente Pérez de lo que ocurría en la Cancillería y en el Gobierno. El problema no tuvo solución sino hasta el mes de agosto cuando el presidente Velásquez supo cual sería la posición de Acción Democrática en el debate que se realizaría en el Congreso Nacional con la finalidad de declarar la falta absoluta del presidente Pérez. El partido consideró que la decisión era inconstitucional, posición que le causó una gran angustia al presidente Velásquez.

De inmediato invitó a Luis Alfaro Ucero a Miraflores. Conversaron largamente. El presidente Velásquez exigió algunos cambios en el documento que leería Acción Democrática en el Congreso Nacional. En el partido COPEI surgió la tesis de una sola votación para declarar la ausencia absoluta de Carlos Andrés Pérez como presidente de la República y ratificar a Ramón J. Velásquez. El Comité Nacional seleccionó a su candidato presidencial, Oswaldo Álvarez Paz, como su vocero oficial. El partido Acción Democrática realizó importantes cambios en el documento que presentaría ante el Congreso Nacional. Por la proposición de Oswaldo Álvarez Paz votaron las siguientes fracciones políticas: COPEI, MAS. MIN, Nueva Generación Democrática, Avanzada Popular, Fórmula Uno, Causa

¹⁸³ Velásquez, Ramón J., entrevista

Radical, Partido Comunista de Venezuela, Ora y GPI. Acción Democrática salvó su voto mediante un documento leído por el senador París Montesinos: “Al declarar las Cámaras de manera antijurídica e inconstitucional la falta absoluta del titular de la Presidencia de la República, incurren en usurpación de atribuciones, por cuanto en definitiva un Presidente absolutamente sustituido es un presidente destituido, arrogándose el Congreso la atribución de actuar como tribunal, en violación abierta y flagrante del derecho de todo venezolano a ser juzgado por sus jueces naturales y con garantía del debido proceso; al mismo tiempo, adelantan decisión arbitraria respecto a la culpabilidad o inocencia del Presidente suspendido... La fracción parlamentaria de Acción Democrática votó para aprobar el enjuiciamiento del presidente Carlos Andrés Pérez por la Corte Suprema de Justicia, e igualmente votó a favor de la designación del doctor Ramón J. Velásquez para ser investido con el ejercicio de las facultades y atribuciones del Presidente de la República por el término de la suspensión causada por ese enjuiciamiento por considerar que se trataba de situaciones contempladas en la normativa constitucional. Ahora Acción Democrática, por las mismas razones principistas, se niega a convalidar con sus votos lo que significa la toma del control de los poderes de la República por razón de la fuerza en flagrante violación del orden jurídico establecido en el país. Anunciamos nuestra determinación de no votar por la declaratoria de falta absoluta en la Presidencia de la República, ni tampoco en el supuesto de que tal exabrupto llegare a prosperar, por la elección de un presidente sustituto para el resto del período constitucional”. 184 Acción Democrática tuvo razón. La declaratoria de falta absoluta del presidente Pérez fue inconstitucional. Lamentablemente, no tuvo esa misma firmeza desde el inicio de la crisis del gobierno de Carlos Andrés Pérez. De haberlo hecho, posiblemente, el destino de Venezuela hubiese sido distinto.

Otro de los grandes problemas que tuvo que enfrentar el presidente Velásquez fue el complejo manejo de las Fuerzas Armadas, pues su situación interna era difícil. Hugo Chávez, los oficiales detenidos y los exilados como consecuencia de los intentos de golpe de Estado mantenían un permanente espacio en los medios de comunicación que utilizaban para agitar a sus compañeros de armas. José Vicente Rangel, a través de su programa en *Televén*, seguía siendo un factor desestabilizador todas las semanas. No había domingo en que no hiciera pública alguna noticia sobre las Fuerzas Armadas con la intención de incrementar las tensiones internas. El sábado 12 de junio, el general Jiménez llamó por teléfono al presidente Velásquez para informarle que *Televén* estaba anunciando para el día siguiente una entrevista de José Vicente Rangel a Hugo Chávez, en la cual se emitirían unos conceptos denigrantes para las Fuerzas Armadas y para el propio presidente

184 *Voto Salvado de Acción Democrática en la sesión conjunta del Congreso Nacional, Caracas, 31 de agosto de 1993.*

Velásquez. El Alto Mando Militar consideraba que dicha entrevista no debía difundirse. El presidente Velásquez coincidió con la posición del general Jiménez e inició algunos contactos políticos para evitar que saliera a la luz pública dicho programa. El doctor Ramón Espinosa, ministro de la Secretaría, visitó al doctor Rangel para pedirle de parte del presidente Velásquez que suspendiera el programa. Éste se negó. El ministro Espinosa habló con el doctor Ignacio Andrade, presidente de Televén, quien a su vez habló con José Vicente Rangel. Todo fue en vano. Ante esta circunstancia se apeló a una acción judicial. El Consejo de Guerra Permanente de Caracas, a través de su presidente coronel Francisco Alvarado Pinto notificó a la Presidencia de Televén la prohibición de transmitir el mencionado programa debido a que “el teniente coronel Hugo Chávez, oficial en actividad, está siendo procesado por la presunta comisión del delito de Rebelión”.¹⁸⁵ José Vicente Rangel dio de inmediato una rueda de prensa en la propia estación televisiva. En ella mantuvo que “podía considerarse que se había producido un golpe militar contra el presidente Velásquez”.¹⁸⁶

La designación del vicealmirante Radamés Muñoz León como ministro de la Defensa no resolvió el problema. Por el contrario complicó aún más la ya difícil situación militar. Hombre polémico, mantuvo un permanente enfrentamiento con sectores políticos. En respuesta a unas afirmaciones realizadas por el diputado Pablo Medina, el vicealmirante Muñoz emitió un fuerte comunicado en donde señalaba que: “Las Fuerzas Armadas alertan contra la acción de personas que denigran de su propia condición de defensores y representantes del pueblo y se basan en ello para darse a la tarea de enlodar cuanta institución se mantiene firme al servicio de la democracia y del pueblo de Venezuela, e informa que el diputado Pablo Medina, en un programa radial que se transmite de 4 a 6 de la tarde, violentando todo principio de dignidad humana, ética y conducta social, atribuyó al general de **división** Jorge Tagliaferro de Lima, Comandante General del Ejército, la responsabilidad de fomentar un golpe de Estado y los actos terroristas que están atentando **en** contra de la paz de la familia venezolana”.¹⁸⁷ Este estilo personal del ministro Muñoz se mantendrá durante todo el gobierno de Ramón J. Velásquez, creando difíciles situaciones en el orden político.

El tercer gran problema que tuvo que enfrentar Ramón J. Velásquez fue la falta de unidad ideológica en su equipo de gobierno. Estas diferencias se pusieron de manifiesto fundamentalmente durante la discusión de los distintos proyectos de leyes surgidos como consecuencia de la Ley Habilitante. El Consejo de Ministros se dividió en tres grupos claramente definidos: liberales, intervencionistas y neutrales. El primer grupo estaba constituido por los

¹⁸⁵ Auto del Consejo de Guerra Permanente de Caracas de fecha 12 de junio de 1993.

¹⁸⁶ Rangel, José Vicente, Rueda de Prensa, Caracas, 13 de junio de 1993

¹⁸⁷ Comunicado del Ministerio de la Defensa de fecha 23 de agosto de 1993.

siguientes ministros y altos funcionarios del Estado: Hernán Anzola, Gustavo Pérez Mijares, Allan Brewer Carías, Ruth de Krivoy, Julián Villalba, Miguel Rodríguez Mendoza, Miguel Layrisse, y Gustavo Roossen. Los intervencionistas eran Ramón Espinosa, Carlos Rafael Silva, Teresa Albáñez, Hiram Gaviria y Luis Horacio Vivas. Los neutrales: Elizabeth de Caldera, Fermín Mármol León, José Domingo Santander, Adalberto Gabaldón, Henry Jatar, Pablo Pulido, Radamés Muñoz, Alirio Parra, José Antonio Abreu y yo. Las relaciones entre Carlos Rafael Silva, ministro de Hacienda y Hernán Anzola, **ministro** de Cordiplán empezaron a dificultarse durante las discusiones que surgieron en el Consejo de Ministros para la aprobación del Impuesto al Valor Agregado y a los Activos Empresariales. Las tensiones personales entre los dos ministros llegaron a su máxima expresión durante la discusión de la Ley de Bancos. El ministro de Hacienda planteó el punto complejo de la participación de la banca extranjera en el mercado nacional. Para él, muchos de quienes eran poseedores de concesiones estatales de bancos, buscarían la manera de negociar con inversionistas extranjeros para obtener grandes beneficios.

El impuesto al Valor Agregado entró en vigencia a partir del 1 de octubre de 1993 a nivel de mayoristas e importadores. El Consejo de Ministros discutió de nuevo en el mes de diciembre su aplicación a los minoristas. Algunos ministros plantearon que no era conveniente que ese impuesto se les aplicara a los minoristas en el mes de enero, como se había decidido anteriormente, argumentando que el gobierno no estaba técnicamente preparado para controlar la recaudación. El ministro Silva, acompañado de sus asesores, aseguró que su Despacho sí estaba en capacidad de garantizar el cobro correcto del impuesto a los minoristas. El doctor Velásquez decidió respaldar la posición del ministro de Hacienda. Además, el doctor Julio Sosa Rodríguez, asesor del presidente electo Rafael Caldera, había sido partidario de aplicar dicho impuesto en esa fecha. Esta decisión tuvo un importante costo político. El gobierno fue demandado ante la Corte Suprema de Justicia por el cobro de dicho impuesto. Esta polémica obligó al gobierno a reconocer que no estaba suficientemente preparado para su cobro y supervisión. La presión pública condujo al doctor Velásquez a suspender su aplicación a nivel de minoristas. Esta debilidad del gobierno produjo una crisis ministerial. El doctor Jóvito Alcides Villalba, asesor del ministro de Hacienda y secretario del Gabinete Económico, renunció irrevocablemente a su cargo, rumorándose que el mismo doctor Silva lo haría en los próximos días. El doctor Velásquez invitó al palacio de Miraflores al ministro de Hacienda con la finalidad de convencerlo de que no renunciara. El diálogo fue muy tenso. El doctor Velásquez no tenía suficientes argumentos técnicos para justificar la medida tomada. Lo había hecho sólo por evitar una crisis política unos días antes de entregar el poder. El doctor Silva mantuvo con firmeza su decisión, pero se impuso la vieja amistad que los une. Continuó al frente del Ministerio

de Hacienda. Estos tres grandes problemas, más un sin número de otras dificultades, fueron superados con gran inteligencia por el doctor Velásquez durante los ocho meses de su gestión, utilizando su reconocida habilidad política.

En funciones de canciller

En defensa de la democracia

Uno de los gestos más trascendentes de la política exterior de Rómulo Betancourt fue la ruptura de relaciones diplomáticas con cualquier gobierno surgido de un golpe de Estado. Esta política, llamada Doctrina Betancourt, fue aplicada con gran firmeza al romper relaciones diplomáticas con República Dominicana, Cuba, Argentina, Perú, Guatemala, Honduras, Ecuador y Haití. El gobierno del presidente Leoni mantuvo la misma posición rompiendo relaciones con Brasil, Bolivia y nuevamente con el Perú. Al ganar las elecciones el partido COPEI y asumir la Presidencia el doctor Rafael Caldera, se modificó la política exterior venezolana, por considerar que las circunstancias internacionales existentes en ese momento en la América Latina habían conducido a un grave aislamiento de Venezuela.

Se estableció la tesis de la “Solidaridad Pluralista” entre gobiernos y regímenes distintos, pero que comparten una comunidad de valores. Esta rectificación de la Doctrina Betancourt no limitó la lucha de Venezuela por el establecimiento de gobiernos democráticos en la América Latina. El canciller Aristides Calvani diseñó una activa política de colaboración con los partidos socialcristianos de América Central que, sin lugar a dudas, ayudó a su progresiva democratización. Los gobiernos de los presidentes Carlos Andrés Pérez, Luis Herrera Campíns y Jaime Lusinchi mantuvieron el mismo esfuerzo en la lucha por la estabilidad de los gobiernos democráticos en América Latina. Un gesto trascendente fue abrir nuestras fronteras a los miles de exilados de las dictaduras militares del Cono Sur.

Esta política tuvo consecuencias. En la década de los ochenta, comenzó un importante proceso de democratización en la América Latina. La Organización de Estados Americanos estableció un conjunto de acciones para respaldar a los gobiernos electos popularmente ante una amenaza de golpe de Estado: la Unidad para la Promoción de la Democracia, la Resolución 1080, el Compromiso de Santiago, el Protocolo de Washington y la Reafirmación de Caracas. En esta última declaración los Estados miembros manifestaron “el propósito de continuar, dentro del respeto a los principios de la libre determinación y no intervención, una labor permanente y creativa dirigida a preservar y consolidar la democracia en el hemisferio. Venezuela jugó un papel trascendente en este esfuerzo democratizador.

Debido a esta política hemisférica, yo representé a nuestro país en la XVI Asamblea General Extraordinaria de la Organización de los Estados Americanos reunida en Washington el 14 de diciembre de 1992. En esa reunión surgió un fuerte debate al plantearse una reforma a la Carta de la Organización de Estados Americanos que permitiría suspender a un miembro de la Organización cuyo orden constitucional y democrático fuera interrumpido. La Asamblea se dividió en dos grupos de países: la mayoría de los cancilleres apoyó claramente la reforma, sosteniendo que uno de los requisitos exigidos a los Estados miembros, por la propia Carta de la OEA, era la condición democrática de sus gobiernos; un grupo minoritario de cancilleres se opuso con gran firmeza a dicha reforma, sosteniendo que eran principios fundamentales de la OEA, la no intervención en los asuntos internos y

la autodeterminación de los pueblos. Estados Unidos, Canadá y Venezuela lideraron el primer grupo; México y Perú el segundo.

En mi discurso sostuve que “el hemisferio vive un período propicio para fijar directrices políticas audaces que contribuyan a renovar y reforzar el sistema interamericano. Se requiere una concertación en torno a ciertos valores que permita la adopción de mecanismos para asegurar la plena vigencia de los derechos políticos, sociales, económicos y culturales de los ciudadanos. No podemos concebir una integración efectiva, no pueden promoverse objetivos comunes, si no compartimos esa base fundamental que son las instituciones democráticas. Venezuela estima, por tanto, de alta significación para esos fines los esfuerzos realizados por la Comisión Especial de Reforma de la Carta de la OEA.

“Coincidimos con las propuestas adoptadas sobre la suspensión de un Estado miembro de la Organización cuyo orden constitucional y democrático sea interrumpido. El mecanismo adoptado es gradual, con una causalidad específica, de efectos y consecuencias claras y delimitadas. Debe utilizarse sólo en última instancia, una vez agotados todos los procedimientos creados por la OEA para la protección de la democracia y concretamente la Resolución 1080. La defensa de la democracia implica definiciones, no podemos simplemente observar pasivamente cómo son derrocados gobiernos libremente electos en la región. Venezuela siempre ha mantenido una actitud militante en el propósito de consolidar el sistema democrático. De allí nuestras reacciones en los casos de Haití y Perú”.¹⁸⁸

La marcada división de los Estados miembros en el debate surgido alrededor de la reforma de la Carta Constitutiva de la Organización de Estados Americanos obligó a transigir, durante las negociaciones, en aspectos fundamentales que buscaban fortalecer su capacidad para intervenir con fuerza en defensa de la democracia. Esa misma circunstancia, condujo a que su ratificación sólo se lograra en 1997, al alcanzarse ese año las dos terceras partes necesarias, y que durante estos años se haya evitado aplicarla en algunos significativos casos de irrespeto a los principios fundamentales que rigen la democracia representativa. La defensa de la democracia siguió siendo, durante el gobierno del doctor Ramón J. Velásquez, el norte fundamental en la orientación de la política exterior de Venezuela. Durante esos meses, realicé un conjunto de iniciativas diplomáticas en este campo que siempre recibieron un consistente apoyo por parte del jefe del Estado.

Un viaje tormentoso

Mi designación como ministro de Relaciones Exteriores causó en Colombia un importante impacto en la opinión pública. Los medios de comunicación se dividieron en dos: unos me atacaron, otros consideraron la designación como acertada. La revista **Semana** me hizo una larga entrevista, dedicándome la portada con el título “El Canciller de Hierro”. El reportaje estaba dirigido a **de (eliminar)** fortalecer mi imagen en Colombia. Tuve la sensación de que detrás de esa entrevista estaba la mano del presidente Gaviria. La amistad existente entre la canciller Sanín y yo facilitó en mucho la solución de los múltiples problemas que surgieron entre Venezuela y Colombia durante esos años. Uno de los momentos más tensos que tuvimos que enfrentar fue la absurda decisión tomada por el Consejo de Estado de Colombia, el 23 de octubre de 1992, mediante la cual se declaraba la nulidad de la nota diplomática GM 542, del 22 de noviembre de 1952, enviada por la Cancillería colombiana a Luis Jerónimo Pietri, embajador de Venezuela en

¹⁸⁸ Fernando Ochoa Antich, *Discurso XVI Asamblea Extraordinaria de la OEA, Washington, 14 de diciembre de 1992*. En: **Libro Amarillo MRE**, Año 1992, p. 567.

Bogotá, reconociendo la plena soberanía de Venezuela sobre el archipiélago de Los Monjes. La canciller Sanín me llamó por teléfono para explicarme que el presidente Gaviria había sido sorprendido por esa decisión y ratificarme que el gobierno de Colombia reconocía la soberanía venezolana sobre Los Monjes y que no tenía reclamación alguna sobre dicho archipiélago. De todas maneras, consideré prudente dar una rueda de prensa en la Cancillería, en la cual critiqué con palabras muy duras la decisión del Consejo de Estado colombiano, y remitir la correspondiente nota oficial de protesta.

El 16 de marzo de 1993, la canciller Noemí Sanín realizó una visita oficial a Venezuela con la finalidad de entregar la Secretaría Pro-Tempore del Grupo de los Tres a Venezuela y presidir la Primera Reunión del Mecanismo de Consulta y Concertación Política entre Colombia y Venezuela. La presencia en Caracas de la canciller Sanín fue un hecho relevante. **(eliminar la como, colocar punto y seguido)** En su honor hicimos una recepción en la Casa Amarilla. Lamentablemente, era imposible evitar los temas polémicos. Como siempre el fantasma del Golfo de Venezuela enturbió en algo tan grato momento. Los periodistas insistieron, a la salida de la entrevista con el presidente Pérez, en preguntarnos sobre el tema.

La canciller Sanín, con mucha habilidad, sostuvo que la discusión sobre la delimitación de las áreas marinas y submarinas en el Golfo de Venezuela no había sido incluido en la agenda que iba a discutir con el gobierno de Venezuela. Insistió en que ese tema era analizado por las Comisiones de Delimitación designadas por los dos gobiernos. De todas maneras la insistencia de los periodistas la obligó a aclarar “que Colombia aceptaba que las discusiones para delimitar las áreas marinas y submarinas se condujeran de manera bilateral, descartando el arbitraje de tribunales internacionales”¹⁸⁹ Otros temas también produjeron algún impacto en los medios de comunicación: los problemas militares fronterizos y la situación de los detenidos de origen colombiano en las cárceles venezolanas. Al finalizar la visita firmamos el correspondiente comunicado conjunto. Noemí Sanín me invitó a visitar oficialmente a Bogota en el transcurso de los próximos meses.

Un aspecto importante a reseñar fue mi conversación con la canciller colombiana en el marco de la reunión del Grupo de Río, realizada el 6 de abril de 1993 en Santa Cruz de la Sierra. El 5 de abril en la noche me invitó a cenar. Después de conversar algunas generalidades sobre la situación política de nuestros países, me hizo una pregunta que realmente me sorprendió: “¿Aceptaría Venezuela congelar por veinticinco años la discusión sobre la delimitación de las áreas marinas y submarinas?”. Reflexioné unos minutos. Por suerte esa tesis la había discutido varias veces con algunos asesores de la

189 *Últimas Noticias*, edición del 17 de marzo de 1993.

cancillería. A los pocos minutos le respondí: **(Revisar las comillas)** “Venezuela no tendría problema en aceptar congelar por veinticinco años las conversaciones sobre la delimitación de las áreas marinas y submarinas en el Golfo de Venezuela. Lo único por definir es la forma práctica para delimitar el actual *statu quo* en el Golfo de Venezuela. Le propongo cancelar que se considere como límite el área de patrullaje de cada una de las dos marinas de guerra”.

Después de mi respuesta, Noemí Sanín expresó el gran interés que tenía Colombia de fortalecer las relaciones económicas con Venezuela, porque la existencia del diferendo entre los dos países dificultaba el proceso de integración. Estuve de acuerdo con su planteamiento. A la mañana siguiente, el asistente de Noemí Sanín llamó al licenciado Félix Plasencia con la finalidad de invitarme a desayunar de parte de la canciller. **y acepté (eliminar)**. Me imaginé que era para ratificarme la propuesta de la noche anterior, pero curiosamente era para lo contrario. Deseaba pedirme que no comunicara a mi gobierno su planteamiento. La observé nerviosa. Entendí que su idea no había sido respaldada por el presidente Gaviria y mucho menos por la siempre perspicaz Cancillería colombiana. Lamentablemente la idea no tomó fuerza. Hubiese sido muy conveniente para los dos países.

Planifiqué mi viaje a Bogotá para finales del mes de agosto de 1993. En esos días un corresponsal extranjero presentó las fotografías de varios miembros de una familia colombiana que habían sido torturados por la Guardia Nacional. Noemí Sanín me llamó por teléfono para pedirme modificara la fecha de mi visita a Bogotá para permitir superar el incidente, pero no era posible. Mi agenda de viajes estaba completamente comprometida. Le hice la correspondiente explicación y me dispuse a viajar el domingo 29 de agosto. Llegué al aeropuerto militar de Catam en un avión de PDVSA. Me acompañaban en la gira mi esposa, el director general sectorial de Política Exterior, embajador Demetrio Boersner, el director de América, embajador Noel García, el asesor de prensa, licenciado José Hernández y mi asistente personal, Félix Plasencia. La canciller Noemí Sanín, acompañada de nuestro embajador en Bogotá, doctor Germán Carrera Damas, me esperaba en el aeropuerto.

Al bajar del avión observé en la pista a un nutrido grupo de periodistas esperándome. Después de los saludos protocolares, la canciller Sanín me preguntó si quería declarar a la prensa. Dije que sí. Como era de esperar, el tema de la delimitación de las áreas marinas fue una de las preguntas. Mi respuesta fue: “El pueblo colombiano tiene que entender que la delimitación de las áreas marinas y submarinas toca una de las fibras más profundas del sentimiento nacional en Venezuela. Si esta realidad no se entiende se puede comprometer el proceso de integración entre los dos países”. De manera insistente los periodistas preguntaron sobre las torturas a colombianos. La respuesta no era fácil. Traté de cortar de una vez la polémica al respecto: “El gobierno de Venezuela no respalda ninguna violación de derechos humanos ni de nacionales ni de extranjeros. Los responsables serán sancionados severamente”. Las demás preguntas me indicaron que la tensión inicial había sido superada.

Al día siguiente ofrecí un desayuno en la Embajada de Venezuela a los directores de medios de comunicación. Los temas de conversación fueron muy variados: deseaban conocer en detalle los acontecimientos políticos venezolanos. La delimitación de las áreas marinas y submarinas volvió a surgir como tema, pero observé un interés especial en

impulsar y fortalecer el proceso de integración. Un tema desagradable fue la situación de los presos colombianos en nuestras cárceles. Los reclamos que surgieron eran justificados. Al terminar el desayuno, el periodista Yamid Amat, director del mejor programa de noticias de la televisión colombiana de ese momento, me solicitó una entrevista. Tenía aproximadamente una hora para atenderlo. Me pareció conveniente hacerlo. Yamid Amat, había venido preparado y tenía todo el equipo necesario. La entrevista se desarrolló normalmente y sólo hubo un momento de cierta tensión.

Al analizar el tema del Golfo de Venezuela, **(cambiar el punto y seguido por coma)** Yamid Amat insistió en que Colombia llevaría el caso a la Corte de la Haya. Mi respuesta fue absolutamente doctrinaria: “Venezuela no acepta discutir ese tema ante terceros”. La respuesta del periodista fue provocadora: “Eso quiere decir, que Venezuela utilizará la fuerza si Colombia lleva el caso del golfo de Venezuela al Tribunal de La Haya”. Algo molesto le dije: “Venezuela nunca ha utilizado la fuerza para resolver sus problemas internacionales. Colombia por el contrario fue responsable de la más grave crisis militar que ha existido entre nuestros países en este siglo al permitir que la corbeta Caldas permaneciera por varios días en aguas territoriales venezolanas sin autorización de nuestro gobierno. Como usted conoce, estuvimos al borde de la guerra. En verdad fue una gran irresponsabilidad de Colombia”. Yamid Amat con habilidad cambió el tema. Sus preguntas se orientaron sobre el proceso de integración. A la hora, finalizó la entrevista.

La visita protocolar había sido muy bien organizada. A las 9:30 a.m. salí de la residencia hacia el palacio de San Carlos, instalamos el Mecanismo de Consulta Política y tuve una entrevista con la canciller Sanín de más de una hora en la cual tratamos a profundidad los temas establecidos en la agenda. A las 11:30 a.m. visitamos la Casa de Bolívar, a las 12:00 m recibí la llave de la ciudad de Bogotá en un emotivo acto en el Concejo Municipal, y a la 1:00 p.m. asistí a un almuerzo en el palacio de San Carlos. Allí se encontraban presentes los ex presidentes de Colombia: Alfonso López Michelsen, Julio César Turbay Ayala, Belisario Betancur Cuartas y Virgilio Barco Vargas; el Gabinete ejecutivo; senadores y diputados; altos oficiales de las Fuerzas Armadas y distinguidos representantes de la sociedad bogotana. Se me condecoró con el Gran Cordón de la Orden de Boyacá y yo, a nombre del gobierno de Venezuela, le impuse a Noemí Sanín la Orden Francisco de Miranda en primera clase.

Los discursos mostraron el avance del esfuerzo integracionista y el marcado fortalecimiento de nuestras relaciones. En la noche asistí a una cena privada ofrecida en mi honor por el presidente César Gaviria. Allí conversé largamente con él. Estaba muy interesado en conocer la situación del gobierno del doctor Velásquez. Tenía cierta preocupación sobre su estabilidad. Observé su satisfacción al escucharme afirmar que el gobierno del presidente Velásquez parecía débil, pero en verdad era uno de los gobiernos más fuertes que había tenido Venezuela. Terminamos la velada en casa del ex presidente Alfonso López Michelsen, quien quería que Josefina escuchara a Carlos Vives, tocando y cantando sus famosos ballenatos.

A la mañana siguiente me dirigí al palacio de San Carlos con la finalidad de firmar el comunicado conjunto y asistir a una rueda de prensa. Al llegar observé de inmediato que algo delicado había ocurrido. Los funcionarios se veían muy nerviosos. La canciller Sanín me invitó a pasar a su despacho con la finalidad de tener una entrevista privada. Allí me informó lo ocurrido en el programa de noticias de la noche y me presentó el correspondiente video. Yamid Amat le había realizado con anterioridad una entrevista a Noemí Sanín. Al presentar la mía colocó una caricatura en la cual yo aparecía lanzando rayos, truenos y centellas; al aparecer la canciller Sanín la presentó rodeada de mariposas en un bello jardín. Una clara simbología. De inmediato le pedí excusas a la canciller Sanín. Nunca creí que mi entrevista fuera utilizada en su contra. Con facilidad se observaba que era una maniobra política dirigida a debilitar sus posibilidades presidenciales. El hecho me

angustió, aunque entendí que difícilmente la canciller Sanín podía dejar dicho asunto sin respuesta. El momento apropiado era la rueda de prensa.

Ésta se inició normalmente y se leyó un comunicado conjunto. Lo firmamos dentro del más estricto protocolo y, al terminar, la canciller Sanín autorizó se iniciaran las preguntas. Varios periodistas me preguntaron sobre algunos aspectos rutinarios de las relaciones entre nuestros países. De repente una periodista se dirigió a Noemí Sanín refiriéndose a mis declaraciones sobre el Golfo de Venezuela. La canciller Sanín respondió resumiendo la posición colombiana sobre la delimitación de las áreas marinas y submarinas. El hecho era muy delicado para Venezuela. No era posible aceptar que en mi presencia la canciller de Colombia expusiera la tesis colombiana sobre el Golfo de Venezuela sin que yo la refutara. No la dejé terminar. Tuve temor que al finalizar ella su respuesta diera por terminada la rueda de prensa. En un pequeño descanso que hizo la interrumpí gentilmente e inicié mi intervención.

Explicué detalladamente la posición venezolana sosteniendo “que Venezuela mantiene y siempre ha mantenido plena soberanía y posesión sobre su dominio terrestre y marítimo del Golfo de Venezuela. Nuestra soberanía y posesión sobre el archipiélago de Los Monjes tiene bases históricas irrefutables y fueron reconocidas por una nota oficial del gobierno colombiano. Por esa razón, mi gobierno rechaza con firmeza la decisión del Consejo de Estado y la considera inexistente. El archipiélago de Los Monjes genera mar territorial y plataforma continental. El Golfo de Venezuela es vital para nuestro país, es la vía fundamental de exportación del petróleo venezolano”... Entendí los riesgos de continuar la rueda de prensa. Las preguntas serían totalmente favorables a Colombia. Tomé el regalo que pensaba entregar a Noemí y con soltura me levanté para hacerlo. Las dos delegaciones, sorprendidas por mi manera de actuar, se levantaron poniendo punto final a la rueda de prensa. Noemí Sanín, con su innegable cordialidad, me acompañó hasta la puerta del palacio de San Carlos. Los dos entendimos que habíamos superado con inteligencia un difícil momento.

Al mediodía ofrecí una recepción en el hotel Tequendama en honor de la canciller Sanín. La asistencia fue multitudinaria. Estuvieron presentes los ex presidentes Turbay, López, Barco y Betancur, ex cancilleres, ministros, altos oficiales de las Fuerzas Armadas y sectores sociales representativos de la sociedad bogotana. La cordialidad existente me hizo pensar que la delicada situación surgida como consecuencia de mis declaraciones se encontraba superada, pero no era así. Al terminar la recepción Noemí Sanín me despidió cordialmente a las puertas del hotel. El embajador Carrera Damas y el director de Protocolo de la Cancillería colombiana me despidieron en el aeropuerto.

Llegué a Venezuela cerca de la 7:00 p.m. y a mi casa ya pasadas las ocho de la noche. A los diez minutos de encontrarme en mi residencia recibí una llamada del presidente Velásquez. No me dio oportunidad de informarle sobre mi viaje. Sólo me dijo: “Canciller, necesito hablar con usted. Lo espero mañana a las siete de la mañana en Miraflores”. Mi respuesta fue: “Allí estaré, presidente”. Entendí que enfrentaba una delicada crisis política. Al día siguiente, unos minutos antes de las siete de la mañana, llegué a Miraflores. Mi primera sorpresa fue encontrar en la antesala al embajador Fernando Gerbasi, director general del Ministerio de Relaciones Exteriores, quien también había sido **también (eliminar)** invitado a la reunión. Al verlo, pensé que el presidente Velásquez me iba a reemplazar en la Cancillería.

A los pocos minutos, nos invitaron a pasar a la suite japonesa. El presidente Velásquez nos esperaba. Apenas nos sentamos tomó la palabra: “Canciller, al iniciar mi gobierno sostuve públicamente que el tema de la delimitación de las áreas marinas y submarinas en el Golfo de Venezuela quedaba fuera de la agenda bilateral. Usted no debió tocar ese punto durante su viaje a Bogotá”. Mi respuesta fue prudente pero firme: “Presidente, lamentablemente es imposible viajar a Bogotá sin que los periodistas toquen el

tema y lo obliguen a uno a defender los intereses de Venezuela. No hacerlo sería una irresponsabilidad”. El presidente guardó silencio por unos minutos. Después, respondió con carácter: “Usted tiene razón canciller, pero deseo que a partir de este momento no se vuelva a hablar públicamente del Golfo de Venezuela”. Mi respuesta fue terminante: “Presidente, no se preocupe, no hablaré más de ese tema. Usted es el presidente de la República. Constitucionalmente le corresponde a usted dirigir la política exterior de Venezuela.

El embajador Gerbasi había mantenido un discreto silencio. En ese momento, intervino señalando algunos aspectos positivos del viaje. Sus palabras permitieron que la tensión disminuyera. A la salida de Miraflores estaban los periodistas quienes de **inmediato** me abordaron. Las preguntas giraron sobre mi viaje a Bogotá. Mi respuesta fue prudente: “Estuve reunido una hora con el presidente Velásquez. Le di detallada cuenta de mi viaje. Le expliqué los hechos tal como ocurrieron. Dejé en claro las circunstancias que me obligaron a polemizar con la canciller Sanín. El presidente Velásquez me ratificó su decisión de evitar tratar el tema del Golfo de Venezuela en las conversaciones con Colombia, ya que esa función le corresponde a las comisiones negociadoras colombiano-venezolanas. A partir de hoy evitaré tocar ese tema en las conversaciones bilaterales”.

Pensé equivocadamente que la situación con Colombia se había superado. El presidente Gaviria dio en la ciudad de Cali, el 4 de septiembre, unas declaraciones sobre el Golfo de Venezuela: “A pesar de haberse pactado una pausa en las negociaciones para solucionar el diferendo limítrofe entre los dos países, mi gobierno estará atento para defender los derechos de Colombia en el Golfo de Venezuela”. El 6 de septiembre, el presidente Velásquez, declaró: “La delimitación de las áreas marinas y submarinas en el Golfo de Venezuela no debe ser materia de controversia electoral. Mi gobierno no tomará ninguna decisión sobre ese tema. Cuestiones de esa naturaleza, por ser tan delicadas, exigen ser tomadas por el próximo gobierno. Se requiere de la legitimidad que da el voto popular”.

Mi polémica actuación en Bogotá fue recibida con satisfacción por los venezolanos. Un editorial de **El Diario de Caracas** titulado “Noemí vs. Ochoa” resume a perfección el ambiente político existente a mi regreso de Colombia: “Ni la polémica reacción del presidente Carlos Andrés Pérez a su destitución pudo ocultar el escándalo de la confrontación verbal de nuestro canciller Fernando Ochoa Antich, con la canciller colombiana Noemí Sanín en una rueda de prensa celebrada esta semana en Bogotá. El ex ministro de la Defensa fue duramente criticado por la prensa colombiana por la forma como marcó sus diferencias de opinión con Sanín. Y aquí, según se supo, su intervención habría caído muy mal en Miraflores, donde se consideró que el Canciller había violado el acuerdo de congelar el tema del diferendo e incluso se habría llegado a hablar de su remoción. Ochoa no dijo ninguna mentira en Bogotá. Responsabilizó al gobierno de Gaviria por la inseguridad en la frontera y las corrientes de inmigrantes ilegales y condicionó el éxito de la integración económica binacional a la solución de los problemas que existen entre las dos naciones, incluyendo el tema de la delimitación de las áreas marinas y submarinas que consideró “un elemento vital para Venezuela”.

A los pocos días, me encontraba de viaje en las Naciones Unidas, Colombia envió una nota dando respuesta oficial a mis declaraciones: “En la visita oficial que Su Excelencia realizó recientemente al país, formuló a diversos medios de comunicación algunas declaraciones relativas al diferendo sobre la delimitación de las áreas marinas y submarinas entre nuestros dos países, en las cuales expresó criterios que mi Gobierno no comparte. Sobre el particular, me permito reiterar a Su Excelencia, que la posición oficial de Colombia es que, a menos que en un tratado debidamente ratificado por las Partes o en un fallo arbitral o judicial se establezca otra cosa, la delimitación entre nuestros respectivos mares territoriales, plataformas continentales y zonas económicas exclusivas debe hacerse en la siguiente forma:

a.- A partir del lugar en que la frontera terrestre entre los dos países llega al mar en el sitio denominado “Los Castilletes”, la línea equidistante trazada entre los puntos más salientes de las costas adyacentes de los dos Estados, hasta el punto en que la equidistancia debe ser medida entre las costas enfrentadas.

b.- Desde el punto anterior, la delimitación continuará por la línea media trazada entre los puntos más salientes de las costas enfrentadas de los dos Estados. Los islotes de “Los Monjes” no serán utilizados para el trazado de línea base en el señalamiento de la delimitación. Mi Gobierno, inspirado siempre en los sentimientos de amistad y de cooperación con la República de Venezuela, continuará realizando todo los esfuerzos a su alcance para lograr una solución pacífica y cordial a este diferendo. Aprovecho la oportunidad para expresar a Su Excelencia los sentimientos de mi más alta y distinguida consideración”.

La respuesta de Venezuela fue terminante: “Sorprende que su Gobierno trate el asunto por la vía de una nota diplomática estando vigente entre nuestros países el Acta de San Pedro Alejandrino del 6 de mayo de 1990, en donde se identificaron las cuestiones pendientes entre nuestros países y se establecieron los órganos y procedimientos que ambos Gobiernos se han comprometido a utilizar en esta materia. Sin embargo, Su Excelencia tiene que comprender que es imposible guardar silencio ante las formulaciones planteadas en su nota. Al respecto, debo decir lo siguiente:

a.- Venezuela ejerce y siempre ha ejercido, en total conformidad con el Derecho, plena soberanía y posesión sobre su dominio terrestre y marítimo del Golfo de Venezuela.

b.- Venezuela ejerce y siempre ha ejercido, en total conformidad con el Derecho, plena soberanía y posesión sobre el archipiélago de Los Monjes, los cuales generan mar territorial, zona contigua, plataforma continental y zona económica exclusiva, así como cualquier otra zona que pudiera ser establecida y en consecuencia, estos derechos deben ser respetados y aplicados en la delimitación de las áreas marinas y submarinas, como ha sido reconocido por la República de Colombia durante todo el proceso de negociación.

c.- Se observa con extrañeza la introducción en la referida Nota de nuevos elementos en la descripción de la posición colombiana que nunca han sido presentados por la Delegación de su país en el seno de la Comisión Binacional Negociadora, durante las negociaciones en curso. Por lo tanto, reservo la posición del Gobierno de Venezuela. Venezuela reitera una vez más que las pretensiones contenidas en la nota de Su Excelencia como “posición oficial de Colombia” son contrarias tanto a los hechos como al derecho y, han sido refutadas por nuestro gobierno en numerosas notas cuyos términos huelga repetir aquí y en las cuales ha quedado expresadas en forma clara e inequívoca nuestra posición. En la trascendente respuesta venezolana tuvo una destacada actuación el doctor Rafael Parra Pérez, Consultor Jurídico de la Cancillería, y el distinguido grupo de abogados que constituían el Consejo de Asesoría Jurídica del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Uniendo fuerzas

El canciller de México, Fernando Solana, me planteó telefónicamente en los primeros días de agosto su interés de visitar, acompañado de los demás cancilleres del Grupo de los Tres, los países centroamericanos con el objeto de darle un firme apoyo a la democracia en la región. **Esta** iniciativa que me pareció interesante. Noemí Sanín también estuvo de acuerdo. El 5 septiembre visitamos Panamá, pero Fernando Solana no nos pudo acompañar. México fue representado por la subsecretaria del Exterior, Rosario Green. Fuimos recibidos por el presidente Guillermo Endara y por su canciller Julio Linares. El tema central de nuestra conversación fue el difícil proceso político panameño. Todavía se observaban las complejas consecuencias de la invasión de los Estados Unidos y del derrocamiento del gobierno del general Manuel Antonio Noriega. En la rueda de prensa que dimos los representantes del Grupo de los Tres establecimos nuestro interés en fortalecer estrechos vínculos de amistad y cooperación con los países centroamericanos.

De Panamá viajamos a Caracas donde nos esperaba el canciller Solana. El 6 de septiembre el presidente Velásquez nos ofreció un desayuno en Miraflores con algunos ministros. El tema central fue la delicada situación política venezolana. El presidente Velásquez explicó detalladamente los esfuerzos que estaba realizando su gobierno para conducir a Venezuela al proceso electoral del mes de diciembre. Al terminar su intervención, los cancilleres Sanín y Solana se expandieron en preguntas que fueron respondidas con propiedad e inteligencia por el presidente Velásquez. El desayuno duró más de dos horas. Dimos una rueda de prensa en **el Ministerio de Relaciones Exteriores**, en donde los cancilleres Sanín y Solana le dieron un firme apoyo a la democracia venezolana. A las 10:00 a.m. nos trasladamos a Maiquetía. Luego, en un avión de PDVSA, viajamos a Costa Rica.

En el aeropuerto de San José nos esperaba el canciller Bernt Niehaus. Noemí Sanín y Fernando Solana ayudaron a romper **la natural frialdad** que existía entre el canciller de Costa Rica y **mi persona** como consecuencia a la aspiración de Venezuela **de** reemplazar a Brasil en la Secretaría General de la OEA. Desde allí nos dirigimos directamente hacia el palacio presidencial. El presidente Rafael Calderón Fournier nos recibió inmediatamente. La entrevista duró cerca de una hora. Los temas que surgieron fueron la difícil situación política que enfrentaba Violeta Chamorro en Nicaragua, los avances del proceso de pacificación en El Salvador y la compleja crisis guatemalteca.

Nos agradeció el esfuerzo que estábamos haciendo para impulsar la democracia en la región y nos pidió, al canciller Solana y a mí, estudiar las posibilidades de incrementar las facilidades petroleras del Acuerdo de San José y a Noemí Sanín, tratar de fortalecer las relaciones comerciales y de integración de Colombia con la región. Mantuvo que la inestabilidad de los países centroamericanos tenía un origen fundamentalmente económico. La pobreza y el desempleo generaban las tensiones sociales. Al terminar la entrevista, nos trasladamos a la Cancillería costarricense con la finalidad de ofrecer una rueda de prensa. Ante los periodistas explicamos las razones de nuestro viaje y dimos un consistente apoyo a los esfuerzos democratizadores que realizaban algunos países centroamericanos.

El canciller Niehaus nos acompañó al aeropuerto. Tomamos el avión con destino a Nicaragua. Allí nos recibió el canciller Ernesto Leal Sánchez. Habíamos fortalecido una grata amistad. De inmediato nos trasladamos al palacio presidencial. Violeta Chamorro nos recibió dando muestras de cordialidad y simpatía. Había jugado un papel fundamental en la derrota electoral del sandinismo y enfrentaba con mucho valor una compleja situación política. El sandinismo controlaba las principales instituciones de su país, entre ellas a las Fuerzas Armadas que eran comandadas por el general Humberto Ortega y sus cuadros estaban constituidos fundamentalmente por antiguos guerrilleros. La crisis política se encontraba en plena efervescencia. La presidente Chamorro había sorprendido a la opinión pública latinoamericana con una imprudente declaración en el acto conmemorativo del decimocuarto aniversario del Ejército Popular Sandinista, en la cual había anunciado el reemplazo el año siguiente del general Ortega como comandante del Ejército.

Muchos rumores habían corrido por los pasillos de las Cancillerías latinoamericanas. Se consideraba que Violeta Chamorro difícilmente podría evitar alguna acción militar del sandinismo. Justamente el tema central de nuestra conversación se refirió a ese asunto. La presidente Chamorro nos dio una amplia explicación. Según su criterio, la mayoría de los cuadros del Ejército Popular Sandinista deseaban transformarse en las Fuerzas Armadas nicaragüenses. Tenía gran confianza en el general Joaquín Cuadras Lacayo, segundo comandante del Ejército, y en el general Javier Carrión, jefe del Estado Mayor. Su razonamiento nos convenció. En la noche nos ofreció una recepción en su residencia. Asistieron representantes de todas las fuerzas políticas, entre ellos el ex presidente Daniel Ortega y ex ministro del Interior Tomás Borge. Me saludaron con cortesía, pero evitaron tocar temas sobre la política interna de Nicaragua.

Tuve oportunidad de conversar largamente con los generales Cuadras y Carrión. Con pasión, me expusieron las reformas que estaban realizando en el Ejército Popular Sandinista para transformarlo en una verdadera institución nacional: el Código Militar, el Reglamento de Previsión Social Militar y la Ley de Modernización de la Justicia Militar. Observé que en el sandinismo existían fuertes luchas internas, que lo debilitaban en sus pretensiones de regresar al poder. Discutí largamente con Antonio Lacayo, ministro de la Presidencia y yerno de Violeta Chamorro, sobre la difícil situación nicaragüense. Lo encontré muy optimista. En un momento que consideré oportuno, le expresé mi preocupación por su aspiración presidencial. Mantener esa aspiración era un gran error político: se formaría un frente en contra de Violeta Chamorro, que podía comprometer los avances democráticos. Fue muy receptivo a mis planteamientos, aunque percibí que no cedería en sus ambiciones.

A las 11:00 a.m. partimos hacia Honduras. Fuimos recibidos en el aeropuerto de Tegucigalpa por el canciller Mario Carías Zapata, quien nos condujo al palacio presidencial. Allí nos recibió el presidente Rafael Callejas Romero. Su conversación fue algo distante. No mostró entusiasmo por nuestro viaje, aunque mantuvo la cortesía de rigor. Muy optimista nos reseñó aspectos fundamentales del proceso nicaragüense y salvadoreño. Expresó su gran admiración por Violeta Chamorro. Estaba convencido que difícilmente el sandinismo regresaría al poder en los próximos años. También se expresó de manera muy elogiosa del presidente Alfredo Cristiani. No tenía dudas sobre el éxito de los Acuerdos de Paz. Se refirió a la discusión limítrofe entre Honduras y El Salvador. Mantuvo con firmeza que la decisión que en los próximos días tomaría la Corte Internacional de La Haya no incidiría en las relaciones entre los dos países y mucho menos en el proceso interno salvadoreño. Nos manifestó su angustia por el proceso guatemalteco. Tenía dudas, sobre la capacidad del presidente Ramiro León Carpio para superar la compleja situación política que enfrentaba en esos días. En la Cancillería conversamos con los medios de comunicación.

A las 4:00 p.m. tomamos el avión con dirección a El Salvador. Nos recibió el canciller José Manuel Pacas Castro. Inmediatamente, nos trasladamos al palacio presidencial. El presidente Alfredo Cristiani nos recibió de inmediato. La conversación fue muy interesante. Sus éxitos al frente del gobierno eran indiscutibles. Había logrado avanzar de manera consistente en el proceso de paz. El Frente Farabundo Martí había tenido que aceptar las condiciones impuestas por la comunidad internacional. Su capacidad militar se había visto muy reducida como consecuencia al proceso soviético y al fin de la Guerra Fría. Los 12 años de guerra y los 75.000 muertos pesaban demasiado en el sentimiento de los salvadoreños. Mantener la tesis del conflicto armado era un suicidio. El Acuerdo de Chapultepec, firmado el 12 de enero de 1992, señalaba la consolidación de las conversaciones de paz. El presidente Cristiani nos analizó con gran objetividad el proceso político centroamericano.

Tenía mucha confianza en el avance logrado por la presidente Chamorro. Coincidió con el presidente Callejas en afirmar que la principal dificultad que se vivía en Centroamérica en ese momento era la delicada situación guatemalteca. Nos trasladamos a la Cancillería salvadoreña con la finalidad de ofrecer una rueda de prensa. Nos acompañó el canciller Pacas. Nuestras palabras respaldaron de una manera muy firme el esfuerzo que estaba realizando el presidente Cristiani para estabilizar la democracia salvadoreña y el proceso de paz. En la noche el canciller Pacas nos ofreció una recepción en la Cancillería. Se encontraban presentes importantes personalidades políticas y militares. Durante la recepción tuve oportunidad de conversar largamente con Shafik Hándal, máximo dirigente del Frente Farabundo Martí. Me causó buena impresión. Estaba muy interesado en que los cancilleres del Grupo de los Tres comprendiéramos a cabalidad el proceso salvadoreño.

A la mañana siguiente, tomamos el avión rumbo a la ciudad de Guatemala. Nos recibió el canciller Arturo Fajardo Maldonado. Nos trasladamos a la Cancillería. Allí

tuvimos una larga reunión privada con el canciller Fajardo. El presidente Ramiro de León Carpio se encontraba fuera de la ciudad. El canciller Fajardo nos explicó detalladamente la situación política. Nos resumió los grandes errores que había cometido el expresidente Jorge Serrano Elías. Su absurda posición de cerrar el congreso y violentar todo el sistema institucional. Ni siquiera el vicepresidente Gustavo Espina lo había acompañado en esa locura. A los días, dio un contragolpe respaldado por el ministro de la Defensa general José García Samayoa, restableciendo el funcionamiento del Congreso Nacional, de la Corte Suprema de Justicia y de las demás instituciones democráticas.

El Congreso Nacional designó como presidente al doctor Ramiro de León Carpio, quien había demostrado como defensor de los derechos humanos, una gran responsabilidad al enfrentar el golpe de Estado. A la 1:00 p.m. nos dirigimos al aeropuerto. Media hora más tarde, llegó el presidente de León Carpio. Me sorprendió su simpatía personal y su recia personalidad. Había una gran diferencia con el ex presidente Serrano. Conversamos cerca de una hora. Fue muy convincente. Nos explicó detalladamente, cómo había logrado, desde el inicio de su gobierno, conseguir el respaldo de un conjunto muy importante de fuerzas políticas y sociales. Insistió mucho en sus relaciones con las Fuerzas Armadas. Todos quedamos convencidos de su capacidad para enfrentar la crisis guatemalteca. En la rueda de prensa le dimos un apoyo consistente a su gobierno. **Todos** (eliminar) Nos habíamos formado un elevado concepto de su personalidad.

A las cuatro de la tarde tomamos el avión rumbo a México. Del aeropuerto, nos dirigimos a la cancillería. El canciller Solana nos hizo una interesante exposición de las reformas que estaba realizando en el Ministerio de Relaciones Exteriores. A las 7:00 p.m. estaba pautada la entrevista con el presidente Carlos Salinas de Gortari en la residencia presidencial de Los Pinos. Analizamos conjuntamente la situación política centroamericana. Tenía un profundo conocimiento de la historia de cada uno de los países y conocía a la mayoría de los más importantes líderes regionales. Su conclusión coincidió con la nuestra. El proceso centroamericano se veía bien orientado. La democracia se iba progresivamente fortaleciendo. Los Acuerdos de Paz de El Salvador garantizaban la transición política y Nicaragua iba por muy buen camino. Su preocupación era Guatemala. Insistió mucho en que la crisis se había originado como consecuencia al mal ejemplo que había dado a la América Latina la actitud antidemocrática del presidente Fujimori y la incapacidad de la Organización de Estados Americanos de restablecer el orden constitucional.

La conversación fue, poco a poco, desviándose hacia la situación mexicana. El presidente Salinas enfrentaba **una difícil circunstancia política**. Sus dos mejores amigos aspiraban a la presidencia de México: Luis Donaldo Colosio, secretario de Desarrollo Social y Manuel Camacho Solís, Regente del Distrito Federal. Según la tradición del PRI, le correspondía al presidente Salinas escoger a su sucesor. El célebre dedazo era una inmensa responsabilidad. Los dos demostraban una importante fuerza interna y gozaban de simpatía popular. Imprudentemente le pregunté sobre su decisión y él por unos minutos guardó silencio. Después comenzó a exponernos las condiciones personales de los dos más fuertes candidatos: políticos de garra, muy bien formados y con gran experiencia administrativa. No mostró preferencia alguna. Parecía que todavía no estaba decidido. En algún momento de la conversación me pareció que su decisión iba a favorecer a Luis Donaldo Colosio. Al ir a despedirnos a la puerta de su despacho, me tomó del brazo reteniéndome unos pasos atrás de los demás cancilleres. Me preguntó por Carlos Andrés Pérez. Mantuvo que la decisión en su contra había sido una gran injusticia. El canciller Solana nos ofreció una cena privada en su casa. A la mañana siguiente viajé a Venezuela.

La testarudez de Fidel Castro.

Al encargarme de la Cancillería tuve que evaluar las relaciones con Cuba. Se encontraban en un excelente momento, pues el presidente Pérez le había dado un particular impulso. Progresivamente, se habían superado las

delicadas tensiones políticas que el intervencionismo cubano en los problemas internos venezolanos, en la década de los sesenta, había producido. En el mes de abril de 1992, se había celebrado en La Habana la Primera Reunión de la Comisión Mixta Venezolano-Cubano para Prevenir y Combatir el Tráfico Ilícito de Estupefacientes y Sustancias Psicotrópicas y se encontraba prevista una visita del canciller de Cuba durante ese año. El 5 de noviembre de 1992 visitó a Venezuela el canciller Ricardo Alarcón con la finalidad de asistir a la II Reunión del Mecanismo de Alto Nivel de Consulta Política entre Venezuela y Cuba.

El canciller Alarcón planteó en nuestras conversaciones insistentemente tres puntos: la difícil situación económica que estaba enfrentando Cuba, como consecuencia de la eliminación del subsidio soviético; la grave crisis energética; y el interés del régimen cubano de iniciar una apertura económica. En mi respuesta, siempre mantuve: “que era imposible producir un cambio en la orientación económica del régimen cubano, sin que fuera acompañado de una amplia apertura política”. Me di cuenta, que ese era un punto difícil de discutir. De inmediato, el canciller Alarcón se puso a la defensiva, rechazando mis argumentos. Así se lo comuniqué al presidente Pérez. En la visita oficial que le hizo el canciller Alarcón surgió el tema. Carlos Andrés Pérez mantuvo la misma posición, demostrando de esa manera que era una posición oficial de Venezuela. El canciller Alarcón no cambió de actitud y rechazó la tesis de una manera cordial pero muy firme.

El 14 de septiembre de 1993 inicié una visita oficial a Cuba. Me acompañaron mi esposa, el embajador Demetrio Boersner, director general de Política Exterior, mis asesores personales, Maruja Tarre y José Hernández, mi asistente, el licenciado Félix Plasencia y una pequeña delegación de empresarios y de promotores culturales, entre los que recuerdo a José Manuel Escotet, a María Teresa Castillo y a William López. Fui recibido en la Habana por el canciller Roberto Robaina y nuestro embajador Gonzalo García Bustillos. En la tarde el canciller Robaina y yo instalamos en la sede de la Cancillería cubana la III Reunión del Mecanismo de Alto Nivel de Consulta Política e iniciamos la discusión de los temas establecidos en la agenda: la democratización de las Naciones Unidas, el bloqueo norteamericano, la estabilidad de las democracias en la América Latina, la deuda cubana con Venezuela y el suministro petrolero.

En los aspectos políticos tuvimos una clara coincidencia ya que tanto Cuba como Venezuela mantenían como objetivos fundamentales de su política exterior la democratización de las Naciones Unidas, el fin del bloqueo norteamericano y la defensa de los regímenes democráticos. Por el contrario, la discusión se hizo muy difícil al tratarse los aspectos económicos. Los altos funcionarios cubanos aspiraban a que la deuda que mantenía su gobierno con

Venezuela, cercana a 47 millones de dólares, obtuviera unas condiciones de plazo e intereses tan favorables que prácticamente conducía a una condonación de esas obligaciones. También aspiraban a que Venezuela mantuviera condiciones más que privilegiadas respecto al suministro petrolero. En estos dos aspectos mi posición fue muy firme: “No es posible renovar el suministro petrolero hasta que Cuba no cancele sus anteriores obligaciones. Estas obligaciones deben honrarse a través de mecanismos financieros y no comerciales. La venta de petróleo venezolano no tiene mensaje político, es un asunto exclusivamente comercial”.

El embajador García Bustillos ofreció esa noche una recepción en mi honor en su residencia. Los invitados eran el Cuerpo Diplomático y altos funcionarios del gobierno cubano. A las 8:00 p.m. empezaron a llegar los invitados. A las 9:00 p.m. me anunciaron la llegada de Fidel Castro. Salí a la puerta de la residencia con el embajador García a recibirlo. No lo conocía. El embajador García nos condujo a un sitio reservado de la residencia a objeto de que pudiéramos conversar en privado. Acompañaban a Fidel Castro, Roberto Robaina, Ricardo Alarcón y Carlos Lage. Nos sentamos en un cómodo sofá y comenzamos la reunión. Al inicio de la conversación Castro insistió en los temas pendientes de solución en la reunión de la tarde. Mantuve mis mismos puntos de vista. Al darse cuenta de la firmeza de mi posición, no insistió más en dicho asunto.

De inmediato, condujo la conversación hacia temas de orden político. Estaba muy interesado en conocer la realidad venezolana. Me preguntó sobre la estabilidad del gobierno venezolano. Le hice ver que no había ningún riesgo en ese momento. Observé que estaba bien documentado sobre lo que había ocurrido el 4 de febrero de 1992. Me recordó una frase mía de esos días: “Fue un fracaso militar, pero un éxito político”. Tenía interés en interpretar cabalmente lo que yo había querido decir. No estuvo de acuerdo con el enjuiciamiento de Carlos Andrés Pérez. Lo consideró una injusticia. No mostró mayor interés en Hugo Chávez. La conversación languideció un poco. Aproveché esa oportunidad para colocar como centro de la discusión la necesidad de una apertura política en Cuba. Observé cara de angustia en Alarcón, Lage y Robaina. Por el contrario, Fidel Castro se sonrió con picardía. Me explicó que después de la caída del Muro de Berlín él había reflexionado largamente sobre el asunto: **(dos puntos)**

“ (Colocar comillas)Seguí con mucho interés todo el proceso de la Perestroika y del Glasnost en la Unión Soviética. Fíjese en el fracaso de Gorbachov. Me gusta más la experiencia de China. Han logrado un gran éxito económico sin comprometer la estabilidad del régimen comunista. Definitivamente Deng Xiaoping tiene un mayor sentido político. Gorbachov es un iluso. Yeltsin asegurará el poder. El tiempo de Gorbachov terminó. Él

es responsable de la destrucción de la Unión Soviética”. Se expresó con admiración de José Stalin y de Mao Zedong. Criticó con dureza el desviacionismo de Trotsky y la incapacidad de Jrushev”... El diálogo fue tomando calor y yo mantuve cierta discreción pero con firmeza le hice ver que estaba equivocado. Le dije: “Tratar de comparar el proceso chino con el cubano es un absurdo. China está ubicada en el Asia, fuera de la órbita de influencia norteamericana; Cuba a 90 kilómetros de los Estados Unidos. Esta realidad geopolítica obliga a tomar medidas distintas. Es imposible en esta circunstancia realizar un cambio económico sin impulsar una transformación política. Seguir el ejemplo chino traería como consecuencia que la apertura política se desarrolle de forma espontánea, perdiéndose la posibilidad histórica de realizar una exitosa transición. Es preferible impulsar las dos transformaciones al mismo tiempo”.

Critiqué con dureza a Stalin y a Mao. Recordé las purgas del partido comunista. Los juicios amañados para controlar el poder. Los asesinatos de Trotsky, Zimoviev, Kamenev, Bujarín y tantos otros; las detenciones y deportaciones en masa y los campos de concentración en Liberia”. En ese momento me interrumpió defendiendo con pasión a Stalin. Mantuvo que “sin el carácter que demostró durante la Segunda Guerra Mundial, hubiese sido imposible defender con éxito a la Unión Soviética de la invasión alemana y la revolución rusa hubiese naufragado”. Acepté el valor y la capacidad militar de Stalin, pero le hice ver “como el pacto Stalin-Ribentropp había permitido la conquista militar de Polonia y de Europa continental. Recordé la invasión de Hungría y Checoslovaquia por la Unión Soviética”.

Critiqué con fuerza el absurdo de la Revolución Cultural de Mao. La represión de la Banda de los Cuatro. Reconocí el éxito de la visión económica de Deng Xiaoping, pero recordé la matanza de la plaza de Tiananmén. Me sorprendió la capacidad dialéctica de Fidel Castro. Mantenía sus ideas con inteligencia y gran flexibilidad sin eludir el debate. Siempre regresaba con gran habilidad a sus argumentos iniciales. Me habló de sus nuevas vinculaciones con la Unión Europea, del daño que le hacía a Cuba el bloqueo norteamericano, de la certeza que tenía del triunfo de Clinton, de la falta de independencia de la OEA y de la necesidad de democratizar las Naciones Unidas. Sin darnos cuenta habíamos conversado más de cuatro horas. Cerca de la 1:00 de la mañana puso fin a la conversación. Se levantó con agilidad, lo acompañé con el embajador Bustillos hasta el automóvil. Se veía sonreído. Sin duda le había agradado la conversación.

Al día siguiente, recorrí con el canciller Robaina algunos hospitales y centros educativos. Sin duda eran el orgullo de la Revolución Cubana. Al mediodía, el canciller Robaina nos ofreció un almuerzo en la residencia para invitados oficiales. La conversación fue muy grata. No se tocaron temas

polémicos y observé el interés que tenían todos de hacernos pasar un agradable momento. Al final del almuerzo, cerca de las 2:00 p.m., anunciaron la llegada de Fidel Castro. Salí con el canciller Robaina a recibirlo. Lo conduje a la mesa. Tomó la palabra, empezó a explicar su visión sobre la América Latina. Mantuvo que el fortalecimiento de los regímenes democráticos y el final de las dictaduras militares indicaban lo auspicioso que sería su destino en los próximos años. Evitó tocar el tema cubano. A las dos horas dio por terminado el almuerzo. Lo despedí en la puerta de la residencia. Esa tarde viajé a Caracas.

Muy temprano me dirigí a Miraflores con la finalidad de informarle al presidente Velásquez del viaje. Tenía interés en conocer la visión de Fidel Castro sobre la situación venezolana. Conversamos más de una hora. El 21 de septiembre invité a los corresponsales extranjeros y nacionales a un desayuno para informarles de mi viaje a Cuba. La rueda de prensa se desarrolló sin contratiempos: “El canciller Fernando Ochoa Antich declaró que “el pueblo cubano está pasando hambre con dignidad y mística. La revolución cubana ha fracasado totalmente. Sus planes económicos se volvieron sal y agua al terminarse el subsidio soviético. El liderazgo cubano no se ve quebrado. No se aprecia que pueda producirse en breve tiempo una posible separación de Fidel Castro del poder. Uno de los aspectos más negativos que observé fue el exagerado culto a la personalidad de Fidel Castro” La sinceridad del canciller Ochoa nos sorprendió”¹⁹⁰

Como era de esperar estas declaraciones dieron la vuelta al mundo. Creí que mis afirmaciones generarían una protesta de parte de Cuba, pero no ocurrió así. Por el contrario, las relaciones se mantuvieron muy equilibradas. El canciller Robaina visitó a Venezuela en el mes de noviembre con el objeto de respaldar al gobierno del presidente Velásquez. Sus declaraciones al **El Diario de Caracas** fueron inesperadas, dijo: “Que estaba impulsando un proyecto que tenía por propósito lograr captar inversiones de la comunidad cubana en Miami, México, Madrid y Caracas para distintos proyectos en la Isla”.¹⁹¹ Esta política de apertura hacia el exilio cubano tenía que chocar con los intereses de la vieja guardia revolucionaria. Sus días en la Cancillería cubana estaban contados.

¹⁹⁰ **El Diario de Caracas**, edición del 22 de septiembre de 1993.

¹⁹¹ **El Diario de Caracas**, edición del 10 de noviembre de 1993.

Washington sabe demasiado

Un marino con ambiciones

La designación del vicealmirante Radamés Muñoz León como ministro de la Defensa fue un error político del presidente Velásquez. Su escogencia se hizo exclusivamente desde una visión institucional. En ese momento, el vicealmirante Muñoz era uno de los oficiales más antiguos de las Fuerzas Armadas. Yo tengo alguna responsabilidad en el error cometido. Antes de viajar al exterior, en junio de 1993, el presidente Velásquez me consultó sobre la designación del ministro de la Defensa y mi respuesta fue exageradamente institucional: “Designa al oficial más antiguo. De esa manera logrará el respaldo mayoritario de las Fuerzas Armadas”. Durante los meses que fue ministro de la Defensa mantuvo una exagerada figuración en los medios de comunicación al tomar posiciones permanentemente polémicas.

Una actitud de ese orden, en una situación militar tan delicada como la que se vivía en Venezuela después de dos intentos de golpes de Estado, tenía que producir graves tensiones políticas. Además, nuestra tradición militarista conducía a que amplios sectores sociales y políticos consideraran que la solución militar era una forma de superar la crisis histórica que vivía nuestro país. Esta alternativa se vio fortalecida por la amenaza de alcanzar el poder de sectores políticos que eran catalogados en ese momento como de extrema izquierda. La candidatura de Andrés Velásquez, respaldada por el partido La Causa Radical, empezó a tomar fuerza debido al apoyo que le dieron a sus aspiraciones políticas sectores que simpatizaban con Hugo Chávez. **Ese** partido había tenido estrechas vinculaciones con los oficiales golpistas durante las insurrecciones militares.

Las polémicas declaraciones que casi todos los días ofrecía el ministro Muñoz trajeron como consecuencia que durante los meses de agosto, septiembre y octubre surgieran permanentes rumores sobre un posible golpe de Estado. “Casi desde el momento en que lo designé ministro de la Defensa empezó a correr un rumor que señalaba que el vicealmirante Radamés Muñoz León tenía ambiciones políticas. Muchas de sus declaraciones, casi siempre polémicas, demostraban esas ambiciones. Es necesario recordar que la situación política era muy delicada. Los partidos Acción Democrática y COPEI se encontraban muy debilitados. Distintos sectores sociales hacían cola en Yare para demostrar su respaldo a Hugo Chávez. La Causa Radical había demostrado una gran fuerza en las últimas elecciones. Aristóbulo Istúriz y Andrés Velásquez habían sido electos alcalde de Caracas y gobernador del

estado Bolívar. Yo no tuve informaciones precisas de que el almirante Muñoz estuviera conspirando. Sólo rumores, pero se repetían constantemente”. 192

El 6 de agosto de 1993 yo representé al presidente Velásquez en los actos de toma de posesión del presidente de Bolivia, Gonzalo Sánchez de Lozada. Fui recibido en el aeropuerto de La Paz por el embajador Otto Veitía Matos. Apenas tomamos el automóvil me informó que había recibido en la mañana de ese día una nota de la Embajada de los Estados Unidos solicitando una audiencia urgente para el embajador Alexander Watson, subsecretario de Estado para la América Latina. **Esa solicitud** me causó gran extrañeza. Le dije al embajador Veitía que coordinara la audiencia para el día siguiente en la residencia del embajador de Venezuela. A las 5:00 p.m. recibí a **Alexander Watson**. Nos saludamos cordialmente. El embajador Watson empezó una larga y sorprendente conversación sobre Venezuela. Sus palabras mostraban gran preocupación por la estabilidad del gobierno del presidente Velásquez y la difícil situación interna de las Fuerzas Armadas.

Después que analizamos distintos temas, me hizo el planteamiento de fondo que había originado la entrevista: “Canciller, usted tiene programada una visita oficial a los Estados Unidos después del 15 de septiembre. Mi gobierno le agradece que la realice en los primeros días de ese mes.” Un poco sorprendido, le expliqué que estaba haciendo coincidir mi viaje oficial a los Estados Unidos con la Asamblea General de las Naciones Unidas. El subsecretario de Estado insistió. Le pedí me explicara las razones de esta solicitud. El embajador Watson se sinceró conmigo: “Canciller, el problema que tenemos es la solicitud del almirante Radamés Muñoz de realizar un viaje oficial a los Estados Unidos. Si lo recibimos antes que a usted la opinión pública venezolana lo interpretará como un respaldo de nuestro gobierno a sus ambiciones políticas. El ministro Muñoz aspira tener entrevistas no sólo con funcionarios de la Secretaría de Defensa, sino con altos personeros del gobierno”. En verdad me sorprendió la crudeza del planteamiento. Mi respuesta fue prudente. No conocía nada sobre ese viaje. Reflexioné unos minutos. “Hablaré con el presidente Velásquez. Estoy seguro que comprenderá la situación”. Nos despedimos cordialmente.

“Recuerdo que usted al regresar de la juramentación del presidente Sánchez de Lozada en La Paz me contó su conversación con Alexander Watson, subsecretario de Estado para la América Latina, en la embajada de Venezuela. El punto fundamental de esa conversación fue la preocupación que tenían altos funcionarios del gobierno del presidente Clinton por el viaje del almirante Muñoz a los Estados Unidos. Estaban convencidos que podría ser interpretado por la opinión pública venezolana como un respaldo a sus

192 Ramón J Velásquez, entrevista

aspiraciones políticas. Autoricé que usted hiciera las coordinaciones necesarias para adelantar su viaje oficial a los Estados Unidos”.¹⁹³ Al tener la autorización del presidente Velásquez hice los contactos necesarios con la Embajada de los Estados Unidos en Caracas para organizar mi viaje.

Estados Unidos dice no

Llegué a Washington cerca de la diez de la noche del 31 de agosto de 1993. Me acompañaban mi esposa, mis asesores, Maruja Tarre y José Hernández y mi asistente personal, Félix Plasencia. Fui recibido por los embajadores ante la Casa Blanca y la OEA, Simón Alberto Consalvi y Guido Groscors. En el traslado del aeropuerto al hotel les expliqué los motivos de mi viaje. Ya tenían conocimiento del problema surgido con la visita del ministro de la Defensa. La agenda había sido inteligentemente planificada por el embajador Consalvi. Me explicó detalladamente las muy importantes entrevistas que tendría con altos funcionarios del gobierno norteamericano. Estuve muy satisfecho del esfuerzo realizado por nuestra misión diplomática.

A las diez de la mañana, me trasladé a la Casa Blanca. Me acompañó el embajador Consalvi. Fui recibido de inmediato por el doctor Richard Feinberg, director del Escritorio Latinoamericano en el Consejo de Seguridad Nacional y principal asesor del presidente Clinton en los asuntos relacionados con la América Latina. La entrevista duró más de dos horas. Me recibió acompañado de varios funcionarios. Tenían interés en conocer detalladamente la situación interna de Venezuela. La analizamos desde distintas perspectivas, pero la conversación siempre terminaba en el mismo punto: la preocupación que tenían dichos funcionarios de la marcada debilidad que mostraba el gobierno del presidente Velásquez. Les interesaba conocer, de manera muy particular, las realidades internas de las Fuerzas Armadas. Curiosamente, no se refirieron al próximo viaje del ministro Muñoz.

En la tarde visitamos el Departamento de Estado. Fuimos recibidos por el Subsecretario de Asuntos Latinoamericanos, Alexander Watson y por el nuevo embajador de los Estados Unidos en Venezuela, Jeffrey Davidow. Conversamos cerca de dos horas. Nos dedicamos a revisar con detalle los distintos temas bilaterales. Les causaba mucha preocupación las posibilidades de una nueva insurrección militar. Me ratificaron, en distintas oportunidades, que Estados Unidos no reconocería un gobierno surgido de un golpe de Estado. Mis explicaciones sobre la situación interna de las Fuerzas Armadas los tranquilizaron, pero fueron muy críticos de la actitud polémica y beligerante que había asumido el vicealmirante Muñoz.

¹⁹³ Ídem, entrevista.

Los dos altos funcionarios mantuvieron que la única explicación posible que tenía su curiosa actuación era el interés en atraerse el respaldo de algunos sectores económicos que se encontraban atemorizados por la amenaza que significaba La Causa Radical y una posible insurrección de oficiales de izquierda. Me explicaron las medidas que había tomado el Departamento de Estado para disminuir al máximo el nivel de la visita del ministro Muñoz, con el fin de evitar en lo posible un importante impacto de opinión. Prudentemente no opiné. Me causó muy buena impresión la simpatía personal y el conocimiento que tenía de América Latina el embajador Davidow. Comprendí que su escogencia como embajador en Venezuela había sido estudiada minuciosamente.

El 2 de septiembre, **a las 8:00 a.m.**, instalé la rueda de negocios entre empresarios venezolanos y norteamericanos en la sede de nuestra Embajada en Washington. Observé que existía mucho interés en los proyectos de inversión en el área petrolera. Las inversiones cercanas a 5.600 millones de dólares de la empresa norteamericana EXXON, la japonesa Mitsubishi y la angloholandesa Shell en el proyecto Cristóbal Colon se mostraban como un buen ejemplo del seguro destino económico de Venezuela. A las 10:00 a.m., me dirigí al Departamento de Estado con la finalidad de entrevistarme con el Secretario de Estado Warren Christopher. Fui sorprendido por la decisión que tomó de ofrecer, antes de entrevistarnos privadamente, la tradicional rueda de prensa. **En ella expresó:**

“Apoyamos firmemente el proceso democrático venezolano y mi gobierno está dispuesto a trabajar con el presidente Velásquez hasta las elecciones de diciembre, así como con cualquier gobierno que resulte electo en esa ocasión. Deseo resaltar nuestro enérgico respaldo a la democracia en Venezuela y al sostenimiento de los procesos democráticos en la región. No es nuestro propósito evaluar los argumentos en pro o en contra que se formulan internamente en Venezuela. El presidente Velásquez ha sido instalado firmemente en el poder. Los Estados Unidos apoyan la decisión de que es él quien debe ocupar la Presidencia de la República hasta las elecciones de diciembre. Se trata de un proceso democrático que apoyamos decididamente por considerarlo muy meritorio. En conclusión, respaldamos al presidente Velásquez durante este interinato y apoyaremos al gobierno que surja de las elecciones de diciembre. Deseamos subrayar nuestro respaldo al gobierno constitucional venezolano. No quiero, en este momento, conjeturar sobre las opciones que tendríamos que considerar si hubiese alguna interrupción del orden constitucional”.

Mi respuesta fue la siguiente: “Agradezco profundamente el respaldo de los Estados Unidos a Venezuela y al gobierno del presidente Velásquez. La crisis venezolana se origina por razones de orden económico. La caída del precio del petróleo, en medio del esfuerzo que está realizando mi país para

orientarnos hacia una economía de mercado, ha sido una de las causas fundamentales de la crisis nacional. El gobierno del presidente Velásquez mantiene esa orientación y está decidido a profundizar las reformas políticas y económicas necesarias para modernizar a Venezuela. Su gobierno es de transición, pero espera cumplir una importante labor en el fortalecimiento institucional de mi país”. El secretario Christopher me invitó a su despacho. En la reunión estuvieron presentes el subsecretario Watson, los embajadores Davidow y Consalvi y Maruja Tarre. La conversación se orientó fundamentalmente sobre la crisis militar y el próximo viaje del ministro Muñoz. Pude observar una cierta rivalidad entre el Departamento de Estado y la Secretaría de Defensa. Eran, sin duda, dos políticas distintas. El Departamento de Estado mantenía un decidido respaldo a las democracias latinoamericanas; la Secretaría de Defensa era mucho más pragmática. Después de más de una hora de conversación, nos despedimos cordialmente.

En la noche, el canciller Consalvi nos ofreció una recepción en su residencia. Asistieron los embajadores latinoamericanos y altos funcionarios del gobierno norteamericano, entre ellos, Alexander Watson y Jeffrey Davidow. Aproveché la oportunidad para manifestarles mi preocupación sobre la rivalidad que observaba entre la Secretaría de Estado y la de Defensa. Sus explicaciones me tranquilizaron. Reconocieron el problema existente, pero me ratificaron que la política definida por el presidente Clinton era de firme respaldo a las democracias latinoamericanas y de total rechazo a soluciones no constitucionales. La explicación me pareció suficientemente transparente. De todas maneras, a finales de septiembre, durante la Asamblea General de las Naciones Unidas, en una recepción que ofreció el presidente de los Estados Unidos a los jefes de Estado y de gobierno de la América Latina y el Caribe en Nueva York, aproveché la oportunidad para abordar el tema con el propio presidente Clinton. Me sorprendió gratamente el profundo conocimiento que tenía de la crisis venezolana. Su respaldo al gobierno del presidente Velásquez me tranquilizó totalmente.

Imprudencias y más imprudencias

El almirante Muñoz había sido invitado a los Estados Unidos por la Secretaría de Defensa. Al tener conocimiento el Departamento de Estado de esa invitación, trató de influir para que se suspendiera. Sus funcionarios estaban convencidos de que era una imprudencia, ya que se podía considerar un respaldo del gobierno norteamericano a la polémica actuación del Ministro de la Defensa. **(Punto y seguido) Los** trámites protocolares se encontraban demasiado adelantados. **(Punto y seguido)** El lunes 6 de septiembre el ministro Muñoz viajó a Washington. Los temas a tratar, según sus propias declaraciones, eran de suma importancia: terrorismo, narcotráfico y lavado de dólares. El reciente estallido de unos sobres bombas en la ciudad de Caracas

presentaba el viaje como de gran trascendencia. Los medios de comunicación le dedicaron amplios espacios tanto en la prensa escrita como en la televisión.

La publicidad del viaje causó una mayor preocupación en los funcionarios del Departamento de Estado que trataron, por todos los medios, de disminuir el impacto de opinión que podría tener el viaje en Venezuela. En su esfuerzo para lograrlo, influyeron en los distintos niveles de la administración norteamericana para evitar que la Secretaría de Defensa pudiera conseguirle entrevistas de cierta importancia. Llegó a tal extremo la presión que el ministro Muñoz se retiró de una reunión por considerar que los funcionarios de la DEA que lo estaban atendiendo no tenían el suficiente nivel para tratar los temas establecidos en la agenda. Con excepción de la entrevista con el Secretario de Defensa no fue recibido por otro ministro ni por funcionarios de la Casa Blanca. Varios de los empresarios que me habían acompañado en mi viaje (**Eliminar la coma**) permanecieron en los Estados Unidos invitados por el Ministerio de la Defensa. Ellos percibieron los distintos problemas que surgieron durante el viaje. El mensaje fue más que entendido por la derecha venezolana. Los Estados Unidos no respaldarían una solución de fuerza a la crisis venezolana.

La Embajada venezolana no participó en la coordinación que se hace en un viaje de este tipo. Estas fueron realizadas directamente por el doctor Aníbal Romero y una empresa de relaciones públicas. Al llegar a Washington, los directivos de esa empresa le informaron al doctor Romero que se había desocupado una suite en un hotel seleccionado por el propio gobierno norteamericano. Los organizadores del viaje aceptaron utilizar dicha suite. Allí el almirante Muñoz y su comitiva, molestos como estaban por los distintos incidentes ocurridos en el viaje, se expresaron de manera imprudente tanto del gobierno de los Estados Unidos como del venezolano. De esta manera, los servicios de Inteligencia lograron precisar la forma de pensar del almirante Muñoz. En la recepción que el embajador Consalvi le ofreció al ministro Muñoz, no tuvo la delicadeza de atender como correspondía al embajador Alexander Watson. Este alto funcionario abandonó la recepción a los diez minutos.

“El embajador designado para Venezuela, Jeffrey Davidow, conversó conmigo sobre las expresiones que el almirante Muñoz y su comitiva habían tenido sobre el gobierno de los Estados Unidos y el de Venezuela. Le sugerí que al llegar a nuestro país le informara lo ocurrido al presidente Velásquez. A la semana siguiente el embajador Davidow viajó a Venezuela. Tuvo al día siguiente de su llegada a Caracas un desayuno con el presidente Velásquez en la residencia de Sofía Ímber de Rangel. Tengo entendido que le informó lo ocurrido en Washington. Posteriormente, en uno de mis viajes a Caracas el

presidente Velásquez y yo conversamos sobre el asunto. Él consideró que no representaba realmente un riesgo para la estabilidad de su gobierno”. 194

La ingenuidad del almirante Muñoz y la de sus asesores fue sorprendente. No entendieron el cambio político sucedido en Venezuela ni la nueva orientación de la política internacional de los Estados Unidos. “El viaje del almirante Muñoz se realizó la semana siguiente de su viaje a Washington. Tengo entendido que llevó una numerosa delegación. A los pocos días llegó a Caracas el embajador Jeffrey Davidow. En una conversación amistosa que tuvimos, en un desayuno que le ofreció Sofía Ímber de Rangel en su casa, el embajador Davidow me informó que el almirante Muñoz se había expresado de una manera inconveniente de mi gobierno y del de los Estados Unidos. Me ratificó que posteriormente el gobierno de los Estados Unidos me presentaría pruebas suficientes. Así ocurrió. El entonces coronel Raúl Salazar Rodríguez, me entregó una grabación de las conversaciones privadas que el almirante Muñoz había tenido en su habitación en el hotel en Washington.

Un presidente sereno

“Recuerdo que en esos días conversamos usted y yo sobre dicho asunto. Mi decisión fue no tomar ninguna medida en contra del ministro Muñoz. Lo consideré una muestra de inmadurez personal, pero no quise abrir una crisis política por esa razón. A las semanas también conversé de dicho asunto con el embajador Consalvi. Mantuve mi decisión. En verdad, no lo consideré una verdadera amenaza para la estabilidad de mi gobierno. Pocos días después del regreso del almirante Muñoz a Caracas recibí una importante carta del presidente Clinton, en la cual me decía que el gobierno norteamericano no aceptaría una aventura golpista en Venezuela. Esa carta era sin dudas un firme apoyo a mi gobierno. La opinión pública consideró que esa carta era una advertencia a las supuestas ambiciones del ministro Muñoz”. 195

En esos días conversé con el presidente Velásquez sobre la actitud del ministro Muñoz y las imprudencias que había cometido durante su viaje a los Estados Unidos. A mi criterio, las expresiones emitidas contra el presidente Velásquez eran inaceptables. Mi opinión fue tajante: “presidente, usted debe destituir al almirante Muñoz y si es necesario detenerlo. Al hacerlo, usted obtendría una gran autoridad sobre las Fuerzas Armadas”. El presidente Velásquez reflexionó unos minutos. Su respuesta fue de gran perspicacia. “No, Fernando, por ahora no hace falta. Ya veremos. Si el almirante Muñoz continúa con su actitud tomaremos la acción que sea necesaria. Los golpes militares se desacreditaron después del 27 de Noviembre. Faltan muy pocos meses para las elecciones. Los candidatos ya están en la calle. Nadie aceptará

194 Simón Alberto Consalvi, entrevista.

195 Velásquez, Ramón, entrevista.

la violencia como método para solucionar la crisis venezolana. Si el almirante Muñoz continúa por ese camino terminará en un gran fracaso”.

El ministro Muñoz no modificó de actitud. Una marcha estudiantil, organizada para luchar por un mayor presupuesto universitario, terminó en un fuerte enfrentamiento con la Policía Metropolitana en la esquina de “El Chorro” en la ciudad de Caracas. Lamentablemente hubo un muerto y 20 heridos. De inmediato surgieron manifestaciones de protesta en Valencia, Barquisimeto, Maracaibo, San Cristóbal y otras ciudades. Un numeroso grupo de autobuses cargados de estudiantes que se dirigían hacia Caracas para fortalecer a los grupos de manifestantes fueron detenidos por la Guardia Nacional en la Autopista Regional del Centro. Hubo un fuerte enfrentamiento, pero sin mayores consecuencias. El rector de la Universidad Central, Simón Muñoz, y líderes de La Causa Radical responsabilizaron al ministro de la Defensa de los hechos de violencia. La declaración del rector Muñoz fue de gran dureza.

La reacción del vicealmirante Muñoz no se dejó esperar. Su respuesta fue que “si los ciudadanos quieren que haya caos, deben decirlo claramente para que las Fuerzas Armadas no intervengan. Entonces, que ellos mismos se defiendan. Veremos si los partidos asumen la responsabilidad de pagarle a quien pierda su negocio, su carro o su camión. Yo recibí y di las instrucciones respectivas, precisamente para asegurar el orden público. La persona que resultó muerta en la manifestación del jueves, Sergio Rodríguez, es un presunto subversivo perteneciente a la célula “Los Tupamaros”, que actúa en el bloque 5 del 23 de Enero. No sé si el diputado Víctor Hugo D’Paola está al servicio de los intereses del país o quiere que reine la anarquía, el desorden, el caos, o tal vez procura un nuevo 27 de Febrero”.¹⁹⁶ Estas declaraciones aparecieron en toda la prensa nacional en primera página. Los rumores sobre un posible golpe militar empezaron de nuevo a circular.

Era justamente la crisis que estaba esperando el presidente Velásquez para actuar. De inmediato, convocó al palacio de Miraflores a representantes de las principales fuerzas políticas. Su respaldo era fundamental para destituir, si era el caso, al vicealmirante Muñoz. El ministro de la Secretaría, Ramón Espinoza, almorzó con Freddy Muñoz, Secretario General del Movimiento al Socialismo. A la salida de Miraflores declaró: “El ministro de la Defensa pretende establecer un gobierno paralelo. Aquí no hay que ponerse de acuerdo para ver quien es el que manda. El que manda es Ramón J. Velásquez, presidente de la República y en materia de orden público, el ministro del Interior Carlos Delgado Chapellín. El almirante Muñoz pasó por encima de la autoridad del ministro del Interior, como si fuera un superministro. Su actitud

¹⁹⁶ *El Nacional*, edición del 25 de septiembre de 1993.

es la que normalmente tienen los gendarmes autoritarios en la América Latina”.¹⁹⁷

En la noche los senadores Pedro Pablo Aguilar e Hilarión Cardozo, en representación del partido Socialcristiano COPEI, estuvieron más de dos horas con el presidente Velásquez. Allí analizaron la situación. La recomendación fue no destituir al almirante Muñoz, sino desautorizarlo públicamente. En **El Nacional** del domingo 26 de septiembre, unas cáusticas declaraciones del expresidente Luis Herrera Campíns reflejaron la posición de su partido: “Ese ideal de serenidad que debería tener el gobierno contrasta con el exceso de declaraciones de los voceros civiles y militares de la presente administración. No se puede estar en una polémica permanente, porque cada vez que hay un ataque viene una respuesta que trata de involucrar a sectores que no tienen por que ser mencionados. Le recomiendo al ministro Muñoz evitar la tentación del micrófono. Hablar demasiado termina siempre siendo un pecado”.¹⁹⁸

A las 9:00 a.m. de ese mismo día domingo el presidente Velásquez recibió en el palacio de Miraflores al doctor Octavio Lepage, presidente del Congreso Nacional. Su opinión fue favorable a la actuación del ministro Muñoz. Consideró que las medidas militares habían sido muy útiles para poner freno al desmán de los grupos de izquierda radical, interesados en desatar la violencia social. Rechazaba la tesis de destituir al ministro Muñoz. Su posición fue muy cercana a la mantenida por los senadores Aguilar y Cardozo. De todas maneras su declaración a los periodistas del palacio de Miraflores no permitió entrever su verdadera opinión sobre la crisis: “Lo que yo he dicho y repito es que los militares no deben incursionar en la política mediante declaraciones, porque se suscitan polémicas y éstas pueden afectarlos a ellos y a la institución armada”¹⁹⁹

A las 11:00 a.m. visitó a Miraflores el doctor Rafael Caldera. Sus posibilidades de ganar las elecciones en el mes diciembre eran muy altas. Su opinión era que el Ministro de la Defensa tenía ambiciones políticas y estaba organizando un intento de golpe de Estado, utilizando como bandera un posible triunfo de Andrés Velásquez, candidato presidencial de La Causa Radical. Era una excelente oportunidad para dejar en claro la autoridad del presidente Velásquez sobre las Fuerzas Armadas. Al salir de la reunión con el presidente de la República fue abordado por los periodistas que cubren el palacio de Miraflores. Su declaración fue muy crítica:

¹⁹⁷ Ricardo Escalante, *op. cit.*, p. 103.

¹⁹⁸ El Nacional, edición 26 de septiembre de 1993.

¹⁹⁹ Ricardo Escalante, *op. cit.*, p. 104.

“Las declaraciones del ministro de la Defensa no fueron felices. Se prestan para una interpretación poco favorable y yo confío en que se desvanezca la preocupación que ellas pudieran engendrar y, desde luego, le expresé esta opinión al presidente Velásquez”. Ante una pregunta de los periodistas sobre si dichas declaraciones creaban desasosiego ratificó: “No son favorables. No pienso tampoco que el país esté tan susceptible al desasosiego como para que una frase infeliz de un funcionario de esa jerarquía pueda ocasionar angustia, pero indudablemente sería muy de desear que este equívoco se resolviera de manera satisfactoria”. Ante otra pregunta respondió:

– Voy a repetir lo que dije. Considero que las declaraciones no fueron convenientes, que se prestan para una interpretación desfavorable y que eso justifica las aprehensiones que manifiesta el secretario general del Movimiento al Socialismo, diputado Freddy Muñoz”.²⁰⁰

A las 5:00 p.m., llegó al palacio de Miraflores el ministro Muñoz. Entró y salió discretamente por la puerta reservada al presidente de la República, evitando de esta manera ser entrevistado por los periodistas. De la atmósfera de la entrevista y de los términos utilizados de parte y parte no se filtró nada a los medios de comunicación. “También recuerdo unas declaraciones muy polémicas que dio el ministro Muñoz referente a una intervención de la Guardia Nacional, en la cual falleció un estudiante de nombre Sergio Rodríguez. Esas declaraciones generaron una fuerte polémica con importantes sectores políticos. Preocupado por la actitud del ministro Muñoz lo cité a Miraflores. Allí tuvimos una larga conversación. Tenía que hacerlo como presidente de la República y comandante en jefe de las Fuerzas Armadas. En esa conversación, en un tono de mucho respeto, el almirante Muñoz me explicó que su estilo polémico, su vehemencia en algunas de sus intervenciones se debía a su falta de experiencia en el tratamiento de los medios de comunicación. Acepté la explicación, pero le hice ver la necesidad de manejar con mayor prudencia sus intervenciones públicas”.²⁰¹

Definitivamente no había el consenso suficiente en las distintas fuerzas políticas para proceder a destituir al ministro Muñoz. Ante esta imposibilidad, el presidente Velásquez decidió dar una fuerte declaración con el objeto de dejar en claro el amplio respaldo político que tenía su gobierno y su autoridad sobre las Fuerzas Armadas. “El primero que vino fue el doctor Caldera. Esta noche viene el doctor Oswaldo Álvarez Paz. Mañana conversaré con Claudio Fermín y con Andrés Velásquez, porque considero que el papel fundamental de un gobierno como el que presido no es otro que el de asegurar el camino para las elecciones de diciembre. Oí con todo interés los planteamientos del doctor Caldera, sus reservas con respecto a las bases de un acuerdo nacional

²⁰⁰ Ídem, pp. 104,105.

²⁰¹ Ramón J Velásquez, entrevista.

que he venido proponiendo; su interés por la necesidad urgente de un acuerdo electoral que garantice el respeto a la decisión de los electores. Hablé con el doctor Octavio Lepage, porque es indispensable que tanto la Comisión Delegada como el Congreso **revisen** los acuerdos que hemos hecho, para poder resolver los pedimentos de las universidades y del sector de empleados públicos.

“También conversé largamente con el almirante Muñoz León, acerca de las declaraciones publicadas en la prensa el día de ayer, y que causaron intensa polémica política. Tenía que hacerlo como jefe del Estado y como comandante en jefe de las Fuerzas Armadas Nacionales... Me manifestó el almirante ministro que su estilo polémico, su vehemencia en algunas de sus intervenciones, y el hecho en realidad de ser estos los primeros tiempos en que se enfrenta a los medios de comunicación social, pudieron haber planteado situaciones que ni en su intención, en su propósito, ni por su trayectoria, ni por su juramento, podía él transgredir. Además, reconoció que el mando de la Nación lo tiene el jefe del Estado, y que la Constitución Nacional le otorga al presidente de la República la conducción de las Fuerzas Armadas como su comandante en jefe. Que su propósito es colaborar porque el régimen del cual forma parte, llegue a las elecciones de diciembre... y, por lo tanto, debe considerarse esa situación como aclarada definitivamente”.²⁰²

²⁰² Escalante, Ricardo, *op. cit.* pp. 105,106.

En Miraflores ocurren cosas

Candidatos en la calle

Los partidos políticos, en medio de la profunda crisis política que vivía el país, se dedicaron a escoger sus candidatos presidenciales para las elecciones de diciembre de ese año. El proceso interno no fue fácil. Distintos grupos, con posiciones irreconciliables, luchaban por alcanzar las candidaturas presidenciales. Acción Democrática y COPEI se encontraban profundamente debilitados en su prestigio. El Movimiento al Socialismo y los demás partidos de izquierda se veían de igual manera afectados por una total pérdida de credibilidad. Sólo el partido La Causa Radical había iniciado un proceso de fortalecimiento como consecuencia de sus estrechas vinculaciones con las insurrecciones militares de 1992. El triunfo electoral de Aristóbulo Istúriz en la Alcaldía de Caracas y de Andrés Velásquez en la gobernación de Bolívar así lo indicaban.

Entre las figuras nacionales sobresalía el doctor Rafael Caldera. Su discurso el 4 de Febrero de 1992 y su posición crítica al gobierno de Carlos Andrés Pérez habían fortalecido su ascendiente popular. En abril de 1993, el secretario general del partido socialcristiano COPEI, Eduardo Fernández convocó a unas elecciones primarias abiertas para escoger al candidato presidencial de su partido. En general, todos los analistas políticos lo daban como vencedor. La asistencia el día de las elecciones fue de más de dos millones de venezolanos. **asistieron a votar (Eliminar)**. Sorprendentemente, el ganador fue el doctor Oswaldo Álvarez Paz, gobernador del estado Zulia. Su triunfo se debió fundamentalmente a la percepción que tuvieron los electores de un supuesto apoyo del doctor Caldera a sus aspiraciones. El distanciamiento de éste con el doctor Fernández era muy evidente. En ese momento nadie dudaba de las reales posibilidades de triunfo del partido COPEI en las elecciones de diciembre.

El doctor Caldera se encontraba en el exterior durante las elecciones primarias. A su llegada al aeropuerto, numerosos periodistas lo esperaban. Los venezolanos estaban a la expectativa de cual sería su decisión. Había dudas sobre si se lanzaría como candidato presidencial o si, por el contrario, respaldaría la candidatura del doctor Oswaldo Álvarez Paz. Sus declaraciones no aclararon las expectativas sobre su candidatura presidencial, pero ratificaron su alejamiento del partido COPEI. Sus palabras tuvieron un inmenso impacto en los militantes socialcristianos. Sin lugar a dudas, su figura histórica mantenía un indiscutible peso interno en el partido. El país esperaba la definición del presidente Caldera.

Algunos creían equivocadamente que, a última hora, surgiría un acuerdo entre los dos candidatos con el fin de evitar una posible división de COPEI. Los hechos desmintieron esta posibilidad. El 5 de junio de 1993, Rafael Caldera presentó su propia candidatura presidencial por un nuevo partido que se denominó Convergencia, formación sobre la que pronto pivotó una coalición de 17 partidos de amplio espectro, entre ellos el Movimiento al Socialismo, el Movimiento Electoral del Pueblo y el Partido Comunista de Venezuela. Teodoro Petkoff llamó a esta alianza “el chiripero”, nombre de una pequeña cucaracha que existe en toda Venezuela. Lo que podía considerarse despectivo, curiosamente, **(Eliminar la coma)** se transformó en el símbolo de su partido. Al mismo tiempo, el presidente Caldera criticó con severidad el programa económico del partido COPEI, considerándolo neoliberal y rechazó a ultranza cualquier negociación con el Fondo Monetario Internacional. Este mensaje lo fue transformando en la principal opción presidencial.

La candidatura del doctor Oswaldo Álvarez Paz, que en el mes de abril se veía victoriosa, comenzó a debilitarse ante los constantes ataques de los seguidores del presidente Caldera. La estrategia se dirigía a captar a la tradicional militancia socialcristiana. En parte lo lograron: un sector importante de esa militancia respaldó con firmeza las aspiraciones presidenciales de Rafael Caldera. En esos días, Oswaldo Álvarez Paz programó un viaje al exterior que tuvo un impacto negativo en la opinión pública. Un severo e injusto ataque a sus condiciones personales empezó a minar sus opciones presidenciales. Su comando de campaña no logró reaccionar con suficiente fuerza. Con el pasar de los días, las opciones de su candidatura presidencial se fueron debilitando. También influyó el distanciamiento que poco a poco fue surgiendo entre él y Eduardo Fernández.

Acción Democrática había lanzado la candidatura de Claudio Fermín. Sorprendentemente, su secretario general, Luis Alfaro Uceró, había apoyado sus aspiraciones presidenciales. No cabe la menor duda, que este apoyo estaba sometido a cálculos políticos de la Ortodoxia partidista. Las posibilidades electorales de Acción Democrática eran inexistentes en los primeros meses de 1993. La candidatura de Claudio Fermín, en el momento de su lanzamiento, no tenía ninguna posibilidad de impactar a los sectores populares. Su carisma y simpatía personal permitieron que su candidatura empezara a crecer; además, su habilidad para el discurso político y una inteligente estrategia electoral le permitió progresivamente ir ampliando sus posibilidades de triunfo. Por otro lado, Andrés Velásquez se convirtió en el candidato electoral de la Causa Radical, demostrando una importante fuerza popular.

El proceso electoral empezó a desarrollarse normalmente. Los sectores subversivos que todavía esperaban una acción de fuerza que desestabilizara el

sistema democrático hicieron sus últimos esfuerzos durante los meses de julio, agosto y septiembre. El 5 de julio, durante la celebración del desfile militar en el Paseo de Los Próceres, hubo un incidente entre la escolta militar del presidente Velásquez y un ciudadano. Los medios de comunicación señalaron que había sido un intento de atentado en contra del jefe del Estado. “Ya a finales del mes de junio se había producido una alerta por un supuesto intento de golpe militar seco. Un alto funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores transmitió a un funcionario de Miraflores cercano al presidente Velásquez, aproximadamente a las once de la noche y utilizando el teléfono interministerial, la información a su vez emanada de un miembro de la Corte Suprema de Justicia, según la cual esa noche se produciría un alzamiento militar. Aquella noche fue de permanente vela. Muchas otras también lo serían.²⁰³

Las tensiones disminuyen

El 7 de julio de 1993, en la Escuela de Aviación Militar, durante el acto de graduación de nuevos oficiales de las cuatro fuerzas, el presidente Velásquez convocó a un gran acuerdo nacional. En su discurso precisó varios elementos de ese acuerdo: en primer lugar, no se trataba de una nueva versión del llamado Pacto de Punto Fijo, aquel acuerdo firmado en 1958, que sirvió de base para la defensa de la democracia a la caída de la dictadura perezjimenista. En segundo lugar, el acuerdo nacional debía estar orientado a lograr una respuesta a los grandes temas de orden económico y social del país. El presidente Velásquez resaltó, en cada ocasión que tuvo, la necesidad de ese acuerdo nacional. Se deben garantizar las elecciones, pero lo fundamental es garantizar la democracia, repetía constantemente.

Tenía la seguridad de que el gobierno que nacería en las elecciones de diciembre no contaría con una mayoría electoral y parlamentaria, pues necesitaría de una plataforma política para poder respaldar su gestión. A partir del mes de septiembre, el presidente Velásquez trató de impulsar el acuerdo nacional mediante permanentes declaraciones públicas. Su reiterado planteamiento tuvo un importante efecto político. El 17 de septiembre, los representantes del Bloque de Prensa visitaron Miraflores. Eduardo Alemán, José Calvo Otero, Andrés Mata, Marcel Granier, Andrés de Armas y Nelson Merzerhane, propietarios respectivamente de **El Nacional**, **El Universal**, **El Diario de Caracas**, el Bloque de Armas y **El Globo**, (**Quitar la negrilla a los nombres de los periódicos**) se entrevistaron por más de dos horas con el presidente Velásquez. A la salida de la reunión, dieron un consistente respaldo al acuerdo nacional. Invitaron a los partidos políticos y a sus candidatos a firmarlo a la brevedad posible.

²⁰³ Edgar Otálvora, **La Paz Ramónica**, p. 140.

Ese mismo día, el senador Hilarión Cardozo, presidente de COPEI, declaró a los medios de comunicación que el gobierno nacional debía colocar en “blanco y negro” el contenido del acuerdo nacional. El doctor Oswaldo Álvarez Paz informó su decisión de firmarlo, si existía un consenso general entre los demás candidatos. Luis Alfaro Uceró, secretario general de Acción Democrática, declaró que su partido respaldaba la idea y que su candidato, Claudio Fermín, firmaría el acuerdo nacional. Todo parecía bien enrumado, pero el doctor Rafael Caldera rechazó la idea sostenida por el presidente Velásquez. Mantuvo con firmeza que un acuerdo nacional limitaría ampliamente la acción del próximo gobierno, ya que lo obligaría a cumplir un programa mínimo de gobierno. También sostuvo que no había suficiente cercanía entre los proyectos políticos y económicos de los distintos candidatos presidenciales para poder alcanzar un acuerdo nacional.

Esta posición limitó en mucho la idea del presidente Velásquez. El amplio acuerdo nacional tuvo que reducirse a un simple compromiso electoral de respeto al resultado de las elecciones. Los partidos políticos respaldaron con firmeza la posición institucional durante la crisis con el ministro de la Defensa, pero a partir de ese momento se alejaron del Palacio de Miraflores. Los meses de octubre y noviembre fueron un permanente reto a la habilidad política del presidente Velásquez. Con admirable prudencia logró guardar los equilibrios necesarios para conducir al país a las elecciones del 5 de diciembre de 1993. La cercanía de las elecciones permitió que las tensiones políticas empezaran a disminuir. El fortalecimiento de la opción electoral de Rafael Caldera debilitó las perspectivas de una posible salida militar. La amenaza que para los sectores conservadores significó por varios meses la candidatura de Andrés Velásquez fue progresivamente debilitándose.

El acto de Afirmación Democrática realizado el 23 de noviembre fue un merecido reconocimiento al esfuerzo del presidente Velásquez de conducir al país a las elecciones del 5 de diciembre. Un poco más de mil personas se reunieron en Miraflores. Isidro Morales Paúl, presidente del Consejo Nacional Electoral; Rafael Caldera y Luis Herrera Campíns, ex-presidentes de la República; Arturo Uslar Pietri y Mario Moronta, obispo de Caracas; los candidatos presidenciales; los magistrados de la Corte Suprema de Justicia; los miembros del Consejo de la Judicatura; el Gabinete Ejecutivo; el Fiscal, el Contralor, y el Procurador General de la República; el Alto Mando Militar y distinguidas personalidades nacionales le dieron al acto un particular relieve. Isidro Morales Paúl tomó la palabra. Resaltó que las elecciones de diciembre eran una muestra de la decisión de los venezolanos de seguir viviendo en libertad y democracia y pidió la máxima ecuanimidad en todos los candidatos para respetar el resultado electoral.

“El presentador oficial anunció las palabras del presidente Velásquez. Los asistentes brindaron un aplauso cerrado de treinta y cinco segundos, que fue roto por la voz del presidente: “Hombres y mujeres de Venezuela: los venezolanos tenemos una cita con la historia el próximo 5 de diciembre para demostrar nuestra conciencia como nación moderna y democrática. Nadie apoyaría un regreso a la censura, al silencio, al desafuero. La democracia debe reformarse para superar los alarmantes desajustes sociales. Las Fuerzas Armadas y la Iglesia Católica han sido, en estas décadas, factores integrados a la profundización del proceso democrático por sobre los intereses de pequeños grupos que quieren retroceder la máquina del tiempo venezolano hacia etapas históricamente abolidas”. Al final una sensación de tranquilidad llenó al país”.²⁰⁴

Desde la **cancillería**, colaboramos de manera importante con el esfuerzo que realizaba el presidente Velásquez para conducir a Venezuela a las elecciones. Se organizaron dos importantes viajes del presidente de la República: el primero, a la Cumbre de los presidentes del Grupo de los Tres con los jefes de Gobierno de la Comunidad del Caribe; el segundo, a la reunión en Chile de los jefes de Estado del Grupo de Río. Ramón J. Velásquez, **(cambiar punto por coma)** en sus dos discursos, dejó en claro que nuestro país se encaminaba seguro hacia el proceso electoral. Mi amistad con los cancilleres de Chile, del Ecuador y de Argentina, Enrique Silva Cimma, Diego Paredes y Guido Di Tella respectivamente, me permitió invitarlos a visitar Venezuela con la finalidad de hacer público el respaldo de sus respectivos gobiernos a la democracia venezolana. Sus declaraciones obtuvieron importantes espacios en los medios de comunicación tanto nacionales como extranjeros y su presencia fue de importancia continental.

Un indulto bajo engaño

El indulto del narcotraficante Larry Tovar Acuña fue el momento más amargo de la vida de Ramón J. Velásquez. Hombre público de larga trayectoria, senador por más de treinta años, ministro en varias oportunidades y político de gran influencia durante la democracia venezolana, nadie puede señalarle un solo acto contrario a la moral en su vida pública y privada. Engañado por su secretaria privada, firmó el indulto del conocido narcotraficante. Curiosamente, todos los controles administrativos que un indulto exige para proteger de un error al presidente de la República no funcionaron. El Decreto presidencial apareció en la Gaceta Oficial, sin ser refrendado por el ministro de Justicia. El detenido fue liberado sin que la juez de la causa hubiese firmado la correspondiente boleta de excarcelación.

²⁰⁴ Ídem, p. 150-151.

Estas coincidencias muestran, con absoluta claridad, la existencia de una red conspirativa que buscaba obtener la libertad de Larry Tovar Acuña. El 27 de octubre, los medios de comunicación dieron la noticia. El primer sorprendido fue el propio presidente de la República. De inmediato convocó a Miraflores al comisario Orlando Jordán Petit, director de la Policía Técnica Judicial. El presidente Velásquez le ordenó realizar una detallada investigación de los hechos, ofreciéndole el máximo apoyo del gobierno nacional. Una hora más tarde, se reunieron en el despacho presidencial Allan Brewer Carías, ministro de Estado para la Descentralización, y el doctor Ricardo Ernst Contreras, Procurador General de la República, con la finalidad de redactar un Decreto derogatorio del acto presidencial que concedía el indulto. En la tarde, el presidente Velásquez se reunió con el ministro de la Secretaría, doctor Ramón Espinoza y con el Consultor Jurídico de la Presidencia de la República, Manuel Peña López, para determinar las responsabilidades de los altos funcionarios del palacio de Miraflores.

Las primeras investigaciones señalaron que la responsable de haber presentado el indulto al presidente Velásquez había sido su secretaria privada. Había colocado el indulto para la firma del presidente Velásquez en medio de numerosos documentos rutinarios. En la tarde, la funcionaria fue llamada al despacho del presidente de la República. El propio presidente Velásquez la interrogó. No era fácil explicar las razones por las cuales había presentado el indulto para la firma del presidente de la República sin hacer pasar la solicitud por los canales regulares. Después de esta conversación, el presidente Velásquez tomó la decisión de destituir la

El presidente Velásquez, ante los delicados hechos ocurridos, tomó una drástica decisión: decirle la verdad a los venezolanos. Algunos amigos y consejeros del presidente Velásquez le recomendaron que no lo hiciera. Políticamente era inconveniente. Surgirían, de inmediato, ataques en contra del gobierno y de su propia persona. Valientemente, el presidente Velásquez mantuvo su decisión. Como era de esperarse los medios de comunicación iniciaron una fuerte campaña en contra del gobierno nacional. Al día siguiente, grandes titulares escandalizaron a la opinión pública. Los cables internacionales difundieron la noticia. Durante la investigación, el gobierno nacional colaboró consistentemente con la juez de la causa para clarificar los hechos.

“Al asumir la Presidencia, Ramón J. Velásquez trató de ser descarnadamente honesto, resistiéndose a actuar como mistagogo, un revelador de los secretos divinos. Gesto inútil en aquel momento. Nadie quería palabras llanas y sinceras; todo el mundo quería un milagro. Ese era el terreno abonado para las otras culpas del presidente Velásquez... En tales condiciones la prensa no necesita planificar nada para desatarse, mostrar sus

peores aspectos; le basta con saber o intuir que está halagando un sentimiento popular, poco importa si es innoble o injusto...Pero en verdad, no caeremos en la ridiculez de ponernos a profetizar que el juicio de la historia será favorable a Ramón J. Velásquez, entre otras cosas, porque no creemos en eso de la historia-tribunal. Tan sólo queríamos señalar que entonces se buscaba condenarlo, mucho menos por el error cometido al firmar un indulto inaceptable que por su verdadera culpa, causa probable de ser la más grave de todas, pero que no puede negar, porque debe ser su mayor orgullo. La culpa de haberse dado cuenta que no podía hacer milagros, y haberlo dicho, y, además, el pecado de que en sus manos no se perdiera la República.”²⁰⁵

La crisis bancaria

Desde el mismo inicio del gobierno del presidente Velásquez se realizaron importantes reuniones en el Gabinete Económico con la finalidad de analizar la situación de la banca nacional. Los expertos del Ministerio de Hacienda consideraban imprescindible producir una profunda reforma a la Ley de Bancos, con la finalidad de adaptarla a las nuevas circunstancias económicas que vivía Venezuela. Este convencimiento condujo a que la mencionada reforma se incluyera como uno de los proyectos de la Ley Habilitante. Entre los aspectos más importantes de la nueva Ley estaban los siguientes: unificar las normas bancarias con las del Fondo de Garantía de Depósitos y Protección Bancaria; facilitar la inversión extranjera en el sector financiero; hacer más estrictas las normas para la creación de nuevas instituciones bancarias, especialmente en cuanto a los capitales necesarios; dar autonomía, capacidad de acción y recursos para el funcionamiento de la Superintendencia de Bancos.

El 17 de junio de 1993, el presidente Velásquez realizó una primera reunión con los dueños de los principales bancos e instituciones financieras con la finalidad de informarles el interés que tenía el gobierno nacional de reformar la Ley de Bancos. En general, estuvieron de acuerdo con esa decisión. El 15 de julio, en Consejo de Ministros, el presidente Velásquez encomendó al doctor Hernán Anzola, ministro de Cordiplán, la responsabilidad de constituir los equipos técnicos necesarios para iniciar los trabajos relacionados con la reforma de la Ley de Bancos y de otras instituciones Financieras y del Sistema Nacional de Ahorro y Préstamo. A partir de la aprobación de la Ley Habilitante, el 23 de agosto, el tema comenzó a debatirse rutinariamente en el Consejo de Ministros. Las discusiones en el gabinete fueron polémicas. **(Eliminar pues y utilizar punto y seguido)** No había un total consenso sobre algunos puntos cruciales de la reforma.

²⁰⁵ Manuel Caballero. **La gestión de Hugo Chávez**, pp. 126,127.

La discusión en uno de esos Consejos de Ministros fue reseñada detalladamente por la prensa nacional, arremetiendo los ataques de **varios medios de comunicación** en contra del gobierno del presidente Velásquez. En algunos artículos de opinión se empezó a insinuar que en el gobierno nacional existían intereses que buscaban, a través de **ciertas** medidas, erosionar la credibilidad de las instituciones bancarias, señalándose a los ministros del Interior y de la Secretaría de la Presidencia como responsables. Ciertamente, que los temas en discusión eran muy delicados. Las decisiones que iba a tomar el gobierno nacional influirían en el fortalecimiento o desaparición de determinados grupos económicos. La nueva Ley de Bancos y Otras Instituciones Financieras fue aprobada en Consejo de Ministros el 28 de octubre de 1993. En dicha Ley se fortalecía de manera muy importante las atribuciones del Superintendente de Bancos que a partir de ese momento obtendría una marcada independencia del Ejecutivo Nacional.

La situación de la banca venezolana fue progresivamente debilitándose en su solvencia. La devaluación de 1983 impulsó al sector financiero a ser mucho más audaz en sus inversiones para compensar las pérdidas que esa devaluación les produjo, violando las funciones normales de intermediación y alejándose de la ortodoxia que debe preservar la banca comercial. Rumores de distintos órdenes empezaron a circular sobre manejos irregulares de algunas directivas de los principales bancos nacionales. Uno de los bancos que más críticas recibía en las conversaciones diarias de los expertos en el tema era el Banco Latino. Inexplicablemente ofrecía intereses sorprendentemente altos. Preocupado, el presidente Velásquez conversó en varias oportunidades durante los meses de noviembre y diciembre con el doctor Roger Urbina, Superintendente de Bancos. En todas esas conversaciones, el alto funcionario mantuvo que en los resultados de las numerosas inspecciones realizadas al Banco Latino no existían evidencias de una concentración de créditos a manos de sus accionistas. La situación de la banca venezolana fue progresivamente demostrando la falta de solidez como consecuencia de la inestabilidad política vivida en el país después de los dos intentos de golpes de Estado.

“Carlos Rafael Silva y yo hicimos un folleto muy categórico al respecto. Ruth Krivoy, presidente del Banco Central, me informó en diciembre de 1992 de las dificultades que presentaba el Banco Latino. Convoqué a un conjunto de personalidades conocedoras del tema para que la escucharan. Recuerdo entre ellos a los doctores Gustavo Roosen y Hernán Anzola. Posteriormente, convoqué al Consejo Bancario Nacional presidido en ese momento por el doctor José Bouza Izquierdo y constituido entre otros por Julio Sosa, José Álvarez Stelling y Edgar Dao con la finalidad de informarle de la situación. Por principio, yo respeté plenamente la autonomía del Banco Central.”²⁰⁶ El

²⁰⁶Ramón J Velásquez, entrevista.

incremento de estos rumores, en el mes de diciembre, obligó a la Superintendencia de Bancos a imponer al Banco Latino un plan de ajuste preventivo, el cual exigía el aporte de nuevo capital por sus accionistas. Los rumores sobre la delicada situación que presentaba el Banco Latino empezaron a circular el martes 4 de enero de 1994.

El doctor José Giacomini Zárraga, gran amigo personal del presidente Velásquez, le solicitó a nombre de Giacomo León, recién nombrado presidente del Banco Latino, una audiencia para la Junta Directiva de dicho banco. Deseaban informar al presidente Velásquez sobre las medidas que pensaban tomar para enfrentar la crisis, pero tenían gran interés que la entrevista fuera pública, de manera tal de que pudiera ser interpretada como un firme respaldo del gobierno nacional a la estabilidad del banco. El día 5 de enero fueron recibidos en Miraflores los miembros de la directiva del Banco Latino: Giacomo León, Antonio Ugueto, Edwin Acosta Rubio, Pedro Gilly Calzadilla y José Giacomini Zárraga. Le ofrecieron al presidente Velásquez incrementar los aportes de capital en 2.000 millones de bolívares y le solicitaron algunas acciones de parte del gobierno nacional para hacer frente a la campaña de descrédito contra el banco.

El presidente de la República no es una autoridad financiera y mucho menos una instancia controladora bancaria, pero el presidente Velásquez entendió desde el principio el papel de estimulador de una solución. Tuvo siempre claro que la crisis de una institución de las dimensiones del Banco Latino, acarrearía una crisis económica de consecuencias impredecibles. En el caso del Banco Latino, la solución era posible si los dueños del grupo financiero hacían frente a la falta de liquidez con un incremento del capital, una inyección de recursos líquidos en cuentas del banco y finalmente si se realizaba, como siempre lo ha afirmado Ramón J. Velásquez, el ofrecimiento hecho por los banqueros Gustavo Gómez López y Gustavo Cisneros de realizar una inminente operación de venta de parte del paquete accionario a un importante banco norteamericano, llegándose a mencionar la posibilidad de que esa adquisición pudiera realizarla el Banco Morgan.

A partir de esa fecha, en el palacio presidencial se realizaron numerosas reuniones de orden político y técnico. Todos los asistentes coincidieron en la necesidad de hacer el mayor esfuerzo posible para salvar el Banco Latino. Nadie dudaba de las graves implicaciones sociales, políticas y económicas que tendría la quiebra de un banco de esa magnitud. En la mañana del 13 de enero, la doctora Ruth Krivoy informó telefónicamente al presidente Velásquez que el Banco Latino se encontraba fuera de la Cámara de Compensación. Su falta de liquidez había llegado a niveles inaceptables. En el Consejo de Ministros de ese día, después de una detallada información de los ministros del área económica de la situación, se decidió la entrega al

Banco Latino de bonos del Estado en poder del Centro Simón Bolívar, con los cuales podía hacer frente a la Cámara de Compensación del día anterior. El doctor César Rodríguez, gobernador de Caracas y presidente del Centro Simón Bolívar, salió del Consejo de Ministros, cerca de las ocho de mañana, con la intención de buscar los bonos y entregarlos en la sede del Banco Central.

De manera inexplicable no se presentó a las oficinas de la doctora Krivoy sino después de las 5:00 p.m., cuando ya el Banco Central había tomado la decisión de sacar al Banco Latino de la Cámara de Compensación y cerrar sus oficinas. “La decisión del Banco Central me fue comunicada por Hernán Anzola. De inmediato convoqué a una reunión a los ministros de Hacienda, Secretaría, Defensa, Cordiplán y al gobernador de Caracas. Desde las primeras noticias de las dificultades del Banco Latino hice esfuerzos para convencer a los propietarios de otros bancos, que buscaran una solución que permitiera salvar el Banco Latino, ya que el Estado venezolano no contaba en ese momento con recursos suficientes para inyectarle los fondos requeridos. Al principio parecía que todo iba bien, pero al irse profundizando en las cuentas pasivas del Banco Latino su déficit comenzó a crecer de una manera impresionante. Además la cartera de créditos era dudosa. Esta lamentable realidad hizo que los otros banqueros consideraran que ya no tenía sentido comprometer nuevos recursos en un banco que realmente estaba quebrado.”

207

En los consiguientes Consejos de Ministros que fueron convocados para discutir tan delicada situación, siempre sostuve que era necesario respaldar económicamente al Banco Latino con la finalidad de proteger la estabilidad económica del país y salvar el esfuerzo de millones de venezolanos que veían perder sus ahorros por la falta de ética de algunos banqueros venezolanos. El presidente Velásquez y la mayoría de los ministros mantuvimos en nuestras intervenciones, de manera muy firme, la necesidad de tomar medidas de orden judicial en contra de los responsables de las irregularidades que habían conducido a la quiebra del Banco Latino. Esta última crisis del gobierno del presidente Velásquez, tendría sus consecuencias en la estabilidad económica de Venezuela y comprometería las posibilidades de éxito del gobierno que se iniciaba en febrero de 1994.

207 Ramón J Velásquez, entrevista.

Diciembre, es tiempo de elecciones

Triunfa el chiripero

La cercanía de las elecciones fue permitiendo superar progresivamente la crisis política. En el mes de julio de 1993, los distintos partidos ya habían definido a sus diferentes candidatos presidenciales: Acción Democrática a Claudio Fermín, Convergencia a Rafael Caldera, COPEI a Oswaldo Álvarez Paz y La Causa Radical a Andrés Velásquez. El gobierno nacional y el Consejo Supremo Electoral, presidido por un venezolano de excepción, el doctor Isidro Morales Paúl, hicieron consistentes esfuerzos para garantizarle a todos los partidos políticos las más absolutas condiciones de equidad y transparencia. Esta actitud de prudente imparcialidad permitió superar los naturales problemas surgidos el día de las elecciones para reconocer por los candidatos perdedores el resultado de la votación.

Dos circunstancias muy curiosas van a caracterizar al proceso electoral de diciembre de 1993: la marcada debilidad de los partidos políticos y la candidatura del ex presidente Rafael Caldera. El cuestionamiento de los partidos políticos comenzó después del estallido popular de 1989 y se fortaleció durante el enjuiciamiento de Carlos Andrés Pérez. Inicialmente este rechazo se redujo a los partidos Acción Democrática y COPEI, responsables de los distintos gobiernos desde 1958, pero progresivamente se fue ampliando de manera general a todos los partidos políticos y de manera sorprendente a la propia política. La candidatura de Rafael Caldera produjo una división de tanta importancia en el social cristianismo que el partido COPEI, que en abril de ese año se veía seguro triunfador en las próximas elecciones, se fue progresivamente debilitando hasta perder toda posibilidad de alcanzar el poder.

“La primera consecuencia del desprestigio partidista fue la derrota de Acción Democrática en esas elecciones. Sin embargo, no deja de llamar la atención que lo que todo el mundo presentía como la liquidación del “partido del pueblo” se transformó en una honrosa derrota, con el candidato Claudio Fermín en segundo lugar en la contienda electoral, y el mantenimiento del primer grupo parlamentario. La situación de COPEI fue algo diferente, si bien tampoco asumió la derrota las características de debacle que todo el mundo vaticinaba. COPEI fue a las elecciones golpeado por una doble hemiplejía. Por una parte, no sólo debía enfrentarse a su líder fundador Rafael Caldera, sino que además lo hacía con un candidato sorpresivo, pues había triunfado en unas primarias que el aparato partidista creía ganada ampliamente por Eduardo Fernández. Sin embargo, su abanderado llegó en un honroso tercer lugar y el partido conservó una no enteramente desdeñable fracción parlamentaria. En el resto del panorama político, lo más espectacular fue el

avance de La Causa Radical, cuyo candidato también le llegó muy cerca a sus contendores y obtuvo una poderosa fracción parlamentaria. El calderismo (Convergencia) y el Movimiento al Socialismo se repartieron los restos. 208

La abstención fue la gran ganadora. Más de 50 % de los venezolanos no asistieron a las urnas electorales. Este factor no surgió como consecuencia de una falta de interés en el proceso electoral, sino como una forma militante de manifestar su rechazo al sistema político. Ciertamente, desde el viernes negro de 1983, el sistema democrático venezolano había entrado en una profunda crisis. Las expectativas de mejoramiento social que habían caracterizado a la sociedad venezolana desde la aparición del petróleo se vieron comprometidas por una permanente crisis originada por la baja en el ingreso petrolero, el aumento de la población y la incapacidad sorprendente de los venezolanos para crear una economía realmente productiva. Curiosamente, el sentimiento democrático del venezolano no desapareció. Las críticas de los venezolanos no iban dirigidas a la esencia del régimen de libertades, sino a los partidos políticos, a su dirigencia y a los sectores pudientes de la sociedad.

La falta de capacidad para resolver los problemas nacionales, la tendencia a la corrupción y la insensibilidad social fueron realmente las causas del rechazo a los partidos políticos. La profunda decepción sufrida por los venezolanos fue aprovechada por algunos medios de comunicación social y por fuertes sectores de la derecha económica que aspiraban controlar el poder político, para estructurar una campaña que buscaba destruir de manera definitiva las reservas morales existentes en la democracia venezolana. No hicieron diferencias entre algunos líderes políticos y empresarios corruptos con aquellos que habían mantenido durante los treinta años de vigencia del régimen democrático una actitud de indiscutible honestidad. Esta campaña fue progresivamente comprometiendo el destino de la democracia venezolana. De todas maneras, los venezolanos dieron un tiempo para la rectificación. Esa fue la razón del triunfo de Rafael Caldera. Los venezolanos vieron en su liderazgo la posibilidad de reeditar los años positivos de la democracia venezolana.

A las ocho de noche, los canales de televisión empezaron a difundir los resultados electorales. Estos eran bastante reñidos. Esta circunstancia incrementó la angustia ciudadana. Los escrutinios empezaron a favorecer a Rafael Caldera. La certeza de su triunfo se fue haciendo realidad, pero rumores de todo tipo continuaron circulando en el país. Varios amigos, entre ellos Oscar Gámez Arévalo, cercanos al comando de campaña del doctor Caldera, me llamaron por teléfono a la Cancillería para pedirme que el gobierno nacional diera una declaración a objeto de definir la situación.

Estaban convencidos (**Quitar la coma**) que una declaración mía tendría un importante efecto en las Fuerzas Armadas. Llamé telefónicamente al doctor Morales Paúl, quien me confirmó el indiscutible triunfo de Rafael Caldera: “General, ya no existen posibilidades de revertir la tendencia. El ganador es el doctor Caldera”.

Llamé al presidente Velásquez para pedirle hiciera una declaración a nombre del gobierno nacional. Me dijo que todavía no era el momento conveniente para que él hiciera una manifestación pública. Consideré prudente que miembros del gobierno reconocieran el triunfo del doctor Caldera, dando a los medios de comunicación declaraciones lo más comedidas posibles. Sus instrucciones me convencieron de la importancia de dar una declaración pública definiendo en lo posible la situación electoral. Me trasladé al comando de campaña del doctor Caldera. Como era de esperarse, mi llegada causó un impacto muy importante en los medios de comunicación y en los militantes del partido Convergencia que rodeaban el edificio.

Opiné ante los medios diciendo que “El triunfo del doctor Rafael Caldera es una realidad. Las tendencias electorales así lo muestran. El gobierno nacional reconoce la legitimidad del resultado electoral que acaba de hacer público el Consejo Nacional Electoral”. Los periodistas de inmediato me preguntaron sobre el rumor existente de una posible intervención de las Fuerzas Armadas. “Estoy seguro de la lealtad de las Fuerzas Armadas a la democracia venezolana. El resultado electoral será reconocido plenamente por todos los venezolanos y por las Fuerzas Armadas. Les hago un llamado a los candidatos presidenciales a hacer oír su voz en este trascendente momento de nuestra historia”.

Entré a la oficina del doctor Caldera. Estaba acompañado de su esposa, doña Alicia Pietri de Caldera, de sus hijos, familiares y algunos amigos de su máxima confianza. Conversamos más de media hora sobre la situación existente. Agradeció mi declaración. Lo vi sereno, convencido no sólo de su triunfo sino del respaldo nacional que tendrían los resultados difundidos por el Consejo Nacional Electoral. Esa misma noche los candidatos Claudio Fermín y Oswaldo Álvarez Paz reconocieron el triunfo del doctor Caldera, deseándole éxito en su gestión. Al día siguiente, también lo hizo Andrés Velásquez. Todos dieron muestras de una gran vocación democrática y de una indiscutible responsabilidad ciudadana. Venezuela había superado una de las más delicadas crisis políticas de su historia.

Toda transición es difícil

La transición del gobierno del presidente Velásquez al de Rafael Caldera fue muy compleja. Las dificultades que surgieron demostraron que la alianza que había respaldado al presidente Caldera, constituida por parte de su anterior partido y pequeños grupos políticos de izquierda, en donde resaltaba el Movimiento al Socialismo, no era fácil transformarla en una eficiente maquinaria administrativa. El Gabinete fue constituido por amigos del presidente Caldera. Uno de los ministerios que tuvo más dificultades para la transición fue el Ministerio de Hacienda, ya que tenía que enfrentar la crisis económica que había generado la quiebra del Banco Latino. La decisión de designar al doctor Julio Sosa, banquero de experiencia y amigo cercano al presidente Caldera, fue acertada y conveniente. Su prestigio personal de hombre honorable y sus grandes vinculaciones con el medio financiero facilitaron su difícil gestión.

“En la noche del 20 de enero decidí dirigirme al país para informarle lo que ocurría en el sistema bancario. Me acompañaron en esa alocución Julio Sosa Rodríguez, las autoridades del Banco Central y los representantes de Acción Democrática, COPEI, Movimiento al Socialismo y Convergencia. Allí anuncié un conjunto de medidas de apoyo financiero al Banco Latino para apresurar su apertura. Insistí mucho en negar con firmeza la intervención de otros bancos. Designé la Junta Interventora del Banco Latino y a un Consejo de Asesores bancarios formados por los dueños de los principales bancos del país. Fue una situación muy difícil. Lamentablemente había habido mucha irresponsabilidad y ligereza en el manejo del Banco Latino. Su crisis era de tal magnitud que fue imposible salvarlo”.²⁰⁹ Durante la crisis del Banco Latino, el doctor Sosa fue informado detalladamente de todas las medidas que se tomaron. Ninguna de ellas se ejecutó sin la previa autorización del presidente Caldera.

La transición en el Ministerio de Relaciones Exteriores fue relativamente sencilla. La existencia de una organizada y competente burocracia de carrera facilitó dicha acción. De todas maneras, hubo un pequeño incidente. Una de las medidas, que yo había establecido con mayor rigidez, era la obligación de los traslados al servicio interno con la finalidad de evitar la permanencia demasiado tiempo de algunos funcionarios en una determinada misión diplomática. Cada seis años había la obligación de regresar a Venezuela. A mediados del mes de diciembre recibí una llamada telefónica del presidente Caldera. El objetivo de su llamada era pedirme que no continuara firmando resoluciones de traslado. Me di cuenta de que algún intrigante había distorsionado una acción absolutamente rutinaria del Servicio Exterior.

209 Ramón J Velásquez, entrevista.

Le respondí que no tenía problema en hacerlo, pero que me gustaría hablar con él en privado. Me invitó que fuera a su casa al día siguiente. Así lo hice. A las 11:30 a.m., llegué a Tinajero. Le expliqué detalladamente el plan de traslado y las razones por las cuales debían tomarse esas decisiones en el mes de diciembre. Aceptó mi explicación, pero mantuvo su decisión de suspender los traslados de personal. En un momento de la conversación me dijo: “General, usted ha tenido una destacada actuación durante toda la crisis que ha vivido Venezuela. Su papá fue embajador en España. Yo desearía que usted me representara ante el rey Juan Carlos”. En verdad, no esperaba la propuesta. Reflexioné unos minutos para responderle: “Presidente, déjeme pensarlo y le informaré dentro de unos días”. Nos despedimos cordialmente.

A la siguiente semana, volví a hablar con el presidente Caldera. Le dije: **(Eliminar la separación)** “Presidente, no puedo aceptar la Embajada en España, debido a que algunos partidos me han ofrecido proponerme como presidente del Consejo Nacional Electoral. En caso de que ese ofrecimiento no se haga realidad, aceptaré con gusto un cargo en el Servicio Exterior”. **(Eliminar separación)** “Ochoa, me parece importante que usted sea designado para esas funciones. Cuento con el apoyo de mi gobierno”. En la tarde del 23 de enero de 1994, entregué la Cancillería. El canciller Burelli había ordenado organizar un acto protocolar en la Casa Amarilla. En verdad, su discurso fue más que elogioso. Al finalizar el acto hubo un brindis. Numerosos miembros del Servicio Exterior y del personal administrativo nos dieron muestras a mi familia y a mí de un particular afecto.

En el mes de febrero me di cuenta de que el ofrecimiento de los partidos políticos no terminaba de concretarse. Ante esta realidad tomé la decisión de hablar con el doctor Burelli para pedirle le informara al presidente Caldera mi decisión de aceptar una embajada. A los dos días, el canciller Burelli me llamó por teléfono y me invitó a visitarlo en su despacho, donde me informó que el presidente Caldera, me ofrecía las Embajadas de Argentina o México. Acepté representar a Venezuela en México. El doctor Burelli y yo habíamos fortalecido una cordial amistad, durante los meses de consistentes esfuerzos que realizó la Cancillería para obtener el apoyo de los gobiernos de América Latina a la aspiración de Venezuela de lograr la elección del doctor Burelli como Secretario General de la Organización de Estados Americanos.

Crisis militar

“Aquella mañana del sábado 29 de enero de 1994, Ramón J. Velásquez permanecía en el despacho privado del presidente de la República. Leía el periódico con una tranquilidad que no conocía desde hacía ocho meses. Tenía razones para estar satisfecho. El Parlamento se había instalado. Él había presentado su Informe al Congreso. Las presiones para eliminar el Impuesto

al Valor Agregado a nivel de minoristas habían desaparecido. La crisis del Banco Latino había sido inevitable a pesar de los esfuerzos políticos del presidente de la República. Faltaban sólo 4 días para la entrega del gobierno... A media mañana sonó el interministerial. Era el presidente Caldera. Deseaba informarle a Ramón J. Velásquez que acababa de reunirse con el Alto Mando Militar para anunciarle que procedería a reemplazarlo en su totalidad...Igualmente le anunció su decisión de designar al general Rafael Montero Revette como ministro de la Defensa” 210

A los pocos minutos sonó, de nuevo, el interministerial. Era el ministro Muñoz. Le solicitaba, a nombre del Alto Mando Militar, una entrevista en Miraflores. Los medios de comunicación hicieron pública la decisión del presidente Caldera. También informaron que el Alto Mando Militar se dirigía hacia el palacio presidencial. El almirante Muñoz y los miembros del Alto Mando Militar se entrevistaron con el presidente Velásquez. La conversación duró más de hora y media. Al despedirlos a las puertas de Miraflores, el presidente Velásquez informó a los medios de comunicación que ante la decisión del presidente Caldera el Alto Mando Militar había decidido solicitar, de manera inmediata, su reemplazo de los respectivos cargos que desempeñaban y pasar al retiro. El presidente Velásquez regresó a su despacho.

“Esa fue una decisión muy personal del doctor Caldera. Él, como presidente de la República, tenía plenitud de atribuciones para hacerlo. Al concluir la reunión con el presidente Caldera, el ministro Muñoz y el Alto Mando Militar me visitaron en Miraflores con la finalidad de solicitarme su reemplazo del cargo antes de mi entrega de la Presidencia de la República. Fue una reunión muy dolorosa. En el Alto Mando Militar había oficiales generales y almirantes muy respetables. Yo llamé al presidente Caldera y le informé lo que ocurría. Él me sugirió los nombres de los oficiales generales y almirantes que lo acompañarían al inicio de su gestión presidencial. Los convoqué al despacho presidencial y los juramenté. Ese día convoque a Miraflores a representantes de Acción Democrática y COPEI. Asistieron los doctores Octavio Lepage, Pedro Pablo Aguilar e Hilarión Cardozo y el señor Luis Alfaro Uceró. Les expliqué la situación.” 211

El almirante Muñoz, sin autorización del presidente Velásquez, se dirigió a la Sala de Prensa del palacio de Miraflores. Allí, molesto como se encontraba, ofreció unas polémicas declaraciones que tuvieron un fuerte impacto en la opinión pública: criticó con gran fuerza la decisión del presidente Caldera de reemplazar el Alto Mando Militar; resaltó la debilidad que tendría el próximo gobierno como consecuencia del pequeño porcentaje

210 Edgar Otálvora, *ob. ci.*, pp. 55-56.

211 Ramón J Velásquez, entrevista.

de votos con que había ganado las elecciones; mostró gran preocupación por el destino de la democracia venezolana y por el futuro del país. De inmediato, se dirigió al Ministerio de la Defensa para convocar el día lunes una reunión de generales y almirantes en el teatro del Ministerio de la Defensa. Sin lugar a dudas, estaba decidido a provocar una crisis militar de consecuencias impredecibles si lograba el apoyo necesario en los cuadros de las Fuerzas Armadas.

“Al tener el Ministerio de la Secretaría la grabación de las declaraciones del almirante Muñoz fue informado el presidente Velásquez sobre la situación. En la calle se comenzó a hablar de una inminente acción de desconocimiento por parte del ministro de la Defensa de la decisión del presidente electo. Por otra parte se conoció que se estaban produciendo llamadas telefónicas entre los generales y almirantes para precisar el respaldo a los cambios del Alto Mando Militar. A media tarde, la crisis estaba en pleno vuelo. El presidente Velásquez, con sus colaboradores más cercanos, evaluó las designaciones hechas, el significado del retiro del Alto Mando Militar antes del tiempo reglamentario y las posibles consecuencias en las líneas de mando a niveles operativos. Se argumentaba que cualquier acción o reacción militar no podía entenderse como dirigida contra Ramón J. Velásquez, en tanto que la crisis no había sido provocada por su gobierno”. 212

Un número importante de generales y almirantes llamaron telefónicamente al general Montero Revette, nuevo ministro de la Defensa, apenas fueron convocados a la reunión por el almirante Muñoz. El general Montero percibió de inmediato la gravedad de la situación. Su decisión fue ordenar la no asistencia a la reunión convocada y se trasladó al Ministerio de la Defensa, el mismo sábado en la tarde, con la finalidad de conversar con el ministro Muñoz sobre la convocatoria a la reunión. Lo encontró sumamente molesto. Al plantearle el tema de la reunión de los generales y almirantes, como era de esperarse, surgió una fuerte discusión. El general Montero, con serenidad pero con carácter, le hizo ver lo inaceptable de esa convocatoria.

El almirante Muñoz le respondió que la reunión sólo tenía por finalidad despedirse de sus compañeros de armas. El general Montero le dijo que aceptaba su explicación, que estaba convencido de su lealtad institucional, pero que él tenía que entender el impacto negativo que esa reunión tendría en la opinión pública. El ministro Muñoz insistió sosteniendo que él era todavía el ministro de la Defensa. El general Montero entendió que no había manera de convencerlo. Ante esta realidad se retiró del despacho del ministro de la Defensa. Convencido como lo estaba de la inconveniencia de la reunión, decidió llamar telefónicamente a los Inspectores Generales de las distintas

212 Otálvora, *op. cit.*, pp. 57, 58.

Fuerzas para ordenarles que informaran a los generales y almirantes que él no autorizaba la reunión. El lunes, la soledad en el teatro del Ministerio de la Defensa le hizo comprender al almirante Muñoz su definitivo fracaso.

Enfrentamiento en el Gabinete

Me encontraba al mediodía de ese sábado en el matrimonio de una hermana de José Antonio Rodríguez, cuando los medios de comunicación empezaron a transmitir la noticia de la destitución del ministro Muñoz y del Alto Mando Militar. Me impactó la noticia. En el matrimonio se encontraba presente el doctor Andrés Caldera Pietri, hijo del presidente electo. Como es natural surgió el tema. Consideré que la decisión era acertada, ya que reconstituía la autoridad del presidente de la República sobre las Fuerzas Armadas. Además, la designación de los ministros y del Alto Mando Militar era una atribución constitucional del presidente de la República. La podía ejercer con plena libertad. Lamenté la destitución del Alto Mando Militar **en pleno**. Estaba constituido por oficiales muy meritorios. Andrés Caldera me informó detalles de la crisis: las declaraciones del ministro Muñoz en el palacio de Miraflores, los ataques al presidente Caldera y el rumor existente sobre la convocatoria de una reunión de generales y almirantes.

En medio de la conversación, me preguntó si no me importaba declarar a los medios de comunicación la misma posición que había sostenido durante la conversación. Le respondí que con gusto atendería a los periodistas. A los pocos minutos se presentaron representantes de los distintos medios, a quienes les ofrecí una corta declaración: “El presidente Caldera tiene la atribución constitucional de designar al ministro de la Defensa y al Alto Mando Militar. El general Rafael Montero Revette es un excelente oficial. El almirante Muñoz debe ser más prudente. Mientras sea un oficial activo de las Fuerzas Armadas no debe dar declaraciones de orden político. Estoy totalmente seguro de que las Fuerzas Armadas acatarán disciplinadamente las decisiones del nuevo presidente de la República”.

Al llegar a mi casa, mi esposa me comentó que cada cinco minutos los medios de comunicación repetían mis declaraciones. Prudentemente le dije: “Si **me (eliminar)** llama el almirante Muñoz, le dices que no estoy”. A los pocos minutos sonó el interministerial. Era el ministro de la Defensa. Mi señora le informó que yo no me encontraba. Pensé que la situación estaba superada. A las cinco de la tarde sonó de nuevo el interministerial. Atendió mi señora. Era una llamada del Ministerio de la Secretaría para informarme que el presidente Velásquez había convocado a un último Consejo de Ministros para el día siguiente. El día domingo a las 9:00 a.m. me dirigí al palacio de Miraflores. Al llegar al salón del Consejo de Ministros noté una marcada

frialdad para conmigo de mis compañeros de Gabinete. La mayoría rodeaba al almirante Muñoz, dándole claras muestras de solidaridad.

Me ubiqué en una de las esquinas de la antesala del Consejo de Ministros. Por suerte llegaron los ministros Silva y Pulido. Los dos me acompañaron hasta que nos invitaron a entrar al salón de reuniones. El presidente Velásquez nos informó las razones de la reunión. Explicó lo que había ocurrido. Minutos más tarde le cedió la palabra al almirante Muñoz. En ella hizo un resumen de sus esfuerzos para conducir el país a las elecciones, explicó las razones de sus polémicas posiciones y agradeció al presidente Velásquez su respaldo en los momentos más complejos de su gestión. Se veía particularmente emocionado. Al terminar su discurso recibió un nutrido aplauso. El presidente Velásquez le agradeció sus esfuerzos durante su permanencia como ministro de la Defensa. Nos invitó a asistir al acto protocolar de entrega del gobierno y dio por concluido el último Consejo de Ministros. Había cumplido cabalmente sus obligaciones presidenciales.

Mirar desde lejos

Un régimen conservador

Una importante contradicción se observó de inmediato en el gobierno del presidente Caldera. Su ideología socialcristiana lo conducía a orientar una política de profundo sentido humanista, dentro de la visión social de la Iglesia Católica. La delicada crisis económica que vivía el país lo obligaba a tomar drásticas medidas de ajuste económico. Esta política era rechazada por la mayoría del pueblo venezolano, que aspiraba regresar a los tiempos felices de nuestra sociedad, en donde el ingreso petrolero era suficiente para realizar sin mayores esfuerzos profundas transformaciones sociales. La elite económica y parte de la clase media aspiraban a un gran cambio político, económico y social: estaban convencidos de que se requería modernizar la sociedad venezolana dentro de una concepción neoliberal, que permitiera crear una economía competitiva que se insertara en el mundo globalizado. No era fácil decidir el camino a tomar. Apenas se inició el gobierno comenzó la polémica. El sector neoliberal criticó, con severidad, las medidas implementadas por el gobierno del presidente Caldera, que se basaban fundamentalmente en la consigna de no negociar con el Fondo Monetario Internacional.

“Rafael Caldera era prisionero de su propia historia, y más que de sus promesas electorales, de las expectativas que su elección había generado. Él era uno de los padres de la criatura, uno de los fundadores de una República cuya particular forma de Estado de bienestar había acostumbrado a la gente a que buen gobierno significaba gobierno magnánimo, gobierno distribuidor de la riqueza generada por el petróleo. Y que mal gobierno era todo aquel que ofreciese los famosos “sangre, sudor y lágrimas” de Churchill, así fuesen absolutamente necesarios para salvar al país de un desastre. Durante los dos primeros años de su gobierno, Caldera conservó el viejo esquema populista, con cambios y precios controlados, con los ruinosos subsidios al consumo y, sobre todo, resistiéndose por su carácter simbólico a aumentar el precio de la gasolina. Durante esos dos años, consecuentemente, la popularidad de Caldera se mantuvo bastante alta. Pero la situación era inaguantable, y la terrible lucha que se libraba en su corazón y cerebro se traslucía en la frecuencia con que en sus discursos se le quebraba la voz”. 213

El primer gran problema que tuvo que enfrentar el nuevo gobierno fue la crisis financiera consecuencia de la quiebra del Banco Latino, que condujo primero al auxilio y luego a la intervención en junio de 1994 de un importante número de bancos: Amazonas, Bancor, Barinas, Construcción, La Guaira, Maracaibo, Metropolitano, y la sociedad financiera Fiveca. El 9 de agosto y el 11 de septiembre fueron estatificados el Banco de Venezuela, y el Banco Consolidado. Un tercio de la Banca Comercial había sido afectada, trece bancos, representantes del 37% de los depósitos totales del sistema, había desaparecido mientras los bancos percibidos como los más sólidos experimentaron un crecimiento de grandes proporciones. La aprobación de la Ley de Emergencia Financiera, a

213 Manuel Caballero. *op. cit.*, p. 137.

mediados del mes de marzo de 1994, que establecía la facultad del Estado de aportar recursos a FOGADE, era una clara muestra de que las cosas no andaban bien. La prolongada incubación del proceso de insolvencia hizo que el sistema bancario venezolano acumulara pérdidas cuantiosas, que con la emergencia de la crisis se traducirían en costos económicos y sociales muy elevados.

La magnitud de los referidos costos imposibilitó que su financiamiento fuera sufragado con recursos ordinarios de la Tesorería Nacional, por lo que fue necesaria la participación del Banco Central de Venezuela, circunstancia que condujo a la creación de un cuantioso déficit cuasifiscal, imposible de financiar por medios ordinarios. El impacto psicológico de la crisis bancaria comprometió gravemente la confianza en Venezuela. Entre diciembre de 1993 y marzo de 1994 las reservas internacionales cayeron en 2.060 millones de dólares. El Banco Central no tomó ninguna acción inmediata, convencido de que el sistema de pequeños ajustes automáticos del cambio (crawling peg), establecido desde el gobierno de Carlos Andrés Pérez, permitiría un ajuste natural de nuestra economía. No fue así. En el mes de abril ese sistema colapsó, siendo reemplazado por un régimen de flotación. Este anuncio condujo a una fuerte devaluación. En mayo de 1994, un sistema de subasta bajo el control del Banco Central reemplazó el sistema de flotación. El impacto macroeconómico fue inmenso: el Producto Interno Bruto cayó en casi 3 %; se contrajo la demanda agregada interna en 4,5 %; la salida de capital alcanzó la cantidad de 3.750 millones de dólares y la inflación llegó a 71 %.

Este terremoto económico obligó al gobierno nacional, el 27 de junio de 1994, a decretar la suspensión con carácter temporal de algunas garantías constitucionales, fundamentalmente las relacionadas con la propiedad privada y la libre actividad económica, que supuso el control estatal sobre el mercado de cambios, el sistema bancario y los precios. En julio de 1994, hubo la necesidad de establecer un régimen de restricciones cambiarias, con un tipo de cambio nominal fijo de Bs. 170 por un dólar de EUA, que se mantuvo hasta diciembre de 1995, cuando el gobierno decidió devaluar la moneda en una proporción de 70%, situándolo en relación con el dólar en un nivel de Bs. 290. La suspensión constitucional fue levantada el 4 de julio de 1995. Las medidas aplicadas por el gobierno nacional no dieron los resultados apetecidos. En 1996, Venezuela registró uno de los porcentajes inflacionarios más altos de su historia al alcanzar la sorprendente cifra de 103 % y una recesión de -1,6 % del Producto Interno Bruto.

Una creciente debilidad política

Enfrentar esta inmensa crisis económica exigía de un conjunto de audaces medidas que, con gran respaldo político, pudiera recuperar la confianza en Venezuela. Una de esas medidas era negociar con el Fondo Monetario Internacional el respaldo económico necesario para poder impulsar importantes transformaciones en el orden macroeconómico. Esa decisión tenía un costo político para el presidente Caldera. Su campaña electoral la había basado en una severa crítica al plan de ajuste del gobierno de Carlos Andrés Pérez. Además, no negociar con el Fondo Monetario Internacional había sido su principal consigna electoral. La otra gran medida era iniciar un

proceso de apertura petrolera que tuviera por objetivo disminuir el control del Estado de Petróleos de Venezuela y atraer inversiones privadas.

Estas medidas, más otras que hubieran podido instrumentarse, se encontraban limitadas por la propia debilidad política del gobierno del presidente Caldera. La coalición de partidos que respaldaba a su gobierno apenas contaba en el Congreso Nacional con 54 parlamentarios de los 205 escaños de la Cámara de Diputados. Esta situación política lo obligaba a negociar con Acción Democrática cualquier acción que fuera a tomar en el orden legislativo, porque no existía ninguna posibilidad de acercamiento con el partido socialcristiano COPEI ni con La Causa Radical, que desde el inicio del gobierno habían anunciado una intransigente oposición. Por lo tanto, Convergencia no había logrado transformarse en un verdadero partido nacional. Modificar tan negativas condiciones políticas era imprescindible para lograr sostenerse en el poder. Todavía existían factores desestabilizadores en la sociedad venezolana.

El gobierno del presidente Caldera no podía gobernar con una debilidad tan importante en el campo legislativo. Soy testigo de excepción que el Movimiento al Socialismo, en particular Teodoro Petkoff y mi hermano Enrique, Secretario General de ese partido, conversaron en distintas oportunidades con el presidente Caldera, para convencerlo de la necesidad de convocar a una Asamblea Nacional Constituyente que permitiera una nueva correlación de los partidos políticos en el parlamento. Si se hubiera tomado esa medida al principio del gobierno, la importante popularidad que el triunfo electoral había dado a la figura de Rafael Caldera hubiera permitido con facilidad obtener una clara mayoría parlamentaria. El presidente Caldera nunca aceptó esa sugerencia. Siempre consideró que ese camino podía generar un proceso de anarquía inconveniente para la estabilidad de su gobierno. En verdad, de haberse hecho esa convocatoria, no sólo se hubiese logrado un mayor piso político para su gobierno, sino que al mismo tiempo le hubiera quitado una de las banderas fundamentales que el chavismo esgrimiría, en las elecciones de 1998, para alcanzar el poder.

Al principio, la mayoría de los venezolanos percibieron de manera positiva la forma serena de dirigir los destinos nacionales que impuso el presidente Caldera. La inmensa crisis política que había vivido el país, a partir de 1989, lo exigía. Una de las medidas que tomó el presidente Caldera fue el sobreesimiento de la causa de Hugo Chávez y de los demás oficiales golpistas, decisión que ha sido severamente criticada por sus adversarios políticos. El presidente Caldera tenía la experiencia positiva de lo que había significado para Venezuela la pacificación guerrillera de la década del setenta. La mayoría de esos grupos se integraron al juego democrático, sin representar ninguna amenaza al *statu quo* político existente. Hugo Chávez había venido

progresivamente perdiendo su ascendente popular. En las encuestas, apenas figuraba con un reducido 6 % y no representaba, en ese momento, ningún riesgo para la democracia venezolana.

El interés fundamental del presidente Caldera –lo discutí largamente con él en un almuerzo privado que me ofreció antes de partir como embajador en México– era hacer regresar la normalidad a las Fuerzas Armadas. La detención y el exilio de tan numeroso grupo de oficiales alteraban su normal funcionamiento. En el mes de junio, decretó el sobreesimiento de los oficiales golpistas, poniendo como compromiso para hacerlo que solicitaran la baja de las Fuerzas Armadas. Así lo hicieron. Al pasar el primer año de gobierno, los sectores populares empezaron a desilusionarse, al observar que sus aspiraciones no eran satisfechas de la manera esperada. La misma decepción ocurrió en vastos sectores de la clase media. El gobierno del presidente Caldera fue perdiendo su base de sustentación política debido a la debilidad creciente de la alianza electoral que lo había conducido al poder. Sólo le quedaba un camino: negociar con Acción Democrática.

Vuelve el pasado

El renacimiento del Pacto de Punto Fijo tuvo una curiosa expresión pública en todos los medios de comunicación social: una foto del presidente Caldera, en primera página, jugando dominó con Luis Alfaro Ucero, Secretario General de Acción Democrática. A partir de ese momento, el gobierno del presidente Caldera recibirá un consistente apoyo parlamentario de la fracción de Acción Democrática. Los apuros de los dos primeros años de su gobierno para lograr la aprobación de algunas leyes fueron asuntos del pasado. Rafael Caldera y Luis Alfaro Ucero habían vivido la experiencia del primer gobierno de Rómulo Betancourt. En esa oportunidad, el partido socialcristiano COPEI, con el férreo liderazgo de Rafael Caldera, había sido factor fundamental en la estabilidad democrática en las difíciles circunstancias de la insurgencia izquierdista.

Ahora le correspondía a Acción Democrática apuntalar el debilitado gobierno del presidente Caldera. Definitivamente, la alianza con Acción Democrática le permitió al presidente Caldera la base de sustentación necesaria para sostenerse en el poder durante esos turbulentos años. Lamentablemente, también significó la posibilidad, ante amplios sectores nacionales, de un retorno al poder de Acción Democrática y de COPEI. Si a esta percepción política se agregaba la negociación con el Fondo Monetario Internacional y el inicio de un plan de ajuste económico de tendencia neoliberal no había manera de evitar una importante caída en su popularidad. El gobierno nacional, el 4 de julio de 1995, restableció las garantías constitucionales creyendo que las medidas intervencionistas tomadas habían logrado estabilizar la economía. Los resultados macroeconómicos del año de 1996 demostraron que no había sido así. La crisis económica golpeó, de manera dolorosa, a muy diversos grupos sociales, desde la clase media hasta los sectores populares. Un verdadero colapso económico.

Ante esa situación, el presidente Caldera tuvo que aceptar iniciar negociaciones con el Fondo Monetario Internacional y estudiar un plan económico de corte neoliberal, que permitiera a la economía venezolana salir de la crisis que estaba viviendo. “Las continuas dificultades económicas obligaron al presidente Caldera a adoptar las mismas políticas neoliberales que tanto había criticado en su campaña electoral. Luis Alfaro Ucero,

Secretario General de Acción Democrática, le brindó el apoyo en el Congreso Nacional para permitir a Rafael Caldera seguir gobernando...El arreglo entre Alfaro y Caldera mantuvo en pie a AD por un tiempo, pero también identificó al partido con un gobierno que se convirtió, incluso, en menos popular que su predecesor". 214 La debilidad de la figura del presidente Caldera y de los partidos Acción Democrática y COPEI en los sectores populares empezó progresivamente a ser ocupada por la figura de Hugo Chávez.

"En el texto del discurso del 4 de Febrero y en el propio acto en el Congreso Nacional, Caldera no actuó como el revolucionario que algunos quisieron ver en él, sino como el conservador de las instituciones, cosa que nunca ha dejado de ser. Igual sucedió con su discurso de toma de posesión: su inspiración no fue Trujillo, sino Pativilca. Al hombre que desata un proceso revolucionario, Caldera prefirió el que quería culminar contra viento y marea la obra comenzada. Es pues contra ese telón de fondo que debe emprender la lectura de su discurso del 12 de marzo de 1996. A quienes esperaban un parte de guerra vibrante y enceguedor, Caldera les ofreció un texto lleno de matices, una luz cubierta de pantallas, leído con una voz cansada y quebradiza. No deja de asombrar que Caldera no haya insistido en lo que hasta entonces era su mayor logro y que debía ser su mayor orgullo: los dos años de una, por inesperada, increíble paz de la República. Pero sería ceguera, negar, que ello marcaba, que marcaba un cambio de rumbo que Caldera detestaba, pero que al final intuía necesario...No había otro camino sino iniciar una profunda reforma económica de orientación neoliberal". 215

Sorprendentemente, el inspirador de esa reforma va a ser Teodoro Petkoff, a quien el presidente Caldera designó ministro de Cordiplán, un izquierdista proveniente del Partido Comunista, fundador del Movimiento al Socialismo y un líder que había demostrado una gran independencia de criterio al romper con la ortodoxia comunista como consecuencia de la invasión de Checoslovaquia. Su recia personalidad, su gran capacidad intelectual, su sentido realista de la política lo habían conducido a abandonar el camino de la lucha armada para fundar el MAS. Lamentablemente, ese partido que fue en un momento determinado una esperanza para las nuevas generaciones que, con sensibilidad social, rechazaban el sentido totalitario del Partido Comunista, no tuvo destino durante la democracia representativa.

La fuerza popular del bipartidismo, más las ventajas que concedía la riqueza petrolera para el reparto populista, nunca le permitieron sobrepasar el 6 % en las elecciones de esos años. Esta dolorosa realidad política va a impedir que se transforme en una verdadera alternativa de poder. El otro camino que tomó el presidente Caldera para enfrentar la crisis económica fue la Apertura Petrolera. Era necesario buscar una alternativa que independizara a Venezuela del trágico ciclo de la permanente variación de los precios petroleros. Luis Giusti, un joven y competente presidente de Petróleos de Venezuela, conducirá con reconocida eficiencia las medidas necesarias para atraer el capital privado con la finalidad de iniciar tan trascendente reforma.

La reforma económica

La Agenda Venezuela tenía una orientación claramente neoliberal, aunque matizada por importantes programas sociales. Su propósito era corregir los grandes desajustes macroeconómicos provocados, entre otras cosas, por el control de cambios, el control de precios y el déficit fiscal de los dos primeros años de gobierno, mediante un crecimiento auto sostenido con bajos niveles de inflación. También buscaba poder negociar con el Fondo Monetario Internacional el apoyo económico necesario para enfrentar la grave crisis económica que vivía Venezuela. Sus fundamentos fueron los siguientes:

214 Henry Dietz y David Myers, *El proceso de colapso del sistema de partidos: una comparación entre el Perú y Venezuela*, Cuadernos de CENDES, Año.

215 Manuel Caballero, *La gestión de Hugo Chávez*, p. 137.

1. Un programa fiscal, monetario y cambiario que tenía por objetivo una reducción drástica, en corto plazo, del proceso inflacionario.
2. Un conjunto de políticas de oferta, con efectos en el corto plazo, para complementar los ajustes de demanda agregada.
3. Un programa de políticas de oferta, en el mediano plazo, que buscaba crear condiciones favorables para el crecimiento auto sustentable de nuestra economía.
4. Una estrategia de negociación con los organismos multilaterales, con el objeto de obtener recursos financieros en montos y condiciones adecuadas, para acometer el desarrollo de un conjunto de reformas estructurales, financiar programas sociales y fortalecer la posición de las reservas internacionales.
5. Un conjunto de programas sociales que permitieran, a los sectores más desfavorecidos de la población, enfrentar las duras consecuencias del ajuste económico.

En estos lineamientos se observa un marcado interés en lograr el acercamiento de dos variables fundamentales: lo económico y lo social. Se estaba convencido que éste había sido el principal error de la aplicación del programa de ajustes durante el gobierno de Carlos Andrés Pérez. El objetivo fundamental de la reforma económica se alcanzó: el Fondo Monetario Internacional facilitó un préstamo de 7.000 millones de dólares, pero el costo político fue inmenso al tener que devaluar el bolívar en un 70%, incrementar el precio del combustible en cerca de un 800 %, liberar los intereses bancarios y tener que utilizar casi un tercio del presupuesto nacional en atender el servicio de la deuda externa, que alcanzó a 36.000 millones de dólares. Los resultados de este inmenso esfuerzo fueron auspiciosos en 1997, al lograrse un crecimiento del Producto Interno Bruto de 5,1 %, y una disminución de la inflación a 35 %, pero en 1988 se inició un nuevo proceso recesivo al caer el Producto Interno Bruto a -0,4 %, y tener que establecer una nueva devaluación que alcanzó a 565 bolívares por dólar. El plan económico había fracasado. El descontento popular empezó a incrementarse progresivamente. El tiempo para salvar la democracia se había terminado.

La Apertura Petrolera buscaba incrementar la producción de crudo a unos 5,8 millones de barriles diarios para el año 2009, repartidos de la siguiente manera: 3,9 millones de barriles diarios bajo la responsabilidad de Petróleos de Venezuela, 1,2 millones de barriles diarios a través de los Convenios Operativos y los Contratos de Operación a Riesgo y 700 mil barriles diarios por las Asociaciones Estratégicas de la Faja Bituminosa del Orinoco. La producción de gas se elevaría a unos 14 MMMPCD para el 2009. La inversión requerida era de 38.000 millones de dólares. Petróleos de Venezuela, a través de la Corporación Venezolana de Petróleo (CVP), impulsaría actividades de exploración y explotación de hidrocarburos en áreas nuevas, mediante asociaciones con consorcios privados y bajo la modalidad de Exploración a Riesgo y Producción bajo Ganancias Compartidas.

Este ambicioso proyecto exigía una demanda creciente de petróleo en el mundo, a fin de lograr relativos altos precios que hicieran atractiva la inversión de los sectores privados nacionales e internacionales. Los estudios económicos realizados, entre 1994 y 1996, indicaban una constante tendencia al crecimiento de los precios como consecuencia al permanente fortalecimiento económico de los países emergentes del sudeste asiático. La Apertura Petrolera comenzó exitosamente y todo parecía ir por buen camino. En 1997, los países emergentes del sudeste asiático empezaron a dar signos de una delicada recesión económica como consecuencia de una superproducción de mercancías. Los Estados Unidos y Europa decidieron tomar medidas de orden proteccionista que limitaron el ingreso de productos japoneses y coreanos en sus mercados. La producción mundial se redujo drásticamente en 1998. La caída de los precios petroleros fue inmediata. La cesta

venezolana empezó a cotizarse a ocho dólares por barril. La Apertura Petrolera se encontraba definitivamente comprometida.

Angustias sin respuestas

Todos quieren cambios

El año de 1997 se veía auspicioso para Venezuela. El gobierno del presidente Caldera había logrado detener el proceso desestabilizador iniciado en el país después del intento de golpe de Estado de 1992 y la reforma económica parecía bien orientada. Las elecciones parlamentarias de 1995 mostraron un importante renacimiento de los partidos políticos, en particular de Acción Democrática que obtuvo 12 gobernaciones de las 22 en disputa. Ciertamente que COPEI dio señales de un grave debilitamiento al triunfar en apenas 3 gobernaciones, quedando por debajo del Movimiento al Socialismo que obtuvo cuatro. La Causa Radical dio señales de un significativo retroceso en su fuerza popular al sólo ganar una gobernación. Un partido regional, Proyecto Venezuela obtuvo, por tercera oportunidad, la gobernación del estado Carabobo y Convergencia, el partido de gobierno, la gobernación del estado Yaracuy. Lo más significativo de estas elecciones fue el gran fracaso electoral del teniente coronel Hugo Chávez Frías y de su tesis abstencionista.

Acción Democrática, con muy poco sentido crítico, consideró que había recuperado su fuerza electoral. De una manera inexplicable escogió como candidato presidencial a Luis Alfaro Ucero. Su avanzada edad, su muy limitado carisma y su perfil de hombre de partido impidieron que su candidatura pudiera reestablecer los tradicionales vínculos de Acción Democrática con las grandes mayorías nacionales. Todas las encuestas empezaron a señalar la debilidad de esa opción electoral. La vieja dirigencia del partido impidió equivocadamente el fortalecimiento de un nuevo liderazgo. Un ejemplo lamentable fue el caso de Claudio Fermín. El partido COPEI consideró, después de la importante derrota sufrida, que era necesario construir una alternativa electoral no partidista. En ese momento, Irene Sáez Conde mostró una impresionante fortaleza en las encuestas como consecuencia de su excelente gestión como alcaldesa al frente del municipio Chacao en Caracas. En enero de 1998, su candidatura presidencial se presentaba como una segura opción de triunfo. Después de una larga negociación política, el partido COPEI lanzó la candidatura de Irene Sáez a la Presidencia de la República.

El Movimiento al Socialismo empezó a analizar las distintas posibilidades presidenciales. En su seno surgieron dos tendencias: Una, que veía con simpatía apoyar la candidatura de Irene Sáez; otra, que respaldaba la tradicional candidatura de Teodoro Petkoff. La Causa Radical, también creyó ver en la figura de Irene Sáez la posibilidad de evitar su desaparición como partido político. Convergencia consideró no lanzar ni apoyar a ningún

candidato presidencial. El teniente coronel Hugo Chávez lanzó su candidatura presidencial a principios de 1998. Su fuerte y polémico mensaje tuvo un impacto inmediato en la opinión pública: se observó un progresivo fortalecimiento de su opción presidencial. Proyecto Venezuela lanzó la candidatura de Henrique Salas Römer, tomando como bandera electoral el proceso de descentralización y su excelente desempeño al frente de la gobernación del estado Carabobo.

En verdad, la dirigencia política no había interpretado cabalmente las aspiraciones de profundas transformaciones políticas y sociales que tenían los venezolanos. El deterioro del sistema partidista era inmenso. Las duras críticas realizadas permanentemente por los medios de comunicación y los grandes errores cometidos por los distintos gobiernos durante esos años, habían creado tal rechazo hacia los partidos políticos que era imprescindible realizar transformaciones profundas en todos los órdenes de la sociedad si se quería evitar un colapso del sistema democrático. Los venezolanos dieron el tiempo. Los cinco años del gobierno del presidente Caldera pudieron ser aprovechados para impulsar esos profundos cambios. Lamentablemente se perdió el tiempo. “El exhaustivo control que los líderes partidistas ejercieron sobre sus miembros, acompañado de los efectos sociales de un bajo desempeño económico, hicieron que los votantes comenzaran a percibir a los políticos como actores que no respondían a sus demandas, produciendo un gran descontento electoral. 216

Desde México, yo seguía con angustia el desarrollo de los acontecimientos políticos venezolanos. La distancia me permitía ver, con una mayor perspectiva, los graves errores que se estaban cometiendo. La escogencia por el partido COPEI de la alcaldesa Irene Sáez como candidata presidencial parecía, durante los primeros meses de 1998, un indiscutible acierto. Todas las encuestas le daban, en ese momento, más de 50 % de favoritismo. Sorprendentemente, al iniciarse en forma la campaña electoral su imagen demostró una inexplicable debilidad. Sus opiniones sobre los grandes problemas nacionales no tenían suficiente impacto. Al inicio del mes de agosto, su caída en las encuestas empezó a manifestarse de una manera impresionante. Al mismo tiempo que eso ocurría, la candidatura del teniente coronel Hugo Chávez comenzó a tomar fuerza. Su dura crítica al puntofijismo y a los partidos Acción Democrática y COPEI tuvo una importante acogida en las mayorías nacionales. Al inicio de la campaña el crecimiento de su popularidad se limitaba a los sectores populares. A los pocos meses, su capacidad de penetración se había ampliado de una manera importante hacia la clase media.

El debilitamiento de las opciones electorales de Acción Democrática y COPEI creó un vacío en algunos sectores sociales que, atemorizados por el mensaje violento de Hugo Chávez, empezaron a aglutinarse alrededor de Henrique Salas Römer y su partido Proyecto Venezuela. Su candidatura comenzó a crecer de una manera importante en los sondeos de opinión. La promoción de su trascendente gestión, realizada al frente de la Gobernación del estado Carabobo, impactó favorablemente a la opinión pública. Su perfil de gerente eficiente y de político moderno, permitió que su candidatura fuera percibida de manera positiva por sectores de la clase media. Su presencia en el panorama electoral limitó, durante algunos meses, el crecimiento de Hugo Chávez, ya que muchos sectores que inicialmente apoyaban a Irene Sáez se volcaron a respaldar su candidatura. Proyecto Venezuela se presentó ante los electores como una organización moderna, alejada totalmente de los tradicionales vicios de los partidos políticos. Las dos candidaturas emergentes, Hugo Chávez y Henrique Salas Römer, empezaron a ser percibidas como las nuevas alternativas de poder.

Votos a granel

Estas complejas circunstancias políticas me convencieron de la necesidad de regresar a Venezuela, con la finalidad de incorporarme a la lucha política. El 5 de mayo de 1998 le dirigí una carta al presidente Caldera, renunciando a la Embajada en México. Un párrafo de esa carta resume mi percepción, en ese momento, de la situación venezolana: “El panorama electoral se muestra disperso y confuso. El radicalismo en las ideas de algunos candidatos y la resistencia de importantes sectores nacionales a realizar los cambios que el país exige, pueden conducir a un nuevo proceso de violencia. Ante tan graves circunstancias, me es imposible permanecer en el exterior. Mi conciencia no me lo perdonaría.” Le entregué personalmente al presidente Caldera esa carta, el 12 de mayo, en audiencia privada que me concedió en el palacio de Miraflores. Lo encontré preocupado y angustiado. Estaba convencido, igual que yo, que si no se hacían consistentes esfuerzos, Venezuela podría retroceder hacia un gobierno de tendencia autoritaria.

Al salir de la audiencia con el presidente Caldera leí una polémica declaración a los representantes de los medios de comunicación que cubren la fuente del Palacio de Miraflores: “El próximo domingo viajo a México a despedirme de su gobierno. Regresaré a finales del mes de junio para continuar con mis actividades políticas. Estoy convencido de que el país se dirige hacia una crisis de imponderables consecuencias. Los cuatro años de estabilidad del gobierno del presidente Caldera no fueron aprovechados. Los partidos políticos, en lugar de modernizarse y permitir la escogencia democrática de su liderazgo, han retornado a atrasadas prácticas cupulares con el único objetivo de defender sus particulares intereses... Esa es la razón del

rechazo que los venezolanos sienten por los partidos políticos y el surgimiento de candidatos independientes... **(Quitar comillas)** Esta frustración, unida a las dificultades económicas de las grandes mayorías, ha conducido a un profundo resentimiento que personifica equivocadamente la candidatura de Hugo Chávez. Por otra parte, el sector tradicional de la política venezolana cree que, mediante maniobras y triquiñuelas, puede imponer la candidatura de Luis Alfaro Uceró...Están equivocados. Los venezolanos no nos dejaremos engañar. Los problemas del país no lo solucionan ni Chávez ni Alfaro. Ambos significan el mismo retroceso: la radicalización política y la ruptura del diálogo nacional. En la carta pública que hoy le dirijo a Hugo Chávez cuestiono su candidatura presidencial. No puede ser comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, quien incumplió sus obligaciones militares durante los acontecimientos del 4 de Febrero de 1992”²¹⁷

Al llegar a Venezuela fui invitado por el doctor Henrique Salas Römer a respaldar su candidatura presidencial. Me ofreció representar a Proyecto Venezuela como candidato a la Gobernación del estado Zulia y senador por ese estado. Acepté el reto, aunque tenía claras las dificultades que existían para que Proyecto Venezuela pudiera obtener una suficiente votación. El gobernador en funciones y candidato a la reelección, teniente coronel Francisco Arias Cárdenas, tenía un elevado nivel de popularidad. Asimismo, las elecciones para gobernadores, alcaldes, senadores y diputados fueron adelantadas para un mes antes de las elecciones presidenciales. De esta manera, Acción Democrática y COPEI creían poder reivindicar en algo la debilidad electoral que mostraban sus candidatos presidenciales.

Este oportunismo trajo delicadas consecuencias: Proyecto Venezuela sólo pudo ganar una Gobernación, muy pocas Alcaldías y una reducida fracción parlamentaria demostrando, de esta manera, una marcada debilidad política. Por el contrario, los demás partidos obtuvieron un número muy superior. El caso de la Gobernaciones fue muy significativo: Acción Democrática: 7; MVR: 7; COPEI: 3; MAS: 3; Convergencia: 1; Proyecto Venezuela: 1; Mer - COPEI - Acción Democrática: 1. El triunfo del MVR fue indiscutible, al lograr obtener un número igual de gobernaciones que Acción Democrática. Este hecho influyó, de una manera importante, en las elecciones presidenciales de diciembre de ese mismo año.

“Los evidentes avances del Polo Patriótico, la limitada votación del partido Proyecto Venezuela, el sólido apoyo a la candidatura de Chávez reflejada en los diversos sondeos de opinión, el decaimiento de la candidatura de Irene Sáez, la falta de arraigo de Alfaro Uceró, la marcada polarización del ambiente político-electoral generaron una dinámica muy particular entre las elecciones de noviembre y las de diciembre de 1988. Los partidos AD y COPEI resolvieron retirar su respaldo a sus respectivos candidatos y apoyar

²¹⁷ Declaración a los medios de comunicación de Fernando Ochoa Antich del 5 de mayo de 1998.

la candidatura de Salas Römer... La decisión de última hora de apoyar a Salas Römer, crítico severo del bipartidismo de AD y COPEI, contra quien estos partidos se habían enfrentado hasta con mayor fuerza que contra el propio Chávez, generó un sentimiento de desconcierto y rechazo en la población, que se volcó a votar a favor de Chávez.

“Igualmente, el incremento de la votación entre uno y otro proceso, al bajar la abstención del 46% al 37%, fue absorbido mayoritariamente por Chávez. Finalmente resultó una contienda altamente polarizada en la que los 2 candidatos más votados, ambos representantes de sectores emergentes, obtuvieron el 96,17% de los votos. Al igual que en las elecciones de 1993, las preferencias de los electores se orientaron tempranamente a favorecer a las opciones más cuestionadoras del *statu quo*, prevaleciendo el candidato con el discurso y prácticas más radicales. **Chávez Frías (Eliminar)**. Aquel 52,41% del electorado que en 1993 votó a favor de los candidatos antisistema, en 1998 se volcó hacia Chávez, quien obtuvo el 56,2% de los votos, proveniente de 3.673.685 electores, equivalente al 33,43% de los electores inscritos”. 218 Henrique Salas Römer alcanzó una importante votación al obtener 2.613.814 votos, un 36,98 %.

El indiscutible triunfo de Hugo Chávez produjo profundos cambios en las tradicionales condiciones políticas venezolanas. Acción Democrática y COPEI perdieron todo su ascendiente popular, observándose un marcado fortalecimiento de la fuerza del MVR. A partir de ese momento, la política en Venezuela empezó a girar alrededor de la fuerte y carismática personalidad de Hugo Chávez. Su proyecto político, influido por ideas radicales de izquierda, tuvo una manifestación práctica: la convocatoria a una Asamblea Nacional Constituyente. El 19 de enero de 1999, la Corte Suprema de Justicia se pronunció favorablemente en torno a la posibilidad de utilizar el referendo consultivo previsto en la Ley del Sufragio vigente para convocar una Asamblea Nacional Constituyente, aún cuando dicha figura no existía en la Constitución de 1961.

Su curiosa juramentación, como presidente de la República ante el Congreso Nacional, al afirmar que la Constitución de 1961 se encontraba moribunda, dejó en claro que la vigencia de la democracia venezolana surgida en 1958 estaba comprometida. A partir de ese momento, Hugo Chávez no cesó en sus esfuerzos para destruir ese status político. Deslegitimar el Congreso Nacional fue su primer objetivo. El mismo día de su juramentación como presidente de la República firmó el decreto de convocatoria de la Asamblea Nacional Constituyente. Ésta se realizó en tres fases: 25 de abril de 1999, consulta al electorado sobre la convocatoria de una Asamblea Nacional Constituyente; 25 de julio de 1999, la elección, de los constituyentistas; 15 de diciembre de 1999, referendo aprobatorio de la nueva Constitución. Logrado este triunfo, una nueva idea fue manejada con la finalidad de fortalecer la hegemonía chavista: la relegitimación de los poderes públicos.

El 30 de julio de 2000, se realizaron nuevas elecciones generales. Una división en el grupo golpista condujo a la separación del MVR de tres de los tenientes coroneles comprometidos en la asonada militar de 1992: Francisco Arias Cárdenas, Jesús Urdaneta Hernández y Joel Acosta Chirinos. La oposición creyó, equivocadamente, que la candidatura de Arias permitiría la derrota del chavismo. Hugo Chávez obtuvo 3.757.773 votos, 2,2 % más que en las elecciones de 1998. Arias Cárdenas disminuyó en la votación de la oposición al alcanzar 2.329.459 votos, 35,7 %. El proceso de consolidación del poder político había concluido. Hugo Chávez tuvo claro que su poder personal no estaría seguro

218 Kornblith, Miriam: **Elecciones y referendos en Venezuela.**

mientras existiera un sentido profesional en las Fuerzas Armadas. De inmediato buscó politizar a sus cuadros. El 4 febrero de 1999, en el desfile que las Fuerzas Armadas ofrecen en honor del nuevo presidente, organizó un acto que buscaba reivindicar la asonada militar del 4 de febrero de 1992.

Al conocer la fecha del desfile, le dirigí una carta al general Raúl Salazar Rodríguez, ministro de la Defensa, cuestionando dicha decisión. No recibí respuesta. Eso me condujo a convocar una rueda de prensa, a la misma hora del desfile, con la finalidad de criticar este hecho. Las razones sobran. El desfile se utilizó no sólo para reincorporar a un grupo de oficiales, suboficiales y tropas que habían sido dados de baja como consecuencia de dicho hecho, sino para reivindicar la insurgencia militar de ese día. Este proceso de control de las Fuerzas Armadas se fue consolidando progresivamente con continuas y permanentes purgas de excelentes oficiales. **(Punto y seguido)** Los lamentables hechos de abril de 2002, permitieron a Hugo Chávez consolidar definitivamente el control de las Fuerzas Armadas y su poder personal sobre Venezuela.

Venezuela, país sin destino (Revisar la ubicación de las comas)

Estoy terminando de escribir este libro a finales de enero de 2007. Es momento oportuno para una reflexión. Hugo Chávez tiene ocho años en el poder y el 5 de diciembre de 2006 ganó nuevamente las elecciones presidenciales. El ventajismo del gobierno fue escandaloso. Utilizó los dineros públicos, sin ningún escrúpulo, para cubrir los gastos de la campaña electoral. Los medios de comunicación, propiedad del Estado, fueron utilizados masivamente para influir en el sentimiento popular. Hugo Chávez, desde que alcanzó el poder en 1998, ha presionado de mil formas para doblegar la voluntad del ciudadano. No lo ha logrado. Millones de venezolanos, durante los ocho años de gobierno, se han mantenido firmes en su lucha por impedir la implantación del régimen chavista. Durante las elecciones volvieron a movilizarse para mostrar su inconformidad a los intentos de Hugo Chávez de limitar la libertad.

“A este régimen lo llaman por temor a la reacción que no se produce, o no se ha producido todavía, “socialismo del siglo XXI”. Socialismo es una palabra de resonancias gratas, dignas, humanas. Pero la palabra, esta vez, encubre algo que no tiene que ver con socialismo, menos aún con el socialismo democrático y pluralista (al estilo de los países nórdicos, al chileno, al español) sino con el comunismo puro y simple de Cuba o Corea del Norte. O con los regímenes de Bielorrusia y de Zimbabwe. ¿Cómo se puede permanecer indiferente ante un proyecto político de esa magnitud, que transformará indefectiblemente la estructura social, que eliminará las libertades y los derechos humanos, la capacidad de que decidamos por nosotros mismos, que dictaminará sobre educación, propiedad o cultura política?” 219

219 Simón Alberto Consalvi, *Los habitantes de la luna*, En: **El Nacional**, 8 de octubre de 2006.

El balance de estos ocho años del gobierno de Hugo Chávez es particularmente negativo. Inspirado en un inexplicable resentimiento se ha dedicado a destruir los valores y las instituciones democráticas forjados durante todo el siglo XX venezolano. No ha quedado piedra sobre piedra. No se ha detenido ante nada. En su afán de transformarse en centro de la historia de Venezuela, ha querido unir en una sola epopeya el esfuerzo libertario de Simón Bolívar con su propia vida. Su exagerada ambición le ha impedido crear nuevas instituciones. Ha retrotraído al país a los tiempos de nuestros caudillos personalistas. Todo gira alrededor de su omnímoda voluntad. No hay partido político. No hay dirección colectiva del proceso revolucionario. No hay imperio de la ley. Servir a la revolución es patente de corso para todos los abusos.

El poder judicial se utiliza, a su saber y entender, como arma política. Proliferan los juicios amañados para atemorizar a los ciudadanos. La corrupción se ha generalizado en toda la estructura social. La Contraloría General de la República guarda un silencio cómplice ante la acumulación indebida de riqueza de altos funcionarios públicos. La Asamblea Nacional no ejerce ningún control sobre el Ejecutivo y sólo legisla para satisfacer intereses ideológicos. El Consejo Nacional Electoral está al servicio exclusivo de Hugo Chávez. Su exagerada parcialización ha impedido superar la tendencia abstencionista de nuestra democracia.

La destrucción institucional no ha tenido límites. Las Fuerzas Armadas Nacionales han sido sometidas por Hugo Chávez a un proceso progresivo de politización que ha comprometido totalmente su sentido profesional. Las permanentes purgas de los cuadros de oficiales han facilitado el control de los mandos de la organización, de forma tal de lograr su total incondicionalidad. Los hechos militares ocurridos como consecuencia a la renuncia del presidente Chávez el 11 de abril, facilitaron esta acción. A partir de ese momento, se ha dedicado a destruir a nuestras tradicionales Fuerzas Armadas, estructuradas en una organización para la guerra regular según patrones occidentales, con el objeto de transformarlas en unas milicias revolucionarias.

Una reciente arenga de Hugo Chávez en el Regimiento de la Guardia de Honor del presidente de la República señaló, con claridad, ese camino al llamar “soldados de la Revolución” a los efectivos militares. Una profunda reorganización de las Fuerzas Armadas ha acompañado la tesis inicial de una alianza cívico-militar. Una nueva estructura militar, dependiente totalmente del presidente de la República, fue creada recientemente: la Reserva. La movilización permanente de esta Reserva es la base fundamental de las nuevas Fuerzas Armadas. Constituida por jóvenes politizados se ha transformado en la fuerza de choque del régimen chavista y en la base fundamental del equilibrio militar.

El Servicio Exterior de Venezuela ha sido destruido totalmente. La mayoría de los funcionarios de carrera fueron despedidos ignominiosamente. Este esfuerzo de controlar la Cancillería ha tenido un objetivo fundamental: transformar la tradicional política exterior, sustentada en el consenso entre todas las fuerzas políticas y sociales del país, en una excluyente visión de las relaciones internacionales. Se han sustituido los principios fundamentales en que se sustentaba la anterior política exterior: la autodeterminación de los pueblos, la no intervención, la defensa de la democracia, la promoción de la paz, la solución pacífica de las controversias, el diálogo internacional y la integración económica, por unos nuevos principios: la defensa de la revolución, el enfrentamiento ideológico, el respaldo a regímenes de similar orientación filosófica, la promoción del enfrentamiento entre naciones y la integración política. Esta nueva visión ha tenido efectos prácticos inmediatos: el enfrentamiento con los Estados Unidos, la intervención en los procesos electorales de varios países latinoamericanos, el enfriamiento de las relaciones diplomáticas con México y Perú, la desconfianza en el suministro petrolero venezolano a Occidente y la separación de la Comunidad Andina de Naciones.

La destrucción de Petróleos de Venezuela ha sido uno de los crímenes más injustificados ocurridos durante estos ocho años de gobierno. La nacionalización petrolera venezolana tuvo éxito, porque la dirigencia política entendió que la meritocracia de las empresas petroleras extranjeras debía ser preservada por encima de cualquier interés partidista. Su primer presidente, el general Rafael Alfonso Ravard, tuvo especial interés en realizar la transición de las empresas privadas extranjeras a la empresa pública, de una manera lo menos traumática posible. Las distintas empresas petroleras extranjeras se transformaron en las propias filiales de PDVSA, preservando cuidadosamente su eficiencia. A los pocos años, Petróleos de Venezuela tenía un reconocido prestigio en el mundo petrolero.

Ese inmenso esfuerzo fue aniquilado de un solo plumazo. Ningún venezolano responsable puede olvidar los lamentables hechos ocurridos en el año 2002: la forma irrespetuosa como Hugo Chávez despidió a un grupo de gerentes de Petróleos de Venezuela para provocar los hechos de abril, la manera como pidió disculpas, la rectificación que hizo de la designación de la directiva de Petróleos de Venezuela, para después volverlos a provocar, en el momento apropiado, para conducirlos a la huelga petrolera. El despido masivo del personal profesional de nuestra industria petrolera comprometió su eficiencia. Accidentes en todos los órdenes, la caída de la producción y la corrupción generalizada son las características actuales que distinguen a Petróleos de Venezuela.

La independencia del Banco Central de Venezuela se logró mediante un largo esfuerzo de muchos años. La visión estatista de los primeros gobiernos de Acción Democrática y COPEI condujo a que la directiva del Banco Central fuese designada a criterio del presidente de la República, limitando totalmente su libertad de acción. La progresiva modernización del Estado venezolano condujo a que el Congreso Nacional aprobara una Ley del Banco Central que garantizaba su plena autonomía. A partir de ese momento, el inicio del segundo gobierno del presidente Carlos Andrés Pérez, el Banco Central se transformó en un verdadero organismo de orden técnico que con plena libertad empezó a tomar medidas en el campo macroeconómico y monetario.

El régimen chavista, apenas controló el poder en 1998, modificó la anterior Ley e inició un progresivo reemplazo del tradicional personal técnico del Banco Central. El procedimiento que se utilizó fue implacable: jubilaciones a destiempo y despidos injustificados permitieron el reemplazo de ese personal por uno comprometido ideológicamente con el régimen. El desmantelamiento del Banco Central tuvo consecuencias. A partir de ese momento, Hugo Chávez manejó la economía venezolana bajo un criterio absolutamente clientelar. La decisión de transferir parte de las reservas internacionales al Fondo de Desarrollo Nacional ha incrementado en forma importante el gasto público y el desorden fiscal. El Banco Central ha dejado de cumplir su función de control de la economía nacional. Las consecuencias las vivirán los venezolanos en los próximos años.

El régimen chavista ha tenido la inteligencia de preservar su imagen democrática en el mundo. Una hábil propaganda, utilizando a sectores comprometidos de la izquierda radical, ha permitido que los acontecimientos venezolanos hayan sido siempre equivocadamente interpretados internacionalmente. Un buen ejemplo ha sido el hábil manejo de los acontecimientos que rodearon el 11 de abril de 2002 y su renuncia a la Presidencia de la República: una gran manifestación popular, originada por un claro abuso de poder de Hugo Chávez, que terminó en el asesinato de un grupo de ciudadanos en las calles del centro de Caracas, ha sido transformada, mediante la manipulación mediática, en un golpe de Estado militar de tendencia fascista.

Otro factor, inteligentemente manejado por el régimen, ha sido la libertad de expresión. No es posible negar que en Venezuela, con todas las limitaciones existentes, se puede hablar y escribir libremente. Es necesario vivir en el país para entender la verdadera realidad de lo que significa la libertad de expresión: un reducido número de medios de comunicación privado critica con libertad la actuación gubernamental; una inmensa cantidad de medios oficiales o controlados, de alguna manera, por el régimen, se dedican a vender una imagen positiva de Hugo Chávez. Definir al régimen

chavista no es sencillo. Es una mezcla desordenada de varios sistemas. En él confluyen ideas y comportamientos muy diversos, provenientes de distintas visiones ideológicas: comunista, fascista, militarista, populista, personalista, caudillismo, entre otros. Lo único cierto, es que con Hugo Chávez en el poder, Venezuela no tiene destino.

Mea Culpa

La tragedia venezolana tiene responsables. No es fácil de justificar que un régimen político, surgido de las propias entrañas de nuestro pueblo, haya naufragado de esa forma. Nuestra democracia era percibida en el mundo y en la América Latina como un sistema estable, que se había prolongado en el tiempo, en medio de las grandes crisis políticas que vivió nuestro continente durante la década de los sesenta, setenta y ochenta. La democracia venezolana, en medio de las numerosas dictaduras militares de ese tiempo, era una excepción. Es verdad que algunos politólogos europeos criticaban, con razón, las bases populistas de nuestra democracia. Sostenían que su estabilidad provenía exclusivamente de la riqueza petrolera. También señalaban que el papel como grupo de presión que jugaban las Fuerzas Armadas era exagerado.

A partir de la década de los ochenta, una inesperada crisis económica, impulsada por la caída de los precios petroleros, comprometió el proceso de cambio social. A partir de ese momento, demasiados errores debilitaron la estabilidad de la democracia venezolana. En los lamentables hechos ocurridos, hay responsabilidades colectivas y personales. La sociedad venezolana, como un todo, tuvo grandes equivocaciones. Las principales instituciones, los grupos sociales más importantes y, en general, la clase dirigente no tuvieron la capacidad para enfrentar la crisis nacional. A muchos de los principales actores históricos les faltó grandeza espiritual para valorar, con suficiente desprendimiento, el inmenso reto que enfrentaban. No voy a señalar esas responsabilidades porque no me corresponde hacerlo.

Considero que analizar y discutir las responsabilidades colectivas en el desarrollo de los acontecimientos que he narrado es de gran trascendencia. Es una experiencia histórica que no se debe perder. Dije anteriormente que la sociedad venezolana cometió grandes equivocaciones. Esos errores surgieron, en parte, por la manera de ser de nuestro pueblo. La revolución chavista es un retroceso histórico. Hugo Chávez significa regresar a los caudillos venezolanos del siglo XIX, al personalismo, al abuso del poder, a la violencia, a la siembra de odios... No es posible explicar históricamente su indiscutible popularidad, si no se acepta que en el imaginario colectivo venezolano permaneció una profunda admiración por el hombre de presa, por el militar en funciones de gobierno y en el ejercicio del poder, por la arbitrariedad para imponer el orden, por la “parada” para alcanzar el poder.

Una de las causas de la tragedia fue generada por la propia democracia. Se creó un sistema económico y social que dependía totalmente del elevado ingreso petrolero. Los sectores populares se acostumbraron, por varias décadas, a recibir del Estado todo tipo de dádivas para elevar su nivel de vida, limitando enteramente la iniciativa y el esfuerzo personal. La crisis económica de los ochenta impidió mantener esos programas con suficiente eficiencia. La oferta demagógica de Hugo Chávez tuvo un terreno abonado para germinar. Una gran parte de los venezolanos quieren vivir, sin esfuerzo personal, sin ningún tipo de sacrificio. Nuestro pueblo tiene una percepción igualitaria de la democracia, pero no entiende lo que significa el límite de la ley. Cree en sus derechos, pero jamás piensa en sus deberes. Estos valores equivocados que facilitaron el acceso al poder de Hugo Chávez; valores se hubieran podido modificar en el tiempo. Lamentablemente, la clase dirigente, los partidos políticos, los medios de comunicación, los banqueros, los empresarios, los militares, no percibieron la importancia de esa transformación colectiva. Por el contrario, se beneficiaron de esas debilidades de nuestra democracia. La clase dirigente, los sectores bien educados de la sociedad, se dedicaron al disfrute de la riqueza petrolera. El primer signo de irresponsabilidad colectiva fue el rechazo a la política y a la función pública. Nunca aceptaron que esas actividades exigían, como había ocurrido al inicio de la lucha democrática en Venezuela, la participación de los sectores mejor formados de la población. Prefirieron ser gerentes y banqueros que altos funcionarios públicos.

Este hecho debilitó la capacidad del liderazgo político para percibir la necesidad de un gran cambio social. En lugar de ser los abanderados de la modernización del país, se opusieron a sacrificar los indebidos privilegios surgidos de un sistema centralizado de partidos, contrario a la participación ciudadana. Es imposible negarlo, que la reelección presidencial, aún después de diez años de haber ejercido la primera magistratura, fue una de las causas de la imposibilidad de renovación del liderazgo político. La dirigencia nacional tampoco fue capaz de entender la necesidad de las grandes transformaciones económicas que el colapso del ingreso petrolero obligaba realizar con urgencia. Prefirieron atrincherarse en una visión atrasada de la sociedad. Defendieron con ahínco el estatismo, el centralismo y el populismo.

Los sectores empresariales también tienen grandes responsabilidades. En lugar de utilizar la riqueza petrolera para impulsar un importante desarrollo económico que, en el tiempo, pudiera independizarlos del Estado, permanecieron por más de treinta años recibiendo facilidades fiscales y préstamos ventajosos. Al percibir la cercanía de la crisis prefirieron transformar sus bolívares en dólares, que dedicarse con esfuerzo a salvar sus empresas. Aquellos que lo hicieron fracasaron estruendosamente. La dirigencia política no fue capaz de realizar los ajustes macroeconómicos

necesarios para respaldar el sacrificio que algunos empresarios estaban realizando. En el sector bancario la situación fue mucho más grave. Algunos dueños de bancos, con respetables excepciones, no sólo permitieron la quiebra de sus instituciones, sino que abusaron de la confianza de los ahorristas para beneficiarse escandalosamente de la crisis económica. El gran perdedor, como siempre, fue el Estado venezolano. Tuvo que respaldar, en tiempos de vacas flacas, el ahorro nacional.

Los medios de comunicación se equivocaron de estrategia. Creyeron que la debilidad económica del Estado era el momento preciso para presionar un gran cambio en la estructura del poder en Venezuela. Se iniciaron grandes campañas de opinión en contra del liderazgo político sin medir las consecuencias. Escándalo tras escándalo fueron destruyendo la necesaria autoridad moral requerida por los partidos políticos para dirigir la sociedad. Lamentablemente olvidaron que en el siglo XX venezolano las grandes crisis políticas siempre fueron resueltas por las Fuerzas Armadas. Junto a la Iglesia Católica, la organización militar se transformó en la institución más prestigiosa del país. “El poder para los militares” empezó a ser una consigna nacional.

La responsabilidad de las Fuerzas Armadas es indiscutible. Hugo Chávez se formó en sus filas. La insurrección militar de 1992 lo colocó en primer plano nacional. En algunas oportunidades he sostenido que las Fuerzas Armadas no aceptaron voluntariamente el régimen democrático. El triunfo de Rómulo Betancourt siempre lo consideraron una derrota. Los militares venezolanos han estado convencidos de que tienen el derecho de dirigir a Venezuela. Esa es la verdad. Ese sentimiento generalizado facilitó los intentos conspirativos que se originaron en su seno. El éxito de los primeros veinte años de vigencia de la democracia permitió un importante proceso de institucionalización de las Fuerzas Armadas que parecía indicar que la tendencia conspirativa había sido superada. Así lo percibió la dirigencia política de los partidos democráticos.

Los sectores de izquierda, derrotados militarmente en la década de los sesenta, tuvieron una visión distinta de esa situación. Entendieron que el golpe militar era el único camino existente para comprometer la estabilidad del régimen democrático. Convencidos de esta verdad, se dedicaron a penetrar los cuadros de oficiales. Aquí comienzan los pecados: los institutos de formación de oficiales no tuvieron suficiente capacidad para detectar esta penetración, ni para cambiar la manera de pensar de esos jóvenes a través de la formación militar. Los organismos de Inteligencia de las Fuerzas Armadas tampoco tuvieron la idoneidad requerida para demostrar las actuaciones conspirativas de algunos oficiales. Los Altos Mandos de esos años consideraron que esos señalamientos eran intrigas para perjudicar a algunos oficiales en su carrera profesional.

En el transcurrir de los años, muchos venezolanos me han preguntado sobre la verdad de los hechos ocurridos. Espero que este libro sea una adecuada respuesta a sus interrogantes. Siempre sentí la obligación de contar los detalles de la conspiración que se urdió en contra del presidente Carlos Andrés Pérez y la democracia venezolana. Hice esfuerzos consistentes para tratar de salvar su gobierno. No sólo el día de la insurrección militar, sino desde el mismo momento en que me designó ministro de la Defensa y posteriormente ministro de Relaciones Exteriores. Colaboré lealmente, desde esas funciones, con los presidentes Carlos Andrés Pérez y Ramón J. Velásquez. El error histórico que cometieron los principales actores políticos de ese momento, al considerar que la salida de Carlos Andrés Pérez de la Presidencia de la República evitaría el colapso de la democracia venezolana fue una de las causas que favorecieron el acceso al poder de Hugo Chávez.

He reconocido que durante mi actuación cometí errores. Los he confesado con absoluta sinceridad en las páginas de este libro. También tuve aciertos. Creo que el balance de mi actuación fue positivo. Mi mayor orgullo ha sido siempre haber evitado un doloroso derramamiento de sangre durante los sucesos del 4 de Febrero. Ese día, sólo hubo 35 muertos, entre soldados, estudiantes y policías. Muertes muy dolorosas. Eran todos jóvenes venezolanos que merecían vivir. Los responsables de esos asesinatos son los jefes de la sublevación militar, en particular el teniente coronel Hugo Chávez Frías. Esa es la verdad. Manuel Caballero sostiene que la historia no es tribunal de nadie, que sólo narra los hechos. No estoy de acuerdo con ese criterio. Creo que la historia al contar en el tiempo un acontecimiento, valora con sentido crítico la actuación de los hombres. Espero, sin temor, el juicio de la historia. Tengo mi conciencia tranquila.

Bibliografía

- Alliegro, Ítalo, *intervención en los medios de comunicación*, En: **El Universal**, Caracas, 29 de febrero de 1989.
- Arvelo Ramos, Alberto, **El dilema del chavismo**, Caracas: ediciones El Centauro, 1998.
- Barrera Tysca, Albetto. *El estado sentimental*. En: **El Nacional**, Caracas: 8 de octubre de 2005.
- Bendeck Olivilla, Jorge, citado por Otálvora Edgar, en **la Crisis de la Corbeta Caldas**, Caracas: Rayuela, taller de ediciones, 2003.
- Blanco Muñoz, Agustín, **Habla el Comandante**, Caracas: Fundación Pío Tamayo, Centro de Estudios de Historia Actual, 1998.
- Blanco Muñoz Agustín, **Habla Herma Marksman: Chávez me utilizó**, Caracas: Fundación Cátedra Pío Tamayo, Centro de Estudios de Historia Actual, Caracas, 2004.
- Blanco Muñoz, Agustín, Jesús Urdaneta Hernández, **el Comandante Irreductible**, Fundación Cátedra Pío Tamayo, Editor responsable: Mery Sananes, Caracas, 2003.
- Blanco Muñoz, Agustín, **Habla Luis Valderrama**, Cátedra Pío Tamayo, Caracas, 2005.
- Caballero, Manuel, **La gestación de Hugo Chávez**, editorial Catarata, Caracas, 2000.
- Caballero Manuel, **Las crisis de la Venezuela contemporánea**. Alfadil Ediciones, Caracas, 2003, 3ª. Edición.
- Castañeda Giral, Alfredo, **El Día que iba a lanzar el Misil**, Caracas: Ediciones Centauro-Imprenta Nacional, Caracas, 1995.
- Catalá, José Agustín, **Golpes Militares en Venezuela, 1945-1992**, El Centauro Ediciones, Caracas, 1998.
- Ceresole Norberto, Caudillo, **Ejército, Pueblo**, Estudios Hispanos-árabes, Caracas, 2000.
- Consalvi, Simón A. *Los habitantes de la luna*, En: **El Nacional**, Caracas, 8 de octubre de 2006.
- Daniels Hernández, Elías, **Militares y Democracia**, editorial Centauro, Caracas, 1992.
- Díaz, Jesús E. **La rebelión Militar del 4 de Febrero de 1992 y su incidencia en la sociedad venezolana**, Maracaibo: tesis para optar el doctorado en Ciencias Políticas, Universidad Rafael Belloso Chacín, 1997.
- Dietz, Henry y Myers David, *El proceso de colapso del sistema de partidos: una comparación entre el Perú y Venezuela*, Caracas: Cuadernos de CENDES, Año.
- Escalante, Ricardo, **De la caída de Pérez a la del Banco Latino**, Valencia: Vadell hermanos editores, 1994.
- Faraco Francisco y Suprani Romano, **La crisis bancaria venezolana**, Editorial Panapo, Caracas, 1995.

- Garrido Alberto, **Guerrilla Y Conspiración Militar en Venezuela**, Editorial Venezolana, Mérida, 1999.
- Garrido Alberto, **De la guerrilla al militarismo, Revelaciones del comandante Arias Cárdenas**, Producciones Karol, C.A. Mérida, 2000.
- Garrido Alberto, **La historia secreta de la revolución Bolivariana**, Producciones Karol, Caracas, 2000.
- Grooscors, Guido, *La política internacional de Rómulo Betancourt y la defensa de la democracia en América*, www.analitica.com, Caracas, 1999.
- Grúber Odremán, Hernán, **Antecedentes Históricos de la Insurrección Militar del 27 N** de 1992 citado por Jiménez Sánchez, Iván, en su libro **Los Golpes de Estado desde Castro hasta Caldera**, Corporación Marca, Caracas, 1996.
- Harnecker, Marta, **Un hombre, un pueblo**, Caracas, s/e, 2002.
- Jiménez Sánchez, Iván, **Los golpes de Estado desde Castro hasta Caldera**, Caracas: Corporación Marca, 1996.
- Kornblith, Miriam, **Elecciones y Referendos en Venezuela**, Caracas: Instituto de Estudios Políticos, Universidad Central de Venezuela, 2000.
- Martín Lozano, Guillermo, **Chávez, un abismo golpista**, s/e, Caracas, 2004.
- Marcano Cristina y Alberto Barrera Tyszca. **Hugo Chávez sin Uniforme**, Caracas: Random House Mandadori, 2004.
- Mata Mollejas, Luis, **Alternativas Económicas del Chavismo**, Caracas: Un Solo Pueblo, 2003
- Machillanda Pinto, José, **Cinismo Político y Golpe de Estado**, Caracas: Italfotografía, 1993.
- Ochoa Antich, Enrique, **Los Golpes de Febrero**, Caracas: Fuentes Editores, 1992.
- Ochoa Briceño, Santiago, **Lo que ví, oí e hice, Del andinismo a la democracia**, Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1994.
- Otálvora, C. Edgar, **La Crisis de la Corbeta Caldas**, Caracas: Rayuela, taller de ediciones, 2003.
- Otalvora, Edgar, **La Paz Ramónica**, Caracas: Editorial Pomaire, 1994.
- Partido Liberal, Encuentros y Foros del Liberalismo, citado por Otálvora, Edgar, **La Crisis de la Corbeta Caldas**, Caracas: Rayuela, taller de ediciones, 2003.
- Penfold Becerra, Michael, **El Colapso del Sistema de Partidos en Venezuela**, Caracas, Instituto de Estudios Superiores de Administración (IESA), enero de 2000.
- Petkoff, Teodoro, **La Venezuela de Chávez, una segunda opinión**, Caracas: Grijalbo Mondadori, 2000.
- Pineda Castellanos, Luis, **El Diablo paga con traición**, Caracas: Producciones Farol, 2003.
- Quiroz Corradi, Alberto y otros, **Otros juicios sobre el proceso al ex presidente Carlos Andrés Pérez**, Caracas: Ediciones Centauro, 1994.

- Quiroz Corradi, Alberto, **El Golpe**, Caracas: Asesores Gráficos Publicitarios, 1992.
- Romero, Aníbal, **Decadencia y Crisis de la Democracia**, Caracas: Editorial Panapo, 1994.
- Silva Luongo Luis José, **De Cipriano Castro a Carlos Andrés Pérez**, Caracas: Monte Ávila Editores, 2000.
- Tarre Murzi, Alfredo, SANIN, **Los muertos de la Deuda**, Caracas: Ediciones Centauro, 1989.
- Uslar Pietri, Arturo, **Golpe y Estado en Venezuela**, Caracas: Editorial Norma, 1992.
- Uzcátegui, Luis José, **Chávez, Mago de las emociones**, Caracas: LITHOPOLAR, 1999.
- Velásquez, Ramón, *Memorias del siglo XX*, En: **Últimas Noticias**, Caracas, 18 de julio de 2004.
- Vivas, Leonardo, Chávez, **La última revolución del siglo**, Caracas: Editorial Planeta, 1999.
- Zago, Ángela, **La Rebelión de los Ángeles**, Caracas: Warp Ediciones, 1998.

Entrevistas

1. Alliegro, Ítalo del Valle, entrevista, Caracas, 10 de diciembre de 2005.
2. Aguilar, Pedro Pablo, entrevista, Caracas, 30 de junio de 2006.
3. Carratú Molina, Iván, entrevista, **El Nacional**, 6 de febrero de 1992.
4. Castro Soteldo, Wilmar, entrevista realizada por el teniente coronel William Fariñas en el Cuartel Lino de Clemente, el día 19 de mayo de 1993, una vez reclusos en dicha unidad.
5. Celli Humberto, entrevista, Caracas, 26 de junio de 2006.
6. Consalvi, Simón Alberto, entrevista, Caracas, 29 de diciembre de 2005.
7. Daniels Elías, entrevista, Caracas, 13 de marzo de 2006.
8. Ducharne, Alfredo, entrevista, Caracas 7 de julio de 2006.
9. Falcón Veloz, Fernando, entrevista, Caracas, 12 de abril de 2006.
10. Ferrer Barazarte, Juan, entrevista, Caracas, 2 de junio de 2006.
11. Fernández, Eduardo, entrevista, Caracas, 6 de junio de 2006.
12. Grisanti Luciani, Héctor, entrevista, Caracas, 26 de junio de 2006.
13. Heinz Azpúrua, Manuel, entrevista, Caracas, 14 de enero de 2006.
14. Huizi Clavier, Rafael, entrevista, Caracas, 12 de marzo de 2006.
15. Lepage, Octavio, Entrevista, Caracas, 30 de junio de 2006.
16. Machillanda Pinto, José, entrevista, Caracas, 12 de mayo de 2006.
17. Medina Sánchez, Rubén, entrevista, Caracas, 11 de julio de 2006.
18. Narración de un oficial comprometido en el alzamiento del 4 de febrero de 1992, Caracas, marzo de 1992.
19. Olavarría, José Antonio, entrevista, Caracas, 15 de septiembre de 2005.

20. Peñaloza Zambrano, Carlos Julio, entrevista, Caracas, 12 de septiembre de 2005.
21. Pérez Castillo, Juan Antonio, entrevista, Caracas, 15 de mayo de 2006.
22. Rojas Suárez, Antonio, entrevista telefónica, Ciudad Bolívar, 12 mayo de 2006.
23. Tovar Jiménez, Jesús, entrevista, Caracas, 9 de octubre de 2006.
24. Salazar Rodríguez, Raúl, entrevista, Caracas, 31 de marzo de 2006.
25. Torres Videla, Humberto, entrevista, Caracas, 24 de junio de 2006.
26. Velásquez, Ramón J., entrevista, Caracas, 11 de julio de 2006.
27. Valero Rivas, Reinaldo, Caracas, 30 de junio de 2006.
28. Visconti Osorio, Efraín, entrevista, San Cristóbal, 12 de agosto de 2005.
29. Yáñez Fernández, Marcos, entrevista, Caracas, 14 de abril de 2006.

Documentos

1. Abreu Rescaniere, Tomás, intervención teatro Academia Militar, narrado por Fernando Ochoa Antich, Caracas, 22 de octubre de 1980.
2. Acción Democrática, voto salvado de en la sesión conjunta
3. Acuerdo del Congreso Nacional del 31 de agosto de 1993.
4. Banco Central de Venezuela, Informe Económico 1974, 1975.
5. Blanco La Cruz, Ronald, capitán, carta dirigida al teniente José Vielma Mora el 9 de febrero de 1993, tomada de la entrevista a Herma Marksman, del libro Chávez me utilizó de Agustín Blanco Muñoz.
6. Caldera, Rafael, discurso en el Senado del Congreso de Venezuela de fecha 21 de mayo de 1993.
7. Chacón Escamillo, Jesse, declaración ante la Dirección de Inteligencia Militar, Caracas, diciembre de 1993.
8. Documento de Los Notables, 10 de agosto de 1990. En: **El Nacional**, Caracas, 11 de agosto de 1990.
9. Golpes Militares en Venezuela, 1945-1992, Papeles de Archivo, Ediciones El Centauro, Caracas, 1998.
10. Grüber Odremán, Hernán, carta dirigida a Hugo Chávez el 25 de enero de 1993, citada por Iván Jiménez Sánchez, en Los golpes de Estado desde Castro hasta Caldera.
11. Ibáñez Blanca, secretaria privada del presidente de Venezuela, Comunicado de prensa, El Nacional, mayo de 1989.
12. Informe Iracara 092/241, Dirección de Inteligencia Militar, 18 de noviembre de 1992.
13. Informe Iracara 092/243, Dirección de Inteligencia Militar, 20 de noviembre de 1992.
14. Informe Iracara 092/247, Dirección de Inteligencia Militar, 23 de noviembre de 1992.

15. Informe Iracara 092/251, Dirección de Inteligencia Militar, 25 de noviembre de 1992.
16. Lepage, Octavio, discurso en el Senado del Congreso de Venezuela de fecha 21 de mayo de 1993.
17. Lusinchi Jaime, ex presidente de Venezuela, Comunicado de prensa, En: **El Nacional**, mayo 1989.
18. Nota Diplomática No. GM-542, del 22 de noviembre de 1952, remitida por el ministro de Relaciones Exteriores de Colombia, doctor Francisco Urrutia Holguín, al embajador de Venezuela, doctor Luis Jerónimo Pietri.
19. Nota Informativa No. 679-92, Dirección de Inteligencia Militar, 26 de noviembre de 1992.
20. Ochoa Antich, Fernando, *Discurso XVI Asamblea Extraordinaria de la OEA, Washington, 14 de diciembre de 1992*. En: **Libro Amarillo MRE**, Año 1992.
21. Peñaloza Zambrano, Carlos Julio, general de división, carta dirigida a Fernando Ochoa Antich, Miami, 4 de marzo de 2006.
22. Pérez, Carlos Andrés, Alocución de toma de posesión de la Presidencia de la República., 12 de marzo de 1974. En: **Manos a la obra**, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 1981.
23. Pérez, Carlos Andrés, discurso durante los acontecimientos del 27 de Febrero, En: **El Nacional**, Caracas. 29 de febrero de 1989.
24. Pérez, Carlos Andrés, Mensaje a la Nación después del fallo de la Corte Suprema de Justicia, que encontró méritos para su enjuiciamiento. En: **El Nacional**, 21 de mayo de 1993.
25. Romero Santaella, Levy, Declaración Informativa ante el Consejo de Guerra Permanente, 30 de noviembre de 1992.
26. Soler Zambrano, José, mayor, declaración realizada ante la dirección de Inteligencia del Ejército, Caracas, 29 de octubre de 1988.
27. Valera Rumbos, José, Declaración Informativa ante el Consejo de Guerra Permanente, Caracas, 29 de noviembre de 1992.
28. Valero Rivas, Reinaldo, general de brigada, informe en relación con los hechos ocurridos los días 3 y 4 de febrero de 1992, Caracas, 19 de febrero de 1992.
29. Yáñez Méndez, Freddy, declaración informativa ante el Consejo de Guerra Accidental, Caracas, 1 de diciembre de 1992.

Medios de Comunicación

1. Beroes, Agustín, *La Agenda Secreta de RECADI*, Reportajes, **El Nacional**, Caracas, 1989.
2. **Diario de Caracas**, Caracas, 22 de septiembre de 1993.
3. **Diario de Caracas**, Caracas, del 10 de noviembre de 1993.

4. **Diario de Caracas**, declaración de Petkoff, Teodoro, Caracas, 7 de junio de 2006.
5. Documental transmitido por Venezolana de Televisión, Caracas, 13 de agosto de 2004.
6. **El Nacional**, Caracas, del 10 de mayo de 1993.
7. **El Nacional**, Caracas, del 25 de septiembre de 1993.
8. **El Nacional**, Caracas, 26 de septiembre de 1993.
9. **Últimas Noticias**, Caracas, 12 de mayo de 1987, citado por Edgar Otálvora en la Crisis de la Corbeta Caldas.
10. **El Nacional**, Palco de Sombra, artículo de Alfredo Tarre Murzi, Caracas, 5 de julio de 1991.
11. **Últimas Noticias**, Caracas, 17 de marzo de 1993.

Índice

Disparos en la Noche.....	3
La Conspiración.....	11
Cadetes universitarios.....	12
Demasiados dólares.....	21
Populismo a la criolla.....	31
Se conspira de verdad.....	40
La noche de los tanques.....	50
Neoliberalismo sin anunciar.....	67
Diciembre queda atrás.....	82
La Traición.....	95
La fecha es el 4 de febrero	96
El Gobierno no se rinde.....	113
Combatir o negociar.....	128
Ni un solo disparo.	138
Inquietud en los cuarteles.....	150
Un sistema sin destino.....	160
Se alza la aviación.....	172
La Transición.....	186
Adiós al poder.....	187
En funciones de canciller.....	206
Washington sabe demasiado.....	224

En Miraflores ocurren cosas.....	235
Diciembre, es tiempo de elecciones.....	245
Mirar desde lejos.....	254
Angustias sin respuestas	262
Bibliografía.....	275

Caracas, 23 de enero de 2007